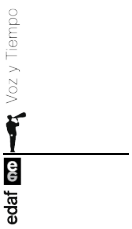
Los niños de mangle

Martín Doria

Premio de Novela Negra
Ayuntamiento de Getafe
GETAFE
2019

edaf
Voz y Tiempo

Los niños de mangle



MARTÍN DORIA

Los niños de mangle

www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO

2019

XXIII PREMIO DE NOVELA NEGRA CIUDAD DE GETAFE 2019 AYUNTAMIENTO DE GETAFE

edaf

Esta novela recibió el XXIII Premio de Novela Negra
Ciudad de Getafe 2019 del Ayuntamiento de Getafe.
El Jurado de esta convocatoria estuvo presidido
por Lorenzo Silva, y sus vocales fueron
Pita Sopena (subdirectora de Ámbito Cultural de El Corte Inglés),
Fernando Marías (escritor),
Marcelo Luján (escritor) y Esperanza Moreno (editora);
y el secretario fue Miguel Ángel Martín Muñoz.

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3986-3
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
© 2019. Martín Andrés Doria Cerreda
© 2019. Editorial EDAF, S.L.U., Jorge Juan 68. 28009 Madrid (España) www.edaf.net
Diseño de cubierta: Gerardo Domínguez
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre 2019
ISBN: 978-84-414-3989-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: Ulzama Digital

Para

Guillermo Orsi, Fernando López
y Lucio Yudicello

Índice

Uno 13
Dos 23
Tres 25
Cuatro 29
Cinco 33
Seis 39
Siete 51
Ocho 55
Nueve 63
Diez 67
Once 73
Doce 79
Trece 85
Catorce 93
Quince 97
Dieciséis 103
Diecisiete 111
Dieciocho 115
Diecinueve 123
Veinte 127
Veintiuno 137
Veintidós 141
Veintitrés 155
Veinticuatro 161
Veinticinco 183
Veintiséis 187
Veintisiete 199
Veintiocho 203
Veintinueve 211
Treinta 213
Treintaiuno 217
Treintaidós 221
Treintaitrés 235

Treintaicuatro 241
Epílogo uno 251
Epílogo dos 255
Glosario costeño 261

— Uno —

–Voy a mentirle pue´ —dijo la mujer—. ¿Y qué sentido tiene eso?

Tenía el rostro hinchado y aliento alcohólico. Dirigió su mirada poco certera a la niña sentada junto a ella en el tablón de madera húmeda, pero podía haberle hablado a cualquiera de los dos hombres que permanecían en cada extremo de la piragua. Había susurrado las palabras al viento, empujando los labios hacia adelante, entrecerrando los ojos, y se aferró al bracito infantil cuando la piragua se balanceó. Miró hacia adelante entonces, al hombre que, sentado en la estrecha punta de proa, la observaba detrás de gafas negras y largó un eructo sordo. En la embarcación perduraba un fuerte olor a pescado.

—Camarón a mí no, niño. Si le estás bailando el indio a ese man… —empezó a decirle al hombre, dejando la mano y el dedo índice levantados a medio camino en actitud de señalarlo, pero lo siguiente que habló se perdió bajo el rumor del motor—: y ajá, igual va a enterarse.

De cualquier forma, eso ya lo había dicho tantas veces en la última hora, era lo único que sabía decir desde que el hombre llegó a su casa (reaparecido como una alucinación después de mucho) y la obligó a dejar su casa en la ciénaga y acompañarla a la costa. Ella no estaba en condiciones de hablar con nadie —no le entraba más aguardiente en el cuerpo—, menos de ocultar alguna cosa, de mentir como él le había pedido; se le ocurrió sin embargo que había una oportunidad también en ese embolate y podía llevarse consigo a la niña. El aparecido trató de persuadirla de lo contrario, pero tampoco le gustaba la idea de que la pequeña permaneciera sola en el palafito.

—Quédate quieta. Vas a caerte y no pienso tirarme al agua.

La mujer dibujó una espiral en el aire con su torso y no pudo mantener más el cuello erguido. Su cabello negro, sus mechas largas y sucias, flotaron en caída vertical. Con una mano seguía aferrada a la niña, con la otra al borde de la lancha. Los pies de la nena se apoyaban desnudos sobre una caneca vaciada de pescados donde resistían minúsculas piedras de hielo picado. En la prisa, a su madre ni siquiera se le había ocurrido buscar sus sandalias amarillas de plástico. El movimiento continuo de los piecitos sucios denotaba que estaba asustada. Había escuchado de quién se trataba —el señor que los esperaba—, había oído hablar tantas veces de él en el pasado, aunque nunca lo había visto. O si lo había visto era muy pequeña para acordarse; o si se acordaba de algo, era algo que se mezclaba con los sueños que tanta mención, tanto hablar de él su mamá y pintarlo como un gigante que hablaba otra lengua y venía de muy lejos, de sus manos enormes de dedos como curubas, de sus ojos pequeños y grises de gato y su voz ronca y profunda como el ogro verde aquel, el de aquella película que los niños de los palafitos vieron en la tienda de ña Teresa, en la única tele de Nueva Belén.

—Anda, ¿qué sentido tiene? Si eso está regado por todas partes, mira. Podías haberle dicho y yastá, me dejabas tranquila a mí.

El otro dejó de observarla y giró su cabeza cuando una lluvia de gotas grandes lo atacó por la espalda. El bote iniciaba un giro brusco en un codo flanqueado de manglares reverdecidos.

—¿Sí sabe de Carol? —preguntó la mujer y levantó un poco las nalgas del tablón para

acercar su voz ebria por sobre el rumor de la lancha.

—Que se quede quieta la señora —avisó el chalupero mientras mantenía el motor en posición de giro. Era un muchacho joven de ralo bigote negro sobre dos labios gruesos como gusanos de palmera. Usaba cachucha con el logo de Kola Román.

—Cállate y quédate quieta.

La mujer enmudeció entonces mientras volvía a bajar la cabeza. Apretaba demasiado el brazo de su hija cuando vio los deditos casi negros y murmuró con voz pastosa: «¿No trajiste chanclas? ¿Por qué no…?». La niña se soltó de su madre tirando con fuerza y cruzó los brazos sobre el pecho. Llevaba un vestidito amarillo pálido, harapiento, deshilachado casi hasta la transparencia. Tenía ganas de llorar.

Luego no se escuchó nada más que el rumor del motor hasta que se divisó la costa y, a treinta metros de la misma, también la máquina se detuvo. Estacionaron junto a una docena de cayucos apretados, en actitud contrastante con el bololó de los pescadores que traían sus pescados para vender. El hombre de gafas ayudó a la mujer y el chalupero levantó a la niña por la cintura y la depositó en tierra.

—Me esperas aquí —le dijo el primero al segundo.

Los tres atravesaron el mercado, que desde muy temprano bullía de parloteo, vallenato y golpes de cuchilla sobre el pescado fresco. Los pies de Carol dejaron su pequeña marca en la arena mojada y más tarde sintieron el cemento caliente de las aceras del pueblo. El hombre no podía cargar a la niña porque estaba ocupado en evitar que el cuerpo de la mujer cayera hacia un lado. Carol fue entonces detrás de la sombra de ambos y cuando no pudo soportar más el calor del pavimento saltó a la calle. Luego fue chapoteando nerviosamente en el agua sucia de la cuneta. Pensaba que al gigante no le gustarían sus pies sucios y no se la llevaría.

**

Köell esperaba dentro del carro de alquiler desde hacía cuarenta minutos. Recién cuando las manecillas de su reloj de pulsera marcaron la hora pautada, dejó el aire acondicionado y se bajó. Mediaba la mañana, el sol estaba a pleno y la plaza poco concurrida. Al cabo de un rato, el sudor adhirió la camisa a su espalda monumental. Su escaso cuello de buey y sus brazos gruesos, otrora blancos como la leche, tenían la coloración rosada del camarón. Resoplaba como un toro.

Su presencia de gigante era notoria, además de su pinta de extranjero. Miraba alrededor suyo detrás de gafas oscuras (el edificio de gobierno, la iglesia, los puestos de fruta, los matarratones frondosos) como si recién tuviera conciencia del peso material de cada cosa, aún después de haber visto el paisaje tantas veces en el pasado. En el tiempo que había dejado de venir, aquellas cosas habían perdido su color real, su peso intrínseco, y habían tomado la etérea silueta de los recuerdos. Pero nada había cambiado, se dijo, nada cambia en estos pueblos desde los tiempos de la colonia. Un siglo después de haberse regado sangre de los trabajadores en aquella matanza de las bananeras, Ciénaga dormía el eterno sueño de los pueblos olvidados. Solo despertaba para esos días de febrero, azuzada por el ejercicio anual de las tradiciones carnestoléndicas, el autóctono mito del caimán cienaguero y la excusa para divertirse al ritmo de la música de flautas y tambores. Siempre la música.

El gigante miró otra vez su reloj (habían pasado quince minutos de la hora estipulada) y caminó hasta el templete central de la plaza, un poco para resguardarse del sol y otro tanto porque era el lugar convenido. Todavía no comprendía la impune falta de compromiso de los latinoamericanos con la puntualidad. En ese rato rechazó dos veces la oferta de ensalada de

frutas y mango biche, mientras embebía su pañuelo en la transpiración de la frente, el cuello y los brazos. En una mano, como separada del resto de su anatomía en tensión, apretaba un ramo de rosas.

Luego de otros quince minutos, divisó a Durango. Bajaba de un bicitaxi que había entrado a la plaza por el lado del Palacio Municipal; traía a la mujer y a una niña. A esa distancia, Köell dudó que se tratara de la misma mujer. Cuando la tuvo a diez metros pensó que había envejecido más rápido de lo posible en el tiempo que habían dejado de verse. Venía con el pelamen negro al viento, un vestido floreado rotoso y chanclas de plástico. La niña no tenía mejor aspecto, pero caminaba graciosamente de su mano, con zancadas largas. A diferencia de la mujer, a Köell no le pareció que ella hubiera crecido mucho desde aquel tiempo. ¿Cuánto tendría ahora? ¿Ocho, nueve si acaso?

Cuando estuvieron juntos los cuatro, la mano del extranjero envolvió casi por completo la del flaco Durango; Köell lo notó todavía más flaco, no pensaba hablarle mucho, menos enterarlo de las circunstancias mínimas, dolorosas, de los últimos años. La comunicación telefónica del día anterior, previo contacto vía mail, había sido más bien lacónica y distante, hasta había dejado de tutearlo, como si a su contacto colombiano no le hubiera agradado volver a saber de él, o como si —adivinando la desgracia del otro— el tipo quisiera mantenerse lejos de cualquier radar. Quizás el mismo Durango traía sus problemas con la ley. O estuviera enojado por la interrupción brusca de los giros en euros, aun cuando ahora que sabía los motivos forzados tenía que comprender. Al final de la llamada, sin embargo, no objetó ni puso alguna queja. Quedaron en verse ahí en el templete de la Plaza Centenario, cerca de la hora tal, él vendría con la muchacha si esta accedía.

—Va a acceder, tú dile —impuso Köell antes de colgar el teléfono de la habitación de su hotel en Barranquilla. No podía creer otra cosa. La ansiedad de verla crecida a esa niña suya, hecha una mujer seguramente, en la edad justa donde deben decidirse las grandes cosas, no dejaba ver otra posibilidad que el reencuentro feliz. Ahí estaba él de nuevo para rescatarla de la miseria y, esta vez sí, mostrarse de su brazo al mundo.

Ahora, un día después, en el tiempo y lugar convenidos, a la vista estaba que las cosas no sucedían como esperaba. El gigante miró a la mujer, un poco a la niña, y de nuevo a la mujer.

—Enhorabuena, Carmen —saludó, todavía con el acento castizo de sus profesores de castellano de la *w*eiterf*ü*hrende schule, acento que sus viajes a Colombia no lograban transformar.

Se sacó las RayBan. Su cabeza le tapaba el sol a Carmen, que hizo visera con una mano sobre los ojos y estiró el cuello con esfuerzo para poder mirarlo. El halo de fuego que se creaba alrededor del caballón lo hacía aún más imponente y temible. La mujer no devolvió el saludo. En cambio, miró a Durango y parpadeó varias veces sin separar los labios ni para largar el próximo eructo.

Köell frunció la nariz y también miró al intermediario.

—¿Por Dios, entiende lo que le digo? ¿Dónde está Alejandra?

Durango cogió a la mujer de un brazo y apretó tan fuerte que ella se quejó y trató de desaferrarse sin éxito.

—Dile mujer lo que me dijiste a mí.

La mujer temblaba bajo la sombra del gigante, y no era la ebriedad solamente, había temor también. Su rostro era una bolsa apergaminada inflada a soplazos de hálito

alcohólico, los ojos eran dos hendiduras de cuchillo entre los párpados hinchados. Su lucidez estaba nublada al punto que confundió primero al forastero, que también había engordado desde la última vez. Luego se acordó, claro, cómo no, era él, y negó con la cabeza antes de hablar.

—Pocotón de años pasaron, Alemán.

—¿Qué hubo con Alejandra? Esto es con ella —agitó el ramo de flores contra su pierna y se desmigaron varios pétalos color sangre. Miró entonces a Durango, quien se encogió de hombros y miró a su vez a la mujer. Nunca había dejado de apretarle el brazo.

—Que se lo estoy diciendo a este —dijo ella mientras sentía el tirón del otro brazo de parte de la niña—. Alejandra no vive más conmigo.

—¿Desde cuándo? ¿Adónde se fue?

Ahora fue Carmen quien se encogió de hombros y empujó de nuevo los labios. La niña seguía jalando de su brazo con intención de soltarse. El Alemán le frunció el ceño a Durango.

—Como esos cuatro años que no la ve —dijo el colombiano—. Cuando usté dejó de venir.

—Yo te pedí que me la cuidaras.

Durango se sacó por unos segundos la cachucha que se había calzado en el taxi para secarse la cabeza con la mano sin dejar de mirar al gigante detrás de sus gafas. Ya no llevaba los rulos de antes sino un motilado prolijo.

—Tampoco me voy a quedar a vivir con ellas. ¿Y, además, cuánto yo sin saber de usted, ah?

Había sido un largo viaje para el alemán. De cuatro años para acá. La obligada aquiescencia. Luego un periplo por dos continentes, pero siempre un rumbo final: Alejandra.

Köell dejó de prestarle atención para volver sobre la enchampetada.

—Habla Carmen. ¿Qué plata quieres por decirme?

Ella dejó de hacer visera, pero siguió mirando al alemán con los ojos chinos. De un jalón adelantó a la niña que traía de la mano.

—La tengo a Carol. Ya cumplió diez —mintió.

Cuando terminó de decir eso, su cuerpo tambaleó casi para irse al suelo. La niña trató de zafarse y no lo logró. El extranjero tuvo que inclinarse para hablarle de cerca a su madre y reprimió el asco por la mezcla de olor a pescado, sudor y trago que despedía su piel.

—Tienes que saber dónde está, dame alguna razón.

—Alejandra se fue hace rato. Ya no era una niña, no la podía gobernar, ¿me entiende?

El extranjero sacó del bolsillo trasero su billetera, sacó efectivo colombiano, tomó fuerte del brazo libre a Carmen y le puso la plata en la mano. La niña logró zafarse entonces y se alejó unos metros.

—Tú nunca la hubieras dejado ir. Dime la puta verdad, Carmen.

La mujer buscó a Durango con ojos asustados. La envolvía esa sombra temible y el mundo de cosas empezaba a ganar velocidad en giro a su alrededor. No terminaba de cerrar la mano sobre los billetes.

—¿Usté sí se acuerda de Carol tan bonita? —dijo con un hilo de voz y trató de señalar a la niña pero su dedo no la encontró.

—¡Vine por Alejandra! —Köell levantó la voz, fuera de sí (una reacción a la que Durango no había asistido nunca), y la zarandeó con vehemencia.

Alguna gente en la plaza había comenzado a prestarles atención y Durango temió que

alarmaran a un policía. Por fin se interpuso entre el alemán y la mujer.

—Vamos al carro un momento doctor.

Caminaron treinta metros en silencio. El colombiano esperó que el otro subiera de conductor y rodeó la camioneta VW para subirse al asiento acompañante. Todavía estaba asombrado de ver al otro jadeante y transpirado, fuera de control. Su corpulencia apenas cabía detrás del volante.

—Hombe doctor. Así no vamos a resolver la vaina. Esa vieja tiene una pea tremenda, pero sé efectivamente que la pelá no vive más con ella. Y tampoco creo que ya le quiera dar a usted ninguna información si no va a sacar más provecho.

—Yo te estuve mandando plata. Respóndeme por eso.

—Me mandó el primer año. Después qué. Me escribió ese mail, que sus problemas y tal, después no hubo noticias. Y eso aquí no se mueve sin billete, hermano. Además, esas pelaítas sí salen rebeldonas. No se las puede manejar, en un lugar así. Cualquier hijueputa viene, les echa el cuento y ellas se van —otra vez se sacó la gorra y se pasó la mano por el motilado raso—. Pero espérese, porque a mí me llegó una información del chalupero que nos trajo. Esa niña está parando posiblemente en Fundación, allá la vieron hace poco, no sabemos haciendo qué, pero el man se ofreció a contactármela en estos días. Conoce al pelao que la estuvo cortejando y vaina.

La reacción del otro lo asustó: el Alemán tornó su rostro colérico, demencialmente rojo, y desplumó el ramo de rosas golpeándolo varias veces contra el volante. Durango desvió la mirada fuera del carro hacia el centro de la plaza, a los transeúntes ocasionales y a la mujer que permanecía de pie, aun cuando daba lentos giros sobre sí misma.

—Váyase al hotel, doctor y yo lo voy a llamar. A esa niña no se la tragó la tierra tampoco, voy a averiguar dónde está parando y voy a hacerle a usted la vuelta de siempre. Pero váyase ahora mejor, que yo me tengo que ocupar de Carmen antes que nos llame a los tombos.

Durango abrió la portezuela para bajar y el manotón de curubas le atrapó fuerte la muñeca. Köell lo miraba con dos ojos desorbitados.

—Me vas a encontrar a Alejandra. Me la tienes que encontrar.

—Pero suélteme.

—¿Y desde cuándo me tratas de doctor y no me tuteas como antes?

Durango solo pestañeó despacio. La mano de Köell le soltó la muñeca (que empezó a doler enseguida) y pudo bajar del carro sin mirar atrás. Recién cuando llegaba al templete tuvo necesidad de volverse en dirección a la camioneta gris. Se alarmó de no ver al Alemán dentro del carro, pero no pudo seguir mirando, porque una situación más urgente lo requería. Por milagro Carmen no se había ido al suelo, era inminente que tropezara en su intento de localizar a Carol.

—La niña… se me escapó la niña…

Durango se sacó las gafas de sol y la cachucha, y buscó alrededor con la mirada, pero no la descubrió entre la gente que cruzaba en todas direcciones. Debía estar jugando entre los árboles, pensó.

—Escúchame Carmen —le dejó unas monedas en la mano y le habló cerca del rostro—, encuentras a la niña, se toman el taxi y te vas a buscar a Píter que te devuelva, ¿oíste?

Ella lo miró como si no lo hubiera escuchado. Tenía el rostro descompuesto.

—La niña… Carol… ayúdame.

Durango se limpió el sudor de la frente con la mano y se volvió de nuevo hacia la calle. El

Alemán había regresado junto a su carro con una gaseosa en la mano mirando en su dirección. El colombiano le hizo el gesto para que partiera y luego hizo cuernito con los dedos cerca de su oreja en señal inequívoca de que iba a llamarlo más tarde. No dejó de prestar atención hasta asegurarse de que la VW se perdía de vista. En la siguiente media hora buscó por cada rincón del parque, por cada esquina, preguntó a los puesteros y a los vendedores de raspao y frutas. Nadie dijo haberla visto. La mujer deambuló detrás suyo, con una energía repentina pero atontada. Lloraba, primero con sollozos desesperados y luego empezó a entrar en pánico. Durango vio que la cosa iba a complicarse y la apartó todo lo posible de la gente.

—Tranquilízate, Carmen, yo te la voy a encontrar, no va a estar lejos, está asustada nomás —tuvo que tomarle la cara (que no cesaba de mirar a uno y otro lado) y asegurarla entre sus manos—. Óyeme, voy a llevarte con Píter y voy a regresar para que salga del escondite. Recién si no te ve, Carol va a salir.

La mujer asintió con lágrimas y entrecerró los párpados cansados.

—Tráemela, ve, por favor.

— Dos —

Recuerdo, sí, que iba a contramano aquellos días, a contramano del espíritu de la ciudad que iniciaba el alborozo y calentaba los motores de la parranda, echándole ya roncito al motor, y aguardiente y whisky también (que no anda a otra cosa esa vaina). Las niñas usaban sus vestidos de colores vivos y aquellos adminículos alusivos como pulseras y vinchas tricolores; los varones, camisetas y collares, todos promotores de algo que no necesitaba promoción, porque las publicidades en radio, televisión e internet lo pregonaban como aquellos vendavales que cada tanto quieren arrasarnos del trópico. Iban todos entonces contagiados de aquel espíritu, expresaban el gen cultural de estas tierras y, ay del que no se prendía, mejor que se corriese, que ya llegaban los ejércitos de la guachafita, los únicos que de verdad queríamos en este país, porque nos hacían olvidar de los otros ejércitos y de su guerra, la guerra que practicaban en nuestro nombre y prolongaban durante décadas para su beneficio inmundo; venían llegando, pues, las ánimas carnestoléndicas, para marchar enmaizenadas su ebriedad de ron y tambora por las calles de Barranquillla, y, por unos días desenfrenados, secuestrarían los negros del Mapalé nuestra tristeza, abatirían los congos colorinches la desesperanza, emboscarían los monocucos la pobreza de este pueblo grande, se reirían las marimondas del sin pudor de los ricos, clavarían los toritos sus cachos en el corazón corrupto de nuestros políticos, alzarían todas la voz sobre el escándalo de trompetas, guacharacas y flautas de millo, y derramarían las letanías ácidas sobre la conciencia sucia de esta ciudad.

Y ñerda, yo a contramano como dije, cosa que no fue siempre así, porque sabe Dios que sabía gozármela también. Pero pasa que la herida mía, la misma que me hizo alguna vez dejar la institución, se abre cada tanto y, en esos días de precarnaval, se abrió nomás. Claro que le venía poniendo alfombra, preparaba el ámbito como quien dice, ahí encerrado en mi despacho de trabajo (mi casa también for the moment), atorado de guaro, solo como perro solo, esperando que alguien tocara la puerta y me contara que creía que su marido la engañaba, que su mujer le ponía cachos, que buscaba al hermano perdido allá cuando pelaos, que lo cogiera al socio en la jugada sucia; y que me pidieran que los ayudara a cambio de platica. De eso se trataba lo mío, resolverle la vida a los demás y, sin embargo, no terminaba de ocuparme de la mía, de cerrar esa herida que cada tanto se abría y me sumía en aguas tormentosas. Arrastrado esos días por una corriente autodestructiva no podía subirme a la ola alegre del carnaval de Barranquilla, hasta que esa ola se picó también y se volvió malsana y violenta de una forma que los viejos de la ciudad no recordaban haber vivido ni los jóvenes dejarían de recordar en mucho tiempo. Yo tampoco y, cada tanto, en el vértigo ebrio de la añoranza, quiero rememorar.

Ahí va el cuento entonces.

Efraín Sánchez, a sus órdenes. Detective particular.

El Caimán, que me dicen.

— Tres —

Köell no podía pensar con claridad. Una ansiedad que crecía hasta acercarse al pánico lo invadió de repente. Llevado por su propio estupor, casi sin pensar, dio vuelta a la plaza y manejó en dirección a la playa, en búsqueda automática del respiro de la brisa marina. La vista del océano y la espuma que rompía suavemente en la arena siempre le habían producido descanso del espíritu. Buscaba además un estadero donde tomarse algo fresco.

«Gilipollas, gilipollas».

Se hablaba a sí mismo y repetía las palabras dentro de la cabeza como golpes de clavo sobre sus manos crucificadas. Se equivocó al caer de esa forma a Colombia, sin darle tiempo a su contacto de siempre de averiguar el estado de las cosas. Pero pasaron cuatro años desde la última vez que se vieron (cuatro años que, debía tener muy en cuenta, pasaron también para Alejandra) y no quería escuchar —recibir más bien por chat— ninguna negativa: la muchacha era mayor de edad ahora, no cabía en el negocio de Durango. Y de todos modos el tipo conocía bastante el terreno, guardaba todas las direcciones, los teléfonos y los nombres. Nadie más podía ayudarlo. La contestación insegura y escueta de Durango por el correo, el trato distante al habla por teléfono, lo hicieron desconfiar de entrada (¿estaba en el tema todavía?, ¿había tenido también problemas?), pero lo necesitaba para contactarse con la gente apropiada en los palafitos. A pesar del trato comercial que habían llevado por años, Durango era un tipo a mal traer, solía andar calzado de pistola, y podía estar aún enojado porque no le llegaran los últimos giros de dinero para contentarlos a Carmen Arroyo y a él. Por eso le explicó sin detalles las circunstancias en una carta —aquel primer año de cárcel en Alemania— tenía que entender, justamente él que estaba metido en estas cosas, y le prometió que las remesas seguirían. Nadie más debía tocar a la niña mayor de Carmen Arroyo, era su propiedad indiscutible. Pero no pudo cumplirle con la plata luego de siete meses de encierro, le habían embargado todo y sus padres le perdieron contacto. Por eso, a pesar de la primera respuesta (como desconocida) del colombiano en el mail, le sorprendió que Durango contestara el teléfono y se prestara muy solícito a ayudarlo. De inmediato concertaron la cita en Ciénaga para el día siguiente.

Esa mañana, cuando Durango trajo casi arrastrando a la mujer, no lo notó tampoco reclamante o desconfiado, apenas más flaco y emprolijado de cabellos y barba. Menos parlanchín quizás de lo habitual, pero lo atribuyó al cansancio del viaje en lancha, que por cierto era siempre una vuelta pesada para alguien de tierra firme. Que le hubiera perdido el rastro a Alejandra, a su vez, salvo que estuvieran mintiéndole los dos, lo tranquilizaba de alguna manera, porque significaba que no había estado haciendo trato con otros clientes.

Paró la camioneta frente a una tienda sobre el corredor a la playa. Se desprendió del cinturón de seguridad y, antes de apagar el motor, observó que las altas, delgadísimas palmeras no mecían nada sus penachos; pensó que afuera, con ese sol sin nubes, no iba a encontrar reparo de ningún modo. Sería una cerveza helada entonces y un lugar a la sombra. Apagó el motor.

Ahí escuchó el ruido detrás suyo, en el mismo carro. Giró el torso con dificultad, vio que no había nada en el asiento trasero… vio aquel par de ojos, abajo, mirándolo desde el suelo tapizado. No pudo saltar más del susto, atrapada su anatomía en ese espacio (para él)

reducido.

La niña fue incorporándose con dificultad. De pie del todo, su cabeza rozaba apenas el techo. Tenía la apariencia de la malnutrición crónica. Köell la reconoció por fin. Iba a preguntarle cómo se había metido, pero recordó enseguida el momento en que salió del carro para cruzarse a una tienda y comprar una gaseosa. Las puertas estaban desbloqueadas, una mala costumbre que trajo de su pequeño lugar de origen al otro lado del océano.

—¿Cómo era tu nombre?

—Carol Arroyo —dijo ella, su carita sucia estaba seria, aunque tampoco expresaba conmoción o miedo. Ya no—. ¿Usté va donde Alejandra?

—¿Tú sabes dónde está?

—No.

—¿Pero vive con tu mamá y contigo?

Carol negó con la cabeza.

—¿Sabes para dónde vive, qué barrio, se quedó en Ciénaga?

La niña se encogió de hombros y adelantó el labio inferior por sobre el superior. Köell suspiró contrariado y se volvió. Cogió su celular y empezó a marcar.

—A ver si Durango no se fue ya…

—Pero es una reina —dijo la niña.

El alemán paró de marcar y giró para mirarla.

—¿Qué dices?

—Mamá me contó eso, que ahora es una reina, por eso no vuelve.

—Me imagino que por eso, claro.

—Yo me quiero ir con ella, no quiero volver a Belén, ¿me va a llevar?

Köell quedó pensativo en esa misma posición, observó el vestidito harapiento de la niña (uno de los breteles estaba caído hasta el brazo), observó los pies descalzos y embarrados. Un calor abrupto subió por la raíz de sus muslos y conmovió el sueño de sus genitales. Después miró fuera del auto en cada dirección por si alguien los observaba. Prendió el motor y arrancó.

— Cuatro —

Dos días y seguía sin poder abrir del todo sus ojos. Escuchaba el rumor del motor, la lancha se adentraba en la ciénaga y murmuraba ella también, algo inaudible, el nombre de su hija menor. Iba encorvada sobre sí misma, con los brazos cruzados sobre el regazo, tratando de mantenerse de una pieza y no caerse del jhonson. El agua y el cielo formaban un mismo telón negro separado por una línea púrpura que se afinaba cada vez más. Los manglares a cierta distancia, recortados como una multitud fantasmagórica a la luz de la luna, un debilísimo resplandor amenazado por nubes cargadas de agua. En su cabeza pronto fueron más los árboles, a uno y otro lado del bote, conformando un túnel de selva retorcida que estiraba sus brazos de mangle para alcanzarla. Relámpagos querían encender el firmamento y el rumor de la tormenta llegaba como amenaza.

—Ayúdenme ustedes —murmuró esta vez y cerró los ojos—, tráiganmela.

Creía, como todos en el pueblo, en los espíritus del manglar. Ella, sin embargo, no les había pedido nunca porque pensaba que no era digna de hacerlo. O porque creía que ellos podían propinarle castigo por sus pecados.

—Por favor… —invocaba ahora, con los ojos cerrados.

El pueblo de palafitos apareció luego como docenas de oscuros insectos de patas largas que emergían del agua.

Estaba decidida a hablar por fin. Por la mañana iría a la policía y denunciaría la desaparición de Carol. Durango no había vuelto a Nueva Belén en los dos días siguientes y, cuando Carmen lo llamaba desde el teléfono de alguna tienda de Ciénaga para preguntarle, contestaba que ya tenía una pista de dónde podía estar, que estuviera callada porque se la iba a devolver. Ella igual regresó cada mañana a la ciudad para recorrer la plaza y las calles vecinas. Consultó a la misma gente cada día, pero nunca a la policía. Cuando le preguntaban si había dado aviso a la ley, ella mentía diciendo que sí, que todos estaban trabajando en eso. Llevaba en la mano una vieja foto, aunque la niña ya ni siquiera se parecía demasiado. Había otra niña preadolescente junto a Carol. Ambas miraban a la cámara. Ninguna sonreía.

En esos dos días no pudo mantenerse sobria. Durante la búsqueda por las tardes, todavía iba picada del ron de las madrugadas en vela. Por las noches, en la soledad de su palafito, seguía bebiendo lo que le quedaba de trago. No comía. Permanecía llorando, lamentándose de su suerte. Aunque la noticia sobre la desaparición de Carol se regó en el pueblo por boca de Alfonso, el lanchero que después del trabajo la ayudaba a buscar y la llevaba y traía cada vez a la costa gracias a la confianza que los unía como ocasionales amantes, nadie se acercó a consolarla. Algunos no creían la historia, pensaban que la mujer había vendido a la niña; otros confiaban en que fuera cierta y Carol hubiera escapado por fin de su vida horrible. Las canoas pasaban en las madrugadas para su rutina de cada jornada y los pescadores miraban la casita amarilla de madera podrida, sostenida de milagro, y casi podía sentirse la inminencia del desbarranco. De regreso al mediodía, tampoco veían a nadie en la puerta, nadie asomándose en una ventana. Oían, sin embargo, a veces, el lamento loco de la ebriedad y la desesperación.

Cuando llegaron a la casa en ruinas, la luna se había apagado como la luz de una vela

apretada por dedos de cumulonimbos. Caían las primeras gotas gruesas. Todos en Nueva Belén esperaban que lloviera después de tanta sequía para cargar los toneles y juntar el agua de la semana.

Carmen no le prestó a eso la mínima atención. Alfonso la dejó en su cama y ella dormía ahora abrazada a una muñeca de plástico, una muñeca desnuda, la única muñeca de Carol. Había caído luego una borrachera de horas que comenzó en el pueblo y, así todo, un ruido la despertó. Fueron las ventanas batiéndose, una brisa fuerte que se levantó sobre la ciénaga. Era el soplo de la tormenta, pero la mujer pensó distinto, y la angustia le atrapó el corazón como una garra. Se incorporó y les habló a los postigos.

—¿Sí la traen?

Se levantó a los tumbos de la cama y tuvo la intención de salir a la puerta del palafito. Se detuvo de repente. A sus ojos la atmósfera del cuarto se cubría de una densa niebla, el sueño aún le pesaba. La casa se conmovió en temblores y parecía a punto de ceder para hundirse en la oscuridad absoluta de las aguas. Un chisporroteo de refocilos le iluminó el rostro.

—¿Sí van…?

Lloraba y se agarraba de las paredes. Entrecerró los párpados para afinar la vista, casi segura de lo que estaba viendo a través de la niebla. En el marco de la puerta. Una silueta difuminada, o dos, o tres, y luego la multiplicación de siluetas que tomaban forma. Sabía que así vendrían un día. Los había visto en sueños, muchas veces, y ahí los tenía dentro de su sala: cincuenta tipos apiñados como sardinas, hablando al unísono en un parloteo ensordecedor. Sangraban por los ojos y tenían heridas abiertas en el cuerpo que exponían vísceras, huesos, músculos. A algunos les faltaba un brazo o una pierna o media cara.

Enseguida volvieron a juntarse en una sola sombra, o dos, o tres, los ojos de Carmen no podían precisarlo. No traían a la niña.

—¿Y Carol? —escuchó que le preguntaban a ella.

Se desplomó, arrodillada, y hundió la cara entre las piernas. Sus labios se separaron en un desgarro mudo. Supo que no iban a ayudarla. Supo que los espíritus del manglar no tendrían piedad.

— Cinco —

Sí, era evidente, hasta para uno que lo agarran ya de tarde, dormido —y dormido quiere decir apoltronado en el sofá de cuero de mi despacho, tresquince con aguardiente Cristal—. Pero esos zapaticos de marca y el pantalón pinzado y esa camisa de seda tan bacana abierta hasta el tercer botón; la cadena de oro entonces, la esclava de idéntico metal, el anillo de sello que parecía más un chupo de bebé. Y no en número de uno sino de dos personajes, sendas caras de mico enojado, dos babillos que no había sino que palparlos apenitas para saberlos enfierrados, tocarles la nueve o la 38 detrás del cinturón; y la navaja también, que nunca les vaya a faltar por la Virgen del Carmen.

Pero venían recomendados por «gente conocida de la institución» y, no voy a negarlo, el trabajo me jugaba a las escondidas por esos días, como si hubiera caído a la ciudad la peste de la fidelidad o nadie quisiera enterarse por el oficio de este servidor de las aventuras amorosas de su concubino; o a nadie le interesara recuperar el contacto con un viejo amigo perdido, o con esa joven madre que supo abandonarlo de bebé en el pesebre gigante de los supermercados Olímpica (juro que me tocó ver esa vaina, nojoda).

Qué más. Así es el tema de la demanda y la oferta o al revés, y a mí me faltaba mucho de la una y me sobraba de la otra. Jueputa situación crítica la mía entonces. Encerrado en esa oficina calurosa del Centro Cívico, Edificio Colonial, una ventana apenas hacia el Paseo Bolívar (que mantenía cerrada casi siempre por el ruido y la sopladera caliente) y un abanico de pie que traqueteaba, volviéndome loco en la espera de la nada misma, una puerta con mi nombre que no se abría sino para traerme boletas de pago y amenazas de evicción.

Estos dos manes entonces. Les pedí un minuto luego de ofrecerles asiento, fui al baño a mojarme la cara a ver si se me escurría el guayabo tan tremendo y volví a escuchar lo que tenían que decirme. Mi primer caso en tres meses y medio.

Encontré sobre mi escritorio un attaché cerrado y encima una foto de 15x10. Una pelaíta de unos ocho o nueve años, flaquita, con pelo de muñeca sucia, de sus huesos colgaba un vestido amarillo desteñido. Sonrisa tímida, ojos tristísimos, o eso me pareció a mí, que tengo sensibilidad para los malestares del espíritu.

—Tiene nueve años —dijo uno de los visitantes, el que se había sentado; el otro permanecía de pie, unos metros detrás, mirando con desconfianza un arrumbamiento de botellas de aguardiente que desbordaba de una caneca junto al sofá. Observé impresionado la cicatriz profunda que le cruzaba la frente, le cabalgaba la nariz ganchúa y aterrizaba en el mentón, deformándole antes la boca como repulgue de empanada—. Se llama Carol Arroyo. Es de Nueva Belén, Ciénaga, vive en los palafitos. Está perdida y queremos que la encuentre.

—¿Perdida o se la llevaron?

—No lo sabemos.

Recién empezaban y algo ya no me cerraba. Esa niña tenía un origen humildísimo a toda vista. Un pueblo de pescadores de la Ciénaga Grande.

—Ajá, ¿y ustedes qué son de ella? —pregunté, todavía deslenguado por efecto del guaro.

—Nosotros nada. Pero la persona que necesita encontrarla, sí.

No te digo, pensé yo. Escoltas.

—Y esa persona es…

El man que hablaba (porque hablaba uno solo de los dos) inclinó el cuerpo sobre mi escritorio en señal de confidencia, aunque nunca bajó el volumen de su voz.

—La persona va a querer que no se sepa su nombre. Tampoco el motivo de su genuino interés por el bien de la niñita. Todo lo va a tratar conmigo, mucho gusto, Rubén Aparicio. Esto es de muchísima urgencia, se imaginará.

—Pero es desaparición de persona. Una menor, pa´ colmo. Es cosa de la policía.

—A la policía no la vamos a meter en esto —dijo mientras movía la cabeza negativamente y me clavaba su mirada torva; arrugó entonces la nariz y volvió a su posición original en el asiento—. ¿Usted sí está pendiente de todo lo que le hablo? Porque su aliento me dice que lo encontramos tratando de olvidar.

—Qué va. Suéltala.

—Lo voy a poner en conocimiento de una vaina muy tesa, usted va a ver. Pero antes necesito que me diga si va a aceptar el trabajo. No se preocupe por su platica, porque se le va a pagar muy bien.

—Si es tesa la vaina mejor me la cuenta primero y después le digo si acepto.

El boquineto murmuró desde atrás algo inaudible y miró a su compañero. Este asintió, abrió su attaché, sacó otra foto, más borrosa que la anterior, y la deslizó hacia mí. Se trataba de una mujer de aspecto descuidado, aunque no del todo fea, ojos negros y brillosos como semilla de zapote, el mismo afro desmechado y sucio que la pelaíta.

—Esta yegüa —puso un dedo sobre la foto—. ¿Sabe cuál era el negocio de esta hijueputa?

Hizo una pausa y yo miré impaciente al bollazo que tenía por compañero. Qué negocio tan tremendo podía irritar al escolta de un man que quería permanecer en las sombras, pero asomaba como un duro.

—Se llama Carmen Arroyo, se prostituye. Tuvo dos niñas de padres diferentes, hombres al paso, vivía con ellas en una casucha miserable sobre la ciénaga. Gente pobrísima.

—¿Y de dónde les asusta ese negocio tan viejo?

—Espere y va a ver. Esto fue hace unos años, cuando aún no nacía Carol. La mujer estaba sola con la niña más grande, la visitaban sus amantes ocasionales nada más y le dejaban unos pocos pesos. No tenían a veces ni para comer. Un día apareció este muchacho, un malparido que le ofreció un negocio repugnante. El tipo hacía contacto con enfermos que les gusta esa vaina con los pelaos. ¿Pederastas se dice? Bueno, hacía contacto con gente extranjera que venía de turismo sexual a las tierras pobres del Magdalena, Cartagena, todo el Caribe colombiano. Gente de Europa, Norteamérica.

De pronto el guayabo empezaba a evaporarse de mi cabeza, dejando una leve puntada en las sienes y un nudo ardiente en la garganta. Aparicio siguió hablando.

—La niña tenía como diez años cuando esta mierda de mujer la empezó a prostituir también. Cuando la pelá tuvo edad suficiente, catorce o quince, por ahí, se escapó. Esta otra niña, Carol —tocó de vuelta la foto de la muñequita sucia—, era muy chiquita cuando su hermana voló, pero ahora tiene la edad de empezar en esta porquería también. Mi patrón se enteró y quiere sacarla de ese infierno. Pero antes de poder rescatarla, ella desapareció. Usted nos la va a encontrar.

—Espera, espera. ¿Hace cuánto desapareció? ¿Qué dice la mamá?

—Dice que hace como cinco días estaban las dos de compras en Ciénaga y en un descanso en la Plaza Centenario, la niña se escapó o se la llevaron. La mamá no sabe cuál de las dos

cosas porque estaba con trago encima. Dice que no se la vendió a nadie, pero quién sabe. Esa mujer es un estropicio, drogadicta, viciosa, habla incoherencias.

—¿Y no hizo ahí la denuncia?

—Eso es lo que nos obliga a pensar que esconde algo sucio y lo relacionamos con lo que les hace a sus hijas.

—Sigo sin entender por qué no siguen ustedes el camino más fácil y van al comando a denunciar a esta mujer y que confiese a quién le dio la niña. Pero bueno, asumo que su patrón y la poli no se llevan precisamente bien.

No asintió ni negó ni sonrió siquiera. Solo me mantenía la mirada con intención de apurar mi respuesta. Sabía hacerse el teso.

—¿Quién es el man que hace de intermediario con la gente de afuera? Se me ocurre que ustedes solos pueden ocuparse de sacarle algo a ese también.

—Se llama Elmiro Abanta Durán, le dicen Durango. Tiene una agencia informal de turismo en Santa Marta, bah, una agencia sin oficina: organiza free lance paquetes y salidas turísticas en chiva y catamarán por el Rodadero, Playa Blanca, Tayrona. Esa es su tapadera porque después trafica pornografía infantil por internet, así contacta a sus futuros clientes. Y sí, nosotros solos podríamos preguntarle qué sabe de Carol si lo encontrásemos, porque se voló de su casa en Santa Marta. Se lo tragó la tierra, como quien dice. A eso se dedica usted, ¿no? A encontrar gente que se la traga la tierra.

Esta vez se trataba de una niña, era algo distinto, quise decirle de una vez. Todo el tiempo de la entrevista estaba posponiendo yo el pensamiento íntimo que me obligaba a decir que no, que no tomaría el caso, tratándose justamente de una niña. Me guardaría las razones personales. Mi punto débil en esta perra vida. Mi horrible tormento…

Pero ñerda, ya comenté el estado crítico de mi economía. No podía seguir mamando cable, sobreviviendo a ron barato y arropilla. El espejo del baño me devolvía cada vez el reflejo de un nuevo hueso de mi anatomía. Me estaba llevando el putas.

—Bueno —dije titubeante y señalé el attaché—, supongo que ahí me trae los datos que necesito para arrancar, la ubicación de esta mujer en Nueva Belén, lo que sepan del vergajo de Santa Marta.

—¿Toma entonces el trabajo?

Asentí con secreta reserva. Desaparición de una menor, una red de pedofilia, el trato con un probable fantasma de la mafia, a espaldas de la poli. Cosa tremenda. Pero estaba contra las cuerdas. Miré al otro adefesio, que se entretenía con las curvas de una rubia en el almanaque de la pared, y luego a Aparicio.

—Vamos a discutir mis honorarios pué.

— Seis —

Aquel día en que acepté el trabajo, me fui enredando en pensamientos oscuros hasta la casa del barrio Paraíso (la casa que todavía no era mía, no la sentía así gracias al espíritu de mi madre que todavía flotaba ahí, entre los corotos intactos, con sus camisones largos y su tos de fumadora crónica). Me puse a limpiar maniáticamente, había mucho polvo que limpiar, muchas cosas que guardar, otras tantas desechables, seguramente, y que no me iba a atrever todavía a desechar. La noche caía sobre Barranquilla. Era enero, los alisios aún nos tenían piedad y nos daban un respiro del calor inclemente en que se cuece comúnmente esta ciudad. La casa estaba vacía de todo lo que pudiera identificarme como su actual habitante; exhibía el ámbito sosegado y femenino, apenas erosionado por años de vida y repasos de creolina, las huellas espectrales del aroma eterno a sopa de guandul en la cocina y flores frescas en el jarrón de la sala, las huellas del paso por la existencia humana de una buena mujer a la que, a los setenta y pocos, se la había llevado la muerte demasiado pronto. No terminaba la casa de llenarse de mi humanidad compleja y autoabandónica, aunque me tenía eso sin cuidado y sin apuro, más ahora que caminaba entretenido y agobiado por el peso del saco que me echaba encima. Ese trabajo venía a sacarme de mi ostracismo como anzuelo al buche de pez enfermo.

Comí y me duché casi sin notarlo porque ya estaba en ese estado que, los que nos dedicamos a esto, llamamos «entrar en frecuencia». In the mood. Quizás fue la cena —el recalentao de arroz con cucayo y patacón—, o la manera como se revuelven las cosas en el inconsciente, de tal forma que todas las ideas se comunican y se entienden y equivalen a lo mismo, pero el sueño de la noche fue un rollercoaster de malas señales, donde yo braceaba hasta la cintura en aguas cenagosas, en la incertidumbre de una penumbra nocturnal, buscando qué cosa a ciegas mientras palpaba bultos debajo del agua. Iba sacando vainas, que bolsas, que palos de mangle, que pescados muertos… saqué una garza muerta del pescuezo… y cada vez que metía las manos y tocaba algo muerto, mi cuerpo temblaba y apretaba los dientes, pensando qué vaina, si de pronto buscando una cosa encuentro otra. Como dije, esa ligazón de historias, la de mi cliente y la mía personal, era un hecho inevitable. Desperté antes de que amaneciera, mal dormido, pero a salvo de una imagen que me hubiera arruinado el día.

La soñadera tendría siempre el valor de las premoniciones: para cuando los escoltas del señor misterio tocaron a mi despacho, Carmen Arroyo llevaba su tiempito en el infierno. Y así como el infierno la había recibido, la devolvió envuelta en redes. Un pescador cienaguero la descubrió haciendo peso en su atarraya, la madrugada del mismo día que escuché el nombre de la mujer por primera vez.

Era una información que los escoltas o bien no tenían aún o me ocultaron en su visita al Colonial. De cualquier modo, tuve una primera aproximación a la noticia por mi mala costumbre de acompañar mis desayunos de café solitario con el primer noticiero radial de la mañana, el noticioso de Jorge Cura en emisora Atlántico. Entre las crónicas de corrupción y diálogos de paz con la guerrilla sempiterna, hubo informe sobre algunos casos en los últimos meses de asesinato a turistas extranjeros cerca de Tasajera y Pueblo Viejo, que preocupaban a la Gobernación del Magdalena y a todo el sector turístico de ese

Departamento y de la Costa en general. Se mencionaron sus nombres, su origen europeo, y se hizo hincapié sobre la incisiva investigación que llevaba adelante la policía departamental. Como si se tratara acaso de un tema muy diferente, se coló a continuación el tema de la mujer descubierta flotando en el humedal de Ciénaga. Fue una comunicación rápida, imprecisa (no surgió el nombre siquiera de la occisa ni aventuraron una causa), pero la misma me abrió el ojo y me aceleró el corazón. Hombe, ¿podía ser? ¿Tan pronto y empezaban a aparecer cadáveres en esta historia?

No podía llegar a enterarme bien sino preguntando in situ, siendo situ el pobrísimo pueblo de pescadores en la Ciénaga Grande. Aun sin aquella noticia prematura, era el itinerario planeado para esa mañana. Preparé mis cosas en la hora siguiente (Pringamosa, mi compañera de calibre 38, requirió especial atención con grasa y cepillo), comprobé que mi cámara de fotos tuviera la batería full cargada, hice el bolso de «por las dudas», me monté a mi Mazda 323 modelo 87 y, después de un caprichoso arranque, rumbeé en dirección al Magdalena.

Hombe, que el Caimán se fue de Barranquilla, volando como golero, porque la cosa requería moverse rápido, y rápido necesitaba yo la platica de la vuelta.

Crucé el puente Pumarejo, pequeño el Mazda entre camiones tractomula, lento entre veloces puerta-a-puerta, y eché una pensadera distraída sobre Pensilvania, ese islote ahí abajo en el río, donde Marianito, antiguo colega, perdía medio sueldo apostándole a los gallos. ¿Cuánto que no me iba tranquilo a las playas del Rodadero, a tomarme una sopa de aleta de tiburón o comerme una raya ahumada con plátano pícaro? En la memoria no podía verme, sino mucho más joven y contento con la vida, rodeado de amigos y de música (la música, siempre combustible de mi memoria, arrullo de mi presente); ahora me sentía como esa isla que dejaba atrás, hecho de sedimentos y despojos y reverdeceres caóticos.

A poco de llegar al corregimiento cienaguero me enteré de la noticia porque me había ido acercando de a poco al lugar, deteniéndome un poco en el mercadito fangoso donde los limpiadores y destripadores preparan el botín de lo cayucos. El run-run se alzaba todavía por encima del porro continuo que escupía la radio de algún puesto y por encima del choque de los cuchillos.

Que «muy trabada se habrá caído»

Que «mira tú, eso la mataron»

«Pero igual bien muerta está»

«¿Y las niñas?», «¿qué fue de las pelás?»

Yo caminaba entre los puestos, dizque interesado como quien va a llevarse unas arepitas de macabi o un kilo de tilapia, y ya me estaba haciendo la idea de quién hablaban. Me hacía la imagen también, la peliculita de gánsters, con la aparición estelar de Aparicio y Brad Pitt en la casa de la mujer, cómo la habrán querido hacer hablar y cómo habrán reaccionado ante la imposibilidad de sacarle algo. También es cierto que es lo primero que pienso siempre, me gustan las películas de gángsters. Quizás de verdad había caído al agua y se había ahogado, quién sabe.

Avancé hasta la playa donde se apretaban las canoas. Para esa hora el pescado ya estaba casi todo vendido y muchas se habían retirado. Busqué alguna lancha a motor, dos quedaban nomás, y elegí, de entre dos rostros curtidísimos por el sol, aquel que tenía el bote vacío. Era un muchacho de veintipocos, pómulos picados de acné y cachucha de Pepsi. Tiraba al agua restos de hielo.

—Buen día, perdona. ¿Vienes de Belén?

El pelao me miró un segundo, asintió, y volvió a prestarle atención a la caneca de hielo sucio.

—Estaría necesitando llegarme al pueblo. ¿Me llevas por diez mil barras?

Esperó para contestarme, no porque no lo tentara el dinero (si acaso había hecho esa misma plata pescando desde las tres de la mañana), sino porque estaría preguntándose qué quería yo por allá.

—Si me espera unos minutos lo llevo —dijo sin más.

—Y necesito regreso.

—Diez más el suyo y diez el mío.

Traté de parecer casual cuando hice la siguiente pregunta («¿Sí conoce la casa de esa mujer, la que apareció flotando?»), pero no sirvió de mucho. El mancito ahí sí me prestó más atención, se sacó la gorra e hizo visera con la mano para observarme varios segundos.

—¿Usté es policía?

—Periodista —mentí y saqué la billetera—. Y si me regalas el cuento salen diez barras más.

Se pudo haber creído la vaina, o no, pero extendió la mano para recibir los billetes («Ignacio, a la orden» se presentó), terminó de vaciar rápido sus cajas y saltó con agilidad de la canoa. Al rato prendió el motor y arrancamos para Nueva Belén. En el viaje empezó a contarme la historia.

—La señora era bien conocida entre nosotros. Apareció por el pueblo después de la matanza esa que hubo.

Mi boga debía ser un pelao cuando, a principios de siglo, en una historia muy conocida por acá, cayeron los paracos y balacearon a un poco de personas acusándolas de colaborar con la guerrilla. Eso te daba una idea del monstruo ubicuo en que se transformó la guerra en este país. Que sus garras llegaran a ese pueblito de doscientos años, ahora moribundo y a medio hundir, perdido dentro del humedal más grande y olvidado del mundo.

—El pueblo se vació luego de la masacre. La gente agarró sus cosas y nos desplazamos a la ciudad. Nos moríamos de hambre, mire. Yo mismo, pelaíto, pedía limosna en Barranquilla. Un año no duramos, escuchamos de otra gente que se estaba regresando, tomamos coraje y nos volvimos. Esa mujer, Carmen que se llamaba —pronunció «Cammen»—, aparecida de la nada, ya estaba de pronto instalada en un palafito abandonado y ahí se quedó siempre. Tenía una pelaíta pequeña, decía que era viuda de un pescador de Tasajera al que agarró un tiburón y lo desangró. Y como le digo, todos pronto empezaron a hablar de ella. Que cómo hacía para mantener esa niña si no tenía marido. Que de dónde sacaba para el trago o para el vicio de la marihuana que tenía. En la aldea todos somos pescadores, toditos, no hay otra cosa acá. De pronto se vio que caían machos a su casa, o sea, como que era la puta del pueblo. Dicen que se vendía en la plaza de Ciénaga también. Acá había pelaos que preguntaban, ajá, la necesidad, usté sabe, y la mujer los paraba echando, que ella no era una prostituta, que se fueran al carajo. Nada, era solamente que a ella le gustaba de repente un man, algún pescador jovencito, y se lo llevaba un tiempo. Hasta que uno le hizo otro hijo, una pelaíta mejor decir, ahora debe tener unos… ocho años, nueve de pronto.

Estábamos bien adentro en la ciénaga, el agua tenía un color verde inquietante y empezaban a verse las islas de manglares.

—Y comenzó a hablarse de lo otro. Un man que venía en lancha y se llevaba a la niña más grande. La mujer quedaba sola unos días; sola, o aparecía uno de estos machos para consolarla. Después volvía el jhonson con la mojoncita. Se empezó a hablar de eso, la gente empezó a preguntarse qué otro negocio había ahí, quién era ese forastero que caía cada tanto a llevarse a la pelá. No sé si alguien se enteró de esa vaina allá, pero se llegó a la conclusión de que la prostituía también.

Paró de hablar y estiró una mano para barrer un poco de agua y refregársela por la cabeza y el rostro. Dijo lo siguiente mirándome, quizás para notar en el mío alguna reacción, pero yo debí figurarle impasible, aunque por dentro me encontraba perturbado ante una evidencia más (de cientos vividas) de que el mundo es una completa mierda.

—Había estado viviendo de eso la hijueputa, de su hijita. En eso algunos habían pensado en denunciarla, echarla del pueblo incluso, pero enseguida hubo miedo porque se decía que había gente pesada atrás, políticos, militares. Después de la matanza aquella, era como que nadie quería meterse con nadie, había temor, pero también desidia como quien dice, a nadie le importaba mucho nada.

Ignacio confirmaba mi apreciación de cultura moribunda. La troncal a Barranquilla había cortado hacía mucho tiempo la comunicación entre la Ciénaga y el mar, y donde antes se juntaba de a mucho el pescado de agua salada y el de agua dulce, ahora los pescadores solo traían de estos últimos y en cantidades ínfimas. La contaminación aumentaba. Una contradicción enorme terminaba de ahogarlos: en medio de tanta agua para pescar no tenían agua para beber.

Ya llegábamos al pueblo de palafitos e Ignacio apagó el motor y se puso de pie para agarrar el mangle larguísimo y bogar entre los canales que separaban las casas de tabla y colores apastelados. Había niños nadando, perros, puercos que aprendieron a nadar también. Hasta los gatos nadaban para ir de un lado a otro. Las mujeres tendían la ropa al aire libre o pelaban escamas o solamente tomaban el fresco en una mecedora. Los hombres iban y venían en sus piragüas, trayendo el mercado o el agua potable que debían comprar en bogaductos o en tierra firme. Las elegantes garzas blancas aleteaban sobre los troncos clavados en la ciénaga. El tiempo, como suele decirse, parecía detenido, y la gente observar a su alrededor sin ansiedad, con la paz indolente de la miseria o la resignación del condenado a existir.

Los niños jugaban, sin embargo; había una radio prendida en música champeta y los niños bailaban. Eso, señores: Caribe profundo.

—¿Y cómo fue esto que pasó con la mujer? ¿Alguien vio algo?

—O no vieron, o no quieren decir. Ya estuvo preguntando la policía, casa por casa. Igual todos dijeron que esa mujer paraba borracha o trabada. No es raro que se haya caído.

—¿Y nadie se pregunta por la niñita que vivía ahí?

—Eso se le dijo a la policía, que tenía una pelaíta, pero como ella estaba en esa inmundicia de la prostitución, nadie se acordaba haber visto a la niña el último tiempo. De pronto ya se la había vendido a un gringo.

Eso último me dejó pensando. Me preguntaba qué actitud había tomado la policía, si había prendido la alarma de la desaparición de una niña. Era lo que correspondía, pero por estos lares, en relación con esta pobre gente anfibia, uno nunca sabe. Tomé nota mental: la idea me convenció de hacer una llamada más tarde para averiguar si la policía estaba ocupándose.

Ignacio dejó de remar y dejó que el bote se deslizara suavemente, apuntando en dirección a una casa de madera que alguna vez fue amarilla y ahora se desgajaba mostrando los tablones descoloridos y comidos de verdín; tenía techo de zinc a dos aguas, varias ventanas en todo el perímetro y un pequeño corral lateral hecho con palos de mangle. La proa de nuestro bote golpeó finalmente los postes que sostenían la entrada principal.

—¿Va a querer subirse?

—Sí —contesté. No fue el raciocinio lo que me había llevado hasta ahí. Necesitaba empaparme del olor de la tragedia, invocar de alguna manera el espíritu extraviado de la niña.

—¿Va a tomar fotos?

—Con los ojos nomás.

Enderezó la piragua, la estacionó paralela a la casa y ayudó a subir a este hombre de tierra. La madera crujió bajo mis pies. La puerta permanecía del todo abierta y adentro estaba oscuro. Me asomé despacio, aunque no hubiera aparente motivo de precaución. La intuición no me falló. Hubo ruido de chécheres de metal y una sombra saltó en la penumbra, pero no en mi dirección sino hacia el rectángulo de luz de una puerta trasera. Hubo un chapuzón. Puse una mano atrás sobre la cacha de Pringamosa (oculta dentro de mi pantalón, debajo de la camisa), crucé atento la sala y observé desde la ventana a un niño que nadaba con un brazo solo y cargaba una bolsa plástica grande con el otro. Un raterito. En vista de la desoladora ausencia casi total de enseres, no me extrañaba que desde la muerte de la mujer la casa hubiera sido rapiñada muchas veces.

Me concentré en inspeccionar la casa. El espacio mayor lo compartían la cocina y el comedor. Del mismo no quedaba sino una mesa que tembló al tocarla apenas. No quedaban sillas y en el piso tuve que evitar un par de ollas machucadas, unos pocos utensilios oxidados y, regada por toda el área, alguna ropa hilachenta. El otro ambiente era una habitación con una sola cama que no tenía colchón. Sobre los tablones dormía una muñeca desnuda. La recogí y mirarla me produjo un escalofrío. Tenía una cadenita de caracoles rodeándole el cuello. Dejé la muñeca y me guardé el collar en el bolsillo de la camisa. No lo dije, no lo pensé siquiera, pero había en el gesto una promesa implícita. No iba a parar hasta devolverle a la niña esa cadenita.

Regresé al jhonson y le señalé a Ignacio el niño que se alejaba a una distancia de veinte metros y braceaba con dificultad por el peso de la bolsa. Cuando nos acercamos, el pelaíto se detuvo de nadar.

—Súbete, te alcanzamos —le ofrecí.

El niño me miró con desconfianza y escupió agua. Debía tener, como todos los niños de por acá, un estómago de hierro. No había bacteria en esa agua pantanosa que pudiera matarlo de disentería. Después miró a Ignacio.

—Es periodista, tranquilo —dijo el pescador.

—¿Dónde vives? —le pregunté y señaló el palafito siguiente, una casilla celeste a quince metros, la más próxima a la casa de Carmen. Le estiré la mano. —Bueno, ven que te llevamos.

Me alcanzó entonces la bolsa (adentro hubo ruidos metálicos) y subió con agilidad de mono titi. Igual se sentó bien adelante, lejos mío. Debía tener diez u once años. Me incorporé un tanto haciendo equilibrio y dejé la bolsa a sus pies; luego volví a mi lugar al medio de la canoa.

—¿Cómo te llamas?

—´duardo.

—¿Conocías a la niñita de ahí, Eduardo?

Asintió arrugando la nariz e inspirando más mocos que aire.

—Carol —dijo.

Escuchamos un grito.

—¡´duardo! —Era la madre del niño, una mujer alta, blocúa, que usaba una pañoleta de colores vivos—. ¡Qué vaina hablan con mi pelao!

No pregunté más nada, esperé a arrimarnos. Me apuré a tomar la bolsa y la arrojé sobre los tablones de galería del palafito azul. Cogí a Eduardo de la cintura y lo ayudé a subir de un solo impulso. La mamá se antepuso a su hijo, emputada a todas luces, y lo expresaba en su mirada intensa.

—No se preocupe, doña. Soy del Informador, vengo por lo de la señora Arroyo.

—¿Señora? Ay, mijo… —sonrió con una mueca sardónica.

—¿Será que vieron algo desde aquí?

—No vimos nada.

Debajo de su afán negatorio se le notaba cuero de chismosa, esa vaina se ve enseguida.

—El diario paga la información —saqué la cartera e hice el gesto de abrirla.

—¡Guarde eso! —dijo asustada y miró a todos lados.

Ahí me hizo con la cabeza el gesto para que suba. Miré a Ignacio y le dije que me aguantara. La doña me hizo pasar dentro de la casa y una vez ahí me dio la mano.

—Amparo —se presentó.

—Efraín.

Era un espacio poco más grande que el de la casa anterior pero cuidado con primor, ordenado, limpio. Clavada en el techo, una botella de plástico transparente con algún líquido, amplificaba la luz solar para iluminar el interior con la misma eficacia que un foco de luz eléctrica. Una imagen del sagrado corazón presidía la sala desde la pared del fondo. Abrí de nuevo la cartera y le ofrecí veinte mil. Los tomó, se metió la mano en el escote y atesoró la plata en el corpiño, apretada ahora contra una masa de busto donde no había lugar para los débiles. Se cruzó entonces de brazos y quedó mirándome fijo.

—Yo sí creo que se ahogó sola. O sea, se suicidó pué.

Suicidio. Era una teoría nueva, aunque prematura.

—¿Por qué habría de suicidarse?

—Alfonso, el man que se la comía a lo último, dijo que ella fue a pedirle ayuda. Estaba desesperada porque se le perdió la pelá. Ese día estaba más borracha que de costumbre. Y siguió así porque yo la veía, lamentándose siempre, se oía el llanto hasta acá. Pero mire, lástima no podía darte esa yarará. La pelaíta sí, claro, pobrecita.

—Pero cómo se le va a perder si aquí solo hay agua alrededor. ¿No será que se ahogó también la niña?

—Ella no dijo eso. Dijo que la llevó al pueblo, se le perdió ahí. Con Alfonso preguntaron a todos los que pudieron en el mercado, a los pescadores, a todo el mundo. Y nada. Y yo digo: mejor. Ojalá se haya ido a algún lugar mejor. A esa niña le esperaba una vida muy dolorosa, vea.

—Así que la mujer pudo haberse caído borracha al agua.

—O como le digo, por fin la torturó la conciencia de todo el mal que les hizo a la otra hija,

la mayorcita, y se suicidó.

—Esa pelá, la mayorcita, ¿dónde está ahora?

La mujer pareció dudar y miró a Eduardo, que se había sentado en una mecedora de tiras de plástico y nos prestaba toda la atención. Por sobre su cabeza y a la izquierda, colgaba de un gancho un disfraz pequeño, seguramente del mismo niño, un enterizo verde con pedazos de icopor adosados que simulaban troncos trepadores. También en ese pueblito tenían su carnaval.

—Ah, eso no sabemos. Alfonso dice que se le fugó hace unos años y bien que hizo.

—Este Alfonso, ¿dónde vive?

Ella empezó a negar con la cabeza antes de hablar.

—Eso no le puedo decir tampoco. Pero lo que sí le digo es que se perdió de acá un tiempo.

—Y eso por qué.

Siguió negando, pero su silencio quería decir que la respuesta a mi pregunta tenía un precio más alto. Saqué diez mil y se los mostré. Todavía hizo el teatro de dudar la muy bellaca, pero los tomó y los llevó también a su infranqueable tetamenta.

—Se perdió porque yo le dije lo que vi.

Hizo una pausa y yo suspiré de impaciencia, mientras me pasaba una mano nerviosa por los cabellos despeinados por la ventolina de la navegación.

—Los periodistas no revelamos la fuente, puede hablar tranquila.

—Bueno. Esto fue dos noches antes que encontraran el cuerpo flotando. Eran como las diez, oí un motor que se acercaba, me acerqué a la ventana y vi dos personas que llegaron hasta la casa de Carmen. Dos hombres. No se veía mucho, no podría reconocer una cara, había una luz apenas dentro de la casa, pero por la sombra se notaba que uno era alto y robusto, como bien vestido. El otro era más bajito, pero cuerpudo también. El lanchero no era de por acá.

Mi cara no hizo un gesto, mi cabeza ya identificaba los tipos, no soltaba la escena de película de gángsters.

—Eso hubo gritos. De parte de los hombres hubo gritos de discusión, y de ella también, aunque los de ella eran gritos de dolor. Ay, ay. Como si le estuvieran pegando, me entiende. Después todo se calmó y vi que ellos se regresaban en lancha. Me quedé esperando pero rato largo. Carmen no salió más. Ya estaba muy oscuro y la casa apagada.

—Y dos días después la encontraron mirando el fondo de la ciénaga. ¿Pudo ser entonces que «la suicidaron» más bien?

—Por eso le digo que se asustó Alfonso. De pronto lo buscaban a él y no a Carmen.

—¿Y a él por qué?

—Bueno, ajá. Ese Alfonso hace sus travesuras también. Acá lo conocen todos porque nos vende el agua para beber, para cocinar. Ahora que se las picó estamos fregados, vea. Tenemos que ir hasta el caño y juntarla con canecas. Eso es una pelotera de gente a la mañana nojó. Bueno, como le digo, este Alfonso. Dicen que además vende bareto en Santa Marta.

Miré al pelao que seguía lo más fresco meciéndose y mirándome como si tuviera monitos en la cara. Me dije que ya no iba a sacarle más nada a esa mujer. Agradecí y me volví para salir. Escuché entonces una última cosa a mis espaldas, la voz de Amparo.

—Ponga en su nota que aquí se vive tranquilo.

— Siete —

Unos días antes el carro rentado había dejado atrás el Magdalena —los sucesivos pueblos de pescadores ubicados en la delgada franja de tierra apretada entre la ciénaga y el Mar Caribe — y había cruzado el río también, entrando al apretuje de taxis amarillos y bicitaxis de la Simón Bolívar. La potencia del aire acondicionado aliviaba el trancón, pero Köell no dejó de sentir nunca que empezaba un nuevo escape, acaso más peligroso, acaso más excitante; rodeó la ciudad por la circunvalar, transitó largamente siguiendo el GPS incorporado al tablero y reingresó por el centro histórico al norte de Barranquilla. A partir de ahí tomó una calle que lo condujo directamente al hotel donde se había alojado siempre, desde la primera vez que lo aconsejara, varios años atrás, un taxista del aeropuerto.

Era un hotel de pasajeros modesto, una casa grande más bien, de dos pisos, con habitaciones pequeñas y contiguas (cuatro en cada planta) en el barrio Los Nogales. Había garaje para dos carros apenas, pero de todas formas estaba de prisa. Parqueó junto a la acera de enfrente.

—Acuéstate niña —le dijo a Carol por segunda o tercera vez desde que ingresaron al espacio urbano. La niña en realidad ya se derrumbaba en el asiento posterior, vencida por el sueño del viaje. El alemán igual le habló—: Espérame aquí.

Por las dudas, una vez afuera, selló las puertas con el control automático. Dejó el contacto con el aire prendido, era media tarde y el calor no aflojaba. Entró a la sala recepción del hotel y le abonó a la encargada la tarifa convenida de un día entero. Fue él mismo por su maleta rígida y su bolso, se despidió sin mirar atrás y regresó a la camioneta.

Carol estaba del todo dormida a lo largo del asiento. Köell se detuvo durante varios segundos a observar el vestido ruinoso (el calzón podía transparentarse de lo gastado de la tela) y los piecitos sucios. Volvió luego a la posición frente al volante y se restregó los ojos para alejar las imágenes instantáneas, sensuales, de su cabeza. Tenía hambre, pero antes debía hacer una parada más. Buscó en el GPS la tienda comercial más cercana. A dos kilómetros había una Olímpica. Manejó hasta ahí, entró al estacionamiento y, habiendo sellado de nuevo las puertas, dejó a la pequeña durmiente adentro, cubierta por completo con una inmensa camiseta suya.

Todo el supermercado estaba invadido por el espíritu de carnaval. Grandes muñecos colgantes, ataviados de disfraces grotescos y coloridos; colgaban también guirnaldas amarillas, verdes y rojas; las empleadas de caja con collares y bandanas de iguales colores, los varones con camisetas alusivas; las promotoras invitaban ofertas de carnaval y en los parlantes sonaba música de fanfarria que al Alemán le resultó aturdidora. Fue directo al área de ropa infantil, eligió a ojo tres vestidos diferentes para niñas de diez, dos cambios de calzón rosa, compró un par de sandalias y una cachucha con motivos de Disney. De ahí pasó al supermercado y, apurando sus pasos por temor a que descubrieran a la niña dentro del auto, compró comida para llevar, algo de fiambre y pan. Pagó con dólares y, antes de salir del edificio, un hombre de seguridad lo detuvo interponiendo su brazo. La palidez natural de Köell viró al color de las víctimas a las que se les escapa la vida en un instante.

—Si me permite comprobar.

El de uniforme revisó su boleto de compras y se fijó en los productos dentro de las bolsas.

—Gracias por su visita, señor.

Köell no hizo un gesto siquiera, siguió hacia la escalera mecánica descendente y casi atravesó a las corridas el estacionamiento. Destrabó el auto y depositó las bolsas en el asiento del acompañante. Prendió el motor y se volvió a mirar a la niña. La destapó por completo y la visión del vestido levantado hasta el principio de los muslos le provocó una reacción placentera del ánimo, inconsistente y desconectada de la realidad urgente, que tuvo que refrenar otra vez girando su cuerpo hacia adelante y apretándose las sienes. Sacó su celular (cuya carga de batería mostraba su última raya), lo conectó al tablero con el cargador provisto en el auto y marcó un número.

—¡Alóo, alóo!

—¡Durango!

—¿Alemán?

—Sí, hombre, ¿qué me dices de Alejandra?

—Pero si… ¿qué quiere que le diga? Si hablamos recién que voy a buscársela y lo llamo cuanto la tenga hablada.

—Pero tutéame, carajo. Qué te pasa. Quiero saber si te dijo al final, Carmen, si te confesó a ti dónde está.

—Espere, espérate nojoda, la niña…Carol, ¿sabes qué pasó con ella? Porque se la tragó la tierra.

Hubo una pausa de segundos que convenció al colombiano de que las cosas no podían estar peor.

—Alemán… ¿tú la tienes?

—Se me subió al carro, no me di cuenta hasta que estaba de regreso a Barranquilla.

—Pero, ¿cómo que no te diste cuenta?

—No me di cuenta, se debió meter cuando fui a la tienda a comprar una gaseosa y se escondió atrás.

—Tienes que devolverla antes que esto se prenda candela, párame bola, ¿dónde estás ahora así la busco?

—No voy a decirte. Vamos a hacer así entonces: dile a Carmen que tengo a Carol y que voy a devolvérsela cuando me de información de Alejandra. ¿Está claro?

— Ocho —

El cuerpo de Carmen Arroyo dormía hacía más de un día en una morgue cuando parqueé el Mazda a cincuenta metros de la casa donde, según Aparicio, solía vivir Elmiro Abanta Durán. Barrio Colón, Ciudad de Santa Marta, pasadas la dos de la tarde. Treinta y cuatro grados a la intemperie. Adentro de mi carro, con el aire dañado, no podía uno escaparse de ese infierno y me echaba viento con la agenda donde guardaba las fotos de la niña y su mamá, además de los datos proporcionados por los escoltas de mi cliente. Finalmente almorzaba mis dos arepitas del mercado y un agua para hidratarme.

Olímpica Estereo en la radio. Como si supiera, el Joe cantaba con los Latin Brothers:

A sol caliente iré, te buscaré, te seguiré
Y allí averiguaré por qué razón te fuiste ayer

Mi cabeza regresó a una verbena del ochenta y pico, en Siete Bocas, una parranda apoteósica. Una boca de rouge sangriento, una bemba maravillosa que recordaba en detalle, y mis manos que descansaban sobre una cintura epiléptica, pero el nombre de esa mujer, ay Dios mío, estaba perdido —como dicen— en la niebla de los tiempos.

Una canción del Grupo Niche, una del Binomio de Oro y diez publicidades gritonas del carnaval de Barranquilla después, la casa seguía durmiendo la siesta. Era una modesta casa de barrio de una planta, con perímetro de rejas de dos metros de altura, sin jardín. Nadie entraba, nadie salía. Un solo pelaíto intentaba hacer jueguitos con una bola´e trapo en mitad de la calle mientras texteaba en un celular. Los dos amigos que lo desafiaban a penaltis hasta hacía un momento, ya se habían metido dentro de sus casas. El resto de la cuadra permanecía desierta, hirviéndose en caldo de siesta.

Tocaba bajar entonces. Sobre el asfalto me tiré un chorro de agua en la cabeza, me acomodé los cabellos y caminé hasta la reja bajo el violento acoso solar. Miré primero: las persianas bajas, dos sobres de impuestos arrojados frente a la puerta. Toqué el timbre una vez, luego tres veces más. Ni a la triste ausencia le interesó asomarse.

—Se mudaron —dijo la voz a mis espaldas.

El pelao. Tendría once o doce años. La bola no paraba de ir de un pie al otro.

—Buenaaa, Pibe —me acerqué con expresión amistosa—. Venga.

Recibí el baloncito y ahí me acordé que lo mío es el béisbol. Lo pisé entonces, nada más, y señalé la casa enrejada.

—¿Sí conoces a la gente de aquí?

—Sí, Claro. Ahí vivía Durango y la novia. Se mudaron.

—Eso te escuché. ¿Cuándo? —devolví el balón con el pie, cuidadoso, como quien aleja una mina quiebrapata.

—Unos días.

—¿Y sabes pa´ dónde?

—Eso depende de quien lo busca.

Pelaíto atrevido, ah. Por lo visto el tal Durango seleccionaba sus visitas. Y seguro que, en vista de los últimos acontecimientos, prefería no recibir a nadie desconocido.

—¿Y tú quién eres?, ¿la manteca o la mujé? —lo puyé, al tiempo que usaba mi sonrisa de cógela suave—. Si lo sabes, dímelo. Sale plata pa´ un raspao o pa´un boli.

En lo que iba del día me había gastado mi presupuesto de una semana. Doscientos míseros pesos eran probablemente lo último que quedaba en mi cartera. El precio de uno de cola con leche. Mientras el pelao dudaba, le sonó el celular y se lo llevó a la oreja.

—¿Rodrigo, hermanito? Hoombe tranquilo, te llevo esa vaina a la tienda entonces.

Cortó y me dijo «´joda, tengo que llevar después unos cajones de gaseosa. Mi mamá tiene una tienda».

—Bueno, dime dónde es que para Durango y puya el burro pa´ la tienda.

—Nombe qué va. Yo lo llevo. Más se apura uno, más trabajo le dan.

Sonreí por la lisura del mojoncito, aunque tampoco me relajaba del todo. Debía pensar bien cómo presentarme con Abanta. No podía calcular su reacción cuando entendiera que conocía su vaina, no podía prever qué iba a suceder entonces. Pringamosa iba ahí atrás, pipona de plomo, abstinente de fuego.

—Es en Pescaíto —informó.

Eso estaba a veinte cuadras mínimo. En el asiento acompañante del Mazda, el pelao (me dijo que le decían el pande), iba señalándome dónde doblar. Pescaíto también dormía en el sopor del mediodía. Circulaban algunas motos; un vendedor ambulante de frutas tiraba almohada debajo de un gomero.

—Párate acá —me pidió Pande y clavé el freno.

Me indicó una calle que terminaba al pie de la montaña. Parqueé bien junto a la acera y detuve el motor. El niño bajó y lo seguí hasta una de las últimas casas de la cuadra. La entrada era un pasillo de paredes altas frenteado por una reja pequeña sin timbre. Pande deslizó el cerrojo y seguimos por el corredor. Sonaba música fuerte detrás de la puerta del primer departamento. El pelao siguió hasta una segunda puerta de madera blanca. Era la última, no había otra dependencia en la propiedad. Golpeó a la puerta tres veces, con demasiada autoridad para su metro cuarenta de chipiricuatro.

—¡Durangooo!

Hubo silencio, pero pude percibir que alguien se apoyaba contra la puerta. Debía estar mirándonos por el ojo de pez. Corrieron el pestillo. Un ruido de chancletas se alejó entonces de la madera y alguien gritó.

—¡Abre pué!

Miré al pelao, que se encogió de hombros y abrió la puerta. Pasó él primero y me invitó a entrar. Era una sala en penumbras, una sola fuente de luz brillaba en la pared del fondo. La computadora estaba prendida sobre un escritorio largo, un tablón amurado de dos o tres metros, lleno de carpetas y papeles. La sombra de alguien sentado se recortaba contra el fulgor de la pantalla. Dejó de escribir en el teclado, no cambió demasiado de posición y giró la cabeza apenas para mirarnos de soslayo. Usaba gafas.

—¿Ajá?

—Que te buscan, mano.

—Enciéndete la luz entonces.

—¿Elmiro Abanta? —pregunté yo a la sombra, perdiéndole ojo al pelao. La luz se prendió y sentí el cipotazo en la nuca, un correntazo instantáneo que me aflojó las piernas y me anestesió unos segundos. Alguien me sostuvo, o pensé eso, pero estaba palpándome. Me sacó el arma.

Di unos pasos para estabilizarme primero y otro para girar después. Tenía una nueve casi apoyada en el puente de la nariz.

—Quieto marica —dijo un gordo de aspecto impresentable, remera del Unión estirada sobre su panza batracia y bermudas azul eléctrico. Chancletas.

Del otro lado tenía a un tercer man, un mariapalito a diferencia de aquel, de bigote, por lo visto también aficionado a apuntarle a la visita. Apuntaba como co*w*boy, desde la cintura con una mano; mi .38 le pesaba rendida en la otra. No podía sentirme más vulnerable. El lugar, gracias a la conciencia inmediata sobre la mierda que cocinaban dentro de esas paredes, me pareció ominoso y repugnante a partes iguales. Un crucifijo grande de madera en la pared sobre el escritorio lo hacía todo aún más perverso.

—¿Qué estás buscando con nosotros? —preguntó el gordo.

—Con ustedes nada. Con alguien llamado Elmiro, sí.

—Yo soy Elmiro —dijo el oficinista cuatro pepas, girando del todo su silla y mirándome de arriba abajo—. ¿Qué vaina tienes conmigo que andas por mi casa?

Busqué a Pande, el sapo de la mafia, y lo encontré que estaba apoyado en la pared con los brazos atrás, muy tranquilo. El señor Barriga, sin sacarme la nueve de encima, le hizo un gesto para que se fuera por donde vino.

—Me llamo Efraín Sánchez. Quería hacerte unas preguntas. De pronto, una sola me alcanza —le dije a Durango.

—¿Eres policía?

—No.

—¿Y entonce´?

—Investigador privado apenas. Tengo mi tarjeta en la cartera.

Los dos pistoleros rieron a diente pelao.

—Ñerdaaa, ¡Mágnum pué!

—El propio Baretta nojoda, ja, ja.

Abanta no se reía. Se puso de pie, levantó su mentón con pelusa de dos días y se rascó.

—¿O sea que me investigas a mí hijueputa? ¿Quién te manda?

—Primero, no te investigo a ti. Me importas un carajo. Al que me paga le importas una mierda también.

—¿Y quién te paga?

—No lo sé. Conozco a sus matones, me contrató a través de ellos.

—¿Tiene sus matones pero te paga a ti?

—Que no soy matón. Averiguo, ná má.

—¿Y con un arma en la cintura? —intervino el flaco mientras agitaba a Pringamosa.

—Imagínate. A veces toca meterse en cada cueva de delincuentes.

El gordo y el flaco se miraron y no había amor en sus ojos.

—¿Y qué quiere averiguar tu cliente? —siguió preguntando Abanta.

Dejé de mirar a los dos que me escoltaban y luego me detuve muy serio en el careverga que tenía delante. Era momento de tirar mi carta nomás.

—Pues parece que como primera cosa sabe del negocio tuyo. La inmundicia que haces con los niños.

De uno y otro lado a mis espaldas escuché respectivamente una tos rasposa y el ruido deslizante de corredera de una glock. Se me ocurrió que tenía que hablar más claro.

—La policía no está metida en esto y yo no la voy a meter, por expresa condición de mi cliente. Ni él ni yo tenemos interés en lo que haces, buscamos otra cosa.

—Bueno, qué vaina entonces.

—¿Tratabas con Carmen Arroyo?

—¿Qué con ella?

—Apareció flotando en la ciénaga.

—Ya me enteré. No tuve nada que ver.

—Supongo que es así. Creo más bien que estos manes que cayeron a contratarme se encargaron de la mujer antes de pasarse por mi oficina. Ellos saben que tenías negocio con Carmen.

—¿Y por qué la mataron?

—No sé qué situación se dio en la casa de la ciénaga. Si la apretaron demasiado para que dijera dónde estaba su hija. Era la pelaíta a la que buscaban, la que ahora busca mi cliente, no me preguntes el motivo porque tampoco yo lo sé. Pero me pagan para encontrarla.

—¿Y piensas que yo sé dónde está?

—Tenía que empezar contigo, ¿no crees?

Durango se sacó las gafas y se las limpió en la camisa con gesto de fastidio.

—Ya baja ese arma, Randi —le dijo al gordo sin mirarlo y le hizo un sutil gesto al flaco—. Tú también Byron.

Se recalzó los anteojos y volvió a mirarme.

—Yo no sé dónde está la pelá. Busca por otro lado.

—¿Una idea? ¿Alguien que se la pudo haber llevado?

—¿Y no era una pregunta sola? —se quejó Randi, el batracio.

Durango se rascaba ahora el cuello (tenía debajo de la oreja izquierda un lunar negro del tamaño de un botón de saco) y no terminaba de clavarme su mirada recelosa.

—Hay algo que tiene que quedarle claro a tu cliente misterioso —dijo y levantó el dedo índice en dirección a mí—. Hacía años que yo no tenía trato con esa mujer. Cuando lo tuvimos era con otra hija suya que ya no vive con ella, que ya debe ser mayor de edad. Con la pelaíta perdida no tengo ni tuve que ver. No le conozco el nombre siquiera.

—Carol —dije, sosteniéndole duro la mirada, sin pestañear—. Se llama Carol.

La nombré y mi voz tembló un poco. La idea sola de todo lo ominoso que rodeaba a esa pequeña, en ese mismo instante, en algún lugar, me revolvía el estómago y los ácidos echaban leña al empute diabólico contra esos tres bellacos, enfermos de su hijueputa madre.

—Y te digo más —siguió él, incólume a emoción alguna que le hiciera tensar la voz—. Esa vaina la dejé ya. El negocio con los extranjeros. No lo hago más, ya nos tenían el ojo encima.

—¿Y las fotos con niños? —señalé el escritorio—. ¿Eso no lo dejaste?

Abanta giró hacia su computadora como si necesitara hacerlo y se volvió hacia mí con una mirada escueta, ladina. No dijo nada, solo levantó las palmas como un cura que fuera a ofrecer la oración.

—Dime al menos quién hizo trato con Carmen la última vez que tú te involucraste —miré el escritorio, las carpetas (me las imaginaba llenas de fotos inmundas) y los papeles (me los imaginaba llenos de alias y direcciones de correo electrónico)—. Debes tener datos, nombres.

—Sí y sí. Pero antes de darte esa información te metemos una bala en la frente.

—No la quiero entonces. Ni la información ni la bala.

—No quiero problemas con nadie, detective. Estoy fuera del tema tuyo y de tu cliente.

Le pidió mi arma al flaco Byron, abrió el tambor y sacó las balas. Me la regresó.

—Dame tu tarjeta.

Saqué una de mi billetera y se la di.

—Bueno, Efraín Sánchez —repasó mi nombre en cursiva plateada, mi teléfono de contacto, la dirección de mi oficina—. Te voy a estar llamando. También me gustaría saber quién te contrató.

— Nueve —

El último lugar donde Carmen decía haber tenido a la niña estaba a treinta kilómetros de Santa Marta y de camino a Barranquilla, así que no podía sino detenerme ahí.

Ingresé caminando a la Plaza Centenario por la calle de la iglesia y llegué hasta la escalinata del templete central. Miré alrededor detrás de mis gafas de sol. En ese monumento central confluían seis corredores flanqueados por árboles y bancos de piedra. Seis rutas de escape para una criatura en peligro. En todo el rato vi solamente dos pelaítos del brazo de su madre y tres adolescentes en uniforme de colegio. Cuando poco después se hizo el horario de salida del trabajo, la plaza recibió a la gente común que la cruzaba con gesto reconcentrado o se detenía en un saludo al paso. También empezaron a aparecer los vendedores.

Saqué la foto de Carol de mi agenda, arranqué una hoja y escribí varias veces mi número de celular. Me alejé del templete y elegí a unos pocos de la cantidad grande de bicitaxistas que circundaban la plaza. Les pregunté si habían visto a la niña, pero todos negaron, dos me dijeron que una mujer y un muchacho ya habían estado preguntando hacía unos días. A todos les dejé un pedacito de papel con mi número, por si la veían en sus viajes de ida y vuelta. Crucé la calle e hice lo mismo en la tienda más concurrida que encontré.

De regreso a Barranquilla, mientras conducía y me tocaba el hematoma del totazo en la cara, tuve que meditarlo. Por la noche le hablé a Aparicio desde mi despacho para decirle que no había caso, la niña se había fugado o había sido raptada y no estaba más la mamá para sacarle algo. La posibilidad de encontrarla, aun en una ciudad pequeña, yo solo al menos, era ridícula. Se necesitaba un peinado de terreno por parte de un grupo de gente, pegar la foto en cuanto poste, negocio o semáforo hubiese, y eso no era posible sin interesar a la policía. Estábamos perdiendo, como se dice, un tiempo crucial.

—No puede ser que se rinda —escuché del otro lado de la línea—. Me hablaron bien de usted, tiene su reputación en esta ciudad. Entre cierta gente, al menos, porque hay gente que dice que es un hijueputa también. Toda esa gente coincide sin embargo que tiene un olfato berraco para oler en un corral y decir de qué animal es la mierda —hubo un silencio entre la inhalación y exhalación de lo que imaginé era un cigarrillo—. ¿Está seguro de que habló con Elmiro Durango?

—Así se presentó la persona que vi. Lo escoltaban un gordo y un flaco de bigotes. Un tal Randi y un tal Byron.

—¿Cómo era él? Su apariencia física.

—Delgado, blanquito de piel, anteojos de metal, pelo castaño bien corto.

Hubo un silencio del otro lado, lo que me dio tiempo de pensarlo unos segundos, y lo siguiente que dije fue para incitarlo a discutir el último cabo suelto que me preocupaba.

—Claro que no podemos confiar en la palabra de este vergajo. Si alquiló a la niña, el pederasta debe estar en Colombia todavía, en la Costa, no se la va a llevar a ningún lado. Pero está el problema de que no hay nadie a quien devolvérsela. El tipo puede abandonarla en cualquier parte o hacerla desaparecer del todo. Debiste pensar en eso antes de mandar a Carmen a buscar borabora sin snorkel.

El silencio continuó, la exhalación de nuevo, y luego una pequeña tos.

—Usted hace conclusiones apresuradas.

—O, como le contaron, huelo la mierda y señalo el culo.

Hubo una carcajada entonces, una risa vulgar que me produjo escalofríos.

—Qué hijueputa Caimán —murmuró lejos del teléfono y luego su voz se acercó de nuevo —. Así le dicen, ¿no? Bueno, voy a estar comunicándome con usted, más tarde hoy o mañana para decirle cómo seguimos. Yo solo cumplo órdenes, ya sabe.

Me llamó dos horas después a la oficina. Me estaba bajando un resto de Chivas, regalo de un cliente cachaco de hacía rato. Había puesto en la video el casete de la temporada 2010 de Grandes Ligas. El quinto juego. Cuando sonó el teléfono, Rentería todavía no volvía para el desquite con un cuadrangular bendito para los Gigantes. Todavía le encontraba placer a la cara de decepción de cincuenta mil tejanos, el cabrón de George W. Bush incluido, mientras perdían el campeonato frente a su ñata.

—Mire, la cosa es así. Mañana lo va a visitar la persona que lo contrató a usted.

—¿Y por qué ahora quiere salir de las sombras?

—Quiere discutir algo personalmente.

Como que me alarmé y me quedé callado, pensando si tenía que recargar de balas tan pronto a Pringamosa y esperar el peor escenario.

—Mañana a las diez treinta en su despacho —selló, imperativo, y colgó sin esperar que contestara.

En la pantalla del televisor hubo bulla, cipote bulla, los aficionados de los Texas Rangers agitaban excitados sus pañuelos. Rentería se arreglaba los guantes luego del segundo strike.

Pero mi cabeza ya estaba lejos del parque tejano.

El escenario próximo entonces: mi humilde despacho, Edificio Colonial, sobre el Paseo Bolívar de la ardiente Barranca. Caribe alegre y tropical.

— Diez —

Un rayo de sol violento atravesó la ventanilla, abrasó la carita de Carol y terminó de despertarla de un sueño con reinas y princesas en un palacio construido de confeti, chocolatinas Jet, arequipe y chupetines bombonbum; la niña abrió sus párpados pesados y pegó la nariz a la ventana justo a tiempo para ver el mar desde la carretera, el mar que jugaba al escondite entre el follaje de los árboles bajos y los arbustos deshojados; afuera, aunque no podían percibirlo por el aire acondicionado y la velocidad, una brisa fuerte azotaba la camioneta y mecía las palmas de los cocoteros, que se inclinaban hacia el camino como rabos felices de recibirlos por esas tierras.

La niña no habló, solo se incorporó y se mantuvo callada, de pie en el espacio entre los dos asientos delanteros. Köell seguía el GPS y cuando la voz mecánica dio la indicación salió del asfalto para entrar en un camino de tierra que los condujo al cabo de medio kilómetro a un terreno de pequeñas casas blancas de material y cabañas de madera con techo de paja. Casi todos eran hostales baratos y puestos de venta de frutas y pescado. A esa altura no necesitaba del aparato localizador. Dobló aquí y allá, asistido por la memoria, acercándose cada vez más a la playa, hasta llegar a un lote arenoso limitado por una cerca de troncos despintados de amarillo, azul y rojo, dominado desde lo alto por un letrero, descolorido también, pero rotundo en sus letras grandes: TROPICANA. El predio contenía cuatro cabañas, un mínimo estadero para tragos y gaseosas, y la administración, una dependencia pequeña con las tarifas escritas con tiza en un pizarrón exterior.

Köell estacionó el carro debajo de una galería con toldo y le pidió otra vez a la niña que esperara. Descendió y caminó pesadamente hasta la recepción. Nomás trasponer el vano, su nariz recibió el aroma cargado de un sancocho de pescado. Un hombre estaba detrás del mueble de entrada, sentado de espaldas a la puerta en una mecedora de tiras, mirando la pantalla de una antigua tele de tubo. Daban una película de Bud Spencer y Terence Hill. El alemán pensó que así podría percibirse un repentino e inesperado viaje al pasado. No carraspeó, no hizo ningún ruido. Del ambiente contiguo —la cocina donde se cocinaba el pargo—, se asomó una mujer de mediana edad, como si hubiera captado telepáticamente la presencia del forastero, y le chistó al hombre sentado.

—Rober, mira.

Él giró el cuello y descubrió desde su posición al gigante blanco que lo esperaba limpiándose el rostro con un pañuelo. El tipo no se levantó, sino que se quedó unos segundos como a quien le llega la información a través de una espesa niebla de tiempo.

—Hombe, doctorrr —dijo por fin y se levantó con la dificultad de alguien que estuvo enclavado ahí durante horas; era un hombre bajo y robusto de piel tostada. Arrastró las chancletas hasta el mostrador mientras enarcaba las cejas y abría las palmas en señal de sorpresa—. El Alemán.

Lo dijo así, como si se lo presentara a alguna entidad invisible.

—Roberto, qué más —preguntó Köell a modo de saludo típico de los colombianos.

—Bueno, bien, ¿y usted? Perdido hace rato, ¿ah? Me estuve acordando no hace mucho.

—¿De mí? ¿Y por qué?

—Y, cosas que pasaron.

Köell lo tanteó con la mirada, tratando de escrutar si podía haberle llegado al hombre la noticia de una niña desaparecida.

—¿Cosas buenas, cosas malas?

—Vainas que tiene este país, doctor, no me haga caso —Robertó se rascó entonces un costado de la cara, sembrado de una barba de varios días, y trató de mirar distraídamente el espacio alrededor del alemán y más allá de la puerta, también—. ¿Qué, habló con Lucho Castro?

—¿Castro? Nunca traté a Lucho Castro, lo conocí solo de nombre. Vine por cuenta mía.

—¿Piensa alojarse entonces?

—Si tienes libre, no hice a tiempo de avisarle a Durango que venía a Colombia.

—¿Durango? ¿Entonces no sabe?

—¿Qué cosa?

—Que lo mataron. Eso escuché. Que le habían disparado frente a su casa.

—Qué va, acabo de verlo esta mañana.

Roberto puso cara de consternación.

—Qué extraño. Yo no puse en duda eso de que lo habían matado porque nunca volvió a aparecer por acá ni me llamó más.

Köell se encogió de hombros y sintió alivio de que Durango estuviera fuera de radar para el dueño del Tropicana.

—No te preocupes que lo vi hace poco, eso seguro. Pero mira, como te dije, estoy aquí por mi cuenta, así que, si de casualidad llama preguntándote, te pido que no le informes de mí. Arreglo contigo directamente —el alemán hizo una pausa y señaló hacia atrás con el pulgar —. Tú sabes que vengo con alguien.

—Hombe… —Roberto dudó varios segundos, parecía incómodo de repente—. Está bien, doctor, pero va a tener que ser prudente. Yo ya estoy manejando este lugar como un hotel, bueno, común y corriente, si me entiende. Como pasó esto con Durango y Lucho Castro se borró también, yo tengo que sobrevivir. Ahora mismo tengo ocupada una cabaña con una pareja.

—No vas a tener problema. Solo estoy de paso, necesito descansar.

—Sí, claro, puedo darle la cabaña tres, donde usted sabía alojarse siempre…

—…porque mira al mar.

Roberto sonrió agitando la cabeza, pero Köell permaneció serio, suspendido por unos segundos en una lacerante nostalgia. El primero tomó unas llaves del tablero en la pared y pasó del otro lado del mueble para salir en dirección a la cabaña. Eligió la tres, además, porque era la más apartada a la que ya se había ocupado el día anterior. Desde ahí observó que el gigante se retiraba hacia el carro y regresaba con una niña de la mano. Bastante pequeña, pensó, sin hacer juicio alguno; y la pinta: otra mocosa de la ciénaga. No se trataba por supuesto de la misma niña con la que solía volver cada año, que ya debía estar mayorcita, por cierto. Se prestó solícito a ayudar al extranjero con el equipaje y, después de acomodarlos, permaneció en el vano. Carol se había sentado en la cama y prendía y apagaba la lámpara de la mesita de luz. Los ojos de Roberto fueron de Carol al Alemán y de vuelta a Carol.

—¿No se va a quedar entonces mucho tiempo?

—No creo, Roberto.

—Mejor, doctor, si me perdona. Usted sabe que siempre lo recibimos bien por acá, pero es

que últimamente las cosas como que no son las mismas. Prefiero también que, aunque esté vivo como usted dice, Durango no sepa que anda por aquí. La verdad hacía tiempo que no venía nadie recomendado por él. A Lucho Castro lo tuve al teléfono varios meses atrás, pero tampoco dio más señales después ni envió a más gente. Pensé que bueno, la cosa se había acabado. Y más tarde, con lo que estuvo pasando, yo dije: mejor.

—¿Qué estuvo pasando?

—¿No le digo? De entrada, el run-run de que a Durango lo habían acribillado frente a la casa.

—¿Y qué más?

—Lo del italiano. Estuvo aquí el año pasado, en esta misma cabaña si no recuerdo mal. A eso si lo leí yo en el diario, incluso lo reconocí por la foto. Relacioné ambas cosas.

—¿Qué italiano? No sé de qué hablas.

—Solía venir acá como usted, recomendado por Elmiro, solo que a él le gustaban varoncitos. Un día salió la noticia en los diarios, en la tele; y la foto: turista italiano asesinado a cuchilladas en Tasajera. No decía nada, o sea, no hablaban de lo que el hombre venía a buscar a Colombia. Pusieron en la nota que era un turista más y que estaba solo. ¿Sabe dónde apareció? Tirado frente al Hotel Los Delfines, ¿sí se acuerda de Los Delfines? Ahí se acabó también ese hotel. Yo al italiano lo reconocí enseguida por la foto del pasaporte, aunque figuraba con otro nombre. Había estado aquí mismito el año anterior.

—A lo mejor fueron los espíritus los que lo mataron.

Ambos hombres desviaron su mirada hacia la cama. Carol había dejado de prender la lámpara y los miraba a los dos, inexpresiva, como una viva muñeca de cera. Aquellas palabras ni siquiera parecían haber salido de su boca.

—¿Qué espíritus dices? —le preguntó el administrador del Tropicana.

La niña dejó de mirarlos y se tomó las rodillas mientras estiraba sus piernitas flacas y hundía la cabeza en el pecho. Empezó a balancearse juguetonamente. Su respiración sonó primero algo entrecortada pero la voz se deslizó en un tobogán de firmeza.

—Los espíritus del manglar.

— Once —

La noche previa fui al Paraíso a pegarme una ducha, a ponerme una curita sobre la ceja, a planchar ropa bacana y, después de semanas, me animé a dormir otra vez en la casa que fuera de mi madre. En el sofá del living, al menos, y haciendo uso de un xanax que encontré en el gabinete del baño. A la mañana siguiente llegué temprano a la cita en mi oficina, hora y media antes como mínimo, temprano como en la época en que mantenía sobria mi cabeza y el trabajo llovía en esta ciudad. Antes de internet, de los celulares con dispositivos satelitales, los micrófonos y cámaras microscópicas, antes de la pornografía comunitaria y los chats bajo identidad falsa. Antes de toda esa mierda. La mierda del mundo y la mía propia: mi llevadera actual y crónica.

No soy marica tampoco. A la hora convenida, cuando escuchara el ruido del ascensor y se abriera la puerta tijera en el pasillo, activaría el micrófono del celular disimulado entre mis cosas del escritorio para grabar la conversación y encendería la cámara de vídeo oculta en un ángulo superior de la pared a mis espaldas.

Sabía que tenía por delante una mañana cuanto menos complicada. Al tipo que me contrató de pronto no le gustaba mi forma de trabajar —la impotencia que me había llevado a desistir tan pronto— y me venía a apretar las chácaras. O de pronto no solo me apretaba los huevos, sino que me rompía las piernas también, antes de decirme que estaba okay, que me abriera del asunto pero que no dijera una palabra a nadie sobre él y la niña. No iba a matarme esa mañana, de eso estaba seguro, porque esa vuelta podían hacerla solitos sus matones.

Esperé entonces, puse a Jorge Cura en el equipo y bebí una taza de café tras otra para terminar de sacudirme el sueño, luego de una noche sobresaltada de imágenes sucesivas y amenazantes. A pesar del xanax. Me acabé tres pocillos grandes —todo el resto que quedaba en el frasco de Juan Valdez— y luego le pedí coraje a un chorrito de Ron Dictador, regalo de otro cliente, cartagenero este, de hacía mucho. También me estaba acabando entonces la cosecha buena, destinada dizque para los festejos grandes, pero estos no llegaban nunca, y, al fin y al cabo, alguien con mi estado hepático siempre podía hacer festejo de un día más de vida. Cuando se me acabara finalmente el trago bueno, volvería a mi dosis habitual del guaro baratón que guardo en el segundo cajón.

Escuché sin demasiada atención en la radio sobre un contrato de Timochenko con Hollywood, sobre la vida en la cárcel de Silvia Gette, una metralla de publicidades del carnaval omnipresente, mientras intentaba avanzar con Changó, el Gran Putas, el novelón de Zapata Olivella que encontré en una librería de viejo y acompañaba intocable desde hacía meses el trago que se reemplazaba seguido en mi escritorio. Qué va, no pude avanzar una página.

A las diez cuarenta escuché el ascensor. Luego la puerta tijera. Después el golpe a mi puerta. Activé el celular, prendí la cámara en la pared y grité: ¡Pase!, sentado de vuelta en mi escritorio. Pringamosa estaba en el primer cajón, a la espera de cualquier orden mía.

La puerta se abrió despacio y entró una muchacha joven, de jeans y camiseta, sola, una pelá que yo no conocía de nada. Se paró a mitad del despacho.

—¿Señor Sánchez?

Ah, ñerda. Una cliente, justo en ese momento. Olfateé algo relacionado con un novio infiel o, vuelvo al ejemplo aquel, la búsqueda del papá que la abandonó hacía diecinueve o veinte años. Tendría que decirle que viniera más tarde, que estaba por salir a algo importante en ese preciso momento, o le daría mi tarjeta y le pediría que me llame nomás y arreglásemos para otro día. Yo podía pasar por su casa para no molestarla con venirse de nuevo hasta acá. Me disculparía sinceramente. Me arrepentiría de verla ir, tan bella, tan joven.

Iba a decirle alguna de todas esas cosas cuando detrás suyo asomó Aparicio. Me saludó moviendo la cabeza apenas.

—La espero en el pasillo —le dijo a la chica y cerró la puerta, dejándonos solos.

Era mi cita entonces, la misteriosa persona que me contrató. Ni Patrón del Mal ni político vernáculo, que son casi lo mismo. No tenía pinta de viuda blanca tampoco, no tenía edad siquiera para haber aprendido cosas malas que la obligaran a necesitar escolta. De hecho, tenía muy buena pinta. Camiseta apretada sobre pechos enhiestos, jeans descaderados, cintura de porrista tiburona. Pelo negro azabache recogido en una colita atrás, bien tirante y contenido por una vincha con el tricolor barranquillero. ¿Veinte? Ni siquiera: dieciocho, diecinueve si acaso.

—Mucho gusto. Alejandra —se acercó a darme un apretón de manos y no esperó mi invitación para tomar asiento frente a mi escritorio. Cuando la tuve delante, reparé en sus ojos de color avellana, casi transparentes a la luz del sol que entraba por la ventana despojada de cortina que daba a la plaza histórica. Me recordó el color de una botella de Buchanan´s 18 años a la que le tenía ganas hacía rato. Pude sentir también el aroma a perfume del bueno, importado.

—En qué puedo servirte —dije, promoviendo el tuteo que, a contramarcha de la costumbre caribe, no le dispenso nunca a mis clientes. No hacerlo con ella sin embargo era un despropósito, una burla casi a su juventud.

—Me dicen que usted piensa que no hay probabilidades de encontrar a la niña.

Su voz era adolescente todavía, arrastraba una ronquera parrandera y, a mi sensación, una contenida energía huracanada.

—Lo que dije es que una sola persona no podría manejar un operativo de búsqueda por toda Ciénaga, menos subrepticiamente. Incluso suponiendo que, después de varios días, la niña continúe en esa ciudad. Es cosa de la policía esa vaina.

—No, nada de policía. Ni prensa tampoco, ese fue el trato.

—De nuevo, niña, no puedo hacer nada. Solo dejarlo pasar y callarme la boca, por supuesto.

Sus ojos se oscurecieron de repente y eso me resultó inquietante, pero lo atribuí pronto a una nube pasajera que se había interpuesto entre el sol y mi ventana y le anocheció el rostro entero.

—Le dijo a Rubén que encontró a Durango.

—De no ser por el cipotazo —me señalé la curita junto a la ceja— diría que tuve suerte de encontrarlo. Pero tampoco me sirvió de mucho, el man asegura que hace rato que no trataba con la mujer ni conocía a la niña. Que ya no trae extranjeros tampoco.

Alejandra se recostó en la silla, apoyó un costado de la cara en su mano y desvió sus ojos, pensativa. Suspiró profundo.

—Decían que Durango había muerto —sus ojos felinos regresaron en mi dirección—. Pero usted no tiene por qué mentir, ¿no es cierto?

—¿Quién decía que había muerto?

Se cruzó los brazos bajo la magnífica repisa del busto e ignoró mi pregunta.

—Carmen no mentía entonces. Le confesó a Rubén que Durango había reaparecido un día por Nueva Belén a decirle que debía reunirse con un extranjero en Ciénaga. Rubén pensó que Carmen lo estaba vacilando; yo misma pensé que ella decía cualquier cosa para lavarse las manos. Nunca dudamos de que a Durango lo habían matado.

—Bueno, el tipo respondía a ese nombre y la descripción que le di a tu guardaespaldas parece coincidir, ¿no es cierto?

—Es él, no cabe duda. Como tampoco cabe duda de que miente. Él sabe quién tiene a Carol. Carmen confesó además quién había pedido encontrarse con ella. Un extranjero. Aunque juró que el tipo no quiso saber nada con Carol.

—¿Y no puede ser verdad eso también?

Ahora sí, sin intermedio de nube alguna, se le apagó la mirada mientras negaba rotundamente con la cabeza y se le estrangulaba la voz.

—Yo conozco a ese extranjero. Le dicen «el Alemán». Estoy segura de que ese malparido se llevó a Carol. No iba a llegarse hasta allá e irse sin nada.

Apoyé los codos sobre el escritorio y junté los dedos de ambas manos frente a mi rostro.

—Sin duda este Durango querrá despegarse por si algo le pasa a la niña y se empieza a saber de su negocio. El extranjero, ¿es alemán de veras?

Asintió con evidente tensión de la musculatura facial, antes serena y controlada.

—Venía una vez al año y se quedaba un mes, a veces más. Durango siempre fue su contacto con la gente de los pueblitos, aunque entiendo que no es el único de por acá que se dedica a esa porquería.

Hablaba como de gente que conoció tiempo atrás. Hablaba con rabia.

—¿Puedo preguntarte acerca de tu interés por esa niña?

Dudó unos segundos en contestar, como si estuviera impedida de revelar algo.

—Es mi hermanita —dijo al fin.

La miré de modo diferente. Recordé el dato de aquel pescador de Nueva Belén sobre la hija mayor prófuga de Carmen Arroyo. Me puse tenso yo también, de solo pensar que la muchacha había pasado por esa mugre de situación en su infancia. Debía haber pasado mucho rato y mucha historia para que una niña criada en el sucio pantano contaminado que era la Ciénaga Grande desde hacía años se hubiera convertido en esa civilizada criatura que hablaba con propiedad y energía. Alguien la había protegido y educado, alguien que de seguro lo hacía todavía: la persona que realmente me ponía el biyuyo en esa empresa difícil. Mi real cliente.

—Vine a pedirle que no abandone —pidió Alejandra con una voz de niña herida que movió fibras en mi profundo interior que hacía rato que no me movía nadie—. Encuentre al Alemán. Quiero que me traiga a Carol.

— Doce —

Ahora sí, pensó Köell frente al espejo del baño, aquello se había apoderado del todo de él. No era algo que hiciera en el último tiempo, eso de quedarse mirando su imagen al espejo. Alguna vez empezó a ser consciente de que algo malo transparentaban sus ojos grises, algo que entonces solo vivía en las profundidades de su alma y podía dejar salir en la intimidad de su piso de la Bergstraße. Algo que podía negarse a sí mismo durante la mayor parte del tiempo, sin perjuicio del propio concepto que creía percibir en los demás. Hasta poco antes de los cuarenta años —solía hacer el cálculo sin demasiada precisión— perduraba cierta lozanía de la piel de su rostro, un rubor sano en las mejillas, una resistente suavidad en su sonrisa, la misma que lo hacía quizás más cándido que simpático frente a sus alumnos; esa era su sensación, al menos desde el momento en que ellos le devolvían el gesto o sacudían amablemente la cabeza y le dedicaban un «bis morgen, herr professor».

Pero un día cualquiera, cuando ya llevaba mucho tiempo dominando o creyendo dominar aquello, encontró en el espejo lo que no querría haber visto nunca. La lozanía, pues, se había ido. Se llevó consigo el rubor y la cándida sonrisa. Un mal aire le atravesaba la expresión como quien emerge de la experiencia de una pesadilla y se niega a creer que todo volverá a la normalidad al cabo de unos minutos. Lo horroroso escapaba ahora de su mirada vaciada de los destellos pirotécnicos de la juventud; dos almohadillas de grasa crecían junto a las sienes, debajo de los pómulos también, y le redondeaban la cara al tiempo que se agrietaba su frente y un color malsano se apoderaba de la piel entera del cuerpo, una palidez moteada que respondía al sol con eczemas en los brazos y las piernas. El pelo rubio y fino empezaba a ralear, pero nunca le concedió la razón a su padre, quien consideraba la alopecia como una maldita herencia que recibían los Köell en su madurez. No, lo suyo era otra cosa. Además, había sumado kilos.

Desde entonces no podía mirarse más de unos segundos en el espejo —conservaba dos nada más, el del baño y uno de medio cuerpo en su cuarto—, los evitaba o usaba el tiempo justo para afeitarse y peinarse, entornando los ojos para no verse con definición; luego se acomodaba rápido la camisa, el saco y la corbata, tomaba un desayuno rápido, cogía el maletín donde cabían sus libros y sus fichas, y salía en bicicleta hacia la universidad. Algunos días era el turno de la mañana, temprano; otros, después del mediodía. La misma rutina a diario. En el camino (más cuando se acercaba a los edificios de la Universität) cruzaba a menudo a sus propios alumnos y a otros profesores pedaleando, cada uno en su leeze. En esa ciudad de estudiantes todo el mundo andaba en dos ruedas. En su conjunto, Münster era amable —una ciudad antigua tomada por jóvenes—, las cosas malas se cocían puertas adentro del hogar y, en el piso de soltero de Helmut Köell, las cosas no eran diferentes. Él mismo no se permitía pensar que su asunto privado pudiera escapar fuera de las paredes que había heredado de su abuela materna hacía doce años, menos que pudiera llevárselo a cuestas a su vida exterior.

Esa mañana (cuando se supo tomado por completo de lo ominoso) se quedó más tiempo frente al espejo y pudo recién mirarse sin piedad ni consuelo; era eso finalmente y no otra cosa lo que le daba a su cuerpo de dos metros diez y a su cara la apariencia de alguien de temer, alguien que se guardaba una daga filosa bajo la manga; no entendía que otros no

pudieran notarlo, o quizás sí lo hacían —ese pensamiento le producía desazón— y fingían. Por eso guardaban distancia. En los años de profesión en esa universidad no había hecho ningún amigo; colegas amistosos apenas, compañeros de ocasión de alguna reunión académica, o forzados compañeros de cabaña (ah, qué pícaros y desenfadados querían ser esos días los adustos profesores) en los paseos semestrales de convivencia que organizaba la dirección de las diferentes facultades en los bosques de Wienburgpark o en el lago Aasee.

Se miró entonces más tiempo esa mañana en el espejo. Se preguntaba si iba a ver lo mismo en el otro que lo esperaba, otro como él. ¿Cómo sería? ¿Podría ver a través de sus ojos lo que difícilmente podían esconder los suyos? Se avergonzaba de estar nervioso como un adolescente. Era un día de verano, pero prefirió una camisa de manga larga para ocultar las escaldaduras de sus antebrazos. Unos jeans de poco uso y unas zapatillas blancas recién lavadas terminaban de darle un cierto aire juvenil que no se permitía habitualmente.

Para la cita prefirió un bar pequeño de la Hörsterstraße, algo decadente, pero alejado del bullicio de Kuhviertel, donde solían juntarse a beber los estudiantes. Llegó temprano y pidió una mesa, habiendo evaluado de forma apresurada e instintiva que podría arrepentirse frente a la sola presencia del visitante en la puerta del local. Llegada la situación, se negaría a ser reconocido como «White_King», se levantaría y partiría de regreso a casa. ¿Qué podía llegar a ver que lo asustara? ¿Qué esperaba que entrara por esa puerta vaivén del Das U-Boot? «Boomber_8» fue siempre una incógnita en el chat. A veces exaltado (usaba entonces expresiones en mayúsculas y abundantes signos de admiración), otras veces reservado y distante, pero nunca perdía los modales. No tenía un lenguaje vulgar como otros en la red, podía incluso hacer referencias de cierto nivel cultural y, por fin, cuando ambos compartieron un foro privado, Helmut notó que se trataba de una persona con recursos intelectuales y que dejaba traslucir una vitalidad que él ya no podía reconocer en sí mismo. Parecía alguien que pudiera traer una experiencia novedosa en su vida (no podía imaginarse cuánto).

Era de Dortmund, desde allá venía manejando a visitarlo. Tenía cuarenta y dos años. Sabía eso y poco más cuando lo vio entrar al bar, en campera de cuero y boina a rayas, según el convenio de vestimenta; Köell esperó unos segundos para levantar el brazo y llamarle la atención. Nada que temer, de principio: su sonrisa, enmarcada en una barba guerrillera algo desprolija y en pliegues de piel firme, era desarmante. «Boomber_8» se sacó la boina y le ofreció un apretón de manos potente, algo nervioso también, antes de sentarse a la mesa. Pidieron dos cervezas.

—Bueno, por fin las caras, ¿te parece si arrancamos así? —se señaló el visitante con ambas manos y se presentó—: Johann Burmesteir.

—Helmut Köell —dijo «White_King» a su vez, un poco con alivio, un poco con temor.

No se había equivocado. Su apariencia distaba mucho de la suya y transmitía una energía chispeante en la forma de beber y mover las manos al hablar. Su charla a continuación no careció de humor incluso, algo que a él le pareció siempre un don reservado a otra gente. Eso lo puso algo incómodo, sintió que necesitaba ponerse un poco a su ritmo si quería causarle buena impresión. Se adelantó entonces a abrirse y le contó de su trabajo en la universidad, de los alumnos de Dortmund que conocía, de lo aburrida que le resultaba ya la ciudad y su rutina. Burmesteir a su vez reveló su actividad en el rubro de la informática, tenía una tienda en el distrito de Aplerbeck que funcionaba perfectamente (y tampoco le provocaba la «pasión suficiente de los inicios»). Tenía una novia diez años menor.

—Que tampoco me provoca…

—La pasión de los inicios —completó Köell y provocó la risa contagiosa de Burmesteir. Bien, lo estaba haciendo bien.

De forma esperable, Helmut se sintió mejor cuando la conversación entró en el terreno común de ambos, casi media hora después del tiempo de introducción y reconocimiento. A ambos les gustaban exclusivamente las niñas. El profesor supo que, probablemente por la edad (seis años menor que él) o la propia voracidad de aquello que ambos llevaban dentro, eso que a él se le escurría como una enfermedad por los poros, y al otro le producía, sino una apariencia feroz, una ansiedad eléctrica, probablemente por ambas cosas, Burmesteir dominaba el campo de la red a la manera de un experto. Participaba de otros foros además, tenía capacidad de movimiento en las profundidades de la deep web (cuando Köell apenas si podía mojar sus pies en los márgenes peligrosos que ofrecen los servidores Proxys o VPN y ocultarse bajo el disfraz de un IP mutante); conocía de traspasar límites que la mayoría de los participantes de la red común no podían divisar siquiera en el horizonte de su placer prohibido, absortos en la inmediatez de sus pequeñas pantallas LED, ocultos en la penumbra de sus casas, sus oficinas, sus sótanos.

También trajo a la mesa una novedad que a Helmut lo deslumbró. En realidad, ya Burmesteir lo había sugerido en el chat privado como una posibilidad que abriría nuevas experiencias, lejos de sus respectivos hogares, lejos de la virtualidad onanista, en el mundo del placer real. Eso había convencido a Helmut de aceptar una comunicación despojada de la máscara del avatar. Ahora, frente a frente en el Das U-Boot, el otro traía elementos concretos, la opción poderosa que cambiaría en más su vida.

—No se me ocurre mejor condición que la tuya. Sin mujer ni hijos —dijo Burmesteir, abriendo una carpeta con varias fotocopias color en su interior—. Yo, en cambio, habré de dar excusas de trabajo a mi novia.

Las fotocopias mostraban fotos de lugares exóticos como Filipinas, Tailandia, Centroamérica. Colombia. Había datos de contacto, teléfonos y direcciones de trasbordo y hospedaje. Parecía una criteriosa colección de paquetes turísticos.

— Trece —

El embrujo de aquellos ojos de color whisky añejado, atravesados por el sol de la ventana (su cuerpo guarachero, su juventud, todos sus-sus) no impidieron sin embargo que no la dejara ir sin pedirle antes un adelanto para los viáticos que implicaba la viajadera de ida y vuelta al Magdalena. En mi postura irredenta de no pelar el cobre no le hablé de las culebras que me estaban apretando el cuello, por no mencionar las chácaras benditas.

—Le hago traer la plata en un rato entonces. Una cosa: si vuelve a cruzarse a Durango no le diga que trabaja para mí —me pidió Alejandra antes de levantarse y darme la mano flojita y gentil como no hacen más las pelás de su edad.

—Me gustaría no tener que volver a cruzarme esa lacra salvo para pasarle el carro por arriba —dije y ella sonrió un poco, más relajada—, pero supongo que no tengo opción. Desde luego, cuente con eso.

Luego vi cerrarse la puerta y vi la silueta grande de Aparicio que ocupaba el marco del vidrio biselado de mi oficina y desaparecía también. Permanecí unos segundos en el limbo, sometido al encanto de los pensamientos impropios. Cuando supe recuperarme, desactivé el micrófono y la cámara, y esperé media hora en la soledad de mi oficina sin lograr dirigir mis pensamientos en una dirección concreta.

Miré mi reloj por fin, tenía un rato hasta que Aparicio regresara con la plata. Salí a despejarme a la bulla del mediodía en el Paseo Bolívar. El reflejo de mi cuerpo emaciado por la llevadera se reflejaba en la vitrina de los almacenes de ropa, los negocios de compraventa, los de lotería, los de electrónicos, los todo-por-dos-mil-barras, y una sombra delgada de Quijote me precedía en el piso mientras avanzaba bajo la mirada piadosa de los edificios art-decó y los balcones ruinosos, respirando la mezcla fuerte de olores de los puestos de mango y patilla, y los de flores, saludando a los relojeros, a los zapateros, a los fotógrafos, esquivando la gente que compraba y la que vendía, la que iba y la que venía. Todos éramos ahí la historia viva de Barranquilla, la esencia dramática y extrovertida de nuestro pueblo, el origen de todo aquello que nos uniformaba como estrafalarios, relajados y coralibes al ojo de los hombres de tierras altas.

Me detuve a mirar un cartel atado a un poste de luz, avejentado, no por su fecha de elaboración, sino por la caducidad inmediata que le produjeron las recientes elecciones administrativas en la ciudad. La intención alegre en el gesto y la sonrisa de Photoshop no le habían alcanzado a ese ignoto postulante a alcalde distrital para no ser vencido con amplitud por el representante del Partido Liberal, cuyo apellido atravesaba décadas de señorío político y económico en la región. Por primera vez, pensé ahí mismo, tenía yo a alguien conocido en el equipo ganador. Alguien a quien debía llamar pronto para sacarme las dudas que tan temprano empezaban a quemarme el coco respecto al caso de la niña.

Crucé hasta la plaza dominada por la estatua ecuestre del Libertador y repasé con la mirada cada árbol, cada farol, cada banco. Ahí estaba, cómo no.

—Ajá, Clímaco —saludé al man fresco que jugaba dominó en un lateral del parque, en un cantero oculto entre matas grandes, o sea, alejado del ojo público, como quien dice.

Hacía un solitario frente a su mesita de madera y estudiaba las piezas con una concentración tan poco tenaz que recién llegaba yo a unos metros y él ya levantaba la cabeza

para mostrarme su coralina blanca con diente dorado interpuesto.

—Hombe, Caimán, mi llave —detuvo su mirada en la curita y el moretón—. ¿Otra pelotera?

—Qué va. ¿Y qué más? —dije y me senté con él.

—Todo liso, bacano —respondió, girando distraídamente el cogote de un lado al otro, según su costumbre profesional. Empezó a revolver las piezas, tic, tic—. ¿Qué? ¿Te juegas uno?

—Va pa´ esa. Óyeme, ¿sale bareto?

—Bueno, si me tienes la platica...

Sin mirarme fue repartiendo los bloquecitos.

—Va a tener que ser fiado hasta dentro de un rato.

—Hombe Caimán, ¿otra vez? —Clímaco hundió el mentón y negó repetidas veces con la cabeza.

—No, que va en serio. Si estoy es haciendo tiempo hasta que me paguen un trabajo. Saliendo del despacho te pago las dos. Aunque no deberías cobrarme la anterior, qué hierba perrata, me pusiste a fumar matarratón.

—Bueno, pilas entonces.

Jugamos una partida rápida y me ganó, como las tres últimas veces.

—Ñerda, de malas, marica —dijo y el diente dorado le brilló en la sonrisa.

Asentí resignado. —Eche, Clímaco, a ver si te alquilas un local de nuevo porque esta oficina tuya nojoda… aquí nos pilla cualquiera.

—Ni te creas. No hay mejor escondite que permanecer a los ojos de mucha gente. Además, ese local en Sanandresito ya estaba muy caro.

Revolvió de nuevo.

—Igual aquí me encuentra todo el mundo, me pide tal vaina y Clímaco le consigue. Mira, Efra, ahora traigo perfume importado también, celulares chinos, play.

Como no tenía prisa, jugamos varias partidas mientras él me ponía al tanto de las novedades del submundo, la información precisa que después me servía para mis trabajos futuros.

Me ganó las tres últimas al hilo. Al final dejó de revolver y, como un mago de mangas recogidas, estiró la mano hacia mí.

Recibí el fiado. Quizás había pasado más de una hora. Nos despedimos de llave, me levanté como si nada y caminé de regreso al Colonial. Había un cartel en el ascensor del edificio: AVERIADO. Cosa de todos los días, nojoda. El Colonial era un edificio viejo e inútil como la esperanza. El frente parecía un escupitajo de la ciudad antigua, con el frente celeste descascarado por el moho y el salitre, en la esquina de dos calles comerciales.

Subí con resignación las escaleras. Al tercer piso ya me estaba despegando con los dedos la camisa del cuerpo. Al cuarto, frente a mi oficina, Aparicio me esperaba transpirado también, fumándose un Marlboro.

—Si no llegaba en unos minutos, iba a patear la puerta, Sánchez. Me preocupo por usted, ahora que le andan pegando.

Lo dijo sin ocultar algo de placer y posó sus ojos sobre mi cara lastimada; tiró la colilla al piso y la aplastó con el zapato mientras yo sacaba las llaves y abría.

—Todavía no necesito escoltas. Medio que a la larga no sirven de mucho.

Entró a mis espaldas y escuché la puerta que se cerraba. Lo invité a sentarse y fui hasta el

baño a guardar la hierba que me abultaba en el bolsillo trasero del pantalón. De regreso vi el sobre de manila sobre mi escritorio.

—Gracias —dije después de meter los dedos en el sobre y hacer un cálculo táctil de mi adelanto. Había cuatro fajos atados con cauchito. Aparicio me observaba sin apuro, con la intención evidente de permanecer un rato más ocupando mi oficina con su presencia de pistolero.

—No le tenía fe, la verdad, Sánchez. La primera vez que lo vi, que lo olí más bien aquí mismo, dije que el patrón se había equivocado. Le habían pasado mal el dato y toqué a la puerta de un policía retirado que no hacía sino perseguir metecachos; borracho perdido, además.

—Pues de pronto sí soy esas cosas, y así todo más berraco que un escolta de señoritas al que le compran ropa de marca pa´ que no se le note lo comelisa.

—Ñerdaaa, si usa el arma como usa la lengua…

Guardé el dinero en el cajón junto al Gran Putas e hice silencio en espera de que el man se levantara por fin y sacara los pies de mi charco. Pero qué va, el muy liso se recostó muy cómodo en la silla, tiró de los pliegues del pantalón pinzado y cruzó los dedos de ambas manos.

—Me metió en problemas con mi jefe, ¿sabe?

—Mira tú. Cierto que tienes un jefe varón también.

—Sí, tengo un patrón. Y a este le pareció una imprudencia de parte de la muchacha el que le haya dado esa información sobre su relación con la niña. Mismo que haya venido hasta aquí.

—Pero no pudiste negarte a traerla tampoco. Esos ojos convencen a cualquiera, ¿ah? —ahora deslicé yo una sonrisa maliciosa—. ¿La vaina te trajo problemas? Porque yo no la obligué a decirme nada.

Negó con la cabeza, sacó una cajetilla de cigarrillos de la camisa y me ofreció. Rechacé el Marlboro, no era tabaco lo que necesitaba mi espíritu alterado, pero el tipo no terminaba de irse para mandarme al baño y armarme uno de los míos.

—Le voy a contar algo gracioso —dijo, y no me esperé tampoco una de Condorito—. Cuando llamó para decirme de su encuentro con Durango, ahí sí dije: tumbo, borracho y, además, carretillero. Ya iba a pedirle al patrón que abortáramos su intervención en este asunto.

—¿Por qué no ibas a creerme?

—Porque Durango estaba muerto hacía meses.

—Pero no me dijiste eso el primer día, me dijiste que había desaparecido.

—Le dije que se lo tragó la tierra. Son dos formas de decirlo, ¿no?

Hice una pausa, lo miré bien, y largué sin más: —Tú te lo bajaste. ¿Conclusión apresurada?

Juro que el hijueputa pestañeó y dejó caer una sonrisa de pelao travieso cogido en la jugada. Largó humo por la nariz.

—Seis meses el tipo bajo tierra y usted Sánchez me dice eso entonces. Pero algo me hizo esperar, darle un mínimo de chance a su comentario. Así que fui a investigar a Santa Marta. Verá, hace seis meses, rastreé la agencia por el Rodadero, cosa difícil, aunque sabía que se llamaba «Belcaribe», y al final resultó que estaba en Páginas Amarillas. No había dirección, pero sí un número de contacto. Llamé y concerté una cita con el tal señor Elmiro Abanta

Durán por el tema de un grupo grande de turistas que quería dizque ubicar. Me citó en la dirección de su casa (el tipo no tenía oficina ni nada), a tal hora, tal día. Yo llegué un poco antes, esperé, lo vi llegar, mi acompañante me dijo: «Sí, es». Y, bueno.

—Ese acompañante, de casualidad, ¿era una muchacha de ojos bellos?

—Usted escuche lo que le digo. Porque el trabajo se hizo y todo bacano. Pero resulta que ahora me entero, tuve que averiguar gracias a su intervención… ¿sabe cómo le decían a Elmiro los que lo conocen de pelao?

—¿Elmirito?

—El «mello» le decían.

Apoyé el codo sobre la mesa y dejé descansar mi cara sobre la mano mientras enarcaba despacio mis cejas y resoplaba, aunque nada podía ya sorprenderme de ese salvaje.

—Me lo estoy imaginando —dije.

Empezó a reír el vergajo, se contenía de no largar la carcajada como haría uno después de un buen chiste.

—Mataste al hermano gemelo —adiviné.

—Alejandra nunca supo de un hermano gemelo. Tampoco trabajaban juntos por lo que supe ahora, las personas con las que hablé ni siquiera habían visto al otro mello en años, no sé qué estaba haciendo ese día de la cita, justo ahí.

Recuperó la compostura y usó un pañuelo para limpiarse la frente. Yo no había encendido el abanico y de la ventana no llegaban sino bocinazos lejanos.

—El tema es que Durango, supongo que asustado por si era con él la cosa, se hizo humo, cambió el teléfono celular y el nombre como ofrecía los tours, bajó el perfil, pero parece que siguió con toda esa porquería que hace con los niños. Hasta que apareció el detective Efraín Sánchez por su escondite.

—No te digo. El problema de contratar a alguien competente. ¿Y qué, mucho pereque te puso el patrón?

—Digamos que fue más un agravio a mi orgullo.

—Dime ahora si te dieron la orden de enmendar la cagada con el mello que falta así me salgo de esta vaina.

—Pues no. Está primero la situación de la niña y el Alemán. Eso es más importante en estos momentos y mi patrón quiere que quede todo en sus manos, Sánchez, que mantenga esa relación tan de pipí cogidos que están armando con Durango y que puede llevarnos a encontrar a Carol.

—Dime una cosa. Ya sé que basta con saber quién es tu patroncita y lo que sufrió en su infancia, las órdenes que te habrán dado, pero ¿por qué mataste a la mamá? Quizás a la larga habría cantado la verdad, si es que finalmente vendió la niña al alemán.

—¿No le pedí que no hiciera conclusiones apresuradas?

—¿No fuiste tú entonces?, ¿o tu compañero, el divino?

Negó con la cabeza de forma rotunda y reafirmó: —Qué va.

—¿Alguna idea sobre quién?

Levantó ambas manos y un poco los hombros.

—Quizás sí se cayó borracha al agua. Mire, la verdad es que con Fredy la fuimos a ver hasta los palafitos, a preguntarle. No sabíamos nada, caímos a llevarnos a la niña y ella dijo eso, que se le había perdido en la plaza pero tenía mucho trago encima. Para la segunda visita, a los dos días, estaba todavía más borracha, habló de Durango, que había aparecido a

pedirle algo (¡justo a mí con esa vaina, pensé!), y entonces sí me cabreé porque pensaba que estaba mintiéndome, mamándome gallo, le dimos algunos sacudones, pero no para matarla. Queríamos sacarle alguna confesión y no logramos nada.

Ambos hicimos silencio. Otro bocinazo lejano. Aparicio largó el humo dramáticamente y tomó impulso para levantarse. Se detuvo sin embargo en el aire.

—Una cosa le pido —dijo mirándome fijo—, no haga tampoco conclusiones sobre la niña Alejandra, concéntrese en Carol. Y nunca, pero nunca, ahora o después, le cuente a alguien de la historia de ambas en Ciénaga. Esto último es muy importante para mi jefe.

Ahí terminó de levantarse y fue hasta la puerta. Abrió, y antes de salir al pasillo y cerrarla, sin darse vuelta, dijo:

—Y tanto que lo menciona, olvídese de esos ojos.

La puerta se cerró y permanecí un par de minutos con aquel comentario en la cabeza y una sonrisa estúpida, distraída, en mi rostro.

—Qué hijueputa —dije en soledad.

Fui hasta el baño, volví con la bolsita y me armé un bareto. Después recuperé la videocámara en la pared y, sentado, con los pies sobre el escritorio, fumando, observé lo registrado. Era una tontería, no había ningún elemento de la charla sobre el que prestar nueva atención o un dato que remarcar; así y todo, rebobiné una y otra vez. La muchacha, aún desde ese ángulo en picada, seguía siendo tan hermosa como la primera impresión. Una criatura magnífica.

Por la ventana llegaba una brisa cálida, nostálgica, y hubo silencio de repente. Un extraño silencio de carros y buses, ausencia de bocinas. El mundo se detuvo. En cambio, entraba una cancioncilla alegre de Juan Piña, música de carnaval, y el recuerdo entonces, el viaje rápido a mi pasado: ¿Qué edad tenía Miriam aquella primera vez que la vi del brazo de Fabián? ¿No sería dieciocho de pronto, nuestra edad, la de los tres?

La edad de Alejandra.

Una edad inquieta y a la vez sin prisa.

Yo era un pelao pué, y ¿no tuve acaso esa misma sensación de vértigo que sentía ahora? ¿O era la premonición de todo el dolor que vendría después, todo junto, concentrado en el cuerpo de una muchacha?

— Catorce —

Volví a Pescaíto, de mañana, bajo un sol abrasador; ni ahí ni en Quilla habíamos visto caer agua en ¿cuánto?, ¿meses?, ¿un año?

La idea de ver al gusano de Abanta Durán no me despertaba otra cosa que instintos asesinos, pero tenía una respuesta parcial (que yo mencionaría como absoluta, a pesar de mi promesa de no hacer conclusiones definitivas) acerca de la identidad de mi cliente —aquella niña cienaguera que él supo comerciar hace años— y eso podía darme la chance a algún tipo de trato de intercambio de información.

La cuadra estaba despejada de gente ese día, lo mismo el pasillo de la vecindad. Pringamosa estaba conmigo, tímida bajo la camisa. Abrí la reja y llegué hasta el segundo apartamento, golpeé y pregunté a viva voz por Durango, para que reconocieran mi identidad. No hubo respuesta, ni ruido de chanclas esta vez. Apoyé mi oreja en la madera gastada que era la puerta y volví a golpear. Nada, ni un peo de mariposa.

Miré a ambos lados. No había música tampoco en el departamento vecino. Me aparté hasta la pared, saqué a ventilar mi treinta y ocho y tomé envión para dar un empellón contra la puerta. Cedió apenas, no se separó del todo la cerradura, pero hizo un ruido considerable. Volví a estudiar el corredor, nadie salió a mirar. Tomé impulso de nuevo, ataqué, y esta vez pude pasar del otro lado con aparatosidad, tratando de hacer equilibrio con mis piernas para no caer, aunque mi brazo nunca dejó de perder la seguridad del tiro ni de hacer un arco que cubriera el campo de la sala.

No hubo que dispararle a nadie porque no había nada tampoco. No quedaba nada, para mejor decir, se lo habían llevado todo. Quedaba el tablón-escritorio, vacío de carpetas, papeles, discos y computadora. Ni las sillas, ni la tele; se habían mudado por completo, solo quedaban papeles sucios y bolsas de snacks en el piso. No estaba ni el Cristo en la pared. Y era obvio, después de todo no iban a esperar tan tranquilos que cayera la policía o que cayeran incluso los manes del patrón fantasma para reventarlos a plomo.

Pensé atribulado mis próximos movimientos mientras desandaba el pasillo. Un camellón picado de acné en la cara, bien cipotudo, salió de una casa y me interrumpió la salida con el rostro imperturbable del que no tiene problema en mandarte a la lona de un totazo. Saqué rápido a Pringa y me acaricié con ella la frente. El man no hizo gesto de miedo, me miró como a una mierda y se apartó con lentitud. Guardé el arma en mi cintura, lo adelanté sin dejar de vigilar mis espaldas y apuré mis pasos hasta el Mazda.

Empecé a dar vueltas por las calles aledañas, volví a la calle original donde Durango había citado a Aparicio meses atrás y donde su hermano conoció la muerte. Estuve a la expectativa frente a la casa por un rato. Como no pasaba nada, seguí dando algunas vueltas. A tres cuadras, entendí lo que estaba buscando realmente. Mis ojos lo vieron caminando por la acera, tomado de la mano de una niñita de cinco o seis años con uniforme de colegio y morral con monitos de Hello Kitty. El Pande. Sapo hijueputa.

Paré el carro junto a ellos, bajé de un salto y nuestras miradas se cruzaron. Se asustó el vergajo, soltó a la pelaíta y echó a correr de regreso, cruzando la calle en dirección a la esquina que terminaban de doblar.

Eché a correr yo también, lo más rápido que podían mis piernas faltas de exigencia; me

costaba acortar la distancia con el pelao, mantenerla siquiera, pero me ayudó que él (que usaba chancletas) se tropezara, cayera de rodillas y se levantara adolorido para intentar seguir escapando. Lo tuve a metro y medio entonces y no tuve más opción que arrojarme antes de que se me volara. Lo atrapé de la cintura y caímos los dos al piso. Se retorcía como culebra, pero pude inmovilizarlo rápido. Los dos transpirábamos y respirábamos con un agite del carajo.

—¡No me mate! ¡No…!

—No te voy (respiración exánime) a matar, gran pendejo. Necesito (¡aire, aire!) que me digas adónde se mudó el Nene y sus traviesos.

—Me matan… ellos… si le digo.

—¿Y por qué… van a saber que tú me… dijiste?

—Porque nadie más sabe… me pagan para echarle un… ojo a la casa… quién viene, quién pasa y… mira…

Lo pensé bien. Tenía razón. De pronto le hacían algo luego si yo me les aparecía por el nuevo escondite. Lo solté y me senté en el bordillo. Tardé otro minuto en recuperar la respiración.

—Bueno, quédate quieto y escucha, te voy a dar un recado entonces. Vas a decirle a Elmiro que me llame, que quiero una reunión donde él quiera para darle información sobre mi cliente. ¿Lo vas a hacer?

Dejó de mirarse los raspones sangrantes de ambas rodillas para mirarme a mi y asintió muy serio.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Evaristo.

—Le das ese recado a Durango entonces. No me falles porque la próxima no voy a ser tan bueno contigo —me paré y me sacudí la tierra—. Y ve a buscar a tu hermanita que quedó sola, nojoda.

Se acordó de repente y salió puyando el burro.

**

Me despertó el llamado tarde por la noche, cuando ya me había cansado de esperar y dormía en el sofá-cama de mi oficina. Tardé unos timbrazos en responder. En la tele hacía ruido una telenovela donde una cachaca tetona de buenos muslos se hacía la costeña. Mucha yuca con suero atollabuey le faltaba a la interpretación.

—¿Entonces sabes ya quién es tu cliente, Caimán? —preguntó la voz del otro lado de la línea. Oír de su boca el apodo que me dispensaban mis íntimos me hizo pensar que había estado averiguando sobre mí. Tenía que irme con cuidado.

—No va así la vaina, de gratis. Vamos mejor a tener una negociación. Información por información.

—Primero matan a Carmen Arroyo, mandan un man armado a mi casa, ¿y después quieren negociar qué cosa?

—Nombe, no, estás errando la mirada del asunto. Por eso quise verte esta tarde. Antes de morir, Carmen habló de ti. Sea lo que sea que pasó en Ciénaga, ya estás involucrado en la cabeza de mi cliente. Si me entregas un dato certero, yo puedo arreglarte la inmunidad. A ti te conviene salir de cuadro y a mí resolver rápido esta vaina.

Hubo un silencio.

—Eso está por verse. Pero no lo vamos a hacer por teléfono. Vamos a charlar esta vaina, los

dos solos, en lugar abierto. El Rancho Gaira, en la segunda, a una cuadra de la Olímpica. En el Rodadero.

Dije en mi cabeza: no quiero verte la cara otra vez hijueputa. No quiero más nada contigo.

—Lo conozco —contesté después de resoplar con fastidio.

—Listo pué. Mañana a las tres —dijo y colgó.

— QUINCE —

Durante tres vacaciones de la Universität, prolongando el fin de verano alemán con el verano eterno del Caribe Colombiano, Köell volvió a Alejandra. No ignoraba las implicancias de aquella obsesión —¿cabía enamorarse dentro de esa pulsión irrefrenable que lo movía?— y quizás por eso, ante la perspectiva de estar enamorándose de la rutina fácil, de la naturalidad del sometimiento sin esfuerzo, de la nostalgia que perduraba en los duros inviernos germanos de aquellas tardes apacibles frente al mar caribe, atendido por los mismos rostros, alojado en los mismos resguardos, y desoyendo el pulso que saltaba con la sola mención del nombre en sus recuerdos de postal tropical, la sensación duradera en el tacto de la piel infantil y su aroma a protector de coco, el profesor Köell se forzó a viajar a Filipinas (esta vez sin Burmesteir). Buscó ahí sacarse a la niña de la cabeza pero no hizo sino comparar todo el tiempo el exotismo servil, casi institucionalizado, de aquellas púberes orientales con la presunción íntima de que lo que se estaba produciendo con Alejandra era un proceso evolutivo, el criadero de una relación que había comenzado con la incomodidad del acto único de doma salvaje pero que cada vez, cada regreso del verano alemán, se aquietaba con la ternura de una relación de efecto Pigmalión donde él moldeaba a su gusto un material que no contaba con nadie más que quisiera hacerlo. Era suya y sería suya siempre que él lo solicitara.

De vuelta en Alemania revisaba el álbum de fotos de la niña que tomaba en la intimidad de los cuartos de los tres resorts que Abanta Durán y otro socio de apodo Panela (Lucho Castro era su nombre real) manejaban en la costa colombiana. Las fotos, en esas edades de cambios bruscos, denotaban el paso de un año a otro, el desarrollo hormonal que brotaba como flor en campo yermo. Un día quería verla crecer, otro día no quería hacerlo.

Burmesteir, su patrocinador original, estaba aún en el radar; seguía contactándolo en la web, aunque con menor asiduidad porque Köell sabía ser cortante (tanto como cortés) en rechazar nuevas ofertas de viaje compartido. Interponía falsas razones de salud de sus padres cada vez, o dolencias propias («No tengo tu edad, ¿sabes?») y hasta llegó a mentir la aparición de una relación que su madre había confabulado con la hija separada de una vieja amiga («yo también necesito una compañera adulta que cuide al final mis achaques, ¿no gozas tú de eso, acaso?»). En realidad, Burmesteir ya no gozaba de otra cosa que sus perversiones, se había divorciado cuando la mujer descubrió unas pocas evidencias, no las peores para su suerte, de sus actividades por la red.

Un día, sin previo aviso, el hombre detrás de Boomber_8 le avisó que estaba en Münster. Era un fin de semana largo y «tenía que verlo». Köell aceptó sin ganas (desconfiado por algún tipo de premonición, pensó después, aunque no lo hubo realmente: en realidad creyó que Burmesteir traería un destino desconocido esta vez, o quizás le propusiera un negocio conjunto, una página pay-per-pal de pornografía, algo que había insinuado de forma intermitente en el chat).

Propuso otra vez el Das U-Boot, testigo de su primer encuentro años atrás, pero Burmesteir presionó para que la reunión fuera en el mismo piso del profesor y este, habida cuenta de la confianza que los unía, y de últimas en agradecimiento por el camino que el otro le enseñó entonces a transitar y que llevaron a un triste y oscuro profesor renano a los

brazos caribes de Alejandra, decidió que debía aceptarlo. El día en que se presentó, Burmesteir traía una serenidad morfínica, producto —imaginó el profesor— de algún tipo de benzodiacepina. Y no, no era un nuevo destino o negocio informático lo que propuso: venía a invitarlo a pasar unos días, los últimos de verano, en una cabaña de la familia en las montañas de Sauerland.

—No esperarás que te crea que sigues con esa relación forzada —se anticipó a decirle a su anfitrión mientras repasaba con la mirada las paredes y muebles desprovistos del mínimo toque femenino, algo que jamás hubo nunca. El profesor arrancó a ofenderse primero pero enseguida aceptó el comentario con alivio.

Hasta la mentira le pesaba. Köell empezaba a sentir, tan tarde en su vida, lo aguijones malignos del trastorno de ansiedad. El año de clases en Münster parecía eternizarse y la pornografía de internet no le alcanzaba; no esperaba sino el tiempo de sus viajes a Colombia, esas semanas calurosas y dionisíacas frente a la playa o encerrado en una cabaña con un cuerpo de niña que se proyectaba de a poco hacia la adolescencia. No lograba ser más feliz que durante aquellos días. De regreso evitaba a sus padres, creía que ya podían percibir también esa transformación detrás de sus ojos que él empezó a recibir un día a través del espejo del baño (y en efecto, nadie podía culpar a sus padres de ver con consternación y curiosidad urgente esa repetición sin antecedentes de viajes lejanos).

A la respuesta positiva a la proposición de Burmesteir contribuyeron las imágenes de un verano lejano en su infancia cuando disfrutó en familia de la hermosa naturaleza alrededor de las aguas del Sorpesee. Aceptó con menos reticencia que la que él mismo habría esperado horas antes del encuentro. Su compañero se hacía cargo del viaje, el hospedaje era gratis, el paisaje y el clima magníficos. ¿Qué podía salir mal?

Recordaría años después algunos pocos detalles de los días previos al reencuentro con el Dortmunder, luego el viaje de ambos a Sauerland en un impresionante Land Rover Discovery 4 de reciente adquisición, una canción de Coldplay en la radio, el radiante recibimiento del bosque con sus aromas renovadores y sus colores que adelantaban el otoño en ciernes, el descubrimiento de aquella cabaña de dos plantas que buscaba apartarse, oculta entre el follaje, del camino rural y de sus ciclistas y motociclistas; una pesada construcción de madera y piedra que dormía como cruzada de brazos y solo levantó perezosa sus pestañas del segundo piso con el ruido de los neumáticos nuevos sobre la grava. Así recordaría Köell el último tiempo de su vida fuera de zona de riesgo. Insólitamente dejó sus previas excursiones de turismo sexual a tierras extrañas de dialectos desconocidos y aún peor, la terrorífica primera relación carnal con una menor estuporosa para el arcón de sus remembranzas más confortables, atadas con listón de satén a su infancia toda, a sus primitivas experiencias escolares o al agitado tiempo juvenil del Magisterio. Llegados a ese punto, nadie podía discutir con él que lo abominable se había apoderado de su cabeza, además del resto de su anatomía extrema.

Parecía hundida, la vieja cabaña, en una piscina de hojas secas y rodeada de un herbaje alto y descuidado. Era una construcción de mediados del siglo pasado probablemente, de proporciones enormes, que debió ser acogedora en su tiempo y ahora moría en una evidente soledad. No había señal de actividad a su alrededor, ni madera cortada ni desmalezado, salvo un estrecho sendero de hierba aplastada y arrancada en porciones. El interior, al que Burmesteir invitó al profesor con un ademán presuntuoso, se ocupaba con muebles antiguos y cómodas de roble llenas de polvo y estáticos adornos de familia que no habían recibido un

soplo durante años. Se olía un fuerte olor a desinfectante de pisos que de seguro provenía del intento de Burmesteir de revivir aquello y todavía quedaban elementos de limpieza (balde, escoba, trapeador, plumero y paños, muchos paños) acumulados en un ángulo de la pared de troncos de la sala.

El anfitrión le dijo a Köell que le había llevado una semana poner en condiciones la cabaña.

—¿Llevas una semana aquí solo?

El otro sonrió.

—Algo más que eso.

Le mostró luego las dependencias de la segunda planta, una habitación de huéspedes que solo contaba con una cama preparada y su mesa de luz, un baño junto a la puerta y otra habitación, la principal, con balcón a un despeñadero de pastos salvajes y largos pinos centenarios que permitirían, supuso Köell, aliviar el poder lumínico del sol naciente.

Bajaron y tomaron un té en la sala, sentados en los sillones polvorientos.

—Tengo dos escopetas, podemos cazar mapaches.

A Köell le aterró la posibilidad de tener que usar esas armas, tampoco pensó que fuera permitido en la zona, pero no puso en duda la cordura de su compañero y prefirió cambiar el tema. Se pusieron al día en algunas cosas. Burmesteir había espaciado sus visitas al este asiático, su negocio informático había tenido algunos inconvenientes (así lo describió sin mayores detalles) y eso lo tenía atareado.

—Quizás deba dejarlo todo.

Köell no preguntó la razón de semejante decisión, básicamente porque no quería saber, no todavía. Intuía alguna filtración en la seguridad del foro. Pretendía no hablar mucho sobre el tema ese primer día, un tema que a Burmesteir podía exaltarlo y sacarlo de su tensa calma; su expectativa se reducía a pasar unos días apenas, conocer el estado total de su único amigo (decidió en esos días empezar a considerarlo así, ahora que se había convertido él en un ermitaño, asqueado de su constitución horrible). Saber si podía confiar en la única persona que quería acercársele.

—Ya hablaremos de eso después —lo atajó.

Quizás le contara de Colombia en ese después, otro día, si se daban las condiciones de confianza, y hasta de su obsesión con Alejandra. Tenía en la cartera una foto de la niña en un precioso vestido de obsequio.

Pero todo habría de suspenderse a partir de ese momento. No habría un después.

—No puedo esperar en mostrarte para qué te traje —sonrió Burmesteir, y en su sonrisa maníaca reconoció Köell el hedor, la misma espesura tóxica que los unía desde las profundidades de dos almas contaminadas—. No podía esperar a compartirlo contigo. Te mereces esto también.

El profesor, aún aplastado de interrogantes, quedó a la espera.

—Si siempre te llevé de la mano a nuevas experiencias. Esto es un paso adelante, quiero que lo entiendas, va a asustarte primero, pero sé que va a gustarte como ninguna otra cosa. Para mí, aquí, en este lugar del bosque, es un éxtasis que…

—¿Qué planeaste ahora?

—No, no, la etapa de plan ya pasó, pero, yo —meneó la cabeza —… tú…

Se paró como movido por un resorte y señaló hacia la parte de la escalera que conducía a la planta superior.

—Hay un sótano, ven.

Köell dudó, pero al final se paró también y fue detrás. La puerta hacia el sótano permanecía oculta en una cuadrícula al costado de la escalera, entre esta y la pared que seguía a la cocina. Burmesteir abrió su candado con una llave que guardaba en el bolsillo delantero del pantalón, enganchada de una cuerda al cinturón, e instó a entrar a su invitado. Köell tuvo que encorvar su cuerpo para atravesar el vano y tanteó cuidadosamente con el pie derecho antes de sentir el primer peldaño de una escalera en penumbras y empezar a descender. Un olor a humedad y encierro lo tomó por sorpresa y le produjo la náusea inmediata. Se tapó la boca con disimulo como si fuera a toser y avanzó con temor los últimos escalones.

Como siempre le pasaba, iba a creer después que hubo una premonición, pero en realidad hubo miedo e incertidumbre, un disparo de largada al corazón intuitivo.

—Voy a encender la luz —anunció Burmesteir desde la oscuridad, con una voz que se quebraba de la emoción, y nerviosismo también, era eso y también maldad, la maldad final que lleva al extremo de las cosas, al abismo último de todos los actos posibles.

Se prendió la luz. Köell vio a Burmesteir parado en un rincón del sótano pestilente y siguió con sus ojos la mirada de este hacia la pared opuesta.

Retrocedió de un salto al primer peldaño y contuvo la respiración, abrumado y herido por una punzada en la punta del estómago. No podía dejar de ver eso que había ahí, inmóvil, que lo miraba también con ojos abiertos, ojos de terror, ojos secos de vida, hasta que pestañearon débilmente y los párpados cayeron de nuevo vencidos por la debilidad.

Eso ahí: una niña en pantaletas y medias celestes, la camisa blanca desabrochada tres botones, maniatada de brazos y piernas, la boca tapada con cinta de embalar plateada.

No se retorcía siquiera. Tenía el cuello doblado en ángulo y la bóveda del cráneo apoyada en el piso, sobre la mancha de su pelo pajoso, como si quisiera dormir y no dejar nunca más de hacerlo, alejarse por fin de la pesadilla que regresaba y regresaba con cada despertar.

— Dieciséis —

Santa Marta era nuestra. De Miriam y mía. Cartagena había sido de ellos, de Miriam y Fabián. El sentimiento de culpa de ella, la inseguridad de mi parte, nos hubieran impedido caminar a gusto por las callecitas viejas de la Heroica, a la luz de la luna de Bocagrande, en ese romance crónico en que convertimos nuestra relación un día cualquiera, mucho después de que mi amigo abandonara este mundo y nos abandonara a mi y a su novia de siempre, mi querida amiga, mi amor secreto e inadmisible desde que éramos pelaos. Así que dejamos Cartagena en el pasado como un terreno minado para nuestras conciencias y preferimos la perla de nuestro Caribe, el destino último de nuestro libertador desfalleciente y arrastramos a nuestro riesgo una nostalgia incómoda y la tarea de consolarnos como dos perros que se lamen las heridas. En eso se nos iba el tiempo mientras yo esperaba que su amor por mí creciera, sentirlo por fin un día en el estremecimiento íntimo del sexo compulsivo que nos unía rabiosamente.

Y cómo son las cosas. Iba a ser de pronto el Joe —mi querido santo de la parranda raizal, el mismísimo Centurión de la noche— el propiciador del milagro. El testigo de una noche inolvidable. O mejor dicho, fuimos nosotros testigos suyos, testigos de una de sus presentaciones transpiradas llenas de Chandé y Joesón en el Club Santa Marta, cortesía de mi Mayor Balcázar, que ya empezaba a irse para arriba y tenía sus conexiones también entre la burguesía samaria. Me lo dijo él mismo (que nos había conocido tan amigos a Fabián y a mí): que quiso con esa noche exorcizar de una vez ese fantasma que no nos dejaba en paz y buscó bendecir mi relación con Miriam con la luna de miel que nunca nos permitimos.

Aquella noche todavía regresa cada tanto como la caricia de una brisa de diciembre luego de la tempestad de pesadillas en que se convirtieron los recuerdos posteriores. Aquella noche todavía cantaba el Joe, de regreso de una de sus tantas muertes, en el tirabuzón otoñal de su vida legendaria, negro divino y brillante en su traje blanco de solapas azules, mientras forzaba en trance su voz eterna y nos devolvía a los bailadores el alma antillana para que moviéramos los pies y sudásemos sangre de esclavos a ritmo de tambora y gaita.

Y mis ojos que casi se lo perdían, al negro maravilloso, como casi se perdían —entre tanto público que bailaba como si no hubiera mañana— la vista del puerto de yates y el farol de luna llena derretido en el mar nocturno; casi se lo perdían todo porque no querían sino verla a Miriam en un vestido liviano de flores amarillas, azules, naranjas, una tela como pintura de Obregón sobre su piel canela, que olía un poco a perfume y un poco a bronceador de coco también; y no querían mis ojos sino verle el rostro donde resaltaban los suyos, dos ojos negros brillantísimos de emoción, que pronto empezaron a cubrirme de una tensión incontenible, de una avalancha de ternura que me sepultaría desde entonces y para siempre. Para mi felicidad, para mi tortura.

—Ay, Efraín, no lo puedo ocultar más —dijo al borde de las lágrimas, apretada contra mí, susurrándole a mi oreja mientras interponía la mano entre su barriga y la mía—. Traigo un hijo tuyo.

**

Durango cayó al Gaira media hora después; probablemente estuvo estudiando la situación desde lejos, controlando que yo llegara solo. Él sin embargo vino con el gordo Randi. Usaba

gafas cromadas, esta vez, y no se las quitó ni cuando se acercó a mi mesa; se lo notaba incómodo o nervioso.

Dijo a modo de saludo: —Efraín...

—Así de bonito me llamó mi mamá, pero en tu boca suena maluco. Sánchez, mejor.

Le hice una sutil inclinación de cabeza al escolta batracio.

—Ñoño —saludé con fingido respeto—. ¿Y Don Ramón?

El man se alteró, se adelantó como alzadito y tal, pero Durango lo detuvo con la mano.

—Déjate de maricadas, Sánchez, y aclaremos esta vaina de una vez.

Se sentaron. Abanta Durán levantó la mano hacia el mozo para pedir dos cervezas. Esperamos en round de silencio y miraditas distraídas al paisaje hasta que el man llegó con las frías y se perdió otra vez.

—¿Entonces me averiguaste quién anda detrás mío y por qué sabe de mi negocio?

—Carajoo, deja la paranoia. Que detrás tuyo no anda nadie. Yo a la que quiero de vuelta es a la pelaíta, que casualmente es hija de una mujer con la que tratabas habitualmente.

—Que dejé de tratar.

—Ya deja esa carreta. Mira, yo no puedo asegurarte si estos manes que aparecieron a contratarme mataron a Carmen Arroyo, pero sí sé que la hicieron cantar. Y la vieja te mencionó, dijo que se había juntado en Ciénaga contigo y con un extranjero que llaman el Alemán, el mismo día en que desapareció Carol.

Touché. Había que verle la cara de culillo mientras se retorcía en el asiento y le echaba una mirada incómoda a su compañero.

—¿No crees que si te quisieran a ti se habrían evitado contratarme? Marica: iban y te metían plomo.

—Ya lo hicieron con mi hermano.

Hice una pausa para pensármelo bien.

—¿Cómo se llamaba?

—Edgar.

—Mira, Durango, yo sí creo que esta gente te la quiso dar entonces y falló para desgracia de tu mello. Yo sé la razón de que te tuvieran en la mira para enyardarte. Es por eso que te interesa que te cuente de quién o quiénes se trata, ¿me equivoco?

Dio un trago a su botella, se limpió con la mano, iba decir algo, pero se arrepintió y solo asintió débilmente. Yo expuse mi sonrisa ganadora, la del man que domina el ring. El interesante y vaina, que se hace uno.

—Entonces aquí viene el trato. Mi información por la tuya. Yo te digo quién mató a tu hermano, tú me dices dónde tiene el Alemán a Carol.

Durango calló unos segundos, volvió a mirar a Randi, hizo una mueca y apoyó bruscamente la botella sobre la mesa.

—Bueno, listo. ¿Tienes un bolígrafo y un papel?

Saqué mi miniagenda del bolsillo de la camisa. Entre las hojas iba un lapicito a medio comer. El Ñoño murmuró «ñerdaaa» y soltó una sonrisita bien cínica.

—¿Qué te pasa boliqueso? —le ladré.

El gordo no borró la sonrisa de su jeta, pero le sumó desprecio. Durango escribió algo en una hoja y me devolvió la agenda abierta. Leí tres nombres: Tropicana, Los Delfines, Maracaibo.

—Ajá, ¿y esto?

—Si el Alemán tiene de veras a la niña, cosa que no me consta porque yo no propicié ese trato, la tienes que buscar en esos tres lugares. Son conjuntos privados cerca de la playa que hacían trato con nosotros para hospedar a los extranjeros. El tipo no podría entrar hoy con una menor a ningún otro hotel. Manejaba una camioneta gris cinco puertas, no sé la marca, Ford probablemente.

—Está bien, pero ¿dónde quedan estos conjuntos?

—Aquí es tu turno, pelao. Dime quién te contrató.

—El papá de la niña —dije con seguridad porque ya había decidido que no quería traicionar mi palabra, la que le di a Alejandra—. El papá de Carol.

Las miradas de Durango y el gordo se encontraron unos segundos antes de partirse ambos en una carcajada de atarvanes que conmocionó la poca clientela del estadero. O sea que cogieron el fly de papayita.

—Si será embustero nojó. O idiota —dijo el Ñoño.

—Deja de bailarme el indio, cuquero marica —dijo muy serio Durango—. ¿Me estás vacilando o de veras no sabes quién te paga?

—Así me dijo este man, el escolta que me trae la plata. Que su patrón es el papá de la pelaíta.

—¿Y la muchacha que iba con este escolta qué te dijo? –soltó Randi.

Uppercut al mentón del Caimán y al piso. Y conteo, uno, dos, tres…

—Este es mejor detective que tú —Durango señaló a su esférico acompañante—. Ese día que apareció la pelá por el Colonial, Byron y él estaban haciendo guardia enfrente. Vieron al man que llegó en la camioneta y vieron a la pelá. Vieron cuándo entraron y cuándo salieron, los siguieron hasta la casa donde vive ella: la casa de tu cliente. ¿Sabes quién es ella?

—Alejandra Arroyo. Creo que tú la conoces de más tiempo, hijueputa.

—¿Sabes quién es el dueño de esa casa donde vive Alejandra?

—Se supone que no debo saberlo, es la condición para cobrar mi sueldo. Pero dime de una vez.

—Víctor Cano Martínez. Ese es el man para el que trabajas, detective.

—¿Y qué hace?

Suspiró, se sacó las gafas de sol y las puso sobre la mesa. Guardaba los anteojos de leer en el bolsillo de la camisa.

—¿Además de comerse a esa pelá tan buena?

—Además —dije con una inconfesable desazón.

—Bueno, en Barranquilla se habla mucho de él en estos días. Es un ganadero de Córdoba, un tipo de mucha plata y pinta de mafioso que llegó a la ciudad no hace tanto y no se deja ver mucho tampoco. Huele a narco.

—¿Y de dónde lo conoces tú, por qué sabes que esa es su casa si tiene tan bajo perfil?

—Supe de él y de su casa hace meses, cuando empecé a averiguar quién se bajó a Edgar. Ya me imaginaba que la bala era para mí, pero no se me podía ocurrir quién ni por qué.

—¿Qué te llevó a Cano Martínez?

—Me llevó la muchacha que se está comiendo. Que por cierto ya no es Arroyo sino Alejandra Corrales Henao.

—¿Tuviste contacto de nuevo con ella?

—Qué va, no. Yo no la veía desde que se voló de Nueva Belén cuando tenía, qué, trece o catorce años. Recién volví a verla en el Heraldo el año pasado, reconocí una foto de ella en

la revista suplemento de los miércoles. Usaba traje de baño en una publicidad de gaseosa. O sea, estaba casi convencido de que era ella. Siempre me quedó curiosidad de saber qué fue de esa pelá, pa´ dónde había agarrado, pero tampoco me preocupé en averiguar. Ya no tenía negocios con ella.

Ahí mismo hubiera querido meterle una bala en la frente. Negocios, dijo el muy hijueputa.

—Entonces al poco tiempo pasa lo de Edgar, que era un man legal, no tenía líos con nadie mi hermano, y se me ocurrió, ahí sí empecé a preguntarme si no tendría algo que ver. Si no era algún noviecito sicario de su nuevo barrio que le ofrecía mi cabeza como prueba de amor.

»No logré saber nada, hasta que un socio mío de Cartagena me trae un día, otra vez, el Heraldo. Cuando empezó el mierdero con la postulación de la Reina del Carnaval.

—¿Qué mierdero?

Randi medio dejó caer la mandíbula de sorpresa y miró a Durango.

—Nojóo… —murmuró.

—¿Dónde vives Caimán, en un tarro de Milo? Alguien postuló a Alejandra Corrales a Reina del próximo Carnaval de Barranquilla, ¡la Reina! imagínate esa vaina. Si siempre son pelás de la Jái, estudiantes universitarias hijas de papi, un papi que casualmente es político o empresario de esta bendita ciudad. Y a este bollito que nadie sabía (nadie sabe aún) de dónde salió. Todo el mundo se imaginó entonces que alguien de mucho peso la estaba patrocinando. No se sabía, no se sabía, hasta que se supo, algunos periodistas empezaron a mencionar a Cano Martínez y aventurar sus antecedentes. Tronco de polémica con la Fundación del Carnaval, con la gente de los clubes sociales que no la aceptan en sus fiestas, el Country, el Campestre, toda esa gente platúa. Pero la postulación de pelá: firme, o sea, la alcaldía y la Fundación la apoyaron. Hasta se creyeron que nació en el Prado, nojoda. Es que no se habla de otra cosa en esta ciudad.

Tuve que hacer un esfuerzo para no dejar caer yo también la quijada. Pero, ¿y dónde estuve yo todo ese rato? Ah, cierto: olvidándome del mundo a punta de guaro y bareta.

—Ya no tenía dudas de que Alejandra, con ese poder repentino, nos iba a hacer pagar a todos. ¿Sí ve cómo tiene que ver con la muerte de mi hermano, con la de Carmen? Y está el caso de dos clientes míos, uno era italiano, el otro belga creo, o francés, los asesinaron en supuesta tentativa de robo aquí en Santa Marta. Por separado, en épocas diferentes. ¿Le parece casualidad eso? Mi socio en Cartagena recibió amenazas también.

«Socio» decía el carapelá. Manda huevo.

—Que mi hermano muriera frente a mi casa y se regara que era yo el muerto me sirvió para salirme de ese mierdero y del negocio con los extranjeros. Me tuve que mudar, además.

—Ñerda —dije—, debo estar volviéndome insensible pero como que no me conmueves, no me cae una lágrima.

El gordo resopló. Durango sonrió sin ganas.

—Y en esta situación, justo ahora, se le ocurre aparecer al Alemán. Un enredalapita del carajo.

—Entonces, ¿cuál es la historia de este alemán?

—Está obsesionado con Alejandra. Por eso no quiso a la niña que le trajo Carmen, a quien busca es a A-le-jan-dra. Por lo visto esa pelá vino al mundo para volver locos a los hombres.

Cada frase de Durango parecía confirmar, me pongo poético, el popó de puerco que tenía por sangre, la mierda que chorreaba de su corazón de piedra. Cerré los ojos y me apreté

ambos costados de la frente. Estar ahí con esa basura de seres humanos, en la misma mesa junto a la playa, hablando como tres conocidos de toda la vida, me hacía sentir enfermo. Necesitaba irme antes de arruinar todo. Ya tendría tiempo más adelante, pensé, alguna forma, de ocuparme de ellos. Iba a anotármelo en mi agendita, eso seguro.

Todavía tuve que seguir escuchándolo.

—La conoció con nueve velas a la pelaíta. Venía siempre para mitades de año, agosto, por ahí; luego dejó de venir, tuvo algún problema serio por allá, pero me enviaba dinero cada tres meses para que repartiera con Carmen y evitara que se la vendiera a otro. Un día dejó de llegar la plata también, pasaron dos años. Hasta que reapareció así de repente, me llamó para vernos al día siguiente en Ciénaga; así me daba tiempo de irme hasta Nueva Belén a buscar a Alejandra; en su fantasía creía que lo estaba esperando.

Paró de hablar abruptamente cuando una pareja pasó caminando despacio junto a nuestra mesa y dejó que se alejaran.

—¿Entiendes ahora, Caimán, que no es paranoia lo mío?

—Pues no sé qué decirte. Pero el mensaje es que no van a tocarte si nos das al Alemán. Ese trato te ofrezco.

Se lo pensó unos segundos y dijo: —Está bien.

Me pidió de nuevo la agenda, consultó en su celular, escribió varias cosas y me la devolvió.

—Se llama Helmut Köell o así figura en el pasaporte. Ahí te anoté la dirección en Villa Country del que te paga, para que sepas. Y te anoté también las direcciones de los tres conjuntos que te comenté. Pero no me menciones siquiera si vas, acuérdate que estoy muerto. En todo caso quizás te convenga mencionar el nombre del que era mi socio en Cartagena, Lucho, Luis Castro. Le dicen Panela. ¿Te lo anoto también?

Dije que no. Ningún fanático del béisbol colombiano necesitaría anotar ese nombre. Luis Castro. El primer colombiano y latinoamericano en jugar en la Liga Mayor de Béisbol de los Estados Unidos. Año 1902. Equipo: Atléticos de Filadelfia. Un prócer olvidado, como tantos.

—¿Eso es todo lo que tienes del Helmut este? ¿Su celular?

—Nada. El man llama a mi número desde privado.

—Te pido eso entonces, que me tengas al tanto si se comunica, sácale lo que puedas. Bueno, Durango. Aquí termina lo nuestro.

—Espera, espera —dijo él—. Tengo mi mensaje también.

Me levanté como picado en la nalga, dándole a entender que lo que iba a pedirme debía ser rápido.

—Dile a Cano Martínez, o a su novia, que no intente cobrarse nada conmigo. No estoy solo en esto. Donde llegue a pasarme algo, van a salir muchas fotos en internet y en la prensa, se va a saber la verdad del sancocho y eso no va a ser bueno para ninguno de ellos dos.

— DIECISIETE —

Dos años después de haber conocido a Burmesteir en el Das U-Boot, cuatro antes de que conociera en aquel sótano del Sauerland la naturaleza del monstruo que escondía su amigo, Köell sintió que su propia transformación se había completado. Había viajado con Johann dos veces en el transcurso de año y medio, una a Tailandia, la segunda vez a Filipinas. Aquello, el ser horrendo que antes dominaba con cautela sus acciones privadas, se instaló como un estado permanente, latente, atento a la oportunidad y casi desaforado al momento de satisfacer sin culpa sus pulsiones oscuras. Descubrió un mundo diferente alrededor del globo, a tantos como él y a gente dispuesta a transar con sus necesidades.

Así supo también de Colombia. De joven había fantaseado alguna vez con el Caribe como experiencia de viaje; sabía muy poco, de la leyenda del Dorado, del café, le pareció que uno de sus pintores contemporáneos preferidos, Botero (de quien exponía una lámina en la pared a mitad de la escalera, acaso como un propio chiste de su inmensidad anatómica, un tipo diferente de espejo, falso pero amable), era de ese país. La cocaína por supuesto, Pablo Escobar Gaviria ya era un nombre que trascendía las fronteras y el tiempo, como la fama de los bandidos extraordinarios. Cuando la libido desatada le mostró las nuevas posibilidades, asumió que siempre le había atraído la piel cobriza y la raza negra. Le llamaban la atención un grupo de vendedores senegaleses y antillanos del Wochenmark, a quienes veía inmigrantes de un planeta exótico y vibrante, tan lejano en todo a la placidez soporífera de Münster. No era el caso de Burmesteir, a quien le atraía más, o casi únicamente, el mundo oriental. De todos modos, Köell creía que podía prescindir esta vez de su amigo de Dortmund, de quien creyó haber descubierto un costado peligroso, inestable, debido quizás al abandono (algo que supo recién en el segundo viaje juntos) de un tratamiento psiquiátrico y al reemplazo desordenado por drogas ilegales. Podía exaltarse sin motivo y ser agresivo en su vocabulario, después se deshacía en un pedido de perdón cercano al derrumbe anímico. Köell creía que era bipolar. La sonrisa que antes fue contagiosa y seductora, adoptaba con frecuencia una máscara maníaca. Era poco suave con sus partenaires asiáticas. Practicaba, se ufanaba de ello junto a la piscina de los resorts —daikiri en mano—, un sexo sádico.

Pero el tipo era un promotor incansable de la actividad, todavía el maestro administrador de una red global de tráfico de pornografía infantil, y supo guiar al profesor universitario al dato certero de Abanta Durán, «Jotamario» según su avatar cibernético.

Pocos meses después llegó a Colombia. Al aeropuerto Ernesto Cortissoz de Barranquilla, previo trasbordo en Bogotá. El trópico colombiano no se distanciaba tanto de algunos paisajes del este como había creído, pero su gente era distinta, de gestos menos sumisos, de actitudes más transparentes y de una alegría contagiosa. El elemento etnográfico común, casi exclusivo, era el mestizaje; había enorme cantidad de negros.

«Jotamario», quien se presentó y renombró rápido con otro alias (Durango), lo esperaba en Santa Marta, en una dirección específica del Rodadero, para llevarlo a instalar enseguida en lo que el colombiano denominó pretenciosamente resort y no era sino un modesto conjunto de cabañas descuidado y polvoriento, el «Tropicana», ruidoso gracias a un pequeño estadero de frutas y bebidas espirituosas cuyos bafles empezaban desde temprano con un repertorio a

todo volumen de vallenatos y porros. El mar al menos, en su gloria pacífica, estaba a doscientos metros mal contados.

Antes, durante el trayecto en una reliquia viva de jeep willys 64 propiedad de Durango, la persistente inseguridad de Köell le produjo necesidad de demostrar otra vez (aunque se había preocupado de declararlo en los mails que eran rápidamente borrados a medida que se contestaban) que era un veterano de esas excursiones. Era una forma de prevenir la estafa. Le habló al colombiano sobre Tailandia y Filipinas. Obvió la primera vez que, junto a Burmesteir, fueron conducidos por el contacto Thai a un sótano cabaret donde exponían, a pocos metros de los clientes, media docena (o más aún, a veces) de preadolescentes de constitución variada. Burmesteir había tomado la iniciativa con una chica pequeña, bien delgada. Después de un breve lapso de pánico, Köell se animó con una poco más alta y regordeta.

No le confesó nunca a Durango que tardó una eternidad en lograr una erección, de lo abrumado que estaba por la cercanía al clímax de las pasiones de toda su vida adulta, pero la tailandesa trabajó como una profesional comprometida con la causa durante tres cuartos de hora para lograr un efecto. No hubo penetración (lo logró recién en un segundo intento, con la misma niña, al día siguiente) pero sí la satisfacción de un orgasmo eyaculatorio después del sexo oral.

Ya establecido en su cabaña (la número tres, de cara al mar), en las afueras de un asentamiento de pescadores del Magdalena, Durango no lo hizo esperar. El servicio era distinto en Colombia, clandestino al extremo (como no lo era en algunos sitios de Asia); el contacto no le ofreció, ni en fotos siquiera, variedad para elegir de antemano, lo que consternó al alemán y lo puso en estado de alerta y mal humor. Abanta Durán suavizó el brete con su don de encantador de serpientes: el típico vendedor de playa de paquetes turísticos informales, una lid cotidiana que desempeñaba desde los catorce años. Le prometió que no iba a defraudarlo y le pidió la suma convenida en dólares.

Esa misma noche regresó al Tropicana con una mujer y una niña. Herr Köell vio por la ventana de la cabaña cómo la mujer quedaba atrás en el estadero, servida de una cerveza, pero atenta a la situación (probablemente hasta nerviosa, pensó); permaneció casi agazapado en penumbra (el cuarto no contaba ese día con más iluminación que la de la mesita de luz) y, recién cuando las siluetas de Durango y la pequeña se acercaron, se incorporó para abrir la puerta. Luego retrocedió para verlos pasar el umbral. La niña fue una sombra entonces, menuda y frágil, recortada contra el marco de la puerta, rodeada por el débil halo de claridad que llegaba desde un foco de 100 watts en el puesto de tragos; Köell siempre creyó que fue la excitación, la aguda conmoción que experimentaba en todo el cuerpo, lo que nubló a sus ojos la imagen inmediata de su objeto de deseo. Lo que vio a continuación —y no pudo olvidar jamás — fueron los ojos amielados que salían del cono de sombra y flotaban como piedras preciosas sobre la piel trigueña de su carita espantada.

Durango había adelantado a la niña con un empujón suave.

—Ve, Alejandra, saluda al señor.

— Dieciocho —

Mi carro no se había alejado sino unas cuadras del Gaira cuando me sonó el celular.

—¿Bueno?

—¿Periodista?

Había escuchado esa voz una vez sola en la vida, durante unos minutos apenas, y sin embargo la reconocí de una.

—Me dijo que lo llamara si... se me ocurrió que hay alguien que puede ayudarlo acá por el tema de esa niña.

—¿De dónde me llamas, Amparo?

—De un teléfono aquí en Ciénaga.

Suspiré y pegué la frente contra la cabrilla. No me gustaba la idea de postergar más tiempo la cacería del alemán, menos desviarme de la única dirección que se me había ofrecido como posible. Pero todo era improbable aún. En especial cualquier dato que viniera de Durango.

—Bueno, quédate ahí porque estoy cerca. Dime la precisa, dónde te busco.

—En la esquina de la Plaza, frente a la telefónica. ¿Trae plata? Porque le van a cobrar la información.

—Pero óyeme, yo pago, pero que no sea un vacile porque se van a acordar de mí durante mucho rato.

—Nombe qué va. Esto es serio.

Quizás alguien quisiera hablar, después de todo. Al negocio inmundo de Abanta no le debían haber faltado situaciones igual de críticas e igual había seguido adelante por años, a la vista de todos, y nadie hizo nada. El dinero parecía callar las conciencias y la desidia mental provocada por la pobreza crónica de estos pueblos hacía correr con facilidad la mirada. Yo todavía pensaba, con más firmeza incluso, que debía operarse con medios oficiales. La policía tenía la potestad para pedir información a Migraciones, dar la alarma a Interpol. Estábamos perdiendo tiempo y mi compromiso con Cano Martínez (si la identidad de mi cliente de verdad coincidía con la suya) me convertía en cómplice de esa mugre. Durango dijo que no estaba solo, y eso debía participar a más gente que el Gordo y el Flaco. Una red de pederastas quizás. Cuántos niños, pensé con los ojos cerrados, ahora mismo…

Amparo me esperaba ahí nomás, paradita frente a la central de Telefónica. Con un vestido azul chillón y aretes verdes grandes como mamones. Casi se confundía con las frutas que se amontonaban en el puesto al lado suyo. Se subió al acompañante y me sonrió con una serenidad que no expuso aquel día en que la conocí.

—Hombe, Periodista.

—¿Y entonces? —le pregunté— Pa´ dónde hay que arrancar.

—Alfonso nos está esperando en la playa.

El prófugo Alfonso. Quizás sí hubiera algo ahí, una confirmación al menos. Y de todas formas me dije que no había nada por perder. O sí, unos cuantos pesos que precisamente no me sobraban. También era cerca, así que nos fuimos allá.

El lanchero nos esperaba fumando, sentado en el cayuco. Nos saludamos con la mirada.

—Periodista, él es Alfonso —lo presentó Amparo—. Él necesita preguntarle unas cosas

también.

—Ajá pué —le dije al tipo—. ¿Reaparecido y vaina?

—Yo hago esta vuelta nomás y de acuerdo lo que usted me diga veo si me pierdo de nuevo.

—Las preguntas las hago yo primero. ¿Qué te dijo Carmen cuando fue a pedirte ayuda?

—Que la niña se le había perdido cuando la junta con Durango y el Alemán. Eso, nada más.

—¿Pero ella no pensó nunca que se la podía haber llevado ese man?

—No. Ella me dijo que el Alemán no quiso a la niña, se la despreció, y que el tipo se había ido antes pa´l carro. Que Durango tampoco tocó siquiera a Carol. Simplemente la pelaíta se le voló.

Ñerda. Eso terminaba de hacerme dudar de las pistas que me había dado Abanta.

—Ahora yo le pregunto —dijo Alfonso—. ¿Usté es periodista, no es cierto?

—Hombe, claro.

—¿Y sí saben quién mató a Carmen?

Negué despacio con la cabeza. —¿Tú crees que la mataron?

—Yo sí creo. Pero no entiendo que usted o ustedes los periodistas investigan y yo no escuché en ninguna parte que se hablara de la desaparición de Carol. Ni la radio, ni la tele, ni su periódico ni ningún otro. ¿Por qué ocultan esa vaina?

Esperé, me apreté unos segundos los ojos y miré a Amparo antes de dirigirme al lanchero.

—Mira, lanchero, yo no soy periodista.

—Ay, Dios mío, ¿cómo así? —intervino Amparo, exaltada, y puso una mueca que denotaba tronco de empute.

—Ni policía. Soy detective a sueldo. Me contrataron para buscar a Carol.

—¿Y quién? —preguntó Alfonso. La mujer seguía muda, con la mandíbula desencajada, las cejas invadiéndole la frente arrugada y los brazos cruzados con fuerza debajo de las tetas.

—Eso es confidencial. No me lo dijeron. Probablemente sea la gente misma que lastimó a Carmen tratando de sacarle el paradero de la niña. Tú te puedes quedar tranquilo que no es nadie a quien le debas algo, no es contigo la vaina, ni saben que existes.

Fue evidente cómo el man se relajó porque miró a Amparo, suspiró brevemente, asintió y se incorporó para ir a encender el motor. Me volví alarmado hacia la mujer.

—¿Y la información que me iba a dar?

Ella, que todavía me miraba con desprecio, se relajó finalmente y fue a subirse en silencio al bote. Se sentó a la mitad y recién ahí me habló.

—Súbase. La persona que le digo vive adentro, en Nueva Belén.

Miré el cielo. El sol empezaba el pique de bajada; para cuándo llegásemos sería noche cerrada sobre la ciénaga.

—Alfonso lo devuelve después —dijo para darme confianza—. Y no hay que tirarle un billete, es un favor que nos hace.

Suspiré y me rasqué la mandíbula mientras la miraba fijamente.

—Mejor que valga la pena.

En todo el viaje en lancha no pude sacarle a Amparo dato alguno sobre a quién íbamos a ver. En cambio, ella no dejó de puyarme durante el trayecto, que las cosas no son así, que uno confía y al final le salen con otra cosa, que sino fuera por la niñita no tendría que andar uno colaborando, que qué vaina nojoda, cómo la engañan a una.

Alfonso apagó el motor cuando llegábamos a los palafitos y agarró el palo de mangle. Había plena luz de luna y las casas de madera asomaban del agua, algunas del todo a oscuras, otras con propia luz interior, débil y chispeante. Navegamos silenciosamente entre ellas, vi algunos rostros que se asomaban al fresco de la noche, sin curiosidad.

—Ajá, Fonse. ¿Y qué? —saludó alguien al boga.

—Ajá Víctor —contestó él, en ese dialecto lacónico que interpretamos solo los caribes.

Aparcamos junto a una casa que, incluso en la noche, refulgía con un color rojo intenso. Tenía al costado un corral de gallinas. Amparo y yo subimos, la puerta de la casa estaba abierta, protegida la entrada solo por una cortina de conchitas. La mujer aplaudió y llamó:

—Oooh, don Yguarán.

El rostro largo, agrietado y adusto apareció como si flotara detrás de los caracoles y miró con ojos negros en mi dirección, me estudió unos segundos y descorrió la cortina con su mano.

—Pasen.

No llevaba camisa, su pecho estaba cubierto de un collarín de semillas, plumas y huesos diminutos que le ocupaba el torso hasta el brusco ascenso de una barriga prominente. Usaba muchos anillos de piedra en ambas manos, llevaba jeans gastados y abarcas de cuero.

Me dio la mano.

—Efraín Sánchez —me presenté.

Yguarán no hizo lo mismo (quizás porque asumía que Amparo ya me había contado sobre él) y fue a sentarse en una mecedora de bejuco; nos invitó a sentarnos también en otras dos mecedoras de tiras, una a su costado y otra enfrente. Amparo ocupó la primera. Nos iluminaba un farol de gasolina colgado del techo y me tomé el tiempo de mirar la decoración en las paredes de tabla: un rosario completo de dientes de tiburón, una repisa altar con velas y flores mustias, imágenes de divinidades inciertas clavadas con chinche a la madera, un mueble vitrina con frascos de formol y elementos flotantes en su interior, más frascos de guaranguango rotulados… la casa de un brujo, pué. Lejano a cualquier relación con lo esotérico había un calendario marcado, el mismo —con la foto promocional de una cerveza y una suculenta pelá en bikini— que yo tenía en mi despacho. Había además una mesa pequeña y cuadrada, con un pequeño cráneo de mico en el centro que Yguarán debía usar para dar respuestas paranormales a las consultas mundanas de sus clientes; la nuestra, a juzgar por nuestra disposición, era una cita informal.

Imaginé por dónde iba la vaina, suspiré y me preparé a ser desprovisto de mis pocos pesos por una farsa de santería. Me quedé entonces frente al tipo, que había empezado a mecerse con un brazo detrás de la cabeza y seguía mirándome en silencio. Amparo tampoco decía nada. Por mí seguíamos así unos minutos más mientras recuperaba fuerzas y me volvía por donde vinimos.

—Usted está preocupándose por la pelaíta —dijo el man al fin—. No parece periodista.

Miré de soslayo a Amparo, quien volvió a echarme su mirada de desaprobación.

—No soy periodista ni policía. Me contrataron para encontrar a la niña. Ella me dijo que usted podía darme información.

Yguarán dejó de mecerse e inclinó el torso hacia mí. El man iba a pichearme la revelación y yo lo esperaba al bate.

—Yo no sé quién se llevó a la pelaíta ni dónde está.

Lo miré con incredulidad, luego a Amparo. Con indignación.

—¿Y entonces, mujer? Pa´ qué me trajeron. Pa´ qué me mandó a llamar acá el Indio Amazónico.

Ella hizo silencio y miró, desconcertada también, al brujo.

—Usted me cree un charlatán, ¿no es cierto? —me preguntó Yguarán.

—No creo nada. O sí, creo que me están tomando el pelo por sacarme unos pesos y esto es una cosa muy seria —el volumen de mi voz aumentó a tono con la ira que calentaba mi cara y presionaba mis sienes. Le hice un gesto con el mentón a Amparo—. Yo tengo que volverme rápido a Ciénaga.

Yguarán nunca volvió a recostarse en la mecedora. Seguía incorporado a medias, con el torso erguido, y sus facciones se pusieron duras. Levantó una mano huesuda de venas evidentes como gusanos y levantó su dedo índice, doblado como gancho por la artritis.

—Yo no soy de este pueblo —con la otra mano y el brazo extendido señaló un lugar impreciso lejos de la casilla—. Yo nací en la Sierra Nevada, mi padre era un máma Kogi, mi sangre tiene sabiduría indígena y dones divinos. La gente de mi clan, mi padre incluido, se dispersó cuando llegaron los paracos detrás de las FARC que cultivaban marihuana, tuvimos que bajarnos, nos desplazamos en los pueblos, las ciudades, nos fuimos separando. Yo anduve perdido, o sea, había perdido el horizonte y había olvidado la videncia que había recibido de los Hermanos Mayores. Trabajé de cualquier cosa para sobrevivir, no me alcanzaba tampoco. Llegué aquí luego de la matanza, cuando no quedaba nadie, llegué casi al tiempo que esa mujer, la madre de esas dos niñas. Ocupé esta casa, la bendije y recé mis oraciones por la familia que la había abandonado y nunca volvió. Pescador me hice, a la fuerza. Cuando alguna gente se fue atreviendo a volver tenía más problemas que antes, porque a la carencia económica se juntó el dolorimiento del espíritu. Ahí se acordó mi cabeza que yo podía ayudarlos. Ellos vienen aquí y yo puedo darle respuesta por sus parientes, los vivos que siguen perdidos bien lejos, y los muertos también.

Jueputa carretilla la del brujo. Destrabé mis manos cruzadas sobre el vientre y levanté las palmas.

—Y a mí entonces, ¿no tiene nada que decirme?

—Sí. Que esa niña está en peligro. Grave peligro.

—Ah. Usted tiene un don del carajo.

Me quedó mirando fijo; no era odio lo que mostraba su cara tensa, parecía desesperación. Afuera, lejos, se escuchó un grito de mujer.

—¿Qué me dice del Atlético Junior, sí será que ganamos este año? —rematé antes de levantarme y buscar en mi cartera un billete de diez mil. No pensaba darle más a ese Arandú de paquito.

—Oiga —me detuvo Amparo, que se puso también de pie y se interpuso entre mí y la puerta de caracoles; señaló a Yguarán.

—Él ve a los ausentes.

Sobre mi silencio se escucharon un par de voces más que llegaban de afuera. Amparo miró a todos los rincones de la sala hasta que pareció encontrar lo que buscaba. Fue hasta los estantes del mueble y volvió con algo que reconocí de inmediato.

—Yo le traje esto —agitaba la muñeca desnuda que yo había visto en la casa de Carmen Arroyo. Luego giró para mirar al máma-ncito y le pidió—: Dígale lo que le dijeron de esa niña.

Lo miré entonces, no entendí a qué se refería la mujer.

—Este lugar, nuestro pueblo, está protegido —me informó él, y yo pensé enseguida en la depredación de los manglares, la pérdida de las especies acuáticas, la contaminación galopante. Quien protegiera esto, jueputa, se estaba llevando una cipote comisión.

—La gente de aquí está protegida. Por los que volvieron, ¿sabe? ¿me entiende?

Negué con la cabeza. Quiénes nojoda, ¡quiénes!

—Esa gente que murió masacrada. No «volvieron» porque no se fueron nunca. Su espíritu sigue aquí en la ciénaga. Yo los siento, he podido verlos incluso, sus ánimas fosforescentes flotando sobre el agua durante la noche. Todos aquí ya lo saben a eso, yo se los he dicho. Por eso siguen resistiendo en este pueblito tan pobre. Saben que nadie va a volver a hacerles daño mientras ellos estén con nosotros. Ellos son nuestros santos ahora, nuestros dioses también. Y a mí me hablan.

Había un murmullo creciente de voces afuera, voces que se multiplicaban. Traté de abstraerme y concentrarme en lo que me decía Yguarán.

—Y le hablaron de la niña.

—Eso los tiene, mire, pero alborotados. Me han tenido noches sin dormir, yo los sentía hablarme, murmurarme cosas en el viento.

—Total: el viento le dijo que la niña está en peligro, cosa que yo (que no soy brujo) ya podía deducir por el hecho de que tiene nueve años y, anda perdida, o alguien se la llevó para alguna parte, dato importante que podrían haberle murmurado de paso estos espíritus y me evitaban la tarea —puse las diez lucas sobre la mesa y una mano en el hombro de la mujer—. Amparo, por favor, vámonos.

Eso estaba prendido afuera. Voces por todas partes y algunos gritos. El brujo se puso por fin de pie, aun con su dedo enhiesto, mientras hacía el intento de colgar sus palabras por encima del ruido.

—Ya han dejado caer antes su brazo de justicia sobre algunos que han hecho daño a este pueblo.

—Esos turistas muertos —aclaró la mujer.

—El que se haya llevado a esa niña no será excepción —predijo Yguarán.

Al final el bochinche lo alertó también y los tres salimos a ver.

En efecto, lo de prendido era literal, podía decirse que el pueblo entero había salido de sus casas, y hablaban, y miraban en dirección al fuego que había tomado a uno de los palafitos. Un fuego abundante que soltaba lenguas enormes que lamían el cielo.

—Es la casa de Carmela Arroyo —informó Amparo con voz asordinada, mientras se tapaba la boca de la impresión y miraba alternadamente al incendio y a Alfonso en su piragua.

Estuvimos en silencio, observando a los bogas, que se habían acercado antes con calambucos para echar agua y ahora aguardaban, impávidos, impotentes ya, ante la inevitable consumición total de la casita de madera.

Yguarán llamó mi atención tocándome el brazo apenas.

—No vaya a creer otra cosa. Fueron ellos —señaló con su dedo deforme la ciénaga, insondable en su inmensidad y negrura—. Están enojados.

— DIECINUEVE —

Rotterdam era la materialización de sus anhelos personales: ahí casi que no había pasado, todo era nuevo, construido sobre escombros de destrucción. En eso estaba él también, en esa ciudad, tratando de dejarlo todo atrás, aunque sabía que por más lejos que huyera no podía desprenderse de sí mismo, de aquello que era entonces y lo hacía mover con pasos sísmicos de gigante y una mirada torva que no conocía más espejos y repelía al que miraba a través de sus ojos anochecidos.

En su memoria habían estado siempre las postales de año nuevo que llegaban a Münster. El puente Erasmus y su fondo de rascacielos. La iglesia de St. Lawrence. El gran puerto. Los canales con sus barcos-vivienda. Su primo se acordaba siempre en ellas de sus padres, y se acordaba de él, aunque solo se trataron mucho de niños, en el tiempo de vacaciones que la familia Köell pasaba a veces en Holanda.

Helmut nunca había regresado como adulto y tampoco pensaba quedarse ahora mucho tiempo. No lo apuraba a irse, precisamente, la hospitalidad de su primo y su mujer holandesa, ambos arquitectos (como tantos en esa ciudad), profesionales sin la molestia de ningún hijo. Lo echaba a andar la premura del escape. Lo perseguía la incertidumbre del estado de cosas en Alemania luego del apresamiento de Burmesteir, casi siete meses después que Köell hubiera escapado de esa cabaña y se haya hundido en un secreto horroroso, una cuestión honda como un abismo que al final estalló en los medios como una tragedia sin antecedentes cercanos en toda la región de Westfalia: la niña, desaparecida y buscada durante meses, fue hallada muerta en el bosque y los indicios que un equipo de cibercrimen de la policía alemana venía llevando a cabo con paciencia desde hacía más de un año, precipitaron el acorralamiento de Boomber_08. Los datos en su computadora no estaban encriptados por completo, había una lista de avatares, pero también nombres reconocibles en grupos de chat y mails que no se habían alcanzado a borrar. Tan evidente fue que habían atrapado a un webmaster, que los investigadores informáticos asistieron de inmediato a la deserción en estampida de los miembros de la red, la clausura inmediata de las páginas subterráneas y de foros alternativos en la superficie de la web. Sucedieron entonces los arrestos, la salida a la luz pública de la existencia de la red de pedofilia, sus administradores y usuarios. La caza empezó con allanamientos en domicilios particulares y locales con habitáculos de chateo público, los implicados (desde Alemania hasta Inglaterra y Francia, pasando por los Países Bajos) caían uno a uno, sus avatares y nombres reales eran revelados por INTERPOL a la prensa. Köell reconoció a muchos y se sintió la presa siguiente, quizás resultara de una importancia mayor al resto si Burmesteir hubiese dejado rastros suyos en relación con las expediciones de turismo sexual y peor que eso, si revelaba su visita a la cabaña y el posterior silencio encubridor.

Hizo un arribo intempestivo a la casa de su primo y su mujer en Rotterdam, ambos descomplicados, entusiastas, libres; la febril actividad de ese primer día sábado (el paseo de a tres en bicicleta por el mercado de flores, la visita al europoort, la detención para merendar la famosa tarta de manzana del café Dudok) no logró despabilarlo del ensoñamiento que le producía el clonazepam ni tampoco logró borrarle la inquietud del rostro. Casi sentía los pasos, detrás suyo. Su primo creyó notar que algo estaba mal en él, pero de todos modos no

lo veía desde hacía mucho, ya no lo conocía realmente, así que no tenía nada que preguntar. Köell le dijo que pensaba seguir hacia Bruselas y pasar una semana. Claro que era mentira, no quería dejar rastro de sus movimientos que lo conducirían (según el plan desesperado), por carretera, hacia Leiden. No tenía a nadie ahí, era un lugar tan improbable como cualquier otro si querían adivinar el itinerario azaroso de su huída. Ni siquiera tuvo la paz para recordar que pisaría por fin el lugar natal de su amado Rembrandt, viaje que había postergado muchas veces, que podría (de tener la sangre fría) visitar los claustros de ciencia que contuvieron alguna vez a los jóvenes Einstein y Marie Curie.

Atrás quedaría también Greven, adonde lo llevó el contacto apurado con un alumno suyo, graduado el año anterior, el cual nunca entendió la razón de que su viejo profesor de Historia del Arte pasara la noche en una bolsa de dormir, en el suelo del mínimo departamento que compartía con su novio turco (ahí, en el gabinete del baño encontró el blíster de clonazepam). Köell tomaba vuelo para Holanda a la mañana siguiente, pero un falso viaje de carretera por la llanura de Münster y los paisajes boscosos de Norte de Renania-Westfalia —otro postergado sueño de juventud, expuso— fue la excusa. Muy diferente a una experiencia de libertad y juventud recobrada fue el efecto que la ruta hacia el aeropuerto produjo en el ánimo del profesor, quien vio cada campo, cada árbol, cada pequeño poblado, cada pedazo de cielo como si estuviera despidiéndose con los ojos, desgarrando el pasado de su cuerpo, convertido en la presa última de una cacería continental. Se veía grotesco de repente, aún peor que el propio concepto de bestia humana que lo acompañó desde la adolescencia cuando los compañeros de Liceo se burlaban de sus hombros caídos y su estatura descomunal de, así era el apodo, «gigante infeliz».

El dato escalofriante que lo confirmaba prófugo fue la cancelación de su cuenta bancaria. Lo supo en un cajero de una calle de Rotterdam y se apartó rápido del mismo, conmovido con palpitaciones y convencido de que ese intento de operación —el cajero y su ubicación— marcaría un punto de alerta a la policía internacional. Llamó a casa de sus padres, más con desesperación e intento de despedida final que con necesidad de novedades, y se encontró con la voz quebrada de su madre que no hacía sino repetir una sola pregunta: ¿qué estaba pasando? Los habían contactado luego de allanar la casa de su hijo y destruirlo todo para encontrar rastros de la computadora cuyo disco duro Köell había desensamblado y arrojado a las aguas del Münstersche Aa. No quedaba constancia de ella ni usb ni fotos o registro de viajes. No había nada y eso hacía más sospechoso todo en relación con un titular de cátedra. La ausencia del profesor durante varios días al reinicio de clases en la universidad, luego de las vacaciones de verano, terminó de convencer a la policía de que estaban en la pista correcta.

Köell no se despidió de su madre, balbuceó una respuesta de sorpresa que no podía convencerla jamás, y corrió a su auto. Menos se despidió de su primo, ni siquiera se acordó de él hasta más tarde, cuando pensó que ya podían haberlo contactado, a él y a todos sus parientes repartidos en la región. Tenía trescientos euros encima, nada más, y salió de la ciudad en la dirección a Schiebroeck.

No logró avanzar ni diez kilómetros de carretera. Antes, en el cruce con la ruta que conduce al aeropuerto de Rotterdam, bajo una lluvia copiosa, dos agentes de un grupo de cuatro policías y dos patrulleros, le pidieron sus documentos, lo hicieron salir del auto y arrojarse a la grava húmeda, lo esposaron y lo subieron, con la dificultad de agacharle la cabeza y hacerlo caber en el asiento trasero del carro policial.

— Veinte —

Yo, tan humilde, no esperaba sino el llamado de regreso de su asistente con la contestación; o un mail del propio man. Un llamadito de pronto, en consideración por los viejos malos tiempos. En cambio, recibí telefónicamente, de voz de su secretaria, la invitación a un almuerzo para vernos cara a cara en un restaurante con el mismísimo Abel Balcázar, alcalde local de Riomar, antiguo jefe policial de este que habla.

Y nada de irme yo en mi llaga, hiperactiva por esos días y harta de la gasolina más barata. Hasta mi candela del Paseo Bolívar llegó en horario prefijado el Mercedes enchoferado para acercarme al Árabe Internacional. Ahí, en la segunda planta, casi solitaria de comensales, ya sentado a la mesa, y solo, estaba Abel. Se levantó enseguida y me plantó medio abrazo rompecostillas con sonoras palmotadas en mi espalda. Parecía de buen humor.

—Hombe, Sánchez, estás flaaaco, nojoda.

—Y tú gordo, carajoo —permanecíamos de pie—. Pero ñerda, gracias por la invitación. Y por el chance, además.

Me invitó a sentarnos. Llevaba una pinta bacanísima: camisa de seda, pantalón de marca, zapatos italianos. Cualquiera que nos viera juntos en esa mesa, entendería que él seguía trepando, remontando esa pirámide de poder que tanto le interesaba, poder que le permitía mirarlo todo y a todos desde más arriba, y mover ya algunos hilos a su antojo; entendería también que ese man al lado suyo, por el contrario, se arrastraba, se despeñaba por la pendiente de esa misma pirámide hasta el foso de los esclavos y los descastados. Fuera del sistema de vainas, llevao por la desgracia.

—¿Todavía tienes el Mazda maluco ese?

—Todavía. En cambio, el tuyo… es que uno como contribuyente sí se alegra cuando los impuestos pagan cosas buenas, ¿ah?

—No, espérate, que ese carro es mío y el chofer me lo pago yo, no digas maricás.

Nomás entrar, yo ya había visto al man de pantalón pinzado y camisa que tomaba una gaseosa en una mesa de junto.

—¿Y el guardaespaldas, quién lo paga?

—Me extraña. Eso de la seguridad personal, para un hombre con mi pasado, ya es una necesidad. O un vicio, no sé.

—Hombe, de verdá tengo que agradecerte la audiencia, Abel. ¿Qué tal, ah? El señor alcalde de Riomar tomándose el tiempo de almorzar conmigo. Si alcanzaba con devolverme el recado con tu secretaria o mandarme un mail.

Balcázar desplegó en silencio la servilleta de tela sobre sus piernas y desplegó también la sonrisa suya, taimada y artera como navajazo.

—Qué va. Siempre hay que hacerse el tiempo para reencontrarse con la gente amiga.

—¿Gente amiga? Eche, deja esas frases ya, que no sigues en campaña, nojoda. En cambio, dime, ¿qué vaina hice ahora para ganarme tu atención? Digo, ahora que no eres jefe mío ni metes las narices del Buenavista pa´bajo, que casualmente es donde vivo.

—¿Siempre irrespetuoso con la superioridad y ahora con la política, Sánchez? Ese mal genio no te lleva a ningún lado.

—A mí la que me parece irrespetuosa siempre es la política. O los políticos, mejor dicho y

con tus perdones. Pero igual mira adónde me llevan mis vainas. ¿No te digo? A una audiencia privada con el alcalde de los ricos de esta ciudad.

—Audiencia privada un carajo. ¿O no me pediste reserva?

No estaba aquel día en su oficina y no tuve más remedio que escribir rápido en un papel mi solicitud de ayuda en un par de temas, meterla en un sobre y dejársela en el escritorio.

—Y ya sé que no eres ningún marica pa´ no darte cuenta que algo de tu consulta en esa carta me hizo ruido.

—Ah, ¿viste cómo e´? —me hice el fino y desplegué también mi servilleta cuando observé que se acercaba el mozo a traernos el vino de la casa que Balcázar había pedido antes de mi llegada; probé yo, especialista más bien en canillonas, hice gesto como si supiera de la vaina, y aprobé. El man nos tomó la orden y yo, con el filo de días que traía, cogí la carta como quien se aferra a un salvavidas en un naufragio y pedí quibbe, arroz de almendras con tabule, tahine de berenjenas, medio shawarma y no pedí un riñón de Aladino porque no lo encontré en el menú.

Satisfecho de antemano, esperé el turno de Balcázar y volví a hablar cuando el mesero se alejó.

—Y qué me late Abel que no te embolató precisamente la pregunta sobre la niña sino otra cosa.

Él venía probando ya de su copa cuando medio se atragantó y me señaló con el dedo.

—¿En qué andas metido, Caimán? ¿Por qué andas preguntando tú sobre una niña perdida en Magdalena?

—¿Por qué crees? Porque alguien me paga para encontrarla.

—Yo te hice la vuelta esa, lo llamé a Gaviria, el jefe de allá, todo confidencial porque lo conozco. Y como aquí mismo, allá hay ruple de pelaos perdidos siempre, pelaos y gente grande también. Pero de esa niña que mencionaste no hay denuncia. ¿Cómo es que se llama?

—Carol Arroyo.

—Igual quedó al pendiente el General Gaviria. Ese sí que está embolatado con la vaina de los turistas muertos, le están apretando las huevas desde el Presidente pa´ abajo. Pero cualquier cosa me tiene al tanto. De todas formas, esas búsquedas hacen conexión en toda la costa, después en todo el país. ¿Quién te dijo que está perdida y por qué no hicieron denuncia a la policía?

—Tengo compromiso de reserva con mi cliente, pero sé que puedo confiar en ti. De pronto te cuento de quién se trata y no me crees.

—Tú suéltala y te digo.

—Nuestra reina madre. Del noble abolengo de la yuca y el patacón pisao. La diosa recochera, la propiciadora legal de cuanto relajo, parranda, canal y balacera ocurra en esta ciudad en los días venideros.

—Ñerda, no te pillo.

—La actual reina del Carnaval de Barranquilla. Alejandra Corrales Henao.

—Que te jodan.

—No, verdá. Ella misma se llegó hasta mi oficina. ¿Sí la conoces?

—Hombe, de vista ¿quién no? Con tanta alharaca en la prensa. Si me llegan quejas a mí también, Caimán. Vainas de pueblo chico todavía, cómo puede ser. Pero óyeme, qué tiene que ver la reina con la pelaíta de Nueva Belén.

—Que es la hermana, marica.

—Cómo así.

—Que Alejandra Corrales no es barranquillera sino Cienaguera. Imagínate si se sabe esa vaina: qué mierdero.

Balcázar clavó la vista en la mesa y permaneció así un rato, carburando alguna cosa en su cabeza. Murmuraba qué vaina, qué vaina tremenda.

—Y si no se sabe todavía es porque a esta reina la protege un rey poderoso, Abel.

Levantó la mirada para verme, aunque no dijo nada.

—El segundo nombre que te escribí en la carta. Por quien te pedí averiguación —solté una sonrisa mirándolo fijo a los ojos—. La razón por la que me trajiste en Mercedes a este almuerzo.

No mostró emoción alguna, pero yo, que lo conocí bien, supe que se sentía empeloto en mitad de cancha del Metropolitano. Dejó caer una mueca indescifrable y se estiró a levantar un portafolio negro que mantuvo todo el rato en la silla de junto. Sacó un Heraldo, lo abrió sobre el mantel para buscar algo y a continuación lo dobló en una página particular y lo deslizó hacia mí.

—No busco otro camello por ahora, si es lo que me estás ofreciendo —ironicé.

—¿No era lo que querías saber? —alargó el brazo y su dedo se apoyó sobre una foto a colores—. Pa´ que le veas la cara.

Era la sección de sociales. En una sala de niños del hospital público de Barranquilla, Alejandra repartía juguetes en carácter de reina entronizada. Detrás, escapándole un poco a la lente de la cámara, figuraban Aparicio y un séquito de hombres que no reconocí de nada y del cual tampoco informaba el epígrafe. Balcázar me había facilitado la identificación de un rostro en particular englobándolo con un círculo de bolígrafo. Era un hombre de estatura mediana y hombros anchos, de cabello oscuro y prolijo, nariz y orejas un poco grandes, de tez trigueña. Usaba guayabera y parecía, dentro del conjunto, tener menor relevancia que su propia escolta. De hecho, la marca de kilométrico lo rescataba del fondo de la foto, justo detrás de la primera plana de acólitos de la muchacha.

—Iván Cano Martínez —dijo Abel—. Iba a preguntarte qué tenías con él, pero ya empiezas a contestarme.

—Entonces dime tú. ¿Quién es el tipo?

—Como primera cosa, alguien para andarse con cuidado. No es de la ciudad, nació en Córdoba, pero van a ser casi ocho años los que vive aquí. No se conoce nada más de su pasado. Lo sé porque el tipo es un entusiasta inversor inmobiliario y sus clientes, algunos que también conozco, no han podido rastrearle antecedentes. Empezó incluso a pedir algunas licitaciones al estado y eso me puso a mí en situación de seguirlo de cerca.

—¿Y qué descubriste?

—Nada tranquilizador. Que de veras no se le encuentra registro de negocios anteriores a estos ocho años. Declara que su capital viene del negocio del latifundio. Tenía tierras en el sur de Córdoba, su familia las tuvo de siempre, una familia de ganaderos —recogió el diario, volvió a guardarlo a en el maletín y apoyó este en la silla—. Y tampoco encontré títulos de propiedad a nombre de la familia en ese departamento. O sea que, en realidad, apareció de la nada.

—¿Nombre falso quizás?

Asintió.

—Eso creo, estoy casi seguro. Después de Justicia y Paz muchos ganaderos se cambiaron el nombre y cambiaron de rubro.

—Ganaderos no. Paracos querrás decir.

—Paracos, claro.

—Agrégale el narco. Narcoparacos. Porque en este país las dos cosas van de pipí cogido.

—Cano Martínez huele a eso. Así lo dicen todos, además, y por todos me refiero a la gente que mueve la parada en Barranquilla. El man tiene sus montones de dinero, compra propiedades, manda a sus hijos al mejor colegio de la ciudad, pero a los clubes no puede entrar. Ni al Country ni al Campestre ni a Lagos del Caujaral, en ninguno lo quieren. Por eso cuando salió a postular a esta pelá como Reina, lo que siguió fue un mierdero. A la que no tenía en mi radar, así como la tienes tú, es a Alejandra.

—Lo que sé es que ella se fue de su casa en Nueva Belén, Ciénaga, a los trece años, hará unos cinco o seis. Recién entonces habrá podido conocer a Cano Martínez.

—Imagínate si rueda esa vaina, hay que suspender la coronación.

—Desgraciadamente, su lugar de nacimiento no es el mayor secreto que esconde esa niña —pensé en Alejandra y tuve un súbito sentimiento de culpa por estar faltando a mi promesa de silencio—. Recuerda que esto es confidencial, Abel, y no quiero que intervengas. Porque confío en tu palabra te lo voy a contar.

—Dispara, entonces.

—Alejandra fue víctima de explotación sexual cuando niña, allá en los palafitos. La vendía su mamá. Buscando a la hermanita, tuve contacto con el malparido que hace de intermediario con esta gente de afuera, pederastas europeos y gringos. Se llama Elmiro Abanta Durán, le dicen Durango, vive en Santa Marta. Aunque dice que no se dedica más a la vaina, él fue el último que vio a la pelaíta, en una reunión que convino con la mamá y un extranjero alemán llamado Helmut Köell. Jura que no hubo trato económico con Carol, pero igual cree que el alemán la tiene. Es la pista que tengo por ahora, me ocupo de encontrar al tipo, y no es fácil tampoco. Durango no me dio la precisión suficiente acerca del carro de alquiler que usaba el man para moverse, me hubiera resultado útil llamar a todos los locales rent a car de Barranquilla y luego pedir la localización de control por satélite.

Balcázar se había recostado en el respaldo de su silla, con las manos entrelazadas a la altura del pecho, y pasó de mantener sus dos ojos abiertos como platos a fruncir el ceño y negar con la cabeza.

—Hay algo todavía peor si eso es posible. Hay muertos —añadí.

—Ay, Hombe —se llevó distraídamente la mano al bolsillo de la camisa, sacó un cigarrillo electrónico y dio dos pitadas rápidas—. Donde tú metes las narices, Caimán, siempre hay un muerto.

—Y cuatro también. Un par de turistas, el hermano mello de Durango…

—Aguántate ahí. ¿Turistas?

—Hombe sí, de pronto los que tanto preocupan al Presi, al General y a la Secretaría de Turismo. Digo yo. Ah, y cuenta también a la mamá de Alejandra…

—¿La mamá?

—Se fue a nadar dentro de la Ciénaga y se olvidó de respirar. Ñerda, Abel, detrás de las muertes está la gente de Cano Martínez, seguro. Y las ganas de vendetta de la actual reina del carnaval.

El alcalde local se había puesto algo pálido de repente, se guardó su cigarrillo de juguete

y buscó recuperarse con un trago a fondo de vino tinto.

—Hay que parar esa vaina antes de que la mierda salte para todos lados —dijo—. Este tipo, el Durango, ¿trabaja solo?

—Esos manes nunca trabajan solos, por lo visto. Tiene un socio en Cartagena, un tal Lucho Castro alias Panela. Mi situación actual es de intermediario también. Durango amenazó a Cano Martínez con revelar fotos de Alejandra que usaba para tirarle anzuelo a los pedófilos, las fotos que hacía circular por internet. Pide clemencia a cambio de entregar al alemán, hacer desaparecer las fotos y cerrar el buche.

Hicimos un silencio forzoso de varios minutos mientras llegaba nuestra comida y el mesero disponía los platos, en clara superioridad numérica hacia mi lado. Esperamos a que se retirara.

—Mira Abel, yo necesito encontrar ahora al alemán. De pronto tú o tu gente en el comando pueda pedir información a Migraciones sobre la salida de ciudadanos alemanes del aeropuerto de Barranquilla en la última semana. Temo que le pueda haber hecho algo a la niña y se escape.

—Pero qué dices. ¿Y entrar a la comparsa esa sin careta? No, Caimán, yo así no me regalo. Soy funcionario público, no te olvides. Mejor empieza a comer y déjame que piense.

Le di dos mordiscos furiosos al shawarma mientras lo miraba detenidamente. Balcázar cortó con parsimonia una porción de su comida y tardó una eternidad en llevarse a la boca el primer bocado, como si sus pensamientos urgentes interfirieran con la acción automática de ingerir alimento.

—Vamos a manejar esta vaina con discreción —dijo por fin—. Es una vaina muy tesa todo, me refiero a esa red de pedofilia aquí en la Costa. Pero está también la cuestión de esta muchacha, la reina, es un escándalo y a la altura de las cosas, es mejor que no explote antes de carnavales.

—Óyeme, Abel, yo no me siento nada cómodo en esta situación. La verdad, esperaba que me dieras un bofetón de realidad y me dijeras al carajo con Cano Martínez y la reina, vamos a denunciar la desaparición de Carol y la trata de niños.

—Pero Sánchez, carajo. Si hasta de tu seguridad se trata ahora. Tienes que contener mientras puedas a Durango y a Cano para que no se den plomo. Que coronen a la pelá, que pasen los carnavales. Tú preocúpate por encontrar a la niña, que es la prioridad. Yo voy a tomar dato del nombre de ese alemán hijueputa y voy a iniciar mi propia investigación con mucha discreción. Vas a tenerme informado de todo cuanto sepas a partir de ahora.

—¿Sabes qué pasa, Abel? Me tortura pensar que tú estés preocupado por el escándalo, yo preocupado porque no se sepa tampoco la verdad sobre Alejandra, o por mi seguridad o por el cheque final a mi nombre, y mientras tanto Carol esté siendo abusada o quizás ya la hayan hecho desaparecer, ni hablar que lo mismo le puede estar pasando a otros niños en otras partes. O que Durango, su socio y sus clientes se nos vuelen mientras esperamos el entierro de Joselito Carnaval para actuar.

—Nojoda, piénsalo, si activamos de forma oficial la búsqueda de Carol ahí sí que no la encontramos más. Viva, al menos —vio mi gesto de oler pecueca y levantó las palmas—. Dime, Caimán, un tipo de tu edad, con tu experiencia en la policía… ¿O no lo escuchaste nunca, lo de la trata infantil aquí en Colombia?

No tuve argumentos para abrir siquiera la boca. Pues sí, uno escucha esas cosas. Pero cuando sabes positivamente que es así y lo ves…

—Te prometo que voy a dar alarma de esto cuando resuelvas tu caso y tengamos a la niña —dijo él.

Tragué un quibbe con dificultad y asentí. Fíjate cómo son las cosas. Tanta comida en el plato, delante de un cristiano famélico, y no pude dejar de sentirme enfermo. De pronto, se me había cerrado el estómago.

— VEINTIUNO —

Carol entendió pronto que no debía molestarlo cuando hacía eso. Las primeras veces, ella se despertaba temprano en la mañana —sucedía a veces por la tarde, también— y lo descubría sentado en posición mahometana, con la espalda recta y los ojos cerrados; al principio le causaba gracia, soltaba una risita que al alemán lo sacaba de su concentración, obligándolo a mirarla por el rabillo del único ojo abierto. Con los días, la niña se acostumbró y lo dejaba hacer mientras ella remoloneaba entre las sábanas.

Köell había aprendido a meditar en la cárcel gracias a la técnica de mindfulness que una ONG alemana le enseñaba a practicar a los internos, en un intento prueba de reducir la tasa de suicidios y las enfermedades psiquiátricas resultado de la ansiedad crónica y el aislamiento social. Desde entonces, cada mañana temprano, antes del despertar de diana, el profesor dedicaba media hora a la meditación en su celda de tres por cuatro.

Aun tres años después de su detención (dos años y meses fue el tiempo que le llevó a su abogado sacarlo del pozo carcelario) lo seguía practicando. En la pequeña habitación del Tropicana, Carol debía esperar que él terminara para prender la tele y manejar el control hasta el canal de caricaturas. La niña entonces permanecía hipnotizada, a veces reía o se quedaba boquiabierta, sorprendida de ver sin pausa esas maravillas que solo conocía de pasada en la tienda de doña Teresa, el único lugar de Nueva Belén que contaba con electricidad y televisión. Köell la dejaba verlas hasta el horario del noticiero de Telecaribe, que era su turno de atender la pantalla en espera de alguna noticia sobre la desaparición de la niña que lo obligara a abortar su plan.

Cada mañana pedía el diario por la misma razón. La ausencia de alerta por la desaparición, algo que hubiera sucedido de no haber un pacto de silencio entre Durango y la mamá de Carol para no desvelar el negocio de ambos a la policía, lo tranquilizaba en parte.

Cuando se relajaba, permitía que la niña saliera a la piscina y jugara sola. Entre la ropa que le había comprado, consiguió un traje de baño de dos piezas, lleno de colores. Carol pasaba la tarde entrando y saliendo del agua —algo que probablemente había hecho cada día de su corta vida anfibia en el pueblo de palafitos—, o sentada al sol mirando los dibujos de los paquitos del diario. A menudo volvía a la cabaña, quería sacar al gigante al sol y pedirle que le leyera lo que decían. Él lo hacía, a veces inventándolo todo si se perdía en la traducción. El sol del trópico no le tenía piedad y ni la sombra de un enorme sombrero vueltiao le impedía transpirar ríos de sudor. Volvía a la habitación necesariamente, a aliviarse bajo las aspas del ventilador cancaneante. Cuando el sol se ponía, la niña entraba chancleteando, se sacaba la parte de arriba del bikini, entraba al baño y, sin cerrar la puerta, se desprendía con un rápido movimiento de piernas de la parte inferior, mientras giraba la llave del agua caliente de la ducha (otra novedad maravillosa). Köell tenía la visión fugaz del cuerpito desnudo, la espalda y el pelo mojado adherido a la suave curvatura de las vértebras, las nalgas redondas y pequeñas; sentía la punzada en el bajo vientre y el empuje inmediato de una erección que buscaba tomar vuelo. Sentado en la cama, tiraba el cuerpo hacia adelante, cerraba los ojos y se golpeaba la frente con la palma de su mano, convencido de que no podía reprimirse más. La obligaba a cerrar la puerta con un grito y salía otra vez

para tomar aire. Esperaba a que la niña terminara de bañarse, regresara a la habitación y se cambiara con ropa limpia. Pero ya su mente estaba ensombrecida. Sentía que aquello se agazapaba detrás suyo para dar el salto rapaz de siempre. Cogía entonces la ropita desechada, entraba al baño y, apretando las pantaletas recién usadas contra su cara, se masturbaba con desesperación sobre el lavamanos. No se miraba después al espejo, nunca. Tampoco lloraba. Pero sí había algo de miedo; se había jurado que no volvería a hacerlo (por eso Alejandra significaba tanto una obsesión de afecto como de redención), pero las cosas al respecto de esa chiquilla, en la peor dirección de todas, se estaban precipitando.

Al cuarto día descubrió en el diario la foto en blanco y negro de la cédula de Carmen Arroyo. Era un apartado pequeño en Judiciales cuyo título «NADIE RECLAMA CUERPO DE MUJER AHOGADA» asaltó el corazón del alemán y lo puso a dar brincos de pánico. La pequeña crónica no daba seña alguna sobre la actividad de la mujer en Nueva Belén. Curiosamente, el diario había rescatado de otros pobladores el dato de que era una mujer alcohólica, viuda de un pescador. No había, sin embargo, la mínima mención sobre una niña extraviada. Alguien cercano al despacho forense, decía la nota, «le adelantó de manera informal a este periodista que la mujer presentaba golpes que precedían al sumergimiento, posiblemente ya sin vida, del cuerpo».

Impedido de mantenerse calmo, Köell no esperó que su celular cargase suficiente batería y se dirigió a la administración para pedir el teléfono. No marcó hasta que Roberto estuvo lejos.

—¡Aló! —atendió, gritona, la voz de Durango.

—Aló Durango, el Alemán.

—¿Ajá qué más, dónde estás? —Saludó acelerado el otro; su voz bajó enseguida dos cambios y sonó cuidadosa—. ¿Cómo está Carol?

—¿Qué pasó con Carmen?

—Esa vieja se ahogó.

—Hombre, el diario dice que tenía golpes… ¿tú…?

—Nojoda, ¿mato gente ahora, yo?

—Pero, ¿qué se dice? ¿Oíste de mí? ¿Alguien habla de mí?

—Tranquilo Alemán, que no hablan de nadie acá.

—¿Cómo puede ser que no mencionen a la niña? En ese pueblo la tenían que conocer todos.

—Así son. Esa gente de Nueva Belén ya no quiere más problemas con nadie. Lo que fue, fue. Con más razón, devuélveme ya a la pelaíta y te devuelves pa´ tu candela antes que esto se enmierde de una vez.

—¿Que te devuelva a la niña? ¿Y tú qué quieres con ella?

—¿Y qué quieres tú? Carmen se murió, no tienes con quién negociar.

—Sí tengo —la voz del Alemán se adivinaba rabiosa del otro lado de la línea—. ¿Te olvidaste de Alejandra?

—Pero si ya te dije que no sé por dónde anda ahora.

—Pues encuéntrala, viaja a Fundación. Te doy esta semana. De lo contrario la niña aparece muerta con un mensaje detallado de ti y tu negocio en Ciénaga —y agregó antes de colgar—: Mientras yo me ato el cinturón en un vuelo de regreso a Europa, todos van a creer que tú mataste a Carmen para que no hablara. ¿O acaso no fue así? Encuentra a Alejandra, Durango.

— VEINTIDÓS —

Óyeme, le había dado duro, como no hacía rato. Qué va, si hacía rato que no la veía a Jackie, rato que no veía a más nadie. Nojoda, era un monje de clausura ya, rezándole a mis dos santas extraviadas, dedicándoles mi unción de celibato, justo yo, que me gusta la gozadera más que el carajo. Claro que Jackie se dio cuenta de la vaina, medio se la tiré de fly cuando le conté que no había tenido más mujer que ella entre las piernas en nueve meses. Hombe, que para eso es mi psicóloga (o lo fue, mejor dicho). Pero tuvo la delicadeza de no decírmelo hasta después del jaleo tremendo que tuvimos entre las sábanas, de seguro porque me vio enaltecido como pocas veces y tampoco se quería perder la oportunidad.

—¿Necesitas hablar de algo, Caimancito? Mira que no te cobro la sesión.

Así le llamábamos a nuestros encuentros casuales, esporádicos y gratuitos en la cama, nuestras «sesiones», en honor a aquellas otras sesiones (rentadas) en que ella trataba de arrancarme las ideas tenebrosas de mi cabeza. Solo que esta vez Jackie sí tenía la intención profesional de escarbar en mis motivos íntimos, inconscientes acaso.

Estábamos en la cama de su apartamento, lado a lado, compartiendo un mismo bareto. Mirábamos el techo en silencio, las volutas de humo que subían, hasta que se incorporó a medias dejando caer un poco las sábanas y descubriendo una de sus tetas.

—¿O no te movió otra cosa a llamarme después de todo ese tiempo? ¡Estabas más caliente que lata al sol, niño! A ver si a esta altura voy a creerme que te prendo tanto.

—Te subestimas mucho —dije con cariño y maldad, mientras le masajeaba suavemente el pecho descubierto, enrojecido todavía de mis mordiscones.

Ella se apuró a meter una mano debajo de la sábana y la posó sobre mi verga, repasándola de arriba abajo, segura de que iba a caberle recién con los dedos extendidos al máximo.

—Sigues arrecho y acordándote de otra cosa. Y conociéndote, no hay otra cosa que te caliente que una mujer. De pronto también el roce de tu Pringamosa dentro del pantalón, pero ya la estoy viendo desarmada en la mesa.

Jueputa Freud y Lacan y todos los psicólogos del mundo entero. No le di el gusto de una sonrisa de rendición, apenas enarqué mis cejas haciéndome el duro bacán y le di una pitada fuerte al cigarrito.

—¿Una mujer, otra, Caimán? ¿Una que no te da lo que te doy yo?

No la dejé retirar su mano de mi asta palpitante.

—¿Y si dejas de analizarme y vamos al segundo round? —señalé el bulto—. Rocky perdió el pelo, pero sigue de pie.

Inteligentemente, dejó lo suyo, retiró las sábanas de un tirón y se puso en cuatro.

**

Una noche entera después, todavía flotaba el espectro analítico de Jackie en la habitación, la visión última de sus dos nalgas grandes y maduras como fruto sagrado que salían de la cama temprano en la mañana y entraban a la estrechez de un jean, la sensación del beso del final en la frente y el masajeo cariñoso al paso de mi picha exhausta, el abandono de su perfume dulce (que le peleaba aún al olor de la marihuana) y el ruido de la puerta del departamento.

Ella se fue a trabajar y yo seguí un rato más, despatarrado en la cama. El reloj marcaba

pasadas las seis. El cuarto, la sala, el lugar entero, estaba blindado del afuera con todas sus persianas bajas. Pero las seis es una hora bonita en Barranquilla, antes de que empiece ese calor tan tremendo, es cuando la ciudad está despertando y se siente en el aire la nostalgia a pueblo arenoso que todavía, después de tanto, mantiene esta ciudad. Hay esa percepción también, que no pueden atajar los nuevos edificios ni los malls, la presencia tácita de río mezclado con mar que llega en oleadas de brisa juguetona, el alboroto de palmeras que te remueve los recuerdos de toda una vida, porque la vida de todos nosotros, lo que vivimos aquí, está marcada por el mar y el río, somos caribes aún, indios civilizados a la fuerza que buscamos por instinto esa naturaleza salvaje que nos quitaron y que reencontramos recién en los sonidos de tambor, en la música toda que acompasa el ritmo del corazón y mueve las piernas como tembladera.

Barranquilla a la seis. No quería perderme eso, esa mañana, o quería deshacerme del fantasma ubicuo de Alejandra, que flotaba en mi cabeza y urgía mi entrepierna, como bien analizó mi analista. Me arrastré a la cocina por un café y abrí la ventana que daba al pequeño balcón. Jackie vivía en un tranquilo espacio de dos ambientes en un conjunto de apartamentos del estrato seis, con vista al sector norte de la ciudad que crecía cada vez más hacia el océano.

Escuché un grito desde la calle: «¡Bollooo!»

Que no desaparezcan nunca las palenqueras, las negras risueñas de mi pueblo, gritonas y desenfadadas.

«¡Alegríaaaaa!» escuché también, y hombe, yo con esa tristeza de pronto, que parecía resaca de mi existencia sobre esta tierra puerca. Que me griten alegría siempre, esas negras, a las puertas de mi casa, que me recuerden que en algún lado está la alegría, aunque a mí se me escape y no la encuentre ya, que lo pregonen y lo griten hasta que cierre algún día mis ojos de una vez y para toda la eternity.

La ciudad preparaba mientras su sonrisa, la más entripada y vulgar de todas, preparaba ese disfraz de alegría para sacudirse de todo lo que había de malo. Aquí y allá, del estrato uno al seis, la gente, los que vivimos aquí, buscamos un disfraz de monstruo y simulamos que ha salido por fin, ese monstruo que llevamos dentro, y lo exponemos sin pudor durantes días, aún cuando sabemos que el verdadero (el Gran monstruo que esta ciudad y este país lleva en su interior) permanece agazapado, esperando que toda la fiesta acabe y se cobre sus muertos, enmaizenados y borrachos, flotando en sangre y ron.

Yo perseguía un monstruo también. Estaba ahí afuera en algún lugar. Una niña clamaba ayuda, enredada en mis sueños feos y en el ansia compartida y desesperada de la reina Alejandra.

El calor venía llegando. El café me había hecho bien. El pregón de la palenquera sonaba lejano ya. Después de bañarme y cambiarme, salí del conjunto de mi amiga, me monté al carro y conduje hasta Villa Country. Estacioné a prudente distancia de una casa que coronaba una calle en subida, una casa enorme edificada como una fortaleza blanca, de paredes altas y ventanas espejadas; un amplio jardín fragmentado en tres terrazas consecutivas atravesadas al medio por una escalera de mármol. El garage se escondía debajo de una pendiente. Una camioneta Ranger negra asomaba ahí, y una sombra, de seguro la de un escolta, permanecía quieta detrás del volante.

Confirmé la dirección que había recibido de Durango. Ahí vivía mi cliente entonces. Alejandra también. Miré el reloj y pasaban las ocho. No quería pensar lo que ocurría

adentro de la casa, pero sentí la necesidad de quedarme ahí un rato. Sintonicé Emisora Atlántico en la radio y prendí un cigarrillo.

Las publicidades, una tras otra, anunciaban sus ofertas de carnaval con gritos de algarabía y clásica música de la Billo´s. Preferí el silencio y apagué. Tenía que pensar en mis movimientos. Mi condición resultaba bastante modesta en comparación del amplio poder que escondía aquel castillo blanco. Mi ansiedad, esa que me agarra únicamente cuando tengo un trabajo por resolver, me impedía quedarme de brazos cruzados esperando la acción de Balcázar. Había algo más, un rencor que me abrazaba el corazón, y tenía un destinatario claro: Elmiro Abanta Durán, Durango, y su mierda de negocio.

Un taxi estacionó frente a la casa. Se bajó con dificultad una mujer morena, menuda e hiperactiva, embolatada con una montaña de telas que cargaba con ambos brazos. El conductor le había abierto la puerta y la acompañó el camino de subida hasta la entrada, ocupado también con una carga extra de ropa y sus respectivos ganchos, que colgaban a las espaldas de ambos como cabezas desnucadas. Hubo un tiempo de espera frente a la puerta, hasta que entraron y, en menos de un minuto, el chofer volvió a salir, liberado de cualquier carga, para subirse a su carro y marcharse.

Así debía ser la actividad por esos días. Gente que entraba y salía, todos en función de algún aspecto particular que rodeara la vida de una futura soberana popular. Pensaba ya en regresarme cuando vi que la Ranger subía la cuesta del garage y doblaba para estacionarse justo enfrente de la Casa Blanca. Me dejé resbalar un poco en mi asiento sin dejar de prestar atención. No pasaron ni cinco minutos hasta que se abrió la puerta de la casa y salió Aparicio con su cara de mico enojao. Detrás, empilchado como un bacán, Víctor Cano Martínez se calzaba unas RayBan para protegerse del sol que pegaba como el gancho de Pambelé. Ambos bajaron despacio la escalera hasta la acera, el escolta se cuadró adelante, miró para ambos lados y esperó que Cano se metiera dentro del carro. Luego entró él y se perdieron calle abajo.

Recompuse mi postura en el asiento y miré hacia la fortaleza.

—Bueno —me dije—, esta es la mía.

Bajé del Mazda y fui hasta allá. Subí sin prisa la escalera de piedra pulida hasta la última terraza que se continuaba con un piso de cerámica veteada hasta la puerta principal de acero cromado. En vez del ventanal enrejado característico de las casas de esta ciudad había una sola abertura grande y espejada, dividida en tres franjas de vidrio que, supuse yo, tendría un triple grosor. Una cámara de video me apuntaba celosa desde el ángulo superior de la fachada. Toqué el timbre de un comunicador y saqué mi pañuelo con naturalidad para secarme la transpiración frente al espejo.

—¿Señor?

Era una voz de mujer. Me puse junto al aparato, que también contaba con orificio de cámara, y probé con la mejor cara de niño bueno.

—Mire, busco a Alejandra… —lo dejé ahí. La palabra «Arroyo» se detuvo justo antes de la cornisa sobre el abismo.

—¿Quién la busca?

—Dígale que la busca Efraín Sánchez.

Hubo un click y nada más. Esperé varios minutos, al cabo de los cuales me preguntaba si debía insistir. La puerta se abrió entonces.

La mucama tenía unos cincuenta o sesenta años y me miró de arriba abajo con

desconfianza. Miró a ambos lados también, y tuve que espiar sobre mis hombros para ver si alguien se me había colado detrás.

—Pase.

Fue poner un pie dentro de la sala, sobre el piso de palosanto lustrado, y ya estaba recibiendo la caricia fresca del aire acondicionado. Guardé mi pañuelo y observé a mi alrededor, un tanto confundido por cierto desorden de cajas grandes y encintadas aún junto a los muebles y adornos elegantes, además de una cantidad desproporcionada de ramos de flores dispuestos como al apuro.

—Espérela aquí —dijo la mujer y señaló el espacio a mi izquierda, un área en desnivel alfombrado y amueblado con un elegante sofá blanco de cuatro cuerpos, junto al inicio de la escalera que conducía a la planta superior. Y esperándome a mí en la pared sobre el sofá, como una oportuna coincidencia, un gigantesco telar que reproducía la obra clásica de Obregón: Se va el caimán.

La mujer se retiró y yo permanecí mirando la reproducción, de colores probablemente tan vivos como el original, metido de repente en la leyenda antigua del doble monstruo (mitad humano, mitad caimán) que corría detrás de sus obsesiones, algo que me sonaba también como historia conocida por propia. Me embelesé por la sensualidad de los colores o la voluptuosidad del relato, entré en trance como quien dice, y me olvidé del tiempo. Salí del embrujo cuando escuché pasos que bajaban rápido las escaleras. Desde mi posición vi los pies descalzos primero, luego las piernas jóvenes, fuertes. Después, al pie de los escalones, mirándome con sorpresa (y un poco de resquemor, supuse), todo el conjunto. Óigame, caballero, había que ver ese conjunto. Porque podría haber salido de otro sueño de oropeles y fantasía, como los que le habrán atacado al maestro de bigotes guirnalda luego de sus borracheras en la Cueva: una ninfa vestida de colores también, enfundada en el brillo múltiple de miles de lentejuelas de color dorado, esmeralda y rubí, una bandera tricolor que seguía las curvas rotundas de la anatomía de Alejandra; una ninfa que hubiera puesto de rodillas a aquel medio hombre de Plato, así como me puso a mí de inmediato: a sus pies.

Hubo decepción en su rostro al tiempo que miraba a uno y otro costado mío. No había niña, claro.

—¡Rosa, a ver —gritó hacia el final de la escalera—, ven sácame esto!

La morena que había bajado del taxi un rato antes, la modista, bajó pronto los escalones también, me echó una mirada al paso y se ubicó detrás de Alejandra, quien separó los brazos del cuerpo como si fuera a volar. La ninfa eclosionó entonces, se desprendió de la crisálida de brillos y salió la nueva criatura, aquella que yo había conocido en mi despacho, pero despojada de ropa casi por completo. Perduró apenas sobre su piel canela un traje de baño azul de dos piezas. Rosa intercambió el vestido de luces por un pareo que Alejandra usó para rodear con gracilidad sus caderas. Recién entonces se acercó a mí, con una respiración que denotaba el sobresalto y les daba protagonismo a sus magníficas dotes pectorales. Llevaba el pelo suelto, algo desprolijo, no usaba maquillaje.

Hice entonces una reverencia exagerada, doblando el cuerpo y sacándome un sombrero imaginario de la cabeza.

—Mi reina —dije.

Ella contuvo la risa y su mirada se relajó. La modista dejó escapar una carcajada, volvió a mirarme y se dio la vuelta para regresar a la planta superior.

—¡Eve! —gritó Alejandra con su voz ronca y esperó que la mucama asomara su presencia

inquisidora—. Llévate unos dos juguitos al patio porfa.

Era la dueña del palacio, definitivamente. Mientras no estuviera el rey Víctor, ella mandaba. Había que reconocerlo, el trabajo de Pigmalión del cordobés había dado resultados sorprendentes.

—Venga, Efraín.

La seguí hasta al final de la amplísima sala comedor y luego a través de una cocina aún más grande que toda mi oficina. Del otro lado nos esperaba un jardín secreto. Cuando me esforcé en salir de la ilusión, observé que aquel podría haber sido también un patio de finca: las dos hamacas, los taburetes de cuero de vaca apoyados en los pilotes y el abundante materío. Claro que había, además, ruido de pájaros en sus jaulas, al que la muchacha añadió el ronroneo grueso de un abanico de pie. Una cámara de silencio para dos espías, como quien dice. Me ofreció sentarme en una hamaca al tiempo que ella ocupaba la otra.

—Efraín, ¿sabe Víctor que venía?

—Nombe, pa´ qué molestarlo con esa información innecesaria.

—Pues mire que ya va a enterarse. La señora Miriam (señaló en ausencia a la empleada que me atendió) va a decirle seguro. Tiene la orden de verlo y contarlo todo.

—Así lo prefiero. Que sepa que ya puede dejar de hacerse el misterioso conmigo. Igual prefiero hablar contigo antes, a solas.

—Cometí la imprudencia de aparecerme aquel día en su oficina. Se suponía que yo debía ser un misterio para usted, pero de verdad necesitaba pedirle que no abandonara.

—Tutéame mejor, que pa´ abuelo me faltan nietos.

Sonrió otro poco y asintió. Estaba demasiado alicaída y tensa como para ser la próxima soberana de la alegría. Intenté relajarla.

—A tu favor voy a decir que te fuiste de mi oficina y seguiste siendo un misterio. Pasaron días hasta que supe que eres nuestra reina de carnaval.

La mucama reapareció con una bandeja de plata y dos vasos transpirados de jugo de maracuyá helado en respectivos portavasos de corcho. Alejandra esperó que ella se marchara, bebió un poco y apretó ambos labios antes de hablar.

—Tengo que pintarme la cara de jolgorio, aunque en el fondo tengo una tristeza que no puedo con ella. Es mi culpa. Tuve que haberme preocupado antes de la niña.

—Quizás tú y tu marido… ¿tu marido?

—No nos casamos todavía.

—Quizás tú y tu novio se ocuparon antes de otras cosas. Un poco de eso vine a enterarme.

Sus músculos faciales se tensaron aún más, probablemente porque entendió hacia dónde dirigía la conversación.

—Mira niña, yo no voy a seguir metiendo mano en esto si siguen los muertos.

Parpadeó varias veces y rectificó su posición antes de hablar.

—¿Muertos?

—Empiezo a contar si quieres. El mello de Durango, los extranjeros que trae o traía Durango —me detuve unos segundos por precaución—… tu mamá.

—¿Qué está… estás sugiriendo?

—Aparicio me lo confesó. El error que cometieron con el hermano de Durango cuando al que tiraban a matar era a tu antiguo proxeneta.

Miró con desesperación hacia todos lados.

—Te voy a pedir que hables más bajo —acomodó nerviosa el cabello en un largo mechón

que caía sobre su hombro izquierdo—. Esa fue una decisión secreta de Víctor. Ni siquiera me preguntó si era lo que yo quería cuando le hablaba con rabia, llorando, de aquella época de mi infancia. Él pretendía que la muerte de Durango fuera un regalo o algo así.

—Si esos son sus regalos, recuérdame que no esté cerca el día de mi cumple.

Hubo un silencio y vi que sus ojos color Buchanan´s no eran los mismos de hacía un instante. Se habían oscurecido y la tensión en sus labios descansó en una expresión total de belleza maléfica. La dueña del Reino.

—Aunque no podría decir ahora que no lo hubiera alentado si me preguntaba. Tú no sabes el terror que significaba para mí cada vez que aparecía ese tipo por Nueva Belén. Tú no sabes lo que es vivir en el infierno.

—Apenas puedo imaginármelo. Pienso en los niños que podrían dejar de vivir también ese infierno ahora y lo entiendo perfectamente. Pero los demás… Alejandra, necesito saber hasta dónde va a llegar este raid de venganza.

—¿Los demás? No, no. No hay demás, le pedí a Víctor que no se metiera más en eso. Yo quise siempre dejar el pasado muy atrás. No quería ni acordarme y eso incluía a mi mamá, a Nueva Belén y a la niña. Pero pasó todo esto que me pasó en la vida tan rápido y un día sí me acordé de Carol y la edad a la que estaba por entrar. Podían empezar a hacer lo mismo con ella. Me desesperé, entré en pánico como si me hubieran despertado de un sueño para salir a una pesadilla, y mandé a buscarla.

—Y a tus escoltas se les fue la mano con Carmen. La mataron.

—Me juraron que no fueron ellos. A mí, delante de Víctor. Si me hubieran traído a Carol no me habría importado tampoco.

—De acuerdo. ¿Y los extranjeros…?

—Ni siquiera estoy al tanto. ¿Qué está pasando?

—Han aparecido asesinados. Un par de extranjeros al menos, quizás conozcamos más, clientes de Durango.

—Víctor no tiene… mejor dicho: no tenemos que ver con eso.

—¿Puedo preguntar a qué se dedica Víctor?

—Es inversor inmobiliario. Si quieres saber, como todos quieren saber en esta ciudad de porquería y antes hablan mierda, era ganadero y vendió sus tierras y dejó todo por el boleteo de la guerrilla.

—A mí no me importa lo que sea o lo que haya sido mientras no me comprometa. Mientras no me haga cómplice de alguna acción ilícita. Tanta reticencia a mostrarse conmigo me hace ruido, a ver si me entiendes.

—Yo le digo también. Pero maneja una paranoia desde aquellos días, quiere tener el mayor bajo perfil. Lo mismo en los negocios. Claro que ahora lo hace también por mí, digo, con el tema del reinado. Igual hablan mierda.

—Somos una ciudad pequeña todavía. Un pueblo grande, si quieres. El run-run es el deporte preferido. Ni béisbol ni fútbol: el run-run —hice una pausa para pensar mientras bebía mi jugo—. Mira Alejandra, voy a confiar en lo que me dices, que aquí no hay trampa y no me van a involucrar en guerra ajena. Pero necesito saber también con quién me enfrento a partir de ahora. Porque Durango está a la defensiva, y él sí cree que tu novio tiene que ver con todas esas muertes. Cree que tú tienes que ver.

—Pues ya te aclaré el asunto. Aunque mira, ahora que sé que estuvo en el medio de todo esto, que tuvo contacto con el Alemán, con mi mamá y con Carol ese día, no me importaría

ahogarlo con mis propias manos dentro de la ciénaga y dejarlo chuzao por un mangle seco.

—Esto que voy a comentarte es delicado, si me perdonas. Pero él tiene un as en la manga. Dice que tiene fotos tuyas de entonces, fotos que puede publicar junto con la historia de tu vida. Otra gente tiene la imperativa de hacerlas públicas si algo le llegase a pasar.

—¿Acaso no entiende que diciendo eso, si esas palabras llegan a oídos de Víctor, no hace sino firmar su condena de muerte a la larga? Va a tener que fugarse a la China ese mismo día —se tomó la cara delicadamente con ambas manos y bajó la mirada—. Es mi culpa. Nunca debí dejar que me postularan a reina, meterme en el ojo público como quien dice. Y mira que fui yo la de la idea, ser reina del Festival de Ciénaga fue mi sueño de niña. Tanto dejé atrás mi pasado que creí que no iba a volver a cobrarme cuentas.

—Y no tiene por qué hacerlo. Tú eras una niña, no tienes la culpa de nada. No hay nada que cobrar —sonreí con esfuerzo frente a la ventolera de dolor e impotencia que traían las palabras de Alejandra—. Vas a ser una gran reina.

—Ahorita mismo me importa más que aparezca Carol.

En eso no podía todavía confortarla. Mi silencio le produjo una descomposición del rostro tan bello.

—Voy a hacer todo para traerla pronto —dije al fin—. Pero tengo que saber un poco más. Lo cuadré a Durango de vuelta en Santa Marta y me dio algunos datos que podrían llevarme al Alemán. Datos que quizás recuerdes, así me ayudas a confirmarlos.

—No creo que recuerde… yo hice mucho esfuerzo por olvidar.

—Trata por favor, no quiero meterme en una cueva de lobos y que me ataquen en gavilla un grupo de matacongos.

—¿Qué quieres confirmar?

—El tipo dice que los extranjeros que llegaban usaban complejos habitacionales que hacían parte del mismo negocio. Estaban localizados en la franja de playa límite entre el Magdalena y el Atlántico.

Ella asintió lentamente. Sus ojos eran inexpresivos.

—A lugares así me llevaba el Alemán. Dónde quedaban, si aquí cerca o en la Guajira es algo que se le escapa a una niña de nueve o diez años. No podría señalarlos ahora en un mapa si quisiera. Solo sé que el mar estaba cerca siempre. Y no eran viajes largos tampoco, así que de seguro están en el mismo Magdalena.

—¿Tu mamá trató siempre con Durango? Porque él habla de un socio en Cartagena.

—No sé de ningún socio. Durango era el que aparecía siempre.

—¿Y siempre fue el Alemán? ¿No hubo otro…?... discúlpame que pregunte así.

—No hubo otro.

—¿Podrías intentar acordarte algo de esos lugares? ¿Eran cabañas o apartamentos? ¿Había mucha gente hospedada?

Volvió a bajar la cabeza como si una mano pesada presionara sobre su nuca. Cerró los ojos y se arregló el cabello durante varios segundos.

—Había de uno y de otro. Eran lugares fantasmales, el Alemán ya estaba alojado cuando me llevaban. Después casi que estábamos solos o con muy poca gente. Eso hacía que me sintiera aún más desprotegida.

—¿Te acuerdas algún nombre?

—El Tropicana. No me olvido del cartel grande de colores vivos. Dios —dijo, seguía con la cabeza gacha—… hasta hace segundos no me acordaba de ese nombre. No recuerdo los

otros.

—¿Los Delfines, Maracaibo?

—Sí, puede ser. No estoy muy segura de esos.

Esperaba que recordara, que me dijera algo más, pero solo hubo silencio entre los dos. Cuando levantó la cara vi que dos gruesas lágrimas caían a cada lado de la nariz. El corazón se me estrujó de inmediato.

—Oye, Alejandra, perdona, pero tenía que preguntarte.

—Por supuesto.

—Mira, conociendo ahora todo el panorama de cosas, entiendo que sea una situación comprometida para ambos, para tu novio y para ti. Que no puedan destapar la olla porque eso los involucra de diferentes formas a ambos, los complica. Tu nombre aquí en la ciudad, y el de Víctor especialmente, que tiene esa costumbre particular de regalar muertos…

Me desvió la mirada. Por un breve instante pude vencer su escudo desafiante y le produje un efímero sentimiento de ¿qué?, ¿vergüenza?

—Voy a insistir por última vez, aunque vaya en contra del trabajo para el que me convocaron y no pueda cobrar luego un peso. Pero quizás todavía estemos a tiempo de evitar una desgracia. Encontrar un man con las características del Alemán, aquí en la Costa, sería muy fácil si ya hubiéramos dado alerta a las autoridades, si se pegaban fotos en las calles, si mostraban su cara en la televisión, si pasaban el anuncio de se busca en la radio. Ese man es como una mosca albina en café. Pero irle de atrás, calladitos para que nadie más se entere, buscando miguitas de pan en las calles de toda la costa —me señalé—, uno solo para colmo…

—¿Va a necesitar colaboración de Rubén y Fredy?

—Nombe no. A ver si se me equivocan de nuevo.

—Lo de avisar a la policía no va a suceder, Sánchez. No hay posibilidad, no se trata solo de mí como ya hiciste notar. A Víctor se le vino encima mucha gente con este capricho mío del carnaval. No puedo comprometerlo más. Tiene que hacerse así como vamos.

—De acuerdo —acepté mientras movía (nerviosamente) mi vaso con resto de pulpa. Mis ojos encontraron otra vez aquellas cajas dispuestas al tun-tun en la sala—. ¿Te puedo preguntar qué son?

—Cartas. Recibo muchas cartas, llegan a la Fundación del Carnaval; primero las leía todas, después qué jartera.

—¿Y qué dicen?

—Se reparten a la mitad entre las que me quieren y las que me odian. O quizás ganan estas últimas. Hay que ver el odio que guarda la gente. Gente que no debería guardar odio con lo afortunada que ha sido de no pasar por lo que yo pasé. Igual, te digo la verdad, no me producen nada.

—¿Y a esta casa no llega ninguna carta?

Se puso muy seria, volvió a mirar disimuladamente para asegurarse de que estuviéramos solos.

—Voy a contarte esto que ni Víctor sabe. No quiero dejar que se entere. Una carta sí llegó aquí. Alguien que no conozco, un tal Milton de Tasajera. Me felicitaba. Decía en la carta que tiene mi edad y que me había conocido, me había cruzado más bien, varias veces, en uno de eso sitios donde solía parar con el Alemán. Me contaba más cosas, tú entiendes, que vivió las cosas que viví yo, las vivía desde niño, pero había podido escapar también. Se aferró

a la fe de Cristo y encaminó su vida. Yo escondí esa carta para que no la viera Víctor, él no va a tolerar que alguien pueda saber de mi historia y de pronto quiera regarla por ahí. Ese pelao va a tener problemas, ¿sí me entiende? —se detuvo y su cara se iluminó como si hubiera hallado la respuesta a un problema difícil—. Tiene remitente la carta. A lo mejor él pueda darle información. Quizás conoció a esa gente que usted dice, al socio, a otros que estén involucrados.

—Vas a tener que prestarme la carta, entonces.

Alejandra estiró su cuerpo hacia adelante, sus senos cayeron en gravedad y cruzó las manos distraídamente, casi en posición de súplica. Me atravesaba con sus ojos de almendra, aún más aguados.

—No vaya a darse por vencido con Carol, por favor.

—No voy a parar. Ahora me has hecho pensar, me acabas de dar una esperanza. Quiero que me manden toda carta, toda bolsa de cartas que les llegue acá y a la Fundación, la pueden llevar a mi despacho en horas de la tarde.

—Quizás pueda haber más cartas como esa —argumentó Alejandra, pensativa.

—Estoy pensando más bien en el Alemán —dije y la muchacha se sorprendió—. Si es verdad, como dice Durango, que preguntó por ti, que venía a buscarte incluso, si ya sabe de tu próximo reinado, quizás intente contactarte de forma directa. Escribirte una carta, por ejemplo.

— VEINTITRÉS —

Mantuvo la vía del mar por costumbre y también por temor a lo desconocido. La costa era, de hecho, lo único que conocía de Colombia. Por ella se había movido siempre, entre lugares previamente concertados para esa red de hombres urgidos de placeres inconfesables. Eventualmente escapaba de las playas alejadas, casi solitarias y de acceso difícil, para pasar un día de playa en los centros turísticos principales: Santa Marta o Cartagena. Köell prefería no exponerse tampoco demasiado, no hacían turismo por el corralito de la Ciudad Vieja a bordo de un coche chambaculero ni subían al castillo de San Felipe y, antes que tirarse en la arena de las principales playas, el alemán alquilaba una lancha para ir mar adentro, a las islas distantes de arena blanca y mar transparente. Ahí tampoco él propiciaba a la vista ningún arrumaco, eran abuelo y nieta, o tío y sobrina, siempre ataviados de sombrero de ala ancha (él) y cachucha grande (ella); en el mejor de los casos, eran invisibles.

El interior de la provincia, entonces, representaba un lugar desconocido, adentrarse en él era poner los pies fuera del área de confort de sus movimientos de antaño. Así y todo, entendía ahora que era una opción inevitable. Si algo se movía, tarde o temprano, en dirección a recuperar a la niña, del origen que fuera —la ley o Durango mismo—, los pueblos costeros eran el primer espacio de búsqueda.

Estaba un poco anestesiado, sin embargo; sus movimientos recientes —y eso refería también al último tiempo en Europa— habían sido irracionales, motivados por la atracción de una quimera, un sueño difícil y demasiado dulce, cálido, arrobador. Regresar a Alejandra era un viaje de peregrinación. No quiso pensar en ningún momento en lo que ella podía haberse convertido, qué cosas le sucedieron en esos cuatro años; era una niñita miserable después de todo, qué otro destino que el de la miseria le esperaba todavía, le esperaría toda la vida. Él iba a liberarla de eso, ahora que era mayor de edad podían vivir a los ojos de todos, podía amarla con todo el cuerpo en cualquier lugar, podía brindarle su vida entera, cada minuto, cada segundo. Y él: iba a desgarrarse el monstruo de su piel y de su alma, no habría más aquello, estaba seguro de que Alejandra ocuparía todo el rango de sus pulsiones, expulsaría la bestia y lo haría volver al estado de lo humano.

Quizás hasta pudiera volver con ella a Europa. Era una posibilidad en la que creía cada vez menos. Nunca podría poner un pie en Münster, nunca más podría visitar a sus padres. Y cualquier otro lugar de Alemania, del continente europeo incluso, sería después de todo tan extraño y tan impropio para empezar de cero. Debía pensar en Alejandra también, sería demasiado difícil para ella el cambio cultural, más aún cuando no recibió nunca una educación formal. Ese sería su trabajo también, modelar esa muchacha salvaje en una mujercita civilizada. Lo haría con amor y devoción, iba a ser un juego empeñoso y divertido probablemente, podía dedicarse por entero a él, ahora que pronto empezaría a cobrar su jubilación de docente. En euros, la vida en Colombia sería fácil. ¿Dónde querrían ir a vivir? ¿Barranquilla, Cartagena, Santa Marta?

Por la carretera noventa, con el arrullo del aire acondicionado, tenían un enorme cielo celeste sobre la cabeza y a ambos lados el paisaje de pequeñas barrancas cortadas como a cuchillo, colinas suaves y vegetación baja de arbustos. Cada tanto, un letrero frente a salidas polvorientas invitaba a desviarse a los balnearios modestos, casi vírgenes, que atraían el

turismo más deseoso de tranquilidad. Era una amplia franja de costa de playas despobladas que despertaban recién a una actividad que, por algún motivo que Köell no podía imaginar, había pasado —y aún pasaba— desapercibida para los gobernantes de aquellas tierras. Puerto Velero, Caño Dulce, Puerto Caimán, Playa Mendoza. El alemán pensaba lo que habrían de hacer sus compatriotas con toda aquella naturaleza virgen, la explotación hotelera que transformaría esos kilómetros de mar y soledad en sitios de bullicio y recreo burgués.

Habían acopiado pasabocas, gaseosas y sánguches para el viaje, y eso les permitió hacer una única parada en una gasolinera de la ruta para cargar combustible y estirar las piernas. Aprovecharon para ir al baño y luego siguieron unos kilómetros hasta Santa Verónica, otro pueblo costero y polvoriento, antes de tomar camino hacia el interior de la provincia.

Avanzaron dentro del pueblo hasta la playa, donde había unas pocas carpas y mínimas cabañas de techo de paja. El alemán alquiló una de estas últimas, con dos hamacas. Acostó a la niña y después se recostó él en la otra. Necesitaban descansar antes de seguir, la brisa del mar les haría bien a ambos, y él particularmente necesitaba dejar reposar su mente, desbordada de pensamientos desesperados. Permaneció un rato sentado con la mirada hacia el agua, recibiendo la caricia en oleadas del viento, quería olvidarse incluso de la ansiedad por escuchar el ringtone de su celular y la voz de Durango. Se concentró en una melodía de Brahms que guardaba entera en su cabeza desde la adolescencia, cuando la aprendió al piano, la sinfonía nro 4 en Mi menor. Había algo de meditación también en ese estatismo. Pero todo no duró más que unos minutos.

—¿Ya pronto llegamos al castillo?

—Pensé que dormías —le dijo a la niña—. ¿Qué castillo?

—El castillo de Alejandra. Las reinas viven en castillos.

—Ya pronto —murmuró el alemán, quien mantuvo todo el tiempo la vista en la poca espuma que invadía la arena. Era un mar sorprendentemente tranquilo.

Köell pensó más tarde, como solía pensar siempre, que había sido una especie de premonición: su estado de ánimo supo ese día que sería la última vez que viera el mar Caribe. Ese estado de ánimo lo había acompañado el viaje entero, un tipo de tristeza relacionada con las decisiones finales, las apuestas a pleno donde hay todo por perder y cada paso tiene el peso de lo definitivo.

Pensó que le haría bien acostarse, y quizás, por todo lo anterior, dejó de lado el temor y la precaución, se abrazó a la impotencia y la sensación de víctima acorralada. Sintió la urgencia.

—Vente —le dijo a la niña y abrió grande su hamaca, vencida casi hasta la arena por su peso descomunal.

—¿Para qué?

—Porque es más divertido así. Mira cómo hondo la hamaca. Vas a caerte dentro.

Carol dudó unos segundos y cuando Köell sonrió —una sonrisa descolocada que no le había conocido en todo ese tiempo juntos— saltó de su sitio y fue donde él. Se deslizó prácticamente al fondo de aquel agujero que le creaba el alemán y sus piernitas quedaron mirando al techo de la cabaña. Köell la levantó un poco como quien levanta una gallina de sus dos patas y se acomodó él a lo largo del chinchorro. Luego, sin dejar de sonreír, la depositó encima suyo, atrapándola suavemente entre sus brazos poderosos. Ella soltó una risita, como una queja poco enérgica, y a continuación dejó relajar su cuerpo sobre el

promontorio cálido. Era un poco divertido. Quedó mirando la paja sobre sus cabezas y sintió sin alterarse que el otro le acariciaba los cabellos y la frente, le pasaba los dedos por la curva pequeña de la nariz, deteniéndose en la punta, apretándola cariñosamente. Luego fue el masaje arrullador a los brazos, de arriba abajo y al revés, varias veces, seguido de un nuevo apretujamiento. Así permanecieron un rato, un minuto quizás, ella atrapada, sintiendo que aquel cuerpote debajo suyo transmitía pequeños movimientos tectónicos que acompañaban la respiración profunda, los resoplidos placenteros del gigante.

—Mueve la hamaca —pidió la niña.

Él inició un leve balanceo con su pie izquierdo en la arena. Una de sus manotas se posó en el pecho de Carol, cubrió todo su ancho, disfrutando el tacto de los dedos a través de la ropa e inició un lento descenso hasta el abdomen. El Alemán se detuvo ahí; dejó su cuerpo paralizado, dejó de balancearse y permaneció en tensión, acaso conteniendo la inminencia de una descarga preeyaculatoria. Logró hacerlo uno, dos minutos, y cuando relajó estaba curiosamente agotado y triste. La niña, liberada de sus brazos, se dejó caer a un costado, sobre la tela de la hamaca y dejó de esperar más jugueteos cuando al rato escuchó los ronquidos.

Köell durmió un par de horas. Fue un sueño reparador, como no lograba hacía semanas, desprovisto por fin de voces y eventos; se movió con cuidado y levantó a la niña que también dormía anidada en su costado. Morosamente regresaron al carro. Tomaron el desvío hacia el próximo poblado, un lugar que el GPS nombraba como Juan de Acosta. El paisaje al costado de la carretera se llenó pronto de cercados de fincas ganaderas y la mirada indiferente de las vacas pastadoras.

A cinco kilómetros de haber dejado atrás Santa Verónica, el alemán sintió que se le encogían las pelotas. Un retén militar se hizo visible a doscientos metros y no tenía opción sino de avanzar. A la altura del mismo, un soldado levantó su brazo para invitarlo a detenerse. Köell echó una mirada rápida hacia atrás y constató que la niña volvía a dormir con un paquete vacío de chitos sobre el pecho. Paró el carro y bajó la ventanilla; recibió impávido la bofetada de calor, mostró su mejor sonrisa.

—Buenas…

—Buenas tardes —saludó el militar. Portaba una ametralladora—. Si me hace el favor de bajar.

—¿Perdón?

—Le voy a agradecer que baje del carro.

Otro soldado se asomó a la ventanilla trasera y observó a la niña. El alemán sintió que el cielo se desplomaba y lo arrastraba al interior de un pozo sin fondo. Sintió mareos. Así y todo, bajó del carro. Hacía un calor imposible.

—De espaldas contra el carro, por favor.

El gigante miró pálido al hombre, que le señaló impaciente cómo debía poner las manos sobre el chasis.

Köell quiso preguntarle si iba a arrestarlo, pero se detuvo e hizo lo que le pedían. Cuando estuvo de espaldas, el soldado empezó a cachearlo de arriba abajo. El metal del carro le quemaba las palmas. El otro soldado abrió las puertas del carro y metió medio cuerpo, abrió la guantera, miró debajo de las butacas. Se asomó entonces sobre la niña y quedó mirándola unos segundos.

—Si me permite los documentos, señor.

—El pasaporte, soy extranjero.

—El pasaporte entonces.

El alemán sacó su billetera mientras miraba de soslayo al otro militar que regresaba a su posición fuera del auto. Imaginó que ambos controlaban sus movimientos, en cualquier momento saltarían sobre él cuando confirmaran su nombre en el pasaporte. Extendió el documento.

El soldado leyó celosamente y pasó las hojitas.

—¿Alemán?

Köell asintió con un nudo en la garganta.

—¿Y qué hace por estos lugares?

—Voy visitar la finca diun amigo en Juan Dacosta —dijo, sobreactuando su acento extranjero para empastar la conversación.

El otro enarcó las cejas y asintió también, despacio, como si sospechara alguna cosa, pensó Köell. Después el uniformado miró a su compañero, que a su vez movió la cabeza en una señal equívoca a los ojos de cualquiera que los observara de lejos.

—Señor —dijo el militar mientras devolvía el pasaporte y hacía una pausa tan dramática que daba gracia—. Puede seguir. Tenga buen viaje.

— VEINTICUATRO —

«E
hAvemaríaCalorTanBerracoMijo»

Hombe, que de pronto le alegré el día al hijueputa, con mi disfraz de turista común, llegado de la nada y sin un menor de edad de la mano. Era cosa mía lo de aparecer en personaje antioqueño y con esa pinta de barbachán: el sombrero vueltiao chino, las bermudas grises y las gafas, el morral al hombro. O sea, que el tipo no me estudió como yo pensaba, estaba hasta contento que alguien llegara a ese conjunto ruinoso, de paredes azules descascaradas y baldosas quebradas y despulidas, con el nombre más ordinario. Los Delfines. Yo sí lo estudié a él, le miré la cara para ver si podía ver todavía la mugre a través de los ojos de la gente, si no estaba perdiendo ese talento. Y la verdad que no vi nada, o mejor, vi lo mismo que veo a través de toda persona. El desaliento, el cansancio, el miedo. Jackie claro que dice que no me veo sino a mí mismo en esos ojos, y puede ser, quizás perdí el talento nomás. Igual me lo quedé mirando al flaco de pelo cucú, mirándole el entrecejo y lo bien que le vendría una escupida de Pringamosa ahí en el medio, pedazo de mierda.

—Bueno, de la dos a la seis puedo darle cualquiera —me dijo el man sin mirar siquiera el libro de recepción y se aprestó a elegir una llave del tablero. Eran diez cuartos nada más. Calculé cinco inquilinos a lo sumo.

—¿Puedo elegir entonces?

—Hombe, cómo no. Yo también sé de tener números que prefiero y otros que evito, dígame entonces.

—No, le pregunto si puedo ver cómo son las habitaciones.

Ahí se le borró la amabilidad del rostro.

—Una cama, un baño y una ventana. La puerta da a la piscina. Son todas iguales.

—Prefiero verlas. Pienso pasar varios días —hice una pausa y sonreí cándidamente—. Si no le incomoda, claro.

Le incomodaba, por supuesto, a considerar uno por el silencio y cierta brusquedad con que cogió (arrancó diría) las llaves. Noté que eligió cuatro nada más y mientras hacía que me despegaba el sombrero para secarme el cabello detallé que quedaban colgadas de la siete hasta la diez.

Lo seguí por el pasillo, eché una mirada a la pequeña piscina y a un blanquito llevao, parado en el borde, que no se decidía a meter los pies en ese charco con más hojas e insectos que agua. El empleado no se detuvo en las habitaciones diez, nueve, ocho y siete; ante mi pregunta impertinente, no giró siquiera para contestarme.

—Están en reparación.

Abrió consecutivamente los cuartos seis, cinco y cuatro y permaneció en el pasillo con los brazos cruzados.

—Bueno, mire. La tres y la dos son lo mismo, hay que poner las sábanas nada más.

Como imaginé eran un agujero apestoso de piso enarenado, colchones delgadísimos y una ventana sin cortina. Mis dotes interpretativas no me dieron el coraje suficiente para asomarme a los baños.

—¿No tiene más gente hospedada pues? —pregunté y esperé que me mandara al carajo o

empezara a preguntarse quién era yo que hacía tantas preguntas. Su respuesta desanimada me hizo pensar que, después de todo, el fulano no era el propietario sino un empleado desprevenido por el hastío de la soledad.

—El muchacho —señaló al hombre de la piscina, que ahora trataba de pescar la basura del agua con la red—. Es antioqueño como usté. Está en la uno. Puedo darle la dos, así están pegaditos.

Sacaba por fin las garras el bellaco. Justo a mí con la bromita.

—Nombe, deja —ya me olvidaba el acento, el personaje se me fue al carajo—. Mejor ve tú también a limpiar el charco porque se te va a morir el man de una infección y te cierran el Hilton.

Me di media vuelta —atento a mis espaldas por la inminencia de algún cipotazo o una patada voladora. Nada. Escuché solo un «ay, marica»— y encaminé pa´ fuera. No había más nada que hacer en ese lugar moribundo. Previamente estuve esperando más de una hora fuera y en ese tiempo no se arrimaron a preguntar por una habitación ni los mosquitos. Nadie había salido tampoco. Si alguna vez el hotel había estado en mejores condiciones, era un hecho que el finadito que le plantaron en la puerta, aunque no logró que lo clausuraran (ni siquiera habrá llegado aún la «incisiva investigación» de la policía del Magdalena a la pista de la red pederasta), sí que lo sepultó en la suspicacia de sus clientes habituales. No le daba medio año más de vida a ese agujero.

Segundo destino: camino Playa Mendoza. El Tropicana. Un pretendido resort de cabañas dentro de un corralón de tablas, apenas menos miserable que Los Delfines. Aquí había vida, al menos, cierto resistir a la decadencia, había bullanga de bafles y el cartel de la administración, también de troncos, no aparecía incompleto ni carcomido por termitas.

Pasé la tranquera abierta y estacioné el carro debajo de un toldo de lona. Después de apearme, mientras desandaba el tramo de tierra hasta la oficina, enlentecí mis pasos y le di una repasada al lugar. Las cabañas de techo de paja se disponían alrededor de la piscina vacía, cada una de un color diferente, deslucido ya, y contaban con un número de madera en la puerta. Otro escalofrío. Pocos años atrás, anduvo por ahí Alejandra, bien niña, cautiva de un monstruo. Mi ánimo se ensombreció. Todo tuvo de repente un color maluco, y el hálito cálido de la brisa como que quería mojarme la oreja. Tantos fantasmas de niños, ahí jugando, alrededor mío. O de pronto me suplicaban justicia.

Renuncié entonces a caracterización alguna. Esta vez la iba de mí mismo y la iba de malo, algo que no era difícil tampoco por el mal humor que empezaba a despertarme el tour por esos lugares de gente inmunda que no merecía otra cosa que ser capada en plaza pública.

El ladrido furioso de un perro me sobresaltó. Busqué enseguida y descubrí al pastor alemán que desarmaba su garganta en mi dirección. Por suerte estaba atado con cabuya a la reja de la oficina. Ñerda con el llamador de Ángeles.

—Buenas tardes —me anuncié a tres metros de la puerta y aplaudí.

Una mujer regordeta, de pañolón y jeans apretados que pedían la baja del servicio por desgaste profesional, apareció en el vano de la puerta, me observó un instante y le gritó a su mascota.

—¡Kalimán!

El perro obedeció, volvió a echarse, y ella con un gesto me invitó a pasar. Siguió dándome la espalda; sin embargo, pasó el mostrador y se perdió en un cuarto contiguo. Recién ahí reparé en el fulano que miraba sentado la tele, también detrás del mueble. Era un hombre

pequeño de estatura, pero robusto. Miraba una película de hacía años —un policial con Brad Pitt—, enclavado en una mecedora, y tardó en despegar la vista para mirarme; saludó también con un buenas y fue entonces su culo el que tardó en liberarse a presión de su asiento. Cuando estuvo enfrente mío, del otro lado del mostrador, se tomó el tiempo de estudiarme la pinta, quizás advertido de mi mandíbula apretada y la aspereza cruda en la mirada. Debió imaginarse que no venía a hospedarme.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy Joaquín Gutiérrez. Vengo de parte de Panela.

Se pasó la lengua por adentro de los labios y no mostró ningún tipo de emoción al respecto. Después de unos segundos, enarcó las cejas y cabeceó, el código internacional de «ajá y qué pasa».

—El alemán, ¿está parando aquí?

Ahí apareció la resistencia, el resquemor que evidenciaba la tensión de los músculos del cuello. El tipo mantuvo igual la compostura, sacó un palillo del bolsillo de la camisa y empezó a hurgarse entre los dientes.

—¿Y Lucho no sabe acaso?

—Este man, Helmut, no contesta el celular.

—Okay —dijo sin ganas y empezó a organizar el mostrador, lleno de papelitos y envolturas de chicle, mientras sus ojos se olvidaban de mí—. Estuvo unos días apenas, ayer se fue.

—¿Se fue con la niña? —arriesgué.

—¿La niña? ¿Qué niña?

—Me dijo que tenía una niña. Lucho me dijo.

—Ooooh, Asteria —dijo él, ladeando el cuello, y la mujer volvió a asomar detrás—. ¿Sabes de una niña tú, con el señor alemán que vino?

El perro había empezado a ladrar de nuevo, con menos ferocidad esta vez, quizás a algún pájaro o alimaña.

—¡Kalimán! ¡Cállate! —gritó la mujer, que dejó su lugar para atravesar el mostrador e ir hacia afuera.

Esperé que regresara a contestar la pregunta de su presunto marido. En cambio, escuché que cerraban la puerta a mis espaldas y echaban llave. Me di la vuelta y vi que Asteria se había plantado delante, interpuesta a mi salida.

—¿Y entonce´? —le pregunté al man.

Él sacó un celular del bolsillo externo de la bermuda y empezó a marcar.

—¿Qué haces?

—Voy a darle la razón a Panela mejor.

—Hombe, claro, llámatelo ahí. Dile que Gutiérrez pregunta.

Marcó una y otra vez. No podía comunicarse. Me escudriñó de nuevo con la mirada fea, no se confiaba, no iba a darme el gusto de irme así nomás. Volvió a insistir con su celular.

—Voy a llamar al propio Alemán entonces y decirle que usté lo busca ¿no?

Ñerda. Me preparé a empezar una puñetera antes de que dijera una palabra después de aló y pusiera al tipo al tanto de mi persecución. Era bajito, aunque macizo, el hijueputa, iba a tardar en caer pero no quería sacar mi arma y tentarme a usarla. De seguro él también tenía una debajo del mueble. El man no valía que me metiera en semejante problema. Esperé, sin embargo. No podía comunicarse tampoco al parecer, marcaba una y otra vez.

—¿Y?

—No contesta ninguno de los dos números. Salta dizque fuera de servicio.

—Hombe, no te digo. Te venden que tres gé, que cuatro gé, al final no te sirve ni pa´ hablar —giré para mirar a la mujer y señalé la puerta—. Si me permites…

Ella miró a su marido, su marido miró su celular (como si fuera su picha muerta) y después me miró a mí, el duro, bien paradito, en posición de arranca, marica.

—Mira, no sé quién eres. Si eres policía o estás detrás de eso que estuvo pasando con los turistas. Pero ya no hacemos eso aquí. No queremos saber más nada con Panela o ningún otro.

Asentí y torcí la boca como Harry el Sucio.

—Mejor que no sepas quién soy ni qué hago entonces. Pero sí vas a decirme algo. ¿Vino o no con la pelaíta?

Miró unos segundos por sobre mis hombros, a su mujer claramente.

—Le dijimos lo mismo. Que ya no estamos en ese negocio. Pero insistió, pagó bien, se pasó unos días sin hacer escándalo ni nada. Una pelaíta de nueve años si acaso. Parece que tenían prisa.

¡Roletazo al right field!, grité por dentro. La pista era verdad, después de todo. Hubo una sensación de júbilo y, de inmediato, un retumbe de taquicardia en mis sienes y un dolor agudo en la boca del estómago, recuerdo intermitente de mis úlceras pasadas.

—¿Y sabes para dónde fue? ¿Puedes comunicarte con él?

—No, ni una cosa ni la otra. Van en carro.

Me volví hacia la mujer

—¿Usté tampoco? Mire que —señalé la tele, la película de Pitt, Freeman y la rubiecita tan bonita de nombre difícil, con la intención, de paso, de arruinarle el final—, a algunas mujeres le terminan cortando la cabeza para amedrentar al marío.

La gordita negó, súbitamente pálida. Se apartó despacio y me abrió la puerta.

—Ojalá no tengamos que volver a vernos. Adiós —me despedí, otra vez sin mirar atrás, pero atento a la jugada, y arranqué a caminar rápido hasta el carro, movido por la urgencia de la angustia: el rostro de la niña, ensombrecido por el corpacho de Köell, me suplicaba que apurara los pasos de la cacería que, ahora sí, estaba en la dirección certera.

El problema era que no tenía idea de los próximos movimientos del Alemán. El Maracaibo era el lugar inevitable para continuar la búsqueda, pero luego de algunos días de ventaja las probabilidades de encontrarlos ahí disminuían. Saqué el auto del corral y apunté fuera del pueblo hacia la carretera. Un frente de lluvia empezaba a oscurecer el cielo. Antes de tomar la ruta, detuve el motor en un descanso, encendí un cigarrillo y quedé pensando. Mis energías empezaban a flaquear y se me había abierto el estómago. Podía volver a la cabaña y pedirle a punta de pistola al carejopo que llamara al tercer conjunto para preguntar por el alemán. Igual seguí mi instinto de precaución, tenía demasiadas ganas de meterle plomo a todos esos hijueputas enfermos y se me podía escapar un tiro.

Mi viejo celular no contaba con GPS, menos el carro, pero en la guantera tenía un gastado mapa Texaco, mi mapa del tesoro. Qué mierda, me dije luego de estudiar en la zona la dirección que me diera Durango, me voy a acercar al hotel, si total no queda ni a cinco kilómetros.

Me llegué hasta allá entonces. A una cuadra de distancia al menos, porque mi llaga no pudo continuar hasta el parqueadero del Maracaibo, un hotelucho verdolaga, también de medio pelo, aunque de dos plantas y con mucha más capacidad de alojo. De pronto, o había

una convención de policías pederastas o había un problema grande. A cada extremo de la cuadra dos agentes resguardaban el paso con la ayuda de una cinta extendida de acera a acera, amarrada a sendos árboles. Dentro del perímetro, dos patrullas con los barrales encendidos estaban parqueadas, bloqueando la entrada al hotel.

Bajé del carro y me acerqué a preguntar del otro lado de la cinta.

—¿Está instalado en el hotel? —me preguntó a mí el policía después de mirarme de arriba abajo.

—Claro —contesté con seguridad —, ¿qué ocurre? Vengo por mis cosas.

—Hay un operativo, nadie puede entrar o salir —dijo mientras dejaba de mirarme y atendía a la nada. Ese recurso tan de poli, qué me van a contar a mí.

—Cómo así. Yo necesito mis cosas, dígame al menos qué pasa —puse cara de preocupación y me jugué una carta—. Mi mujer está adentro. Dígame qué carajo pasa.

Volvió a mirarme, ya interesado en mi alteración.

—No se preocupe entonces. El fallecido es un hombre.

—Cómo así que no me preocupe, nojoda. ¿Un fallecido? ¿Se murió o lo mataron?

Se encogió de hombros. Miré sobre ellos, algo nada difícil porque yo le llevaba media cabeza. En el suelo, justo a la puerta del conjunto, se extendía una sábana y un bulto humano sobresalía debajo. Lo rodeaban un par de uniformados. Miré bien a uno de los agentes, estaba medio de espaldas a mí, pero me resultó conocido el color barechina de la piel de los brazos y el cuello.

—¡Cachaco! ¡Mira!

Empiné los pies sin necesidad porque me habría visto igual detrás del tumbo-pitufo. Luis Alberto Gentile, «el cachaco» de nuestra época de instrucción, giró y se quedó mirando para lograr reconocer al de la gritadera y pensar un instante si era yo, el propio, el Caimán. Le dijo algo a su compañero y se acercó a mi lugar. Tampoco me dejaba pasar todavía, miró mi pinta y sonrió con esfuerzo.

—Ajá, Caimán, ¿qué más?... ¿qué se te perdió aquí?

—Qué crees con esta pinta. Estoy de paseo unos días, pero óyeme, salí un par de horas, vuelvo y me dice aquí el agente que hay un occiso.

—¿Te hospedas aquí?

Asentí.

—¿Solo?

—Por eso estoy inquieto, mano, mi novia está adentro.

Gentile manifestó en su semblante alguna duda acerca de mi última aseveración, pero le puso una mano a Tatú en el hombro.

—Déjalo pasar que este es de la fuerza, aunque arrepentido. —Cuando pasé debajo de la cinta me dio la mano y luego comentó maliciosamente, mientras caminábamos hacia el edificio—: Hombre, me huele a poca casualidad que un muerto y el exsargento Efraín Sánchez estén hospedados en el mismo hotel, sobre todo en esta porquería de hotel.

—Nerda Cachaco, había pensado alquilar el Decamerón pa´ echarme unos polvos, pero este me pareció más acorde a mi economía de policía retirado.

—Así que unos polvos, ¿en qué habit…?

—Ajá, ¿qué pasó ahí?

Habíamos llegado a la puerta, el bulto estaba a unos dos metros apenas. Era un muerto de talla grande, porque por debajo de la sábana sobresalían completos los dos zapatos. El

segundo policía sacaba fotos con el celular del frente del hotel.

Me acerqué y rodeé el cuerpo.

—Espérate, Sánchez, que es la escena… vete a buscar mejor a tu hembrita y puya el burro antes de que venga el juez, que después todos quedan dentro del hotel para declarar.

Ni le paré bola. Me acuclillé y levanté la sábana para mirarle el rostro a la víctima. Era un rubión de bigote grande. Las lividece empezaban a brotar como manchas sobre la piel muy blanca. Tenía un navajazo limpio a un costado del abdomen, otro en el pecho. No había mucha sangre tampoco.

El cachaco suspiró.

—¿En qué habitación está tu mujer entonces?

—Parece extranjero, ¿tienen el nombre?

—No has perdido el olfato —Gentile sacó del bolsillo superior de su uniforme la billetera decomisada y la agitó—. Español, dice el pasaporte. Andrés algo…

—¿Estaba solo en el hotel?

—¿Iraaa, Sánchez, me estás interrogando?

—¿Estaba solo o no?

—Lo encontraron esta mañana recién, ahí mismito. Estamos esperando el juez hace rato. El administrador —señaló al tipo que hablaba por celular, apoyado en un patrullero— dice que no estaba hospedado en el hotel. Un atraco fortuito en la calle, seguro.

Le saqué de un manotazo rápido la billetera del turista y la abrí. Como trescientos dólares en billetes.

—Atraco una mierda.

—Dame eso, qué hijueputa. Ya sabía yo. ¿Tienes que ver con esta vaina?

—Qué va. Puro vicio profesional.

—No me jodas, Sánchez. Dime todo lo que sepas o te demoro para tomarte declaración formal.

—¿Y eso por qué? Si no estoy alojado aquí siquiera. Vas a quedar muy mal si entienden que me dejaste pasar a la escena del crimen sin razón —escupí en el piso, junto al bulto—. Que me dejaste contaminar la escena.

—No cambias más hijueputa. Y yo no aprendo que no mereces ni lástima.

—Déjalo así, Cachaco. No vale emputarse por nada. Al man este ni lo conozco, había pensado que de pronto sí, pero no es mi caso definitivamente. Me voy.

—Piérdete.

Me alejé de él, pero no estaba para irme todavía. Despacito me fui yendo hacia la patrulla y me le puse atrás al man que parecía fallar en conseguir comunicación con su teléfono móvil, a pesar de varios intentos de marcado y espera en la oreja.

—¿No contesta el Panela?

Él se giró, tenía pinta de rolo también, un andino irritado por la circunstancia, porque sol ya no había. Incluso llegaba una brisita húmeda, renovadora.

—¿Pero qué…? ¿Qué quiere?

No te digo, pensé. Santandereano. O de por ahí.

—¿Lo conoce entonces? ¿Al Panela?

El administrador dirigió su mirada a los dos policías que estaban de espaldas. Volvió a mirarme y guardó su celular en el bolsillo del jean. Iniciamos una conversación a medio volumen.

—¿Y qué, usté lo conoce? —dijo con tono desafiante.

—Hombe, claro. Igual que usted conoce a ese man, que conocía a Durango, ah, y al españolito ese que le acaban de tirar en la puerta de su hotel de pervertidos.

—Yo a ese muerto no lo conozco.

—¿Y al otro que le tiraron tampoco? Porque van dos.

Sus ojos se escapaban todo el tiempo, iban de los agentes a mí, de aquí pa´ allá y de regreso.

—¿Y a qué viene la preguntadera? ¿Usted quién es? ¿Policía?

—Dios no lo permita. Pero sí conocido de uno de esos que están ahí velando al finado. Me pregunto si ellos saben del negocio suyo con esos extranjeros que se le aparecen en la puerta y gustan de molestar pelaítos.

—Yo ya no…

—…ya no tiene ese negocio, claro. ¿Desde cuándo? ¿Desde que se la dieron a Durango?

—Yo trataba con Lucho, cuando se movía billete. Y ese man fue el que me puso en aviso de lo de la muerte de su socio en Santa Marta. Después, cuando me tiraron el primer muerto, me llamó para saber, no entendía qué había pasado. Si era casualidad o qué. Entonces fue lo de Los Delfines, el tipo que tiraron allá también. Ahí yo paré todo, le dije al Lucho que no quería más nada, que no me enviara a nadie. Todos esos muertos iban a levantar la perdiz.

—Pues yo tampoco estoy dispuesto a levantarla. Todo eso —señalé para el lado del fiambre ibérico— me concierne mucho. Pero me tienes que decir si conoces al Alemán.

Se detuvo como a pensar.

—¿El camastrón? ¿Helmut?

—Ese mismo.

—Vino algunas veces, hace años que no viene.

—¿No estuvo por acá estos días? ¿Seguro que no está ahí dentro mientras hablamos?

Negó violentamente con la cabeza y usó un pañuelo para secarse la frente y el cuello.

—¿No le digo que no dejé venir ni uno más? Y tampoco Lucho mandó a nadie, yo creo que se asustó también y dejó fría la vaina.

—¿Entonces no sabes que el Alemán está en Colombia?

—No. No pasó por mi hotel.

—Porque lo ando buscando. Se le olvidó devolver una niñita.

—Hombre hermano, no sé que decirle. Pero yo no quiero problemas, sí me entiende. Yo si sé de algo le aviso ahí al sargento Gentile. A mí esto me está destrozando los nervios, me está destruyendo el negocio.

—Qué pena, cuadro –ironicé—. Si fueras el Alemán, si tuvieras que quedarte en algún lado con la niña… olvídate del Tropicana y de los Delfines que ya busqué por ahí… si tuvieras que parar a descansar, a pasar la noche, ¿dónde te irías?

Miró al suelo y se rascó la cabeza. Un agujero de calvicie dominaba la coronilla transpirada de puro culillo.

—Hombre, qué le digo… Yo llamaría al Panela. Es el único que lo puede ayudar a esconder un pelao. Al menos que yo sepa.

El tipo desvió otra vez la mirada en dirección a los policías y me obligó a girar. Gentile me había pillado y levantaba ambas manos en señal de protesta.

—¿Entonces qué, marica? ¿Cuál es la vaina que no te vas?

Le hice el gesto universal de cógela suave que ya me estoy yendo, mientras sacaba el

celular y acorralaba de uán al hotelero.

—Dame el número ese del Panela.

Sacó su teléfono («igual salta buzón siempre» me advirtió) y empezó a dictarme. De reojo vimos ambos que Gentile se venía acercando finalmente. Cuando terminé de guardar el número, le pedí una dirección donde encontrar a Castro.

—Ah, eso nunca supe. Si tanto le interesa va a tener que ir a buscarlo.

—Adónde

—A Cartagena, no sé. El man es de ahí, un man de barrio abajo, si me explico.

Ya le sentía casi la respiración celosa a poncharrolo detrás mío y me apuré a darle un fingido fuerte apretón de manos al santandereano.

—Calladito mijo usté también, o vuelvo más tarde, lo trozo y lo vendo como bocadillo veleño.

Regresé al Mazda. Mientras traspasaba la cinta de nuevo, observé que Gentile se había detenido y me echaba una mirada escrutadora.

Dentro del carro, varios minutos después, había yo también intentado sin éxito comunicarme al número del socio de Durango. Mi cuerpo no quería asumir el próximo desafío; tenía un filo tremebundo y no era el único que necesitaba combustible, la nave pedía gasolina. Cogí la carretera y paré en el primer estadero a levantar unas arepas y una kola Román. El paso siguiente era buscar una gasolinera. En el cielo estallaban los primeros refocilos.

**

Llegué a la Heroica en pleno aguacero. El viento de tormenta me vino empujando medio tramo y las nubes negras no se desgarraron hasta que entré a la ciudad por su puerta de atrás, esa que invita al paseo inquietante por el extrarradio de barrios populares y asentamientos de miseria. Pienso que me empujaban también el arrebato, el descontrol. La presunción de que el lobo se escapaba de este cazador. Sentía que no podía detenerme tampoco. ¿Podía haberse contactado ya el Alemán con Panela? ¿Cómo iba a lograr que me ayudara en caso de que fuera así? Iba, si no a ciegas del todo, en penumbras. Pero tenía que agotar todas las posibilidades antes de bajar los brazos. Quizás me movía, además de mi misión rentada para devolver a la niña, otra cosa. A esa altura de las cosas tenía mi mira sobre Köell, pero braceaba en la mierda general del tráfico de niños, y sé hoy con certeza que no podía decidir entonces a cuál de las dos situaciones brincarle primero. A la primera me llamaba el dinero, a la segunda mi conciencia. Las dos urgían.

Seguí pensando mientras chupaba banca, esperando que me atiendan, frente a la guardia del comando de la Policía Metropolitana, lo que yo entendía como el lugar adecuado para mi propósito inmediato. Mi ropa mojada (tuve que parquear el carro a casi dos cuadras de la estación) había estado dejando un charco de agua lluvia sobre el damero de baldosas negras y blancas. Con los dedos me separaba constantemente la camisa pegada al cuerpo. Un grupo de tres personas hacían fila y el agente que les tomaba la declaración no parecía muy afanado.

Mi suerte cambió media hora más tarde cuando Mendoza, el Comandante Mendoza, entró al edificio desde la calle y atravesó la recepción. Lo estudié mientras lo veía venir, mojado también, pero con el rostro sereno. Se le habían sembrado canas sobre las orejas, atenuando el pelamen azabache de su juventud, pero no había perdido ni un poco de su frondosidad. Me vio al tiro y enarcó las cejas.

—Hombe Sánchez.

—Comandante —dije mientras me levantaba del asiento y le extendía la mano. Él me devolvió el saludo con afecto, aunque tiró el tórax hacia atrás y me señaló con el dedo.

—Qué, ¿vienes por tu cuenta esta vez o te traen como siempre? ¿Otra puñera pública con un marido emputao?

Hacía mención de algo ocurrido ¿año, año y medio atrás? Un marido que me pescó en la jugada, sacándole fotos al departamento privado de Bocagrande. Y me armó pelotera en la calle, bueno, qué puedo decir, un mierdero grande que nos llevó ahí mismo donde me encontraba ahora.

—Nombe, nada, vine nomás por pedirte colaboración en un caso.

También él se detuvo a despegarse la camisa del pecho delante del abanico de recepción.

—Bueno, vente ahora que tengo que regresarme luego al Convenciones.

Me llevó a su despacho, cerró la puerta primero y luego la persiana americana, considerando de antemano que nuestra conversación contendría algún elemento demasiado reñido con la ley. Ajá, que me conoce de hace rato.

Arranqué de uán.

—Te tiro un nombre: Luis Castro alias Panela —solté y dejé flotando el nombre en el aire unos segundos como un flit venenoso—. ¿Sabes algo de él? ¿Tiene reportes acá?

Me miró impasible, algo que, como buen policía, siempre supo hacer bien, y luego movió un poco su silla para ponerse debajo del aire acondicionado. Lo prendió con el control y sentí el hálito fresco que bajaba como maná del cielo.

—¿En qué andas Caimán?

—Esperaba que como mínimo fueras a tu computadora. Que no muevas un dedo me dice que definitivamente lo conoces.

Touché, marica. Mendoza sonrió y asintió con la cabeza. Me clavó sus pupilas después.

—¿En qué andas Caimán?

—Camellando con un caso, pero tú sabes, confidencialidad profesional, no me preguntes.

—Confidencialidad conmigo un carajo. Si preguntas por ese man, en este distrito, no es caso tuyo; de últimas es mío y el que se está metiendo eres tú. Igual no me cierra, lo tuyo son las vainas domésticas (o eso me contaste siempre) y cualquier cosa que tenga que ver con Panela es tema mayor.

—Pillo la vaina. Óyeme, lo mío es averiguación de paradero, una cosa fue llevando a otra y apareció el nombre del tipo.

—Ahora nos vamos entendiendo. ¿Un café? —señaló la cafetera mientras iba hacia ella para servirse una taza grande.

—Nojoda sí.

Volvió al escritorio, depositó su café y puso otra taza humeante delante de mí. Luego se sentó pesadamente en su silla.

—Es un pandillero de Olaya Herrera, jefe de una pandilla más bien. Es un problema que tenemos aquí, las pandillas. Manejan droga, prostitución, hacen sicariato, extorsiones. Se matan entre ellas, además, por eso nos metemos lo justo y necesario.

—Cuando tocan a alguien de la Popa pa´ llá: la ciudad de los ricos.

—Más o menos —bebió un sorbo despacio, sin molestarse siquiera por la puya—. Panela mismo recibió una herida de arma blanca el año pasado y eso, en vez de calmarlo, lo volvió más loco. A las dos semanas hubo un reguero de pelaos masacrados y arrojados a la ciénaga,

pelaos de la pandilla enemiga, aunque nunca pudimos lograr que alguien testificara contra él. Porque también maneja desde el miedo.

—¿Sabes si maneja prostitución infantil también?

—Nojoda, no me extraña nada que me puedan contar de él. Y prostitución infantil en Cartagena, en esos barrios bajos, hubo siempre. ¿O no lo sabes?

—Son esas cosas en las que uno no quiere pensar —ahora bebí yo de la infusión y reflexioné unos segundos—. Quizás es lo peor que les puede pasar a esos pelaítos, que nadie quiera pensar en eso.

Era algo que pensaba de verdad, algo que nos comprometía a todos los ciudadanos del Caribe, de Cuba pa´ abajo, pero también era, esa sí, una puya grande e incómoda para el comisario.

—Bueno, Caimán, ¿a qué viniste entonces? Porque me podrías haber mandado un mail o tratabas de comunicarte acá conmigo por teléfono.

—Es que ya vengo con la idea de hablar con el man. Mira, hay una pelá perdida, la sobrina de un cliente, y temo que el man la vaya a meter en esa mierda.

—Ya estás aquí. Haz la denuncia y devuélvete pa´ Quilla. Antes date un baño en Bocagrande porque hueles a mico.

—Esta vuelta la tengo que hacer sí o sí —ahí se me ocurrió el recurso fácil de la lástima—. ´Joda, comandante, estoy en la lona. Y mi cliente me ofrece buena biyuya.

—En el ataúd te la va soltar, marica.

Me lo quedé mirando, como Caimán que no va a abrir la boca nunca hasta que la presa entre los dientes diga basta. Y mi presa dijo basta:

—Vamos a hacer una vaina entonces. Te voy a contactar con otro man que tenemos ahí, un pandillero menor del barrio que nos hace de informante a cambio de, ajá. Con él de pronto averiguas algo.

—Va pa´esa, pué.

Richard se llamaba el man, y me esperaba bajo una palmera, junto al parqueadero de la Plaza de toros; era un pelao apenas, de veinte años si acaso. Nos reconocimos con un gesto inequívoco de la mirada, a la manera de dos espías de la guerra fría. Él me miró con desconfianza, ni me saludó ni se presentó, y yo observé las cicatrices queloides de ambos antebrazos, mezcladas entre tatuajes de santos y cuchillos. Usaba gorra de béisbol y camiseta de fútbol de Argentina.

Largó rápido la información que traía.

—Del Panela se conoce hace rato que anda guardado.

—¿Por qué motivo?

Se encogió de hombros.

—Eso allá es una guerra en serio. Sobre todo, después de la masacre de la ciénaga —miró distraídamente en dirección al estadio de béisbol y entrecerró los ojos por el sol que quería asomar entre los nubarrones en retirada—. Igual se dice otra cosa.

—Suéltame esa, pué.

—Que el man se solló. Paranoico andaba, como quien dice. Que lo andaban siguiendo, y no la policía o la otra pandilla. Le dijo a uno de los suyos que lo amenazaban al teléfono, a veces era la voz de un adulto, a veces la de un pelao, le decían que se iban a vengar de todo lo que había hecho. Empezó dizque a ver sombras dentro de la casa, a sentir pasos que lo seguían, pasos fuera en su jardín, también. Le dejaban marcas de cuchillo en la puerta,

frases como «arrepiéntete antes del JUICIO», no sé qué más —hizo una pausa y volvió a mirarme—. Las pandillas no se preocupan de hacer esas vainas. Llegan y te la clavan de una.

—Claro —dije, pensativo—. Bueno, ven y móntate al carro.

—¿Qué, me va a devolver a mi casa?

—No, Richard. Me vas a llevar a la candela del man.

—Ah, no, esa vaina sí que no.

—Así era el trato, eche. ¿O quieres que Mendoza mueva la búsqueda de esa carga de Corona que robaron del camión en la Pedro de Heredia?

Hizo una mueca y se sacó la gorra mientras volvía a desviar la mirada a las nubes. Empezó a caminar entonces en dirección a mi Mazda. No obstante, al tiempo que íbamos, puso sus condiciones.

—Vamos hasta donde le voy a indicar. Ahí yo me bajo y usté me sigue a distancia, eso es pura calle de tierra, vamos a hacer unas cinco o seis cuadras así. Nos tenemos que meter hasta casi la Ciénaga. Yo me voy a sacar la cachucha delante de la casa y sigo caminando. Donde antes me pare un pelao pa´ hablarme, se pega la vuelta con el carro y vuelve en un rato.

—Listo, pelao.

Hicimos eso. Se bajó en pleno barrio de cambuches, lo dejé adelantarse media cuadra y empecé a seguirlo a veinte. La resolana después de la lluvia levantaba vapores de calor, las llantas de mi nave resbalaban en el barro. Cada vez nos adentrábamos más en ese lugar olvidado de ley donde solo las gaviotas que bajan por algún desperdicio de pescado y vuelven a remontar vuelo pueden imaginar el emporio de hoteles con vista que rodean la bahía al otro extremo de la ciudad; las calles son casi intransitables, la miseria se ve por todas partes, en los tugurios de madera comida por la brisa salitrosa y en las de ladrillo a la vista. Había olor a pescado podrido, a agua estancada. Se cruzaba gente en la calle, puros niños y pelás adolescentes con sus bebés, un grupo de varones jugaba al dominó en la puerta de la casa, todos giraban a mirar el carro, pero imaginé que tampoco se harían preguntas. Si acaso cuánto le iba a comprar de maricachafa o basuco al clan. En un momento Richard dobló a la izquierda y el paisaje se tornó más agreste, pura tierra ganada a la ciénaga. Había lotes vacíos incluso y, más allá, antes del horizonte acuático, se divisaba el bosque de mangle.

El man se sacó la cachucha y se peinó con la mano delante de un caserón bien armado, mitad madera mitad ladrillo, una casa provisional probablemente, en el interior de un lote donde la maleza crecía a gusto. Junto a la casa había un modesto corral alambrado con varios gallos. Richard siguió caminando y esperé que se perdiera en una esquina al otro extremo de la calle. Avancé entonces y me detuve en la finca. Saqué a Pringamosa de la guantera y me la calcé atrás antes de bajarme. Tuve la precaución de pararme junto al carro y mirar a todos lados. Cabía la posibilidad de que el administrador del Maracaibo se hubiera podido comunicar con el Panela, le hubiera prevenido de mi visita y que Don Gato y su pandilla me estuvieran esperando. Como no vi a nadie, entré al predio y golpeé las manos. De un costado de la casa vino al trote un perro malandra y, a pocos metros, arrancó a ladrarme con furia. Yo eché mano a mi arma, sin sacarla del todo, desviando mi mirada alternativamente al perro y a la casa. Estaba haciendo un escándalo tremendo el animal, cumplía con su labor, y yo iba a comerme un tiro desde alguna ventana. Fui retrocediendo de

vuelta al carro y recuperé de encima del tablero la última arepa que mi estómago contraído no había aceptado todavía. Regresé y se la arrojé al perro. El vergajo dejó de ladrar y olfateó la arepa antes de tirarle un mordiscón. Lo rodeé a prudente distancia, él me miró y sin terminar de comer, fue tranquilo hasta la puerta de la casa. Rascó con la pata la madera y luego se recostó bien pegadito, como si montara guardia.

Tampoco tenía intención de probar ese acceso. Rodeé la casa por el lado del corral y golpeé otra vez las palmas. No hubo ningún sonido del interior. Me acerqué a la ventana, una ventana que permanecía abierta, y un olor espantoso, más feo incluso que los efluvios que contaminaban el aire de la zona, me golpeó en la ñata. Eso no pintaba bien. Fui de nuevo al frente y, por encima del perro ahora dócil, golpeé con fuerza. La puerta cedió un tanto, había estado abierta todo el tiempo. Definitivamente no pintaba bien. Empujé la puerta de una patada y el olor que escapó de la casa, aún más penetrante, me revolvió las tripas. Adentro tampoco se distinguía nada; clausuré mi olfato y espiré profundo con la boca. Palpé la pared hasta tocar un interruptor, encendí la luz y quedé petrificado.

El Cristo negro permanecía desnudo al centro de la sala, en su posición típica de brazos extendidos (un enorme clavo atravesaba cada palma y las fijaba al tablón horizontal); noté que sus pies juntos no tocaban el suelo. Un único tronco detrás del cuerpo prefiguraba la viga vertical de la cruz. El rostro estaba hinchado, de la boca, la nariz y las orejas salían gusanitos blancos y un agua lechosa y amarilla. Una nube exasperada de moscas zumbonas revoloteaba alrededor y por toda la sala. El ámbito entero hedía como un demonio y consideré que el martirizado llevaba más de veinticuatro horas así, y más también quizás, de considerar los hematomas que resaltaban a pesar de su negritud racial. Para entonces ya usaba mi pañuelo sobre la nariz y la boca, haciendo fuerzas por no devolver la poca comida que había recibido mi estómago en todo el día. Intenté acercarme porque algo de la disposición de la víctima me resultaba antinatural; no entendía que los clavos en las manos pudieran sostener todo el peso de un humano adulto. Me asomé entonces detrás del cuerpo, a una distancia prudente, y quedé sin aliento ante la solución a mi duda. El negro Panela estaba empalado. El tronco, un tronco sinuoso de mangle, lo penetraba detrás de sus genitales y se perdía en lo profundo.

Parecía cosa de humanos, humanos criminales y enfermos, pero no pude evitar recordar las palabras de Yguarán. «Los espíritus están molestos».

Di unos pasos lentos hacia atrás, conmocionado. O sea, no tuve la voluntad siquiera de retroceder de un salto —algo por lo que nadie podría haberme tratado de cobarde—, pero sí la necesidad de esculcarme a ciegas con la mano derecha, como si de pronto se me hubiera olvidado dónde escondía a Pringamosa, y, cuando por fin la encontré, sin dejar de taparme con el pañuelo y prestarle atención a cada acceso a la sala, la mantuve en alto, procurando domar el temblor intenso de la mano mientras avanzaba al cuarto siguiente. No había nadie en la pequeña cocina, a excepción de las moscas que volaban allí también, en menor cantidad que en la sala, aunque la suficiente para volver loco a alguien. Rodeé la mesa-comedor, donde permanecía un plato con unas pocas migajas de pan sobre un mantel de hule, y me acerqué a la puerta mosquitera que daba a un patio de tierra con varias poteras y matas de sábila. Nadie tampoco. Volví sobre mis pasos a la sala, con el estómago agarrotado y el latido saltón a compás entre mi pecho y mis sienes; mi cabeza quería buscar alternativas y explicaciones, pero yo mismo reprimía cualquier acción cerebral que me distrajera del aquí y ahora: si alguien quedaba en la casa era mejor bajármelo antes que darle la espalda.

Guardé mi pañuelo y contuve la respiración. Desvié mi mirada del cristo empalado y apunté en la otra dirección con ambas manos. Un pasillo conducía como boca de lobo al oscuro interior de la casa. Me mandé con los dientes apretados, silenciando por instinto mis pasos (sigilo que, en situaciones como estas, es el máximo ruido para quien prepara la emboscada). Conté tres puertas abiertas. Solo de dos, la única del lado derecho y la última a la izquierda, llegaba una mínima claridad. Ataqué la primera a mi izquierda, sin abandonar nunca mis pies del corredor, y procuré un asomo intermitente de mi cabeza; mis ojos tardaban en acostumbrarse a la oscuridad y tampoco quise darles el tiempo de hacerlo. Un pequeño resquicio de luz del patio atravesaba la persiana baja e iluminaba a medias las siluetas de unos pocos muebles. La cama estaba en desorden todavía. Ataqué luego la segunda habitación a la derecha, más iluminada y estrecha; en ella se apilaban cajas, un ventilador y más cosas que no me detuve a considerar. El tercer lugar era el baño iluminado por un tragaluz. Regresé a la sala y recién entonces bajé ni arma. La adrenalina bajó lo suficiente para inducirme al error de tomar aire, de modo que el hedor regresó con violencia a mis células olfativas y, de ahí, ruta directa hacia mi estómago, que no resistió más y se sintió libre, explícito, para lanzar su contenido ahí mismo, a diez centímetros de mis zapatos de cuero falso de babilla.

— VEINTICINCO —

El gigante y la niña tocaron a su puerta; el bucéfalo los miró unos segundos del otro lado del mosquitero. Había aparecido de repente frente a sus visitantes, con sus cachos negros, enormes y brillantes, sus dos ojos rojísimos, todas esas franjas y lunares coloridos que bajaban del cráneo al hocico. Nomás verlo, Carol pegó un salto atrás y se escondió detrás de Köell. El semihombre despegó de ella la mirada sin párpados y observó al visitante.

—¿Bueno? —la voz sonó hueca, cavernosa.

Percatado de su propia anatomía confusa, el esperpento se arrancó la cabeza. De cualquier manera, para un tercero que viese la escena, el dueño de casa no resultaría más monstruoso que aquel gigante acamaronado y sudoroso que había tocado a su puerta.

—Me dijeron que alquila un cuarto —dijo Köell.

El dependiente de una tienda al comienzo del pueblo les había asegurado que no había hotel disponible en Juan de Acosta, pero «donde Joselo» se ofrecía una habitación a los escasos visitantes ocasionales, generalmente familia de algún habitante del pueblo que no contaba con instalación suficiente, o también —justo para la época— algún turista de la zona que viniera al Reinado del Millo.

Joselo, el hombre detrás de la máscara de Torito de Carnaval, era flaco, de hombros anchos y la piel muy oscura. Sus ojos negros, aunque irritados, transmitían una vitalidad esperanzadora. Los hizo pasar (la niña seguía detrás de las piernas del alemán) al espacio de un taller de artesanías y caretas, todas con motivo del carnaval: toritos, tigres, caimanes, marimondas, algunas en madera, otras de papel maché, abrillantadas con resina y coloridas como el arco iris. Se disponían ordenadas sobre una mesa, en proceso de secarse, o en el piso, otras colgaban de ganchos en el techo. Carol prestó atención a cada cosa, repentinamente interesada en ese lugar curioso de olores dulzones que mareaban y del cual parecía salir toda junta la fauna de las fiestas próximas. Al fin se retrasó y tuvo que apurar el paso para seguir a los dos hombres que atravesaban el taller y salían a un patio posterior de tierra, donde varias gallinas picoteaban el suelo. Una escalera metálica y roída de óxido que subía contra la pared posterior de la construcción, los llevó al cuarto reservado, que no tenía puerta siquiera sino una cortina de tiras de plástico verde y no superaba una cuadrícula oscura de cuatro por cuatro sin más que una pequeña abertura por ventana. Arreglaron la paga de un día por adelantado.

—¿Va camino al cielo?

Köell miró consternado al anfitrión que no terminaba de desaparecer tras el cortinado de tiras.

—Porque hace poco hubo también dos muchachos enmochilados, estudiantes creo, y uno era extranjero, como de Holanda… o Francia; iban camino a Tubará a subir el morro. Por los petroglifos —explicó Joselo y después reparó en Carol—. Aunque con la niña, capaz que no puede.

El Alemán no habría de saber nunca en su vida restante de aquel Camino del Cielo, el sendero que conduce de subida al cerro donde se hallan las tallas en piedra que los indios Mokaná hicieron hace mil años. La curiosidad ya no comandaba sus acciones, solo la obsesión.

—Ahora voy acostar a mi nieta, queremos descansar un poco –dijo para deshacerse del artesano.

—Yo quiero ir a ver los disfraces —dijo la niña enseguida y miró crispada al gigante sin ninguna intención de súplica.

Köell miró a su vez a Joselo.

—Claro, vente —invitó el hombre a la niña; mientras los dos bajaban la escalera el alemán escuchó que Joselo le preguntaba también su nombre. Tuvo la intención súbita de retener a Carol, preocupado de que continuara la entrevista, pero supuso que eso resultaría sospechoso, a fin de cuentas.

Agotado, puso a cargar la batería del celular y se sentó al borde de la pequeña cama (donde de ninguna forma entrarían luego los dos, ni siquiera él solo podía ocuparla entero), cogió un control remoto abollado y rearmado con cinta pegante que reposaba sobre el colchón y apuntó a un mueble viejo. La pequeña tele de tubo tardó en dar imagen. Casi no agarraba otra cosa que Telecaribe, con lluvia, pero eso le alcanzaba. Cerró los ojos y esperó acalorado en duermevela, casi una hora, hasta el noticiero.

La primera noticia lo despabiló de entrada, quizás por el énfasis dramático que usó la joven presentadora y que preanunciaba la crónica de una tragedia. Köell se incorporó a medias y observó la pantalla entre párpados irritados. El zócalo informaba: «**MACABRO HALLAZGO EN CARTAGENA**» y después: «**EL HOMBRE FUE EMPALADO Y CRUCIFICADO COMO UN CRISTO**».

Köell subió el volumen y permaneció atento, esta vez sí asaltado por una real intuición. Enseguida estuvo ahí, de boca de la presentadora del noticiero, el detalle alarmante e irrefutable. La víctima, dijo ella y el zócalo lo anunció también, «responde a la identidad de Luis Castro alias Panela». «Un hombre del barrio Olaya Herrera con antecedentes delictivos».

Un pedazo grande del murallón de esperanza que guardaba el espíritu del gigante respecto de que las cosas viraran a su favor, cayó de manera brusca, como se desprende el bloque de hielo de un glaciar. Se acercó al borde de la cama para sentarse más cerca de la pequeña pantalla. Mostraron la foto de la cédula. Era un dato inútil para él, que no lo conoció personalmente, recién se desayunaba que era negro. Escuchó otros detalles más bien imprecisos de boca del comisario local, un tal comandante Mendoza, quien dio referencia del llamado anónimo a su comando, de cómo habían hallado el cuerpo y también del abultado prontuario criminal del crucificado. La crónica habló del alboroto de los vecinos que lo conocieron.

Köell estaba tan compenetrado en la televisión que saltó de su asiento sobre la cama cuando escuchó los gritos de la niña. Carol se acercaba a las corridas por la escalera.

—¡Abuelo, abuelo!

La nena atravesó como bala las tiras de plástico. Traía extendida entre sus manos una hoja de periódico, el póster central a doble página de un suplemento del Heraldo que encontró sobre la mesa de herramientas de Joselo. Se lo dio al alemán y él pudo ver entonces, paralizado y apuñalado por un escalofrío, la imagen sonriente de la muchacha coronada en ceñido traje negro de lentejuelas, que desplegaba con ambas manos un faldón enorme con volados amarillos, verdes y rojos, como si bailara.

Escrito en el ángulo superior de la hoja: **ALEJANDRA CORRALES HENAO.**

Carol seguía gritando.

—¡La Reina, la Reina! ¡Alejandra!

— VEINTISÉIS —

El asesino —porque no me cabía ya duda que se trataba de un asesino relacionado con la red de pedofilia, que la muerte extraordinaria de alias Panela estaba del todo relacionada a las demás muertes de extranjeros pederastas y, probablemente, a la de Carmen Arroyo también— me puso en exposición frente a la policía. No podía dudar de la buena predisposición del Comandante Mendoza, pero el tipo le había pegado tubazo a Balcázar y podría querer incluirme en el expediente. Eso significaba que algunos agentes iban a empezar a saber de mí, y de esos y sus relaciones corruptas con la banda de Panela sí tenía que preocuparme.

Abel se puso igual de nervioso, cómo no, me llamó para vernos otra vez, pero me le hice el ocupado y vaina, que ya va, que déjame y arreglo algunas cosas primero. Hombe, le dije, gracias por tu preocupación, pero no soy marica, ya me estaba prefigurando que se jugaban ahí otros intereses. De tal modo que además, supuse, tendría gente de Balcázar echándome el ojo.

Me recluí en mi cueva del Centro a pensar en los próximos movimientos, toda vez que mis pistas se morían literalmente. A dos días de mi encuentro con el último cadáver tocaron a la puerta del despacho. Al man, pa´ colmo un flaco más llevao que yo mismo, no le hizo gracia que el ascensor continuara en reparación. Dejó la primera caja casi en el límite del vano de la puerta de mi despacho y regresó por la segunda en el descanso de la escalera. La dejó junto a la otra y se llevó un pañuelo al cuello mientras resoplaba.

—¿Va a querer que se las empuje hasta el fondo? —dijo con escaso aire en los pulmones. Preferí ignorar la puya.

—Da lo mismo, riégalas ahí mejor y llévate las cajas.

Las dio vuelta y una pila de docenas, cientos quizás, de sobres se desparramaron sobre el piso.

—Nojodaa –pensé. O lo dije pa´ dentro.

El man pateó las cajas vacías fuera del cuarto y regresó mientras se escarbaba el fundillo con una mano, el bolsillo trasero más bien, y sacaba otro sobre, un poco ajado, pero de papel fino y letras doradas en relieve, y me lo extendía. «La alegría es pa´ quien la goza» rezaba en el frente, en cuyo extremo superior derecho lucía como banda el tricolor barranquillero.

Esperé que se fuera. El flecha me quedó mirando unos segundos. Igual hice yo, que de pronto le pedía una propina a él, si entre pobres estábamos. Cuando se fue, enhuesado, rompí el sobre y me enteré que era una carta de invitación.

LA SRTA. ALEJANDRA CORRALES HENAO, ACTUAL REINA DEL CARNAVAL DE BARRANQUILLA, TIENE EL PLACER DE INVITARLO A USTED A LA FIESTA PRIVADA A REALIZARSE EN DOMICILIO XXX, EL DÍA 4 DE FEBRERO A LAS 9 PM. SERÁ MOTIVO DE LA VELADA UNA FANTASÍA DE DISFRACES QUE DEVELARÁN SU IDENTIDAD HUMANA PASADAS LAS DOCE DE LA NOCHE, COMO ACONSEJAN LOS BUENOS SUEÑOS.

Conocería a Cano Martínez después de todo, mi poderoso y elusivo cliente. Quizás pudiera hacerle algunas preguntas que me desvelaban. Con el disfraz me la habían puesto difícil, no usaba uno desde el último carnaval que gozamos con Miriam. Nunca volví a tener las ganas

de ocultarme bajo otra apariencia ni de olvidarme, ni aún en esos días permisivos, ni aún cuando fuera casi un mandato de nuestra genética barranquillera, la íntima tragedia que debía cargar sobre los hombros. En todo caso, esa función la cubría el ron. Y el ron no produce olvido, apenas anestesia.

Miré la montaña de cartas y me dije que debía ponerme a trabajar cuanto antes. Me senté en el suelo, empecé a abrirlas una por una. Miraba primero el remitente, luego leía las primeras líneas para darme cuenta por dónde venía la cosa. Empecé con algún interés y al cabo de quince minutos estaba bostezando, aburrido por la repetición monótona de saludos reverenciales y buenos deseos que ofrecían los repentinos fanáticos, ofendido muchas veces por la mala redacción y la espantosa ortografía de la chusma farandulera. Puse un casete del Joe en el viejo equipo. Fuego en mi mente, clásico de clásicos. Óyeme: ca-se-te. Jueputa porfía con la tecnología anacrónica la mía; o nostalgia de pronto. Pero igual sonaba bacano, mira.

En el tiempo de una hora permanecí doblado sobre la pila, desperezándome a veces para descontracturar la espalda, levantándome para ir al baño a orinar o lavarme la cara de sudor, y de paso, manotear la botella de guaro. Aquello parecía un esfuerzo inútil, casi creí poder imaginarme el contenido de solo ver la letra del remitente o el papel que usaban para escribir. Había mucha hoja de cuaderno, y no todas eran de niñas en edad escolar. Había tenebrosas propuestas de casamiento y hasta la oferta plebe de algún desequilibrado que prometía «revolcarte y darte príncipes recocheros con mi picha descomunal».

Los había de todos colores, los sobres, así que no debía llamarme ninguno la atención a primera vista. Menos uno de color rosa y primorosa caligrafía arrebolada que apareció entre mis manos. Fue el aroma de ese sobre el que atrajo mi curiosidad. Era un perfume lo bastante potente para superar el aroma a aguardiente que me había invadido el aliento y vencer el vaho tóxico que flotaba en mi despacho después de varios días de encierro.

Rompí el sobre y empecé a leer:

Alejandra, Reina:

¿Sí sabes del poder que sostiene tu sonrisa?

¿El premio injusto que tú significas para él?

¿Conoces entonces las sonrisas que ese poder apagó, las vidas que se fueron sin ellas?

¿Puedes reír ahora si llegaras a conocerlas?

¡Qué carnaval de fantasmas presidirías!

Tan atrás quisiste dejar todo que te olvidaste de ellos, ¿no nos hablaban de ellos nuestros mayores? Los espíritus del mangle.

Yo sí los veo, yo no me olvido. Ellos lo saben porque me han ungido en brazo vengador, ahora que han reconocido al perpetrador. Tu sonrisa de Reina iluminó el pozo de oscuridad donde él se escondía. Antes pudo eludir la justicia de los hombres, pero ahora no podrá hacerlo con la de nuestros santos.

¿Sí ves cómo desaparecen, uno a uno, aquellos que nos hicieron daño? Tan niños nosotros, tan solos en esa Ciénaga…

Arréglate tú con los espíritus, rézales, préndeles velas y renuncia al trono comprado con sangre. De lo contrario, niña reina, su brazo golpeará sobre ti también.

Así terminaba la carta. Ahí había algo, por mis huevas que había algo. Ningún remitente, claro, la fecha era de un par de meses atrás. Mi instinto me dijo que no era la única ni era la última. Empecé a oler cada ruple de cartas, un sabueso parecía más bien, y pronto

aparecieron dos sobres, uno rosa perfumado de un mes atrás, y uno amarillo, de igual aroma y fecha intermedia entre la primera y la segunda.

Esta última era menos críptica, directamente amenazante:

Pero nuestro pueblo no olvida, Alejandra. Ellos están en nuestras oraciones, a ellos invocamos cada noche, y por fin están respondiendo con la fuerza del Poderoso que vindica la sangre derramada. Tus manos, tu bastón y tu vestido están manchados con esa sangre también. Renuncia, deja a ese hombre que tanto daño hizo, porque la venganza ya comenzó y tú puedes ser la pró*x*ima.

La carta del sobre rosa, la más reciente, producía escalofríos.

No has escuchado. ¿Puede tanto el dinero que no deja ver siquiera la inminencia de la desgracia*?* Porque ellos han dicho que la muerte caerá no solo sobre el asesino de pobres sino antes sobre todo aquel que lo sirva.

Y tú, Alejandra Reina, ¿acaso no adoptaste hace tiempo ese papel*?*

Tu actitud desafiante te ha condenado ahora. Ellos vienen por ti. Yo seré la mano que descargue su furia, la última cara que tus ojos verán. Entonces recién sabrá tu patrón lo que se siente que te maten a alguien que amas, que te vacíen de alma, y sabrá que vienen por él también.

Ningún firmante, ninguna pista lateral tampoco. Miré los sobres, los rosados eran de la misma serie, el amarillo no. Este era más alargado y en una esquina tenía un trozo de papel adherido, un papelito que no tenía nada que ver, todo tachado con bolígrafo negro. Traté de despegarlo, pero estaba adherido con algún pegamento fuerte. Rasgué los extremos del sobre y desplegué la hoja para mirar del lado interno a trasluz. Descubrí que el papel pretendía esconder una palabra, el membrete que traía de fabricación el sobre. Parecía ser: OCOC. Del revés: COCO. Se me figuraba el nombre de algún comercio o empresa.

Me levanté hasta mi escritorio y del primer cajón cogí las páginas amarillas. No tenía mucha esperanza, en una ciudad tropical la marca COCO podía ser aplicada a cualquier rubro, solo por identificación cultural. En efecto, encontré no menos de veinte comercios con ese nombre desde una juguetería hasta una tienda de electrodomésticos. Rastrear por ahí iba a ser, cuanto menos, arduo, sino inútil. Volví al papel rasgado y miré con más detenimiento. Creí entonces descubrir el pequeño apéndice sobre la última O. Era COCÓ entonces. Las páginas amarillas me respondieron positivamente. Encontré solo dos posibilidades, dos casas de indumentaria de nombre similar, «Cocó Chanel Novias» y «Coco modistería». Esta última ofrecía con pomposidad un amplio rango: ««alta costura/novias/quinceañeras/vestidos de fiesta. Modelos originales. La mejor casa de modas de Barranquilla. Años de experiencia en el rubro». Las letras de su logo comercial coincidían con las del logo en la carta, un errático intento de letra heráldica.

Llamé al teléfono que aparecía. Sonó dos veces y atendió una voz cuyo género me costó identificar. Era amable de todos modos, cantarina. «Cocó» anunció. Permanecí en silencio.

—¿Aló?... hable…

Colgué. Anoté la dirección en el mismo margen de la carta, la cual doblé y me guardé en el bolsillo trasero. Después salí a buscar la nave.

**

Barranquilla estaba inundada del espíritu del carnaval. Las mujeres transitaban con sus vinchas con flores y cintas alusivas, sus collares y pulseras a tres colores, la ropa alegre y chillona; los frentes de las casas y edificios mostraban muñecos de trapo o maché: Joselito o

el Congo; la música bullanguera, los clásicos de Carnaval a cargo del Joe Arroyo o el Checo Acosta o Juan Piña, salían de cualquier ventana, de las casas o de los taxis atrancados en el tráfico.

La dirección estaba en Las Delicias, sobre la 38. De pronto llegaba antes caminando, mucho taxi, la gente con este calor no se aguanta ni patear tres cuadras. El local estaba a mitad de cuadra y el cartel grande «COCO MODISTERÍA» presidía en la vitrina. La misma exponía algunos vestidos largos, satinados y colorinches, diseñados para quinceañeras y señoras de club social. La puerta estaba abierta, el mostrador vacío, y nomás atravesar el vano de la puerta sonó un chiflido. Se asomó entonces, desde una sala contigua, un moreno de pañolón y maquillaje de muñeca barata. La voz afinada y edulcorada quería ocultar sin suerte la impronta de un vendedor de raspao.

—Buen díaaa —saludó.

—Buen día —respondí con sonrisa amable—. Mira, necesito que me presupuestes cinco disfraces si tienes.

Salió a la recepción de cuerpo entero. Medía casi uno noventa. Usaba un short de jean sobre calzas negras y abundantes pulseras multicolores en ambas manos. Un putón raizal, afrocolombiano. Detrás de su escritorio, un par de maniquíes todavía vestían trajes de carnaval. Otro estaba a medio desvestir.

—Pero claro, ¿de cuál vas a querer? —dijo al tiempo que sacaba y extendía abierto un muestrario de fotos que guardaba debajo del mostrador.

Lo estudié rápido y elegí dos monocucos, dos garabatos y una marimonda.

—¿Me lo anotas bien el presupuesto en una hoja? Si puede ser.

—Pero claro —aceptó después de unos segundos de buscarme los ojos. O se olía algo o quería conmigo.

Se tomó su tiempo y me dio el mío para mirar bien su local. Una sola abertura sin puerta comunicaba a un pasillo sin luz. Desde ahí llegaba en sordina el ruido entremezclado de música y máquinas de coser. Cuando me pasó el papel con el detalle de cada disfraz, llevé mi mano atrás para sacar el sobre con la carta y mis dedos rozaron a Pringamosa. Sin apoyarlos en el mostrador, comparé las letras. No coincidían. Levanté el rostro del papel y el manfloro había cambiado la expresión tan relajada. Mostré mis papeles.

—¿Existe la posibilidad de que esta carta haya salido de tu negocio?

Después de unos segundos en los cuales su mirada viajó varias veces del papel a mi cara bonita, dijo:

—El sobre es de aquí. Ahora la carta no sé. ¿Qué quieres?

—Quiero al que escribió esto.

—¿Policía? ¿Abogado?

—De lo primero —busqué en la billetera y mostré rápido mi vieja cédula desacreditada—. Mira, aquí hay una amenaza de muerte a una persona y quiero saber de quién viene.

—¡Ay! —dijo—. ¿Otra de mis muchachas en problemas? Seguro, si son ardidas a veces. Pero aquí no vienes a traerme pelotera tú.

—No traigo pelotera, aunque de pronto miramos también la inspección del taller de costura —señalé en dirección al pasillo.

Se detuvo y despacito fue dibujando de nuevo una amplia sonrisa de vedette. Se cruzó para salir detrás del mostrador.

—Vamos de nuevo —me ofreció la mano floja y se la estreché con desgano—. Soy Cocó.

Mucho gusto.

—Efraín Sánchez.

Se quedó firme, con el culo fruncido y dos ojos grandes que pedían saber.

—Estoy seguro de que la persona que escribió esta carta intimidatoria es de Nueva Belén, Ciénaga.

—¿Conoces a Iván?

—No.

—Porque él es de allá. Iván Tejedor, pero yo le digo Yonson. Como el policía, porque usa esas gafas negras bien bacanas todo el día.

—¿Entonces sí trabaja aquí?

—Trabaja y vive. Aquí mis empleados, los que necesitan pué, tienen cuarto también.

—¿Será que puedo hablar con él?

—Oh, niño, difícil esa vaina. Si no viene hace días. Me tiene preocupada. Además, ya le estaría tocando pagarme la renta del mes.

—¿Qué sabes? ¿Adónde se fue?

—Ay, mi vida… ¡misterio! Unos dicen que se fue a Medallo, otros a ver a su familia a Ciénaga. Pero que usté venga aquí preguntando por él ya no me gusta mucho. ¿Será que se metió en algo complicado o qué?

—¿Tú lo conoces bien?

—No me haga reír. Aquí todos son como mis hijos. Mis hi-jas, más bien.

Cocó se rió con fuerza, una risa cavernosa que mostraba la coralina blanca, y su fachada femenina pareció resquebrajarse como un disfraz de arcilla seca.

—¿A qué se dedica él?

—A lo que nos dedicamos todas aquí. A coser para afuera. Con parte del sueldo se ganan la pensión.

»De entrada, Iván mostró buena mano para la máquina, yo pienso que el apellido le marcó el destino desde la cuna. Pero, ¿no le digo? Justo se me fue en el mes de más trabajo, el de carnavales. Cosemos para muchas comparsas, de estrato bajo y de estrato alto, también. Toda Barranquilla viene donde Cocó.

—¿Nunca notaste nada raro en él?

Cocó se atragantó, abrió de nuevo sus ojos grandes y reprimió otra carcajada.

—Pero todos somos raritos aquí, poli. ¡Qué pregunta! Cuando cae la noche y terminan la cocina, las muchachas hacen la suya. Las hay maricas baratas, travestis jai clás, artistas de teatro y clubes nocturnos. Lo que pidas.

—¿A qué clase pertenece Iván?

—Él digo yo que es bi. Pero si usté lo ve por la calle es un papacito común. Nunca usa ropa de mujer, ni pa´ carnavales. Pero hay que ver también cómo le gusta la rumba a ese man, nojoda. Y los carnavales, ¡cómo la goza!

»Mire —dijo después de una pausa de segundos—, yo sé que Iván tuvo algunos problemas de pelao con la ley, o sea, raterismo o (esto me lo confesó una vez) llegó a vender basuco para un man de Valledupar. Pero dejó todo eso atrás, está limpio en serio. Va a la iglesia. Yo no creo que sea la persona que está buscando.

Alguien entró al local. Una marica vieja, de pelo teñido de rojo y uñas negras. Me miró de arriba abajo.

—Tranqui, Mirlo, que no viene a pedir nada. Está preguntando por Yonson, nomás. Pero

no sabemos nada todavía, pa´dónde se fue, ¿no es cierto?

—No. Seguro que no —dijo la otra, dubitativa y se metió para el fondo.

Seguí interrogando a Miss Chocó.

—Me refería antes a si notaste algo negativo. Uso de drogas. Malas amistades.

—Ah, no. Esta mariquita que usté ve delante suyo, aquí adentro es Hitler. Esta es mi casa y yo pongo las reglas de hierro. Aquí no se culea ni se usa perico. Se trabaja y se duerme. También charlamos, festejamos entre nosotras, nos ayudamos.

—¿Iván, tiene novia, novio, viene a alguien a visitarlo?

—Un extranjero vino a buscarlo hace poco. Nada raro. Los extranjeros se vuelven locos con Yonson.

—¿Hablaba francés ese extranjero?

—Hablaba español muy mal, puede que fuera francés, sí. Pero oiga, al final no me dice qué cree que hizo el pelao.

—Prefiero mantener la reserva. Te voy a pedir un favor. ¿Será que puedo ver su habitación?

Cocó volvió a dudar mientras tocaba de a una las cuentas de los tres collares que le colgaban del pescuezo.

—Claro que no. Al final, usté no tiene orden de registro. De pronto ni policía es, así vestido.

—Cincuenta mil barras, Cocó —dije con dolor, consciente de lo que me despojaba, aunque mortalmente ansioso de no sé qué presagio.

—Ah, qué vaina fea eso —estiró la mano con parsimoniosa elegancia—. Bueno, se lo acepto por mi compromiso con la justicia nomás y porque estoy segura de que no va a encontrar nada malo.

Le di el dinero y la acompañé a través de la puerta del fondo. Había un corredor largo, estrecho y oscuro. A uno y otro lado, los cuartos que despedían aquel sancocho de vallenatos, merengues y ruido de máquinas Singer. De repente todas las maricas se querían asomar para estudiarme con la mirada, olfatearme con su radar de malevaje. Cocó cogió el manojo tintineante que le colgaba del cinturón y usó una llave numerada para abrir la única puerta que permanecía cerrada. Se quedó parada del lado de afuera y me invitó con un cabeceo a pasar. Di dos pasos dentro del cuarto y casi retrocedí de un salto ante la visión de La Muerte justo frente a mí. Estaba a un metro apenas: un maniquí disfrazado con el atuendo de la huesera de carnaval, el eterno, maligno contrincante de la danza del Garabato.

—Ese me lo dejó terminado al menos. Para un man de la guacherna —explicó Cocó,

El cuarto era pequeño. Entraban apenas una cama de una plaza, un armario mínimo y un mueble con la máquina. En el piso, varios cds desparramados alrededor de un equipo de sonido. Alejandra, la Reina coronada, sonreía en la pared desde un póster del Heraldo, a doble página. Junto a ella, más pequeña, la imagen del Sagrado Corazón. Observé una pila de trajes depositados en el suelo sobre una alfombra de hojas de periódico. No parecía el cuarto de alguien que hubiera querido levantar campamento. Me acerqué a los trajes y levanté uno. Era el disfraz de un niño, lo eran todos. Un enterizo verde planta y pedazos de telgopor adosados que simulaban ramas. Como el que tenía el Pande sobre su cabeza, allá en el palafito.

—¿Y esta qué comparsa es? —pregunté.

—La comparsa «Niños de mangle». Son niños de los pueblos de pescadores del Magdalena. Iván les cose a una Fundación o algo que agrupa y contiene a los pelaítos,

tienen un comedor, esas cosas. Todos los años organiza la comparsa infantil.

La palabra contiene me produjo un escalofrío y creí entrar en conocimiento de un nuevo nivel, aún más profundo, de perversidad. Carol, por lo visto, escapaba a esa contención. ¿Cuántos más? Busqué debajo de la cama y en el armario. En los cajones guardaba muy pocos efectos personales incluso.

—¿Adónde envían estos trajes? La dirección, digo —le pregunté a Cocó.

Ella estaba apoyada en el dintel, prestando media atención al pasillo. Me había escuchado bien, porque contestó sin necesidad de que yo repreguntara.

—La dirección no la sé porque vienen a retirarlos. Es en Santa Marta, pasado mañana viene una camioneta.

—¿A qué hora pasan?

—Después de las tres, el horario que abrimos.

En la puerta habían comenzado a acumularse las locas y a gritarme que no fuera así, que yo quién era, que sacara la mano de las cosas de Iván. Las miré con odio. Al final del corredor hubo un ruido brusco, como el de un cuerpo que se arroja de cierta altura y corre desde una habitación vecina.

—Está aquí ese vergajo —dije y salí rápido del cuarto.

En la puerta me sacudí los golpes y arañazos que quisieron detenerme y corrí por el pasillo hasta el fondo, asomándome en cada puerta. Llegué hasta el final. Una abertura irregular y mayor que una ventana, hecha a mazazos, daba a un patio pequeño de escombros y a una pared medianera no muy alta. Atravesé el hueco, me trepé de un salto a la pared y observé a un muchacho que corría como un demonio hacia el callejón. Cuando él se dio cuenta del sin salida, retrocedió para ganar la calle al otro extremo. Ahí aproveché. Sin pensarlo demasiado, brinqué desde una altura de tres metros. Le caí sobre una pierna, justo para desestabilizarlo y hacerlo trastabillar al piso. Se levantó como gato, pero enseguida acusó una renguera y avanzó despacio hacia la calle, dándome el tiempo de sacar a tomar aire a pringamosa y apuntarlo a la espalda desde el suelo.

—¡Quieto Iván, policía! —grité con mis pocas fuerzas.

Él hizo tres pasos vacilantes, se detuvo y giró despacio para observarme, levantando incluso a medias las manos, quizás porque pensó que efectivamente se trataba de un policía (yo de pronto mantenía el mismo tono adecuado en la señal de alto que el de mis años de poli); o quizás porque no se lo había terminado de creer.

Este servidor estaba algo aturdido aún por la caída, traté de hacer foco en su rostro: era un muchacho de veintipocos, moreno, de pelo quieto, metro setenta si acaso; resoplaba por la nariz, abría un poco la boca para incorporar más aire. No dijo nada mientras yo terminaba de ponerme de pie.

—¿Qué tienes con Du-Durango? —pude decir apenas y, ñerda, me mareé de repente, eso pasa cuando no te alimentas bien y tienes una prueba física como esa. La visión de Tejedor se me nubló, aparecieron chispitas delante de mis ojos, el mundo se oscureció un poco. Tuve que estirar un brazo y apoyarme en una pared. No pude evitarlo después. Una arcada fuerte y enseguida un vómito explosivo que me sacudió las entrañas.

Doblado, escuché los pasos que se alejaban a la corrida y me resigné a perderlo al tiempo que me recuperaba. El vómito me liberó finalmente y volví al trote automático, aunque a Tejedor ya no lo tenía cerca. Antes de terminar de recorrer el callejón escuché los bocinazos violentos, el grito de ¡hijueputa! y me lo figuré al tipo cruzando de forma arrebatada la calle,

esquivando los autos.

Tuve la esperanza de acortar la distancia con él y apuré a correr. Él tenía la desesperación, yo la técnica del sprint de mi juventud en la escuela de policía. En la acera, sin embargo, vi que había cruzado finalmente y corría como bala a una cuadra casi de distancia.

Se me voló, recuerdo que pensé mientras volvía a doblarme y poner ambas manos sobre las rodillas, no estaba más pendiente que de mi desconsuelo hasta el chirrido de una frenada que me sobresaltó. Una camioneta toda blanca, de esas que se usan para ambulancia, se detuvo justo frente a mí. Sin darme tiempo a reaccionar, el portón lateral se abrió y dos hombres de jeans y rostro cubierto con pasamontañas me jalaron pa´ dentro y me arrojaron sobre el piso. La camioneta arrancó quemando llantas al tiempo que una lluvia de puño y patá caía sobre mi humanidad. Una leñera salvaje, pronto no me cabría un dolor más en el cuerpo.

—¡Deja lo que estás haciendo, Sánchez, déjalo! —dijo una voz irreconocible.

Intenté hacerme bola, pero uno me agarró de los pelos y me dejó mirando el techo, justo para ver la muerte que se me venía encima en forma de un puño que tomaba cipote impulso. Hubo un brevísimo, absolutísimo, brutal recibo de impacto. Luego la nada, ni siquiera esa peliculita rápida de tu vida o la luz al final del túnel, que dicen los que fueron y volvieron. Hombe, quedar muerto al final era otra vaina.

— VEINTISIETE —

–Lo supiste todo el tiempo, gilipollas, ¿lo supiste siempre y no me decías?

Había robado un punzón de la mesa de herramientas del artesano mientras salía a la calle a refugiarse en su carro. Ahora puyaba nerviosamente su muslo con él.

—Te juro, por el Sagrado Corazón… —del otro lado de la línea la voz intentaba permanecer calma—. Mira, no relacioné a esa muchacha en Barranquilla con aquella niña hija de Carmen, usa otro apellido, ¿no viste?

—¡Pero si es ella! Más grande nada más, no pudiste no verla. ¡Tiene el pelo, los ojos, la piel! ¡Se llama Alejandra para colmo, idiota!

—No, no pude darme cuenta, no le paro bola al carnaval, ¿ya? Corta esa vaina.

—¡Vives aquí Durango! ¡No hay nadie que viva aquí que no le pare…!

—¡Ñerda Alemán, deja la cantaleta! Al carajo lo que creas, si lo supe antes o me enteré hace poco. Tenemos que discutir otra cosa ahora.

Köell miró su pantalón, pequeños puntos rojos de sangre le manchaban el muslo. Arrojó el punzón en el asiento acompañante.

—¿Qué más me ocultas, Durango? La niña, ¿la están buscando, saben que la tengo?

—La policía no sabe nada todavía.

—Pero ¿cómo puede ser que se pierda una niña y nadie la busque? Si en ese pueblo todos sabían de Carmen, que tenía una niña.

—Escúchame, ya lo hablamos eso, nojoda. Digo que no la busca la policía. Pero sí han contratado a un detective para encontrarla y ese sí sabe de ti.

—¿Un detective? ¿Quién lo contrató?

—Un empresario de Barranquilla. El actual novio de Alejandra.

Hubo una pausa de segundos.

—¿Novio…? ¿Alejandra sabe de mí, que estoy aquí?

—Y que tienes a Carol.

—¿Tú les has dicho?

—No. Y eso que tengo al detective encima. Si yo hablo caemos juntos, no soy tan pendejo. Pero el man este ha estado averiguando con gente en Ciénaga, alguien dio tu descripción, él le dio datos a Alejandra y ella ató cabos. Están detrás tuyo ahorita mismo que hablamos. Por eso quiero que devuelvas a la niña antes de que esto prenda candela. Y que te vayas de Colombia.

—¿Quién es el tipo, el que me busca?

—Un man que se dedica a eso, un detective. Se llama Efraín Sánchez.

—¿Un detective o un sicario? ¿El que anda matando turistas, el que mató a Panela?

—Da igual, te van a mandar plomo si devuelves a la niña como si no. Por eso mejor nos encontramos, me la das y huyes. De la Costa, por lo menos.

—¿Te habló ella, pudiste verla?

—Todo lo que sé es a través de este detective. Pero óyeme, Alemán. Esa pelá ya no quiere nada contigo. Es la mujer de otro.

Köell apoyó la frente sobre la cabrilla y cerró los ojos, mientras sentía que las cosas a su alrededor desplazaban su punto de equilibrio.

—¿Alemán…?

Durango escuchó un resoplido cerca del teléfono.

—Pero, ¿ella qué cree? ¿Que maté a su mamá, que quiero quedarme con Carol?

—No sé lo que piensa hoy. Pasó que ya buscaba a la pelaíta antes de que me contactaras. Apareció tu nombre entonces, ¿qué quieres que piense?

—Durango, dime la verdad, ¿tú puedes tener contacto con ella?

—Nojoda, Alemán, yo llego a acercarme medio kilómetro y me cosen el culo a misiles. Igual que a ti. Pero está este detective que me rastreó y me tiene cogido de las pelotas. ¿Entiendes? No sé cuándo vienen a darme bala también. O a torturarme para que cuente de ti.

—¿Y por qué no está la policía buscándome? ¿Por qué este tipo nada más?

—Porque a este otro, el flecha de Alejandra, no le conviene tampoco que se ventile el negocio nuestro. ¿Sí me entiendes? Ella es la reina del carnaval de Barranquilla, es lo más parecido por acá a una reina, ponle tú. O sea que un pasado tan… ¿sí me entiendes?

Köell apretó la mandíbula y se apretó las sienes con una mano. Todo se derrumbaba al fin. Había empezado a sudar copiosamente y dejó caer el brazo con el celular. La voz de una hormiga llegaba a sus oídos, lejana. ¿Alemán… Alemán…?

Parecía estar cayendo y sintió el pánico de que no quedara posibilidad alguna para evitar la estrellada. Aun así, Köell sintió también que algo adentro suyo emergía para sostenerlo, una estructura potente que lo acompañó la mayor parte de su vida y asomaba siempre, para asustarlo primero, y luego, para envolverlo en placeres oscuros. Su rostro se transformó por una furia inmediata. Volvía a ser aquella bestia de la que pretendía desprenderse cuando atravesó el Atlántico. Levantó el teléfono y lo puso en su boca.

—Pues vas a decirle esto a ese detective. Voy a regresar a Carol si Alejandra accede a hablar conmigo. Los dos a solas. Nadie más alrededor —miró el punzón en el asiento—. Si no, mato a la niña.

— VEINTIOCHO —

Había regresado entonces a aquella ciénaga entre canales de mangle, manglares tupidísimos, sus troncos retorcidos como serpientes que parecían enredarse y desenredarse, se movían incluso, reptaban, y el canal se estrechaba —dejaba solo un agujero de luz de túnel al final del tramo— y el techo de aquellas serpientes de mangle casi tocaba mi cabeza y mis brazos y yo sentía el miedo y el asco que me provocan ellas, me arrojé pues al piso de la barcaza, apreté mi cara contra la madera húmeda y apreté la mandíbula, rezando o suplicando quizás —que de pronto es lo mismo—, hasta que sentí el fuego en la nuca, un fuego abrazador, y en la espalda y los brazos también y me incorporé para recibir el sol pleno y mirar el horizonte de agua y cielo; porque había dejado atrás el manglar y avanzaba rápido, un avanzar plácido, de tal forma que podía tocar la superficie del agua con mis manos y sentir su frescura; mis manos tocaron pronto, en ese espejo de cielo, las sombras de las casitas de madera que levantaban sus polleras sobre el agua, un montón de ellas, estuve rodeado de repente aunque nadie en ellas me miraba, como si fuera yo invisible, tanto que tuve que mirar mis manos y mi cuerpo, asomé mi rostro barbudo y agotado en el agua para observarme, deteniéndome en él un buen tiempo como si quisiera ver a través de mis ojos eso que podía ver antes en el rostro de los demás, descubrir el Mal dentro de ellos (o el Bien, tan esquivo como un tesoro), pero solo veía el miedo y el desaliento, y tuve miedo y desaliento, cansancio, mucho, y sentí el golpe, el topetazo de la chalupa contra un madero. Habíamos dado contra el pilar de un palafito y giré para atrás (cosa que no había querido hacer antes) y descubrí al chalupero, que era Durango, y no era tampoco, sino un creonte de capa y sombrero vueltiao (los perratas para colmo, los que nos revenden los chinos imperialistas) y debajo de ese sombrero me sonreía con dientes blanquísimos y me señalaba arriba, «suba» parecía decirme: me invitaba o me obligaba a subir a la casa, lo hice entonces, me subí, entré en la casa y supe enseguida que había estado ahí porque las pulsaciones de mi corazón se aceleraron, y tengo que decirlo, se me puso dura, se me empezó a poner así porque yo presentía algo, estaba vacía la sala pero del único cuarto llegaba una luz y fui hasta ella, entré decidido… y claro: la vi, dormida en su cama, desnuda de nalgas parriba, el amasijo de sábana apenas la cubría por debajo de sus muslos bronceados. La madera podrida debajo de mis pies crujió, delatándome, y ella despertó de su sueño y me miró, entredormida primero, y risueña después, giró para ponerse boca arriba y ofrecerme la vista de su cuerpo entero, tan precioso y perfecto, tan magnífico y susceptible, tan tierno y tan poco virgen finalmente, tan sabio de la macandá, cosa que podía sentirla yo nomás de verla, de repasar con mi vista los pies liberados y pequeños, los muslos firmes, el vello ralo de su pubis, el abdomen plano y duro que caía en leve pendiente apoyado sobre dos caderas que sobresalían como pequeñas alas en nacimiento, y los pechos no muy grandes y enhiestos, los pezones oscurísimos, el rostro plácido por último en el marco de la mata de cabello azabache y despeinado, y ah, sus ojos color Buchanan´s por supuesto, esos eran una vaina tremenda y casi que podía verlo por fin, a través de sus ojos —mientras Alejandra me estiraba el brazo para invitarme a ir con ella, a entrar con ella a la cama y tenerlo todo, todo lo bueno que quisiera tener, me ofrecía el cielo, ¡justo el cielo! a este pecador que ya casi no se merecía nada—; ñerda, estaba perdido yo en sus ojos, absorto en ellos porque eran dos ventanas que

me permitían ver al fin (recuperar mi capacidad de entonces) y, que Dios me perdone, no vi sino desaliento y vergüenza y temor, mucho temor…¿era ella también? ¿O era yo de nuevo?

—Ay, Dios, reina mía, podrías ser mi hija —dije espantado y la sonrisa de ella desapareció despacio, su cara se entristeció. Sus ojos se nublaron.

—¿Pero qué le pasó a esa niña entonces? —preguntó mientras se cubría púdicamente con la sábana.

—Su mamá se la llevó y las dos se perdieron, no las encontré nunca más, aunque las he buscado hasta debajo de la tierra. Aunque sigo buscándolas.

Alejandra se levantó envuelta en la sábana y llegó hasta mí para abrazarme, ¡ella a mí! Sentí su cuerpo tibio, la abracé, y vaya, se me había bajado, lo juro, no había nada de aquello ya, sentí la tibieza de… ¿qué? ¿Una madre, una mujer, una hija?... y de la tibieza pasó a más y más temperatura hasta que casi nos quemábamos y tuve que separarme para mirar, a nuestro alrededor, el cuarto prendido fuego.

—Vete rápido —me dijo ella.

—Vente —le tiré mi brazo.

—Aquí estoy mejor, a mí no me jode nadie más, vete, vete.

Igual traté de aferrarla, atrapé su bracito tan delgado, y, en el mismo instante, me separé de ella, chupado por una fuerza tremenda que me fue arrastrando, y era ese man, el creonte de sombrero chimbo que me llevaba de regreso a la barca, me arrojó ahí directamente, no antes de que yo viera el espectáculo sobre la ciénaga, todo el pueblo, cada casa prendida en llamas, el ruido a maderas ardiendo y crepitando y gritos reproducidos por cientos.

Era una gritería, era el infierno mismo. Miré la casa de Alejandra, que ardía más y más...

Desperté con los ojos aguados. A través de la cortina de lágrimas apresadas, empecé a vislumbrar la habitación donde me encontraba y, ahí mismo, entre la percepción de los objetos y su figuración concreta, vi a Balcázar (la parte lateral de su rostro borroso, que de a poco tomaba definición) sentado a unos metros de mi cama, mirando en dirección al plasma empotrado en la pared. Nos contenía a ambos una habitación aséptica de sanatorio que ningún otro enfermo compartía conmigo. Las paredes eran celestes, un celeste tenue, había una reproducción barata de Van Gogh en una de ellas. Miré mi propio cuerpo dentro de una sábana, envuelto prolijamente en un sudario, y de uno de mis brazos salía una vía endovenosa que comunicaba con un suero. Si fuera como dicen los que casi se murieron, que uno se va despegando del cuerpo y empieza a ver las cosas desde arriba, no era el caso. Seguía ahí aplastado en la cama, de la tele llegaba el sonido del noticiero nocturno, específicamente la voz del Presidente de Colombia en cadena nacional. No era el cielo entonces, seguro que no.

—¿Y a-já? —susurré con fatiga en la voz—. ¿Dor-mí mil años y si-guen con esa farsa del pro-ceso de Paz?

Terminé de decirlo y una puntada bestial acometió contra el costado izquierdo de mi tórax. Tuve la voluntad de tocarme las costillas y la mano de ese lado no respondió, como si pesara una tonelada.

Balcázar giró para verme y acercó la silla.

—Despacio, marica, despacio. Te alcanzo un agua a ver si te aclaras la garganta.

Me puso una mano detrás del cuello y me levantó un poco la cabeza, después me acercó un vaso con una pajita. Bebí y sentí que le entraba vida a mi cuerpo. Volvió a recostarme. Me toqué la entrepierna sobre la sábana.

—Enfermero, tengo ganas de mear, sostenme esta…

—Qué hijueputa. Ni vuelto mierda se cansa de mamar gallo, ¿ah?

Abel le hablaba a alguien más al fondo de la habitación que no había llamado mi atención. Escuché que se acercaban pasos en dirección a mi cama y no uno, sino dos rostros entraron al cono de luz que irradiaba una lámpara sobre mi cabeza. Quizás por algún efecto de los medicamentos que me corrían por las venas no me extrañó verlos ahí. Ambos estaban serenos pero circunspectos. Vestían de civil.

—Ñer-da, Coronel Ramírez, mi General Gaviria, pero qué honor la vi-sita, pué. ¿La comandancia en pleno del Caribe pendiente de un infeliz como yo?

—Y no llegó Mendoza todavía, se debe estar retrasando —dijo Ramírez, comandante de la Policía del Atlántico. Hablando de viejos compañeros que sabían acomodarse. Justo ahí, al ladito siempre de mi Mayor Balcázar.

—Si vienen a pedirme los tres que vuelva a la Fuerza, voy a tener que pedir la del contrato de James. Igual me la voy a gastar en pagar esta clínica porque EPS no tengo. ¿O la paga Policía Nacional?

El General Gaviria, jefe de policía del Magdalena, chistó e hizo una mueca.

—Ni mi EPS pagaría esta clínica —dijo.

—No te preocupes que paga tu cliente —añadió Abel—. Igual quizás no te quedes mucho, te hicieron estudios y no se te rompió nada por dentro. El cerebro ya estaba dañado de antes, me confirmaron.

—¿Y por fuera qué me rompí?

—Una costilla y la muñeca izquierda. Por un tiempo se te acabó el vicio.

—Tran-qui que le doy con… la de-recha —giré a mirar a Ramírez y le dediqué una sonrisa fracturada—. ¿A qué debo el honor, Coronel?

—Antes de que hablemos, tienes que saber que paré el oficio. Nadie va a venir a preguntarte nada, aunque los que te encontraron notificaron a la policía y se abrió el expediente. Hay declaraciones de testigos, incluso.

—¿Qué vieron qué?

—Está el vendedor de raspao que vio cómo perseguías a alguien pistola en mano, cómo para una camioneta delante tuyo y te suben, y después declaran dos personas que te encuentran a unas cuadras, en la calle donde te tiraron, así como estás, vuelto mierda. Privado del todo —me informó Rodríguez, esa parte de la peliculita que me perdí por quedarme dormido.

—Estás vivo porque no te querían hoy en el infierno —intervino Balcázar—. Nojoda, Caimán, eres un policía retirado, detective de cachones, ¿qué pasa que de pronto estás jugando al pistolero?

Mi corazón dio un vuelco. Miré desesperado a un lado y otro. Mi ropa estaba prolijamente doblada sobre una silla. Ñerda, Pringamosa.

—El arma, Teniente, mi arma ¿dónde está?

Balcázar pensó unos segundos, encogió un poco los hombros y miró a Rodríguez, que levantó las manos y dijo:

—No lo sé. Nadie me entregó nada. Debe haber salido volando como tú. Ya pasó un día entero, si alguien la hubiera encontrado y la hubiera devuelto a la policía, ya estaría al tanto. Pero probablemente, quien sea, los que te golpearon o alguien de la calle, se la quedó. Vamos a tener que denunciarla, yo me ocupo.

La vaina me dolió más que la costilla, que la mano, más que cualquier cosa. Esa pistola tenía una historia, una muy significativa para mí. Era en definitiva lo único que me quedaba de Fabián. En una fracción mínima de tiempo, pasó por mi cabeza el recuerdo de todo lo que vivimos juntos, el triste final. El rostro de Miriam, el jovencísimo, y el del final. Y ahí, doliendo como ninguna otra cosa, el rostro de mi niña.

Tuve ganas de llorar, mis ojos se llenaron de lágrimas y, por vergüenza, gemí de dolor por mis heridas.

—Escucha Efraín, ¿tienes otra arma? —preguntó Abel.

Negué apesadumbrado. —La otra la empeñé hace unos meses.

—Puedo mandarte un arma sin registro a tu oficina cuando te repongas, pero trata de no usarla si no queda remedio, úsala si te la vienen a dar, luego la tiras.

—¿A qué se debe esta junta, señores? Lancen la bola de una —pedí.

—Mira —cogió el montículo Abel—. Estamos enterados por Mendoza de tu viaje de turismo etnográfico a Cartagena. No alcanzó con que llamaras al comando reportando el empalado en Olaya Herrera y te hicieras el marica, quiere hablar contigo, tiene tronco de empute. Alias Panela ya estaba en la mira, entre otras cosas, porque lo vieron junto a un turista americano semanas antes de que este apareciera muerto en un apartamento del Laguito. Después apareces tú preguntando y, en el mismo día, hay chuzo de Panela. En Santa Marta te vieron además en una escena de crimen. Otro turista europeo. Entonces mi General Gaviria aquí presente, pensando que sigues en la Institución, me llama y me pide explicación. O sea, estás detrás de algo que nos interesa a todos, estás revolviendo el avispero y las abejas están empezando a picarte.

Volteé hacia Gaviria.

—¿Quién le habló de mí? ¿El cachaco Gentile?

Él negó con la cabeza. —Te vieron otros muchachos, ellos escucharon que hablabas con Gentile, que por lo visto prefirió protegerte.

Me quedé en silencio, miraba absorto el techo. Traté de no pensar en Pringamosa y cerré los ojos.

—Suéltanos esa Efra —dijo Abel—. ¿Qué está pasando?

—Que creo que al final estoy haciendo gratis el trabajo de aquí mi Comandante, y del otro, y del otro también.

Ramírez se rascó un costado de la barbilla, sin perder aún la calma. No tenía dudas de que iba a sacármelo todo.

—Creo que están conectados —dije—. La desaparición de la niña (supongo que mi Teniente los puso al tanto) y los turistas muertos.

Balcázar miró a sus excompañeros y enarcó la ceja izquierda con un leve movimiento de la cabeza.

—Que no son turistas sino pederastas que vienen por los niños de los tugurios. ¿O acaso no saben de esa vaina en la Policía?

—¿Qué te hace conectar ambas cosas?

—Pásame el pantalón, Abel —pedí y señalé la silla con mi ropa sucia.

Rescaté la carta del bolsillo trasero y se la extendí a Gaviria.

—Este fulano de Nueva Belén. Iván Tejedor, trabaja en la modistería Cocó, era la persona que estaba persiguiendo. En esa carta amenaza a Alejandra Corrales y a Cano Martínez y se autoincrimina como el brazo de la venganza que imparte justicia por los niños abusados. O

sea, que una marica hace el trabajo que no ha hecho la Justicia de este país.

Hice el gesto con la mano en la frente, un cansino remedo de saludo militar. Alguna conmoción interna le produje al Coronel porque se mordió durante unos segundos el labio inferior.

—¿Y lo tuyo entonces? El mamporreo este. ¿Alguien que lo protege a ese muchacho?

Negué con la cabeza apenitas y ya me dolió el cuello también.

—No creo. Tejedor es un miserable que alquila una habitación de nueve metros cuadrados, no va a tener guardaespaldas. Seguro ya me venía siguiendo esa camioneta antes de que me llegara hasta la modistería.

—¿Entonces? —se impacientó Abel.

—Hombe, no sé. No creo que se tratara tampoco de la gente de Durango, el man que maneja el negocio con los pelaos y los turistas. Cano Martínez podría haberse enojado si supo que ustedes están al tanto de lo mío, pero asumo que sus métodos para callarme hubieran sido más efectivos. Tampoco estaría pagándome esta habitación, supongo. Igual no lo sé, tengo que pensar todavía.

—Quizás haya más jugadores —sostuvo Ramírez y miró a Gaviria.

—Pues yo me salgo del juego —anuncié—. Ahí tienen la carta. Coronel, puede mandar a alguien a mi despacho por las demás. Le voy a dar la dirección de esa modistería y buscan ustedes a Tejedor. Buscan a Durango también. De paso investigan bien a Cano Martínez, que algo muy sucio trae detrás.

—¿Y la niña? ¿Vas a dejar de buscarla?

Abel no reparó en la doble dirección de esa pregunta. A mí en cambio me produjo un escalofrío que me dejó callado. Los párpados pesaban como piedras. No quería hablar más, quería olvidarme del mundo de mierda. No quería sino dormir.

— VEINTINUEVE —

–¿Y te fuiste así nomás?

—Dos noches ahí encerrado, eso es mucho para mí. Era de madrugada, igual llamé a la enfermera. Óyeme, había esta enfermera que estaba rica, no me hubiera importado que me ayudara ella a bañarme pero pa´ eso siempre te mandan un manfloro, bueno, te sigo contando, llamé a la enfermera para que me llamara al médico y le dije, mire, soy policía y en cualquier momento me vienen a buscar pa´ meterme bala aquí mismo y de paso una bala a la enfermera aquí presente y a las demás y a usted también, así que tráigame ese papel que le firmo mi salida voluntaria, ¿no dijo acaso que estaban bien las placas, la ecografía? Bueno, entonces me voy. Nojoda, primo, ya me había sacado yo mismo la endovenosa.

Qué le iba a contar yo a Clímaco, lo desesperado que estaba después de aquellos sueños a sobresaltos, lo que me costó salir del embrujo de Alejandra. De cualquier manera, en ese lapso de inacción, las cosas quisieron resolverse solas. Al segundo día estaba sonando mi celular y la voz de Durango sonó irreal entre los efectos pastosos de la analgesia opioide. Habló él todo el tiempo, apenas si acepté con un murmullo su plan de intercambio: el Alemán entregaría a la niña en Salgar, directamente a Alejandra, mientras tuviera la posibilidad de hablar con ella a solas. Quizás iba a cobrar mi dinero, después de todo.

La plaza Bolívar estaba concurrida ese día, la hora permitía que las sombras de los árboles se redujeran al mínimo, un apéndice oscuro junto al objeto real.

—Ñerda, Caimán —él todavía estaba azorado de verme así quebrado, con un cabestrillo y el pecho vendado por debajo de la camisa. Ah, y mi cara de estreñido también, el gesto dolorido cada vez que hacía un movimiento brusco.

Puso una ficha en la línea de dominó y miró distraídamente alrededor, después empujó la caja con el zapato hasta mis pies.

—Óyeme, no te pude conseguir nada bueno, pero es lo que me pudieron traer, creo que no pasaron ni cuatro horas desde que me llamaste.

—Está bien. Qué me das.

—Una Bersa 22, mi llave.

—Eche, la malandrada que conoces ¿y no había más que una 22?

Se encogió de hombros y a desgano le pasé el billete. Me levanté despacio para no sentir la puntada.

—¿No vas a querer del verde? Llegó florcita de la Sierra, una cosa riquísima.

—Si va fiada, de pronto.

—Eche, Caimán, deja de pedir chance que no soy buseta.

Media hora después, el que habla hacía guardia en el carro, frente a la modistería Cocó. Unos snacks de chicharrón y una gaseosa eran mi almuerzo, un viejo casete de Juan Piña mi compañía. Más de dos horas ahí amasijao porque la dichosa camioneta no apareció hasta cincuenta minutos después de la hora que Cocó me había comentado aquel día. Pero valió la pena, la puerta del conductor mostraba el logo bien grande, FUNDACIÓN NIÑOS DE MANGLE, además del teléfono y una dirección en Ciénaga que me apuré en anotar en mi agenda.

—Pero… cómo va a ser… —dije para nadie más que mí mismo, le bajé al machín, y alargué el cuello sobre la cabrilla para mirar y creer del todo lo que estaba viendo: el man que se había bajado de la camioneta y que después de un rato regresó con las bolsas de disfraces para depositarlas en la caja del vehículo.

Y cómo iba a ser. El propio vergajo. Byron. Alias el Flaco. Alias Don Ramón.

— Treinta —

El predio de la Fundación estaba contiguo a la iglesia parroquial y ocupaba la mitad restante de la cuadra. Una gruesa cadena de hierro con candado restringía el ingreso a un corredor a cielo abierto. Llegaban gritos de niños jugando. Asomé entre los barrotes y aplaudí. Tuve que hacerlo varias veces hasta que al fondo del corredor apareció una mujer pequeña con delantal de cocina. Me observó unos segundos, le grité «Buen día, ¿me permite un minutico?» y ella, tras pensárselo demasiado, empezó a venir hasta la reja. Caminaba como pingüino, óyeme.

—Así vestido el policía no é —dijo del otro lado, sin darme tiempo a decir nada.

—¿Perdón?

—¿Viene o no de la comisaría?

—Sí, claro —dije confundido, pero viendo rápido la posibilidad de robarme esa base. ¿Acaso me esperaban o era que me perduraba el tufo a tombo todavía?

—Vengo de civil nomás, señora. Sargento Sánchez a sus órdenes —ahí saqué otra vez ese carné tan viejo como la esperanza, lo sostuve delante de su cara apenas lo suficiente y lo guardé.

Ella sacó a su vez las llaves del bolsillo canguro de su delantal y abrió el candado para dejarme pasar.

—Claro, qué sentido tendría vestido de policía, ¿no?

—Claro, qué sentido —comenté. No entendía un carajo.

Recorrimos el pasillo de entrada junto a la cancha alambrada de microfútbol donde jugaban algunos pelaítos, puros negritos cienagueros. Al final del pasillo estaba el comedor, una larga mesa de mantel de hule donde no quedaban sino los restos y migas del almuerzo de los niños. A su costado, la cocina. La señora se detuvo, arrojó un trapo sobre la mesa y sin volverse me pidió que esperara ahí. Siguió entonces hacia otro pasillo más corto pasando el comedor y entró a lo que parecía una oficina.

A mi izquierda había un pequeño patio con juegos para niños pequeños, columpios y subibajas. No había pelaos a esa hora, reinaba un clima pacífico apenas perturbado por la algarabía de los futbolistas. Me llamó la atención la pared que continuaba el patio hacia el segundo pasillo. Había cartulinas coloridas con frases de la biblia, dibujos monigotes y una infinidad de fotografías adheridas con cinta pegante; también pequeños cuadros que enmarcaban más fotos. Miré con atención, reflejaban cada una de las actividades sociales de la fundación, la mesa repleta de pelaos con su taza de panela y su plato de arroz y patacón, los campeonatos de balompié, las fiestas de jalouin, las rifas solidarias con la comunidad, los actos de misa en la iglesia; siempre había niños. Descubrí que una figura adulta se repetía en muchas de las fotos: un hombre pequeño y delgado, de profundas entradas y lentes bifocales, que oficiaba a veces de promotor frente a un micrófono en las festividades, y otras veces, con la ropa pertinente, de cura local. Seguí mirando cada una de las imágenes, encontré aquellas donde un grupo de chicos —en el disfraz que yo había reconocido en la modistería— ensayaban los pasos de la comparsa. Me sorprendió entonces encontrarla, en un par de fotos, sonriendo a mandíbula partía, con sus aretes frutales: Amparo, la camellona de Nueva Belén, partícipe feliz de la vaina. En una imagen escoltaba a su niño Evaristo,

ataviado con el dichoso disfraz.

Seguí mirando con atención, tanto que encontré lo que (sin comprender del todo) estaba buscando.

¿No era él acaso, junto al cura? Tenía el cabello crespo corto y prolijo, y una barba pronunciada, estilo árabe. Aparecía en varias fotos, sonreía en muchas de ellas y figuraba como un promotor ubicuo de los eventos. Era imposible deducir la fecha de esas fotografías. Era uno de los mellos, seguro. ¿Pero cuál? ¿Elmiro en viejo loo*k*, o quizás el elusivo y malogrado Edgar? De ser este último, me daba una idea inicial de sus actividades, probablemente alejadas del turbio oficio de su hermano de sangre; de tratarse de Elmiro, se abría una pista aún más perversa de lo que podía haber yo imaginado. Todos esos niños de esa comunidad desfavorecida, vástagos de mayores ausentes, todos a su disposición, frente a la bendición del cristo, sus apóstoles y todos sus santos.

—¿Policía?

Giré y estaba detrás de mí, en cuerpo presente, el cura de las fotos. Se limpiaba las gafas con el frote de la camisa. La mujer pingüino terminaba de meterse en la cocina.

—No, Padre, no.

—¿Cómo no? Evelia pensó… es que estamos esperando que se haga presente un agente de la comisaría.

—Hombe, no, padre. Un ciudadano interesado por la labor de ustedes nada más. Ganas de colaborar que tengo, en lo posible.

—Ajá, bueno —me estrechó la mano—. El padre Jaime a sus órdenes. Si ya hubiera venido el oficial y llegaba usted un rato después, no iba a entrar tan fácil.

—¿Y eso por qué?

—Hombre, porque queremos un vigilante de cuadra. Ayer nos robaron.

—Pero qué vaina.

—Tampoco fue mucho. La computadora apenas. Ni siquiera, la CPU nomás.

—Así estamos, padrecito. Pero volviendo a mi interés, ¿quiénes colaboran aquí en la Fundación?

—Tenemos la comitiva, yo soy el presidente, tengo un secretario y siete empleados entre maestranza, cocina, asistente social y coordinadores recreativos.

Señalé una de las fotos.

—Este hombre, ¿pueda ser que yo lo conozca de Santa Marta?

—Es mi secretario justamente. Edgar.

Asentí despacio mientras mi cabeza iba a mil revoluciones.

—Edgar Abanta Durán, claro —dije—. Amigo. Dejamos de vernos hace un tiempo, qué casualidad.

—Si lo ve ahora, no lo reconoce.

—¿Qué? ¿Está cambiado?

—Mírelo en esas fotos. Le decíamos el Sultán. Apareció un día, hace un par de meses, sin su barba, con la cocorra calva, me costó a mí reconocerlo —sonrió—. Es un buen muchacho, aquí se ocupa de casi todo con los niños. Establece lazos con los padres, está ocupándose ahora de la presentación de carnaval por ejemplo, los pelaos están entusiasmadísimos. Hoy llegaron los disfraces.

—¿Y hace cuánto es su secretario?

—No hace mucho tampoco. ¿Ocho meses, nueve? La Fundación, así como está ahora,

creció mucho con él. Antes hacíamos poco, la verdad, con las monjitas. Él fue acercando la comunidad, especialmente a la gente de los pueblos pescadores, a la gente de los palafitos. Ahí le cambiamos el nombre, por sugerencia suya: «Fundación Niños de mangle». Es el nombre de la comparsa de los niños.

—¿Qué significa?

—El espíritu del manglar que se renueva cada año con sus brotes de selva, a pesar de las dificultades, de la pobreza, de la contaminación que produce el hombre. Los niños representan esos brotes y la fuerza del espíritu, la fuerza natural.

Saqué mi pañuelo del pantalón y me sequé la frente, tomándome el tiempo para pensar. No me habría sorprendido demasiado que ese cura participara de las actividades ilícitas de Durango, habida cuenta las cosas que se oían en el mundo entero sobre los sacerdotes, hoy y siempre, pero su hablar, el entorno, alguna intuición que se arroba uno, me decían que era ajeno a todo.

—Óigame padre, y lo del robo, ¿no sospecha de nadie?

Se encogió de hombros.

—Pudo ser cualquiera la verdad, trabajamos con gente muy necesitada, y en el barrio abundan los adictos. No rompieron, no se llevaron otra cosa, no forzaron nada. Yo no la usaba tanto a la computadora, pero para Edgar es esencial, muchas veces pasa hasta tarde con ella.

Suspiré y di una mirada en redondo. Los niños festejaban un gol.

—Bueno, ¿quién le digo a Edgar que estuvo aquí entonces? —me preguntó.

—Orlando Cabrera —dije, tan hábil con la lengua como el short stop de los Boston Red Sox lo era con el guante—. Pero mejor no le diga nada, le voy a caer de sorpresa.

— TREINTAIUNO —

Necesitó comprar ese whisky de camino en una tienda, antes de volver a la carretera y empezar a beber mientras conducía. Los celos lo estaban volviendo loco. ¿Cómo no había pensado siquiera en esa posibilidad? Alejandra ya no era una niña, por Dios. Claro, pero ¿qué intrincada serie de acontecimientos debieron suceder para que estuviera en esa posición ahora? Reina del Carnaval de Barranquilla, novia de un empresario poderoso. ¿Cuánta probabilidad había de que ocurriera algo así? Se lamentó de su suerte, empezaba a vislumbrar que la situación era una prolongación más del karma que habría de acompañarlo el resto de su vida. Se sentía enojado, y al mismo tiempo, triste, muy triste. Acorralado por su pasado y ahora, además, por su futuro próximo.

La camioneta zigzagueaba un poco, la ruta a esas horas tempraneras se mantenía vacía durante tramos enteros. El alcohol se le había subido a la cabeza y conducía tenso, con las dos manos aferradas al timón de un barco a la deriva. El camino lo conducía inexorablemente a una definición al borde del abismo. Sus pensamientos alterados les daban vueltas a todas las consecuencias posibles de sus últimas acciones. ¿Cuánto podía confiar en Durango? ¿Y la muchacha, podía confiar en ella? Quería pensar que conservó el punzón por su propia seguridad; de a poco empezó a asustarle la idea de que lo tuviera destinado para Alejandra. No se imaginaba cómo reaccionaría él cuando ella le reconociera que sí, que efectivamente no habría un porvenir juntos, que (esta posibilidad lo torturaba) vivió odiándolo desde hacía mucho y no veía la hora de tirarle sus perros rabiosos encima.

El bullir de sus ideas más oscuras lo hizo consciente de que aquello había regresado por él. Nunca iba a poder deshacerse. Aquello era él, de una vez y por siempre. La nueva estampita de Alejandra, en su vestido de mujer Reina sonriente, no tenía lugar en su altar: ya no era una virgen sino una puta entregada al poder del dinero, entregada a los hombres, así, en plural; de a ratos, en tramos de ese lomo de serpiente movediza que era la carretera hacia el encuentro con Durango (y con ella), sentía que la amaba todavía, sentía que el sentimiento estaba ahí todavía, y sin embargo, al rato siguiente, sus emociones lo llevaban al otro extremo, crecía también un odio malsano, la ira incontenible del monstruo que quería aplastar entre sus manos todo lo que le inflingía herida. Amaba la niña que había quedado atrás, era eso después de todo, razonó. El tigre no pierde las rayas. ¿Qué tenía que ver con aquella niña esa mujer que reía bailando en la tele y las revistas, que hablaba, que amaba distinto? ¿Si las cosas funcionaran de manera diferente a lo que él suponía luego de la próxima reunión, qué futuro les cabría juntos? ¿Podría hacerlo finalmente, herr profesor? ¿Cuidar de una mujer adulta, atenderla, quererla, permanecer prendado mientras ella crece, madura y envejece?

Era un pensamiento estúpido e inútil, pero lamentó que Alejandra hubiera crecido. La hacía culpable de eso, incluso. Quizás, pensó con rabia, no se merecía el regalo de su hermanita. Quizás se merecía algo muy malo.

Se sintió aún más viejo, más horrible y monstruoso, pero dejó descansar su ansiedad en la idea de aceptarse finalmente. Si las cosas habían de llegar a su fin, un fin diferente al que motivó aquel periplo agotador en busca de la quimera, ¿por qué no dejar la ambigüedad y mostrarse de una vez con toda la piel?

Casi no sentía las manos y dejó de apretarlas tanto contra el volante. La camioneta pareció entonces escaparse fuera de su carril, Köell tuvo pánico y volvió a aferrarse con desesperación. Entrecerró los ojos durante varios segundos y movió la cabeza para desarmar el ovillo de pensamientos dolorosos.

—¿Van pa´ allá también? ¿Dónde vamos nosotros?

Köell miró a la niña por el retrovisor y la vio asomada a la luneta.

—¡El cinturón, niña! —le gritó.

Carol empezaba a resultar molesta, irritante con su preguntadera. La niña estaba cansada de ese viaje de días a lo desconocido, ella reclamaba también un final para aquella locura. En algunos momentos, hastiado, Köell había pensado en hacerle daño. ¿Cómo deshacerse…?

—¿Van a ver a Alejandra?

La niña tenía ahora su carita pegada al vidrio de la ventanilla lateral. Habían sobrepasado otro de esos pueblitos miserables y polvorientos. El Alemán miró por el espejo izquierdo y vio que un par de motos se acercaban al nivel de la camioneta. Del lado derecho, el espejo también devolvía la imagen de motos, otras dos o tres. Dejó que lo pasaran y les sonrió, o pensó que lo hizo. El trago le impedía tener registro del dibujo de sus facciones.

—¡Tienen que ir! ¿No los ves? —siguió la niña, excitada de repente después del sopor y el fastidio.

Köell vio lo siguiente como quien es partícipe de un sueño. Una de las motos la manejaba un león de gran melena alborotada con la brisa; llevaba atrás a un cazador africano que sostenía un látigo enjugado en petróleo. El negro le echó una mirada fiera al Alemán cuando la camioneta perdió un tanto la línea, y levantó la cuerda sucia, en actitud desafiante; luego le devolvió la sonrisa, sus dientes blanquísimos simularon un estallido en el rostro embetunado. La marimonda que manejaba la segunda moto levantó su brazo también, a modo de amenaza, o saludo quizás, y agitó vulgarmente el apéndice fálico de su rostro. Hubo gritos de guapirreo. Adelante del carro se juntaron enseguida las demás motocicletas. Los personajes que iban en ellas eran aún más vistosos, criaturas híbridas del carnaval, fantasías animales antropomórficas de penachos coloridos y maquillajes extravagantes.

Köell los observó un rato más dentro de esa nube de ensoñación alcohólica, luego desaceleró un poco y dejó que se alejaran, como si eso le permitiera regresar a la realidad. La niña se había ido hacia adelante entre los dos asientos y los veía desaparecer con frustración.

—Vuelve atrás —le ordenó el alemán de mala gana—, ponte el cinturón.

Bajó la ventanilla de su lado, asomó la cara y dejó que las bofetadas del viento lo despabilaran. Superaban escenarios interminables de vegetación sedienta y polvo. Cuando controló el GPS, vio que se estaban acercando a la costa. Quince minutos después, divisó la gasolinera a cien metros y descendió más la velocidad. Se aseguró que estuviera abandonada antes de salir de la ruta. No quedaban sino los dos expendedores de combustible debajo de un techo agujereado. Atrás, donde habría habido una tienda vidriada, quedaba el local oscuro y vacío. Köell parqueó el carro junto a un expendedor, para evitar la caída directa del sol que empezaba a ser intenso.

—¿Podemos ir a la tienda?

—Está abandonada, no hay nada.

—Igual, quiero ir.

—Vamos a esperar aquí, niña.

—Pero tengo que hacer pipí.

—Puedes hacer por ahí, en el pasto, nadie te va a ver.

—No quiero. Hay un baño allá.

El Alemán destrabó las puertas y se mantuvo observando mientras la niña se alejaba en dirección al sanitario. Volvió a controlar luego los dos sentidos de la carretera. Del asiento acompañante recuperó el whisky. Bebió un trago largo de la botella y empezó a llorar. Después abrió la guantera y sacó el punzón. Estuvo mirándolo un rato largo con los hombros caídos, haciéndolo girar lentamente. Fue un llanto contenido, abundante en lágrimas gruesas, y, sin embargo, definitivo. ¿Era o no el Monstruo? No volvería a llorar nunca más, se prometió con los dientes apretados. Las gotas mojaron la mano que asía la herramienta. Lo distrajo en un momento la visión lateral de Carol, que había salido del baño y caminaba hacia el local abandonado. Curiosa, asomó primero la cabeza y luego dio dos pasos dentro.

Köell suspiró con esfuerzo, aún con los hombros caídos, se limpió las lágrimas de los ojos, apretó el punzón con fuerza y bajó de la camioneta.

— TREINTAIDÓS —

El cuento quedaba a mitad del tramo Cartagena-Barranquilla por la 90, uno de esos emprendimientos magníficos que Cano Martínez levantaba en el Caribe virgen, un resort de playa lujoso, exclusivísimo para los ricos de esta tierra, esos que me superaban en la carretera con los motores poderosos de sus carros de alta gama, aunque pa´llá iba yo también en mi Mazda rojo. Llegué más tarde que temprano, pué, para los términos de velocidad que maneja la gente de biyuya, y salí de la ruta para ingresar al área con garita de vigilancia. Seguí el acceso de visitantes y un seguridad con itaca al hombro me pidió la cédula, me miró maluco el carro, asomándose con asco para ver atrás, me dio las indicaciones en un pequeño mapa, levantó el retén y me dio la sagrada venia para continuar.

Manejé por el largo bulevar, a la baja velocidad que obligaban los carteles, con las ventanillas abajo y sintiendo la brisa fresca de la noche, sintiéndome bendecido y bacano —gracias también al sabroso fruto de la sierra de nieves eternas—, alejado por ese rato de la feroz suspicacia que me comía el coco después de mi visita a la Fundación, observando a ambos lados el área desierta donde recién empezaban a levantarse nuevas obras, esqueletos de madera y piedra bien distantes unos de otros, en un terreno de pequeñas ondulaciones serranas. La parte urbanizada tenía el carácter uniforme de los barrios perimetrados de todo el planeta, ahí daba lo mismo estar en California, Brasilia o las afueras de Lima, las mansiones hablaban el mismo dialecto arquitectónico, sobrio y funcional, el agua de sus piscinas mojaba lo mismo, la tubería de sus sanitarios evacuaría la misma mierda burguesa.

El bulevar terminaba en un parqueadero circular y de ahí partían senderos parquizados hacia los lotes y sus edificaciones de categoría. Dejé entonces el carro y caminé hacia el lote 220, no necesitaba un mapa porque no debía sino seguir una romería de pistoleros, superhéroes, mujeres de los años veinte, animales antropomórficos y demás fantasías, todas entraban a un mismo lugar: una casa de dos plantas, casi vidriada por completo, custodiada por dos palmeras altísimas. Una empleada recibía a los invitados y otra nos guiaba dentro de la casa misma, a mí no se me escapaba que, además de una celebración, aquello era un informal tour para nuevos inversores y futuros clientes e inquilinos; de verdad había que ver aquello, uno que es pobre al menos, y soñar que podía vivirse así en esta vida, nojoda: el piso de palosanto lustrado, el inmenso living-comedor, la cocina grande como el Romelio, todo expuesto a través de los vidrios que iban del techo al piso, con vista infinita al paisaje agreste de la costa, en una dirección, y a la playa y el mar plácido en otra. En esa primera planta un pequeño ejército de muchachas organizaba la comida y el trago. Arriba debían estar las habitaciones, la vista desde ahí solo estaba destinada a emperadores.

Cipote secreto el traje mío. Una marimonda con el brazo en cabestrillo. O sea, me faltaba el cartel grande de neón en el pecho. EFRAÍN SÁNCHEZ, DETECTIVE EN DESGRACIA. El disfraz, deslucido ya después de tantos años chupando banco entre mis cosas. Igual yo quería presentármele a Cano Martínez, aquí está el caimán que te compraste y no importa el antifaz que te cubra a ti, se te siente el olor a paraco gran hijueputa. Porque era un lugar lujoso y enorme, pero claro, no era el Country, ni el Club Campestre, ni el Lagos del Caujaral, que no iban nunca a recibir a ese maleburcio, no era ninguno de los clubes donde se juntaba la pretendida crema y nata de la sociedad barranquillera, puros

nietos de los árabes que llegaron miserables a la Arenosa vía Puerto Colombia o raizales de alto turmequé que no hacen sino seguir la costumbre indígena de la endogamia y se casan entre ellos mismos mientras sonríen de liqui-liqui y vestido blanco en la portada de la revista Hola; digo que era un espacio lujoso, bacano, pero no se aguantaba el tufo a coralibe, a finca y ganado, a monte y manos enchastradas en sangre de campesinos y falsos positivos: tremenda cachegüería mafiosa disfrazada de oro.

La fiesta transcurría en el parque trasero, junto a la piscina. La primera mesa parecía reservada especialmente para la raza típica de los manes tesos, los de camisita bacana y pantalón pinzado, los de mirada torva y permanente expresión de empute en el rostro, con sus gafas oscuras, sus cadenas, sus esclavas de oro 18K y sus relojes mamonudos, todo cortesía de sus patrones respectivos. Ahí sentados juntos, no necesitaban otro disfraz que el de su apariencia profesional. Presidiendo esa selección de escoltas, Aparicio y el bollo, tan distraídos en cogerle punta a las novias de la mafia, que no repararon en la marimonda de brazo partío que les pasaba por al lado.

Ya traía entre manos mi primera copa de champán de la noche. Caminé sin prisa entre las mesas donde hombres y mujeres disfrazados, puros buchiplumas, bebían y charlaban con desparpajo alcohólico. Me detuve junto a la piscina y permanecí un rato ahí, observando cómo la brisa producía olitas minúsculas y deformaba, aún más, mi patético reflejo en el agua. Al otro lado habían levantado una tarima y un grupo numeroso de músicos, no menos de diez, trataba de disponer sus instrumentos sin golpearse los codos. Llevaban por uniforme camisa amarilla, chaleco y pantalón negro. En la cabeza, el sombrero vueltiao.

Me sentía un sapo de otro pozo. Empezaba a arrepentirme de haber aceptado la invitación y, para levantar el ánimo, jugué a atrapar cuanta bandeja de trago me pasaba cerca, algún canapé de paté o jamón también, y sushi, sobre todo, que de todos modos se iba a desperdiciar con tanto abstinente de bocachico.

Una voz me atacó en la nuca.

—Ñerdaa. ¿Qué le pasó a esa marimonda? ¿Metió la narizota donde no debía?

Aparicio.

—¿Y tu disfraz? Ah, no, espérate… la careta y la pinta… ¿disfraz de manteco?

A su favor hay que decir que mantuvo congelada la sonrisa. Aunque uno que es desconfiado podría decir que detrás de ella escondía la intención de los hombres de su calaña: partirme el alma a coñazos y sacarme de ahí arrastrado de las pelotas.

—A propósito de tu mantequera, ¿dónde anda tu patroncito? Así le veo la careta a él también y hablamos de negocios porque esta viajadera me está costando billete.

—Apurao que estás. Ponte cómodo, tómate unos tragos, cómete algo. Lo único, no hay arroz con cucayo, lo redondito se llama sushi, pa´ que sepas.

—Serás desagradecido, y amnésico también, porque a puro arroz cucayo y aguapanela te habrá criado tu madre, comelisa.

Esta vez sí le quité la sonrisa de la jeta. Desvió entonces la mirada, como si yo hubiera desaparecido de repente.

—Bueno, cógela suave Sánchez. Nos vemos por ahí.

—Óyeme, en serio necesito hablar con el jefe, qué tanto misterio, si me invitó va a querer hablar conmigo.

—Que ya baja, tú tranquilo.

Se alejó y yo quedé mirando la escalera interior que conducía a la planta alta, los peldaños

que usarían el Rey de la Mafia y su Reina Cienaguera para descender al mundo de los mortales. En lo que hacía a la parte de este servidor, mis huesos rotos en proceso de curación hablaban de que yo también tenía mis vidas de repuesto.

Un rato después los aplausos anunciaron que efectivamente los anfitriones venían bajando. Él usaba un traje de conde, drácula de pronto, con antifaz plateado, y ella había dejado por un rato el mestizaje de colores de carnaval para hipnotizar con un traje de cóctel de los años veinte, un traje esmeralda con mostacillas que dejaba ver sus largas piernas. Me urgía hablarle, pero no arremetí de uán, esperé que se le fueran acercando todos de a uno en fila, la besaran y le entregaran algún regalo. Cano Martínez se separó de ella, traía un whisky en la mano y empezó también a saludar con apretones y abrazos efusivos. Que estaban todos en familia, pué.

Como media hora esperé mi turno, clavado ahí como un marica con trago en mano. Y hablando de maricas, ya me había dado cuenta de un man solitario que venía estudiándome hacía rato, disfrazado de cowboy, sombrero, pernera y todo, y ya estaba asustándome que viniera a apoyarme la pistola también. Lo ignoré y me quedé igual en mi posición de ajedrez, en la línea directa de la reina, hasta que la tuve a dos metros y llamé su atención adelantándome dos pasos. En el brevísimo lapso de segundos en que nadie vino a festejarla, traté de levantarme la máscara hasta la nariz para poder hablar y que me entendiera.

—No, no —me detuvo—, mejor te esperas hasta media noche, marimonda. No quiero saber quién eres.

Jaló del falo juguetonamente y había, tuvo que haber, una pita invisible que iba a la punta misma de mi picha porque se me encogieron las pelotas y se me doblaron las rodillas.

—Alejandra…

—¿Efraín? —puso entonces la mano suave sobre el yeso— ¿qué te pasó?

—Nombe, nada serio. Mira, no tengo regalo para darte, pero lo que voy a decirte le gana por mucho a cualquier vaina que te den estos.

Se tomó la boca con la mano y se le aguaron los ojos. De no llevar la máscara podría haber visto mi sonrisa emocionada también.

—Creo que la vamos a recuperar muy pronto.

—¿Encontraste al Alemán? ¿Está bien la niña?

—Si Dios quiere, pero párame bola. Aquí tengo los ojos en la nuca, ahorita mismo nos están mirando a los dos hablando. Tócame la corbata mejor, ahí atrás puse mi tarjetica. Así no le pides el número mío a Aparicio; ni Víctor ni tus escoltas tienen que saber lo que vamos a arreglar tú y yo en privado, porque así son las condiciones.

—¿Condiciones de quién?

Me arreglé la máscara para que mis palabras se escucharan claro sin necesidad de levantar la voz.

—Del Alemán.

La desesperación se le dibujó en el rostro, no pudo decir palabra. Distraídamente palpó el raso de mi corbatín y atrapó la cartulina entre los dedos índice y medio. Rápido se lo escondió en el escote.

—Llámame mañana temprano, niña, yo te voy a decir de qué se trata la vaina. Acuérdate que voy a estar al lado tuyo siempre para cuidarte. Y ahora ríete y camina, porque tu novio como que quería cantar y le secamos la garganta.

Alejandra se apartó de mí unos metros y se volvió hacia el escenario. Cano permanecía

frente al micrófono, moviéndolo como para asegurarlo al pie, pero sus ojos no se despegaron nunca de la rápida interacción que tuve con su mujer. Dijo uno, dos, hubo acople y demasiado volumen, fue la voz misma del supremo que bajó a la tierra para escarmiento de los impíos. Todos se acercaron a la piscina.

—Buenas noches a todos, creo que pude saludarlos personalmente, aunque reconociera a pocos —risas—, pero igual quiero agradecerles su presencia aquí esta velada. Vamos a pasarla rico, hay buen trago, buena comida, lo que necesitan lo piden. Y ahora, buena música. No quiero a nadie sin bailar, señoras, señores… con ustedes: ¡los Corraleros del Majagual!

Cano Martínez bajó del estrado, la banda arrancó con «la burrita» y la gente se prendió a bailar, toda junta, y tuve que correrme para no volver a ser atropellado. Don Corleone del Valle del Sinú vino directo hacia mí. Me apretó fuerte la mano y me señaló con la mano que traía el blend. Del bueno, cabía imaginar.

—Ya me dijeron que estaba Efraín Sánchez en la fiesta. El famoso Caimán, pué.

—Para servirlo —levanté el yeso y señalé mi costado—, como demuestran aquí mis huesos quebrados.

—Hombe, qué vaina. Tengo que agradecerle su compromiso. Siempre me dijeron que usted es un profesional del carajo, no me mintieron. Confío en que va a resolverme esta cuestión pronto. Se acerca la lectura del bando y Alejandra tiene que mostrarse radiante de alegría.

—Hombe, creo que voy a poder darle esa alegría dentro de poco.

—¿Cómo así? ¿Sabe quién la tiene? ¿Está viva?

—Tengo buenas razones para creer que está viva y que la van a devolver en estos días. Déjeme que lo maneje a mi manera y le voy a dar luego razón de todo lo que pasó.

—Voy a serle franco. Yo pensé que me la traía muerta, finalmente. Un enfermo de estos, después de tantos días... igual hasta que no la veamos, es algo que no quiero que le sugiera siquiera a Alejandra. ¿Habló de eso con ella? Porque sí supe que estuvo en mi casa, sin invitación además. Y ahora los vi ahí muy apretaditos hablando.

Mira que yo en mi carrera he estado frente a ladrones y asesinos de todo tipo, pero la manera como me miró el man mientras decía eso me hizo contraer el estómago. Quizás el tiempo me estaba ablandando, o quizás era lo que digo yo, la capacidad mía de ver lo que hay detrás de los ojos. Y la vaina ahí, en el fondo de aquel pozo oscuro que eran sus pupilas, era fea, muy fea.

—Le recuerdo que ella fue la primera en aparecerse por mi oficina. Supongo que es la primera interesada en que encuentre a Carol, ¿no? ¿A quién le voy a consultar por detalles, a quien le informo que sea confiable? ¿A esos dos, al babillo de RayBans, al cara e´ patacón pisao? No me fío. Y usted me ha estado jugando a las escondidas. Ahora mismo no puedo verle sino los ojos.

En su rostro se dibujó una sonrisa ofídica.

—Hubiera querido que ella no se expusiera con esta vaina, más ahora en la posición en la que se encuentra, pero ahí donde la ve tan pelá tiene una personalidad tremenda.

—¿Puedo preguntarle cómo la conoció?

Hizo una pausa y creí que no iba a querer contarme, pero a un costeño con trago en la mano (y Cano venía a todas luces picadito desde sus aposentos en las alturas) si algo no le

importa es soltar la lengua.

—En la finca. Alejandra era una pelaíta que vino recomendada de otro man que nos vendía pescado fresco, me parece que era el noviecito entonces. Un pelao de diecicocho años si acaso, los dos eran pelaos, pero Alejandra más, ella no tenía catorce todavía y necesitaba trabajar de algo en la hacienda.

No necesitaba decir más ni yo quería oírlo. Las vainas que tiene la vida: yo persiguiendo pederastas y ahí enfrente tenía uno, cagándose de risa en su propia fiesta millonaria. Ya está dicha esa mierda, y escrita también —ay, Dios mío, si lo sabremos los colombianos—, que el límite de la legalidad y la justicia lo mueven a su gusto el poder y el dinero.

—Yo le di techo, educación, le pagué un buen liceo porque estaba muy cruda esa niña, le di de a poco la vida que se merecía. Le di roce social, como quien dice.

«Y te la comías, hijueputa», no dejaba de repetir en mi cabeza. Y también dejé lugar para acordarme del alma de aquel pobre muchacho, el noviecito de Alejandra, Dios lo tenga ya a su derecha, que la tierra lo debió tener guardado mucho rato en algún agujero.

—Yo la cuido como una reina, ¿sí ve? Le faltaba nomás la corona y ahora la tiene también.

Desvié el cuello hacia la muchacha, que a diez metros reía forzada, casi melancólica frente a otro grupo de mujeres, y dejaba escapar la mirada con intermitencia en nuestra dirección. Cualquier momento de contemplarla se convertía en una experiencia sublime.

—Emboba a cualquiera, ¿no, detective?

Debió cogerme en la jugada, verme los ojos de bobo detrás de la máscara. Me encogí de hombros como desentendido.

—Desde ahora todo lo arregla conmigo —dijo él—. Cualquier cosa me pide cita con Aparicio. Con ella no habla más.

Se levantó el antifaz apenas, para mostrarme la mayor parte del rostro. La foto del Heraldo había hecho justicia a su nariz y sus labios grandes, en contraste con un mentón pequeño y poblado de una barba candado rala.

—Acuérdese de esta cara entonces, detective. Porque la va a volver a ver si no me resuelve rápido este problema. A mí no me gusta dejar cabos sueltos.

No me iba a echar atrás tampoco y me saqué la máscara.

—Aquí está mi jeta pa´ que la recuerde también, así se ocupa de una vez usted y no manda a sus matones.

Asintió muy serio, mostrando respeto quizás, y volvió a guardarse detrás del antifaz. En el futuro me vi colgado de las pelotas de un tirante del puente Pumarejo, cadáver pero digno como un San Pedro Mártir.

—Si se queda, después la seguimos en la playa —levantó el whisky a manera de despedida, dio media vuelta y se alejó.

Si se queda, dijo; era una forma elíptica de echarme de la fiesta. Ya no tenía más nada que hacer ahí. Fui buscando la salida entre la gente, pero antes de irme atrapé un daiquiri más porque tampoco era cuestión de despreciar. Le eché una mirada de lejos a Aparicio, el man estaba en otra, atento como perro guardián a cualquier mañe que se meara en la piscina o se pusiera a guapirrear sobre el porro de los Corraleros. De camino mis ojos volvieron a cruzarse al cowboy solitario, el manfloro que estuvo espiándome toda la noche. Me mantuve a distancia detrás suyo, vi que se mandaba en dirección al baño de la planta baja, y (que no se malinterpreten mis intenciones) decidí posponer mi huida para sacarme la duda. Otra vez

la intuición de mi oficio. Me detuve a principio del pasillo que conducía al batrum; y efectivo: el tipo iba a mear, en la más alegre de las posibilidades. Dejé el daikiri en una mesa y me mandé yo también, segundos después. Esa vaina parecía el baño de un hotel, de lo grande que era. Aproveché que dos manes hablaban en los mingitorios al lado del que usaba kimosabe. Los tres me daban la espalda y me oculté con la puerta entreabierta en uno de los dos cubículos con inodoro. Cuando los dos parloteros salieron, mi espía quedó solo, él sí tomándose el tiempo de mirarse en el espejo, de dejar el sombrero sobre la mesa y mojarse el cabello. Después se subió el antifaz de cuerina y se frotó los ojos.

Salté entonces como crispeta.

—¿Y tú qué tienes que ver con este man, nojoda?

Balcázar me descubrió a través del espejo, sus ojos se abrieron enormes mientras el cuerpo quedaba víctima de la chicharra paralizadora que fue el eco de mis palabras rebotando en los azulejos del ámbito amoniacal.

—¿Qué? ¿Eres llave del tipo para estar aquí jugando a la fiesta de disfraces? ¿O necesitan un representante del estado para romper la piñata?

Se recompuso de a poco, terminó de asearse y secarse las manos con papel. Luego giró despacio para intentar verme con ojos serenos. Serenos, porque de inocentes nanai.

—¿Eso es lo que haces ahora? ¿Tratas con la mafia?

—Ñerda, ¿de qué te escandalizas? Siempre estábamos cerca, ¿o no te acuerdas? Conocimos a muchos, Efraín, y no pocos nos colaboraron.

—Habla por ti, a ver dónde estás tú y dónde estoy yo.

—Entonces sabes mi posición. Esta ciudad crece como nunca hacia el río y hacia el mar. Las inversiones inmobiliarias nunca fueron tantas ni tan veloces. Tú sabes, esa plata que va y vuelve, uno no sabe siempre de dónde proviene.

—O sí se sabe. Tú eres el que mejor puede saberlo. Malandra es lo que abunda.

—Soy un intermediario, Caimán. El que habla con los muchachos y negocia la paz, entre ellos y con el resto de los inversores, que necesitan la seguridad de un terreno limpio para competir. Nadie quiere volver a los ochenta, a los noventa tampoco —hizo con su mano la pantomima de agitar una pistola—. No me mires así. Esta ciudad, este país —hizo una pausa, quizás para convencerse de lo que iba a decir—, tendremos que convivir por mucho tiempo, los buenos y los malos. Esta mierda de Justicia y Paz, no nos merecemos otra cosa. No podemos dar un paso diferente a eso si queremos sobrevivir como nación.

—Nuestra nación está muerta, ¿o no te diste cuenta? Somos fantasmas todos, o muertos vivos que no podemos mirarnos al espejo sin vergüenza. No hablaría justamente en términos de buenos y malos ya. ¿A cuál de los dos grupos perteneces entonces, amigo?

—Habrías hecho lo mismo, Efra. Habrías pensado igual que yo, si hubieras tenido la oportunidad de hacer las cosas de otra manera, si no hubiera… bueno, pasado…

Dejó de hablar y yo asentí con una mueca, no porque aprobara la falsedad que decía sino para sacarlo de la incomodidad de hablar sobre mi pasado.

La puerta del baño se abrió de repente, entró un Power Ranger rojo y detrás suyo unos versos crípticos que llegaban del parque, donde la fiesta estaba prendida.

Vampiro, vampiro, te chupa el vampiro

El superhéroe se sacó el casco y su identidad quedó reducida al de un chapulín. Fue al mingitorio y apoyó la cabeza en la pared mientras largaba un chorro interminable.

El alcalde miró de reojo y me señaló uno de los inodoros.

—Vamos ahí dentro mejor.

Entramos sin que el otro nos pillara y cerramos. Dejamos entre medio la distancia que pudimos.

—Para que te quede claro —murmuró Abel —. No fui yo quien le mencionó tu nombre a Cano Martínez. No tuve que ver con esa vaina. Por eso me sorprendí cuando viniste a verme preguntándome por él.

—Y después, ¿por qué me lo ocultaste?

—Una estupidez. Un exceso de cuidado de mi parte. Mira Caimán, ya te lo dije. El alcalde distrital necesita trato con esta gente, estos inversores que aparecen de la nada y de los que cualquiera, en un país como este, tiene derecho a desconfiar. Ahí entro yo, para investigarles el currículum o el prontuario si cabe. Porque no se trata de saberlos limpios de toda culpa —no hay rico que lo sea, nojoda—, sino de cuánto pueden ensuciarte más tarde. No digamos ya si de época de campaña hablamos.

—¿Y al fin qué, Cano está limpio o sucio?

—Ahí está el problema. Fallé, no la vi. A ver, si algo me puedes reconocer, es que no llegué a mi puesto por mamerto. Tengo el olfato, ese que tienes tú también.

Balcázar siempre remataba ese comentario con «la diferencia es que yo no soy flojo como tú». Esta vez se abstuvo, estaba transpirando a mares. Cientos de gotitas le brotaban de la frente.

—Este ganadero me olió siempre a mugre y no precisamente a boñiga de vaca. Era de suponer que algún trato narco podía tener, con esa pinta y los escoltas. Pero por más que le busqué el descosido no se le caía prenda. Para peor era un fantasma el tipo, no aparecía en ningún registro policial, tampoco tenían conocimiento de él en la Federación Ganadera o en el municipio mismo.

—Eso ya tendría que haberte puesto en alerta.

—Claro, sí. Pero las contrataciones vencían y era mucha la plata que ponía el man, con pocos cuestionamientos.

—Y abundante mermelada, no me vas a mentir en eso también, nojoda.

Se desanudó el pañuelo del cuello y se secó la frente.

—Eso ya está fuera de mi negocio, Sánchez, apenas si estoy empezando poner un pie en la política.

—Ah —suspiré con énfasis y le puse una mano en el hombro—, tranquilo que llegará el día en que tú también recibirás tu vuelto amigo mío. Y no tendrás un Mercedes sino dos. Y una cabaña en Providencia y otra casa en Getsemaní.

—Guárdate esa vaina y escucha. Al tipo se le ocurre, al mismo tiempo de los contratos, una vaina discreta, empezar esta vaina con la pelada, proponerla Reina del Carnaval.

—Cosa que ustedes en la alcaldía y en la Fundación del Carnaval promovieron para tenerlo contento.

—Y se arma toda esa guachafita enorme. Le cayeron todos los reflectores, no tanto a ella como a él, era cuestión de tiempo para que alguien en alguna parte soplara el pito.

El Power Ranger se rajó un peo para dar culminación a su regada apoteósica. Abel cerró los ojos, arrugó la nariz y esperó para seguir el susurro.

—Preciso: llegó la denuncia de un man que pensaba que el novio de la Reina era paraco. Una denuncia de esas, imagínate que uno le para bola, pero también es cierto que Alejandra levantó mucho odio y envidia en esta ciudad. Pasa que después vinieron más denuncias,

varias en las semanas siguientes, y todas eran de desplazados de Cumandí, ¿sí recuerdas la masacre de Cumandí hace como siete años? Era demasiada casualidad. Generalmente eran cartas anónimas, hasta que hubo un man que se presentó en persona y dijo que había visto a Cano si acaso dos veces junto a la candidata, que en ese momento no lo reconoció aunque algo le sonaba, no podía decir qué, pero ahí me vas a entender Sánchez, como le entendí yo al tipo, porque uno (los que han sufrido tragedias de esas o los que las seguimos profesionalmente) tenemos un sexto sentido. El man entonces consultó con otros familiares que se habían desplazado de Cumandí y de a poco ellos también pensaron que les sonaba de alguna cosa. No era la cara del tipo que había llegado el día de la masacre dirigiendo un bloque de cien paracos, el que dirigió la matanza de tres cuartas partes del pueblo en la plaza del pueblo, niños, mujeres y ancianos incluso, acusándolos de colaborarle a las FARC. Pero era la voz, la postura, la forma de expresarse.

—Se hizo cirugía.

—Pensé en eso, claro. Muy común entre los que se fugan del país esquivando extradición o los que quieren evitar Justicia y Paz. Aquí en la ciudad no hay tanto cirujano plástico, pero de dos sabemos que se ocupan de estas vainas con delincuentes porque ya comparecieron en varios procesos. Obvio que no manejan registros y en todo caso, estos muestran nombres falsos. Igual me les fui a hacer una visita y, bajo promesa de no llamarlos a declaración y de perder algunas pruebas de procesos que tenían sobre la cabeza, uno me confesó que sí, que al man ese le había hecho nariz, mentón, hilos, colágeno, bótox, toda esa mierda. El muy babilla hasta le trajo foto de Miguel Varoni, el iluso.

—Ñerda, lo dejaron como a Navarro Wolf más bien. Se me ocurre, digo por la obsesión de Iván Tejedor, que también estuvo involucrado en la matanza de Nueva Belén.

—Puede ser. Aunque si el man está sollao de pronto escuchó el rumor y asoció al tipo con la historia de su propio pueblo.

—¿Y qué dijo el alcalde cuando supo esa cagada tuya?

—Me hubiera dolido más una levantada a puñera de mi papá. Teníamos que negociar, eso no tenía que dejarnos pegado, tampoco podíamos romper contratos y parar las obras que ya llevaban media ejecución.

Ahora fue él quien posó una mano en el hombro, lo que en nuestras apretadas circunstancias me incomodó un poco.

—Ahí viniste a ayudarme —dijo.

—¿Otra vez?

—El alcalde y la Policía teníamos que dar un golpe de efecto que frenara ese rumor que ya algunos medios querían publicar.

—¿Todavía quedan de esos medios, los que no responden al gobierno?

—Todavía. El internet vino a cagarlo todo —dijo tan serio que no supe si hablaba con ironía—. Esa historia que me trajiste de la red de pedofilia en la Costa, eso tiene que hacer un ruido tremendo. El alcalde dejó eso en manos de Ramírez. Van a parar esa vaina, hacer detenciones y allanamientos, involucrar a INTERPOL, le van a poner la cara a la noticia en todo medio desde Leticia hasta la Guajira.

—No, no, espérate, tienes que saber algo primero. Durango…

—Ya sé. Durango no es Durango. El verdadero sí murió aquella vez. Quien está tratando contigo es su hermano Edgar. Y no tuvo nada que ver con la red, está limpio como el alma de un bebé.

No iba a rebatir eso, menos avisarle a mi excompañero que conocía de las actividades ilícitas de las que se ocupaba también el mello sobreviviente. Iba a guardarme todavía alguna carta, por si acaso. Abel jugó en sus manos con el sombrero y luego lo usó para darme unos golpecitos en el pecho.

—Tranquilo que no vamos a joderte tu arreglo con Cano. Gaviria por su parte nos está colaborando; ya arregló con Abanta en lo que concierne a la información sobre los pedófilos.

—¿La computadora?

—El tipo facilitó los archivos a cambio de que el tema no lo rozara siquiera.

—¿A eso viniste hoy? ¿A ponerlo al tanto al patrón?

—A ver si te crees que me gusta esta ridiculez de fiesta. No me disfrazo desde pelao, cuando Jalouin, un teniente de la Policía Nacional tiene que guardar sus formas. Pero tuve que venir aquí, con la excusa de la fiesta, para seguir negociando con Cano, ponerlo al tanto y pedirle que baje el perfil, que aguante y lo niegue todo. Vamos a esperar que pase el carnaval y vamos a parar esas denuncias a cualquier coste, vamos a armarle un pasado, partida de nacimiento, cédula, todos documentos legales. Vamos a dejar que se mude de Barranquilla incluso.

Hice silencio y lo observé varios segundos.

—Vas a llegar lejos, Abel —dije con el mejor rostro de decepción.

—Ahora te toca a ti hablar —me apuró él—. Te estuve viendo, ¿qué hablaste con Cano?, ¿qué hablaste con Alejandra?

—Ah, no, tú en lo tuyo. Déjame mis negocios a mí.

— TREINTAITRÉS —

Abanta parqueó el carro frente a la gasolinera desierta. Se bajó y observó que, en ambas direcciones de la carretera, no circulaba ningún otro vehículo. Una solitaria VW Tiguan resaltaba junto a las dispensadoras cubiertas del polvo de la ruta, vacías de su contenido natural. No había empleado ahí o en el local que se ocupara de algo. Se asomó dentro del Tiguan de alquiler, que permanecía vacío también, sucio de polvo y barro, además, como resultado de un viaje larguísimo. Caminó entonces al local desprovisto de señales, apenas algunos afiches rasgados de gaseosa y café Juan Valdez. La puerta de vidrio estaba abierta. Volvió a detenerse unos metros antes e hizo un chiflido agudo y prolongado.

—Entra —escuchó.

Levantó la mano izquierda hasta el hombro, remedando un saludo que no era otra cosa que una señal convenida con los ocupantes del auto en la carretera. Entró al local y lo molestó un olor rancio, no era solo suciedad y encierro sino algún elemento orgánico en descomposición. Todavía quedaban dos neveras y los estantes sin productos. El fondo era un cono de sombra y de ahí salió la figura imponente de Köell. Traía el punzón en una mano y una botella de ron en la otra; la mitad de su contenido se traducía en el aliento que emanó de su boca.

—Llegó la hora, Durango.

—¿Dónde está la niña?

—¿Me terminaste esta vuelta?

—Alemán, ¿dónde está la niña?

Köell permaneció unos segundos en silencio, indiferente a la pregunta. Su cuerpo manifestaba una ligera inestabilidad. Cerró los párpados con lentitud y volvió a abrirlos pesadamente.

—¿La voy a ver entrar por esa puerta como dijiste?

Abanta empezaba a sentir náuseas de aquel olor horrible. Se llevó la mano a la nariz y su mirada recorrió cada cosa a su alrededor.

—¿Alemán, qué hiciste con…? —volvió a preguntar, temeroso.

La cabeza de Köell cayó bruscamente sobre el pecho y giró un poco en dirección a la mano que asía el punzón. El gigante levantó luego su rostro enrojecido y estrujó su ojo derecho con la mano que sostenía la botella.

—Pues venga, que entre, tengo lo de ella.

—Primero la niña, Alemán. Era el trato.

—¿La niña?

El corazón de Abanta se aceleró con violencia.

—La niña hijueputa, ¿dónde está? ¿Qué hi…?

Paró de hablar cuando descubrió aliviado a la niña que aparecía justo detrás del extranjero, cubierta por la doble penumbra. Estiró entonces un brazo y la llamó.

—Vente, Carol.

Ella no se movió, retrocedió dos pasos aferrada al barco bamboleante que tenía delante.

—Alejandra la quiere ver primero. De lo contrario, no sale del carro.

El rostro de Köell estaba hinchado y la piel tensa ofrecía el color uniforme de la

congestión sanguínea. Se detuvo unos segundos, pero no logró largar el eructo.

—No le permitas dudar, háblale.

—Bueno, Alemán, ya lo hablamos todo antes. Terminemos la vaina de una vez —la voz de Abanta denotó la exasperación—. Hay que hacer esto rápido.

Köell tosió, dejó la botella en el piso y otra vez pasó su mano por la cara, como para deshacerse de la embriaguez que le producía el ron. Miró a la niña, le puso la misma manota sobre la cabeza y con la otra señaló al recién llegado.

—Ve con él.

Carol le agarró la mano con fuerza y se apretó contra su pierna.

—¿No quieres juntarte con Alejandra? —le dijo Köell, mientras le desprendía la manita y la hacía adelantar con un pequeño jalón del brazo.

—Ale te está esperando afuera, Carol, me dijo que está desesperada por verte.

Ella miró a Abanta Durán con ojos desconfiados, luego volteó hacia el Alemán y lo vio recuperar la botella del piso y darle la espalda para ir a sentarse al fondo del local polvoriento. El gigante se sentó casi en total oscuridad, el bulto enorme de su anatomía se fundió con las siluetas de los muebles y las neveras descompuestas.

—Vete niña o no la ves más —le oyó decir, por último.

**

Abanta Durán y Carol salieron y él permaneció sentado, afrontando de repente el desplome final de sus fuerzas, que no encontraban otro combustible, durante el último tramo de su escape, que la presencia de la niña. La capacidad de sus premoniciones flaqueó varias veces desde que hizo el trato telefónico con el colombiano. En el extravío de su desesperación se sintió por momentos en el pico de sus esfuerzos, otros en el desbarranco de una emboscada. Una noche se soñó incluso parte de la fiesta del carnaval, adentrado en la fiebre de esas muchedumbres que llaman comparsas, rodeado de esos disfraces vistosísimos cuyo acerbo cultural desconocía por completo, aunque le remitían a la vida y a la muerte que luchaban siempre por imponerse una a la otra, la primera con la fuerza del desparpajo y la locura vestidos de alegría, la segunda con la majestad de las figuras del averno y su trabajo impostergable. Dos veces, en un mismo sueño, apareció Durango alrededor suyo en el baile. Primero, como ese vaquero apayasado de maquillaje blanco y sombrero, de brillante camisa amarilla, capa roja y pantalones oscuros, que le sonreía maniáticamente con una botella de ron en una mano y un palo largo en la otra; más tarde lo descubrió a sus espaldas, casi pegado a él, cubriéndolo con la sombra de una guadaña enorme. Vestía el traje universal de la Muerte, y aunque no reconoció más que sus ojos detrás de la máscara de huesos del rostro, entendió que venía a terminar su negocio con él. Precisamente: su trabajo impostergable.

Fuera de los sueños, en la realidad misma, no volvería a verlo nunca más. La premonición reapareció entonces mientras esperaba a oscuras en esa gasolinera abandonada. Abandonado él mismo a nada más que a las fuerzas del destino, sin necesidad de continuar el escape, desprovisto del turno de jugar esa partida que se hizo larga, ansioso al extremo por conocer la resolución de sus obsesiones y, sobre todo, de ver pronto enfrente suyo, al alcance de su mano, al tótem de su desvelo, aun oliendo con anticipada desazón el fin de la posibilidad con Alejandra, entrevió que no quería hacerlo más, seguir caminando con aliento a monstruo, viviendo de aquella forma y cediendo al vértigo de sus impulsos horribles. No quería retroceder ahora. Bebió varios tragos seguidos y rogó al fin que, de no volver con ella, Durango apareciera en el sueño de su borrachera, vestido en uniforme de

huesos, con la cuchilla en la mano.

Terminó de pensar eso y, en el aturullo que el aflujo brusco de alcohol le producía a su cabeza, entendió que no le servía vivo a ninguno de los que jugaban la partida. Claro como el agua. Pensó en la sonrisa alegre de la reina, la que salía hoy en las revistas y periódicos y que él nunca imaginó en su niña de siempre, pensó en la fuerza demoledora de aquella evidencia inobjetable, pensó en Cano Martínez, pensó en Durango y la necesidad de salirse de eso rápido. ¿Y el hombre que decían que lo seguía, el detective?

Vio en cambio, con ojos pesados, a dos que llegaban y atravesaban la puerta del local. Dos que no conocía de nada. Uno era flaco, el otro gordo, y venían hacia él. Trató de incorporarse, pero no pudo, el cuerpo pesaba mil toneladas, las cosas giraban a su alrededor. Los vio cada vez más cerca. Resignado, abrió su mano y el punzón hizo un ruido seco contra el piso. Luego cruzó los brazos como si se abrazara él solo, tensionó las mandíbulas, cerró los ojos y enderezó la columna para recibir firme, eficaz, germánicamente, la postrera acción del disparo.

**

Abanta Durán había encendido la radio a mucho volumen. Carol hizo gesto de fastidio, se tapó las orejas, ay dijo, y miró al hombre. Apretaba los diminutos dientes de leche como si suplicara piedad para sus oídos. Los ojos de Abanta se dirigían impávidos hacia adelante mientras seguía el ritmo de un furioso vallenato con golpes nerviosos de sus dedos, casi violentos, contra el volante. Dejó de hacerlo después de unos minutos, cuando sintió la manito en su brazo. No bajó un decibel la radio y forzó a la niña a que gritara para hacerse oír por encima de la música.

—¿No viene con nosotros el señor?

—No. No va a venir.

—Él quería ver a Alejandra también.

—No va a ser. Aquí se le termina el viaje.

Abanta recién apagó el radio cuando vio que sus dos compañeros llegaban caminando hasta el carro. Uno se venía limpiando las manos con un trapo y se miraba compulsivamente la ropa. El otro repasaba distraídamente el paisaje desierto de la carretera detrás de sus gafas oscuras. Abanta esperó que subieran al carro y miró a Byron por el retrovisor.

—Arranca —le dijo el otro.

— TREINTAICUATRO —

Fredy cruzó la calle mientras olfateaba la salsa de ajo de su sánguche cubano especialidad Philadelphia. Apuraba el paso para no derretir su vaso Popsy antes de regresar al parqueadero del conjunto comercial, meterse en el carro y prender el aire a resguardo del sol del mediodía. Ya se chupaba los dedos quince minutos después y controlaba el reloj del tablero mientras dos gotas de arequipe helado asomaban por la comisura de sus labios. Miró quince metros en diagonal hacia el local de depilación y pensó que una hora habría sido tiempo suficiente. Más cuando tenían el turno asignado para la reina, un turno exclusivo que no la haría esperar por nadie antes. Observó que una niña en uniforme escolar entraba al local como si nada y empezó a ponerse intranquilo. Bajó el volumen de la radio, hizo descender las ventanillas y escuchó el rumor de buses y bocinazos de las avenidas aledañas. Hizo un tour con la vista por los extremos del conjunto, un coqueto centro de comercios de una planta relacionado con la estética femenina. Alejandra le informó apenas que iba hasta la depiladora y se regresaban para el almuerzo, aunque (fue evidente por el voraz ataque de filo que asaltó al escolta y lo hizo cruzarse por un sánguche) ya se estaba tardando mucho. Se limpió la boca y las manos con las servilletas de papel, dejó todo en el asiento acompañante y bajó del Mercedes para atravesar el parqueadero y la tienda de jugos.

Tocó el timbre en Sunny y esperó que accionaran la apertura electrónica. Un delicado aroma a desodorante ambiental cubría la pequeña sala de espera donde la muchacha de liceo leía una revista de modas. No había más clientes que ella. Fredy se acercó al escritorio donde una joven empleada lo esperaba con una sonrisa sin esfuerzo, algo que al escolta, desde siempre, le produjo admiración y envidia.

—¿Sí sedá que tejminó da señoguita Adejandra? —preguntó. Su voz era un balbuceo fangoso.

La empleada no pudo entenderle y abrió grande los ojos.

—¿Señor, disculpe?

Él se inclinó sobre el mostrador para hablarle de más cerca y ella pudo ver con claridad la cicatriz horrible que le atravesaba el rostro.

—Adejandra. Di todavía de falta.

—Ahí le averiguo —respondió ella, y entró a una segunda dependencia. Tardó otro tanto, durante el cual Fredy revisó de nuevo su reloj de pulsera y saboreó un resto de comida en su muela. La cabeza de la empleada se asomó después de treinta segundos.

—Que se fue hace un rato, señor.

—¡Pego cómo adsí! —dijo el escolta, el volumen de su voz no había aumentado un decibel pero su expresión y sus gestos denotaban desesperación; la adolescente recién se percató de la situación cuando vio asustada cómo el hombre apartaba a la muchacha y entraba a la sala de depilación.

—¡No puede entrar aquí! —se quejó una mujer de uniforme celeste que corrió rápidamente la cortina de uno de dos cubículos contiguos y se fue sobre el hombre para intentar empujarlo afuera. Fredy alcanzó a ver apenas dos tobillos desnudos que apuntaban al techo como los de dos ancas de rana echada—. ¡Selene! ¿Qué…?

—Adejandra Cogales no dsalió. Dsoy su escogta y no dsalió.

Los brazos de la depiladora no pudieron moverlo un milímetro siquiera, aunque presionaban con fuerza. Él le atrapó los brazos sin demasiada brusquedad y le acercó la boca a la oreja.

—Tdanquila, niña. Yo da tenía que devogver a la casa. No da vi dsalir nunca.

La recepcionista entró al cubículo a quedarse con la mujer que estaban depilando y se quejaba, asustada de la intromisión. La depiladora retrocedió dos pasos, zafó uno de los brazos y, todavía atrapada del otro, condujo a Fredy al fondo de la sala hacia el estrecho pasillo donde se ubicaban el baño de un lado y una vitrina de materiales del otro. Al final había una puerta. El escolta liberó del todo a la mujer, que sacó una llave del bolsillo de su uniforme y abrió. Ambos recibieron la claridad del sol que llegaba de la parte posterior del parqueadero.

—La despedí aquí mismo —dijo ella—. No quería salir por el frente, me dijo que un par de niñas la iban a retener por autógrafos. La estaba esperando un carro y se subió.

—¿Qué cagrro?

—Un Mazda rojo, de los viejos.

El escolta echó a correr para dar toda la vuelta al parking mientras sacaba el celular y marcaba un número a la carrera.

Aparicio estaba sacando la camioneta del garaje cuando el Mercedes de su compañero aparcó con chirrido de llantas frente a la Casa Blanca.

—Súbete marica —le gritó a Fredy, que bajaba del carro y se acercaba a la carrera, transpirado, pálido de muerte. Se subió entonces al acompañante y trató de ofrecer otra disculpa, decir algo siquiera, pero el corazón saltarín le obstruía la boca. Igual su colega estaba muy entretenido con una laptop sobre las rodillas, detrás del volante.

—¿Dónde la llevas, Sánchez? —murmuró retórico Aparicio, absorto en el mapa GPS de la pantalla. Después, sin voltear a mirarlo, le informó a su compañero—: están saliendo de la ciudad.

—¿Dónde está eg bicho?

—Lo lleva en el doble fondo de la cartera. En todas las que le regala, el Patrón pone uno.

—(¿Pedgo qdé cadgajo van…?)

—Ñerda, pelao, no sé, pásate aquí mejor y maneja que yo estudio el mapa. ¡Pero arranca que nos llevan una hora como mínimo!

**

No había sino un zumbido molesto en mis orejas, el ruido caótico de la brisa del mar de Salgar arremetiendo contra el micrófono, pero tenía que asegurarme el funcionamiento del dispositivo. Estaba a cien metros o más del Castillo, semioculto tras unos arbustos en la pendiente oriental del predio, con una visión directa del borde mismo del acantilado, ahí donde esperaba Alejandra, inquieta, dándose un paseo corto y circular, con la vista perdida de a ratos en la inmensidad del océano, de a ratos en el violento rompimiento de las olas al final del risco.

—Hay un libro donde a una muchacha se la lleva pa´ arriba el viento ¿no es cierto? Un libro famoso —dijo ella. Y sonó claro y fuerte.

Me saqué los auriculares y sonreí. El horizonte de esa niña, el horizonte de sus posibilidades, era tan inmenso como el Mar caribe que mojaba debajo de nuestros pies. Había tanto por pulir todavía, educarla más, hacerla aún mejor. Pero eso no iba a pasar junto a Cano Martínez. Las cosas en algún momento tomarían el giro de las cosas que mal

empiezan. Ahora, sin embargo, en ese instante que perduraría tiempo en mi memoria, era una postal hermosa, esa de Alejandra sola frente al mar, temblando de temor y emoción por el próximo acontecimiento. Permanecí contemplándola, mirando cómo el viento le alborotaba el cabello, mientras el pequeño auricular crepitaba entre mis dedos índice y pulgar.

Volví a calzármelo diez o quince minutos después, cuando ella giró en dirección al estacionamiento lateral del fuerte restaurado, desprovisto de turistas y parejas de enamorados a esa hora difícil, un día de semana. Algo en esa dirección le tensó el semblante y me dispuse a escuchar lo que tenía que decirme.

—Crrj, crrrrj, llegó un carro, es verde sí, creo que ford fiesta, crrj, crrrj…

El mensaje llegó aplastado entre crepitantes y aun así transmitía la ansiedad sufriente que se apoderó de la muchacha. Me dejé colgado el auricular y saqué a tomar aire a la Bersa.

—Vamos a hacerlo, niña —susurré y mis palabras no tuvieron otro destino que el viento que sobrevolaba el abismo, puesto que mi comunicación con Alejandra tenía un sentido único a través de su micrófono oculto.

—Bajó. Es él. Crrj, crrrrj

Hubo unos segundos de silencio y me asomé sobre la pequeña línea de arbustos que solo me cubría si permanecía agachado. Todavía no podía ver a nadie que se acercara a la terraza de grama frente al castillo. Veía a través de los ojos de Alejandra.

—¡Oh! Crrj, Crjjj…

Escuché, me pareció escuchar (entre tanto ruido de fondo) el quejido, la exclamación de una emoción profunda y desbordante.

—Crrj, ay, Dios mío, crrj, crrrj.

Me tuve que incorporar casi por completo. La muchacha había empezado a dar unos pasos tímidos hacia el castillo, se detuvo una vez, luego dio más pasos lentos y volvió a detenerse. ¿No era llanto acaso lo que estaba escuchando por el auricular? Alejandra se estaba llevando las manos a la boca y estiraba un brazo, seguí entonces la dirección del mismo y vi recién a la niña que llegaba corriendo hacia ella, las vi después juntarse en un abrazo, los piecitos de Carol flotando en el aire y el desahogo sonaba en mis oídos, ay, ay, mi niña, mi niña, el micrófono golpeaba fuerte y me hacía doler el oído, pero no podía dejar de escuchar, sin darme cuenta estaba llorando yo también, presa de la situación, y claro que podía entenderse, solo alguien que no conociera mi propia historia se sorprendería de mi derrumbe emotivo, no entendería la relación…

Abanta Durán estaba ahí también, a diez metros de ambas, y no traía al Alemán. Ñerda. No habíamos planificado así las cosas, yo debía ocuparme del hijueputa. Alejandra depositó a la niña en el suelo y con un gesto le permitió a Abanta que se acercara. Me incorporé del todo, seguro que, a esa distancia, él no iba a descubrirme.

—Crrj, crrj, ¿sí ves?, crrrrrj

Era la voz de Abanta, su acción equivalente a mis ojos fue mostrarle a Alejandra la zona del cuello y señalarse algo ahí. Bastaba con eso, pensé, ese pequeño detalle del lunar habría alcanzado desde un principio.

Alejandra asintió y él siguió hablando, dijo algo, pero solo escuché el ruido del viento, veía a Abanta mover los labios y el micrófono no captaba más que un susurro inaudible.

—Gracias —escuché (la voz de ella) y los vi estrecharse las manos. Abanta juntó las palmas como si rezara o pidiera perdón.

Este marica no lo trajo, no trajo al Alemán, pensé, será que aparezco entonces y termino esto. Avancé sobre los arbustos y atravesé el patio lateral del castillo que conducía a la galería de arcos que rodeaba todo el frente de la edificación. Pretendía abordar a Abanta en el estacionamiento y dejar en claro nuestras cosas. Habían dejado de hablar o lo que hablaban seguía inalcanzable a mi percepción; rodeé la construcción por detrás, cien metros o más a ciegas de la situación en el acantilado, sordo con el crepitar en mi oído derecho.

—¡Paren, paren! —escuché y me detuve de inmediato. Era la voz desesperada de Alejandra, siguió repitiéndolo, ¡suéltalo! dijo también, y tuve que devolverme hacia el patio. Escuché una discusión de palabras atropelladas e inaccesibles mientras llegaba fatigado hasta el inicio de la galería, donde pude tener visión parcial del parque.

Aparicio y el bollo se habían unido al grupo. El primero tenía a Abanta cogido de atrás, con un brazo le estrangulaba el cuello, con el otro le clavaba el cañón de un arma en el flanco derecho. El segundo escolta sostenía también su arma, pero no apuntaba con decisión, más bien esperaba el rumbo de los acontecimientos.

—Crrj, crrj, ¡Para, Rubén!, crrj, crrrrj

Me arranqué el auricular y eché a correr. Me ubiqué entre Alejandra y el grupo de pistoleros, tardé lo suficiente para que Fredy tuviera tiempo de ponerme bajo la mira de su glock. Mantuve los brazos abajo, sin apuntar.

—Hombe cuadro, aguanta —traté de ignorar el arma que a la distancia de pocos metros apuntaba a mi cabeza y le hablé a Aparicio—, espérate ahí, no la embarres.

—¿Qué carajo haces, gran marica? ¿Quieres que Víctor se solle?

—Eran las condiciones…las condiciones para entregar a la niña. Que Alejandra viniera sola.

Abanta transpiraba y abría con violencia los agujeros de la nariz, en busca de aire.

—Entonces termino yo de una vez con esta vaina —dijo Aparicio y levantó su arma desde el costado hasta la sien derecha de su rehén.

—No necesitas terminar nada. Lo hiciste bien al primer intento.

Miré a Fredy, al agujero vibrante de su glock, y volví a mirar a Aparicio.

—Que no puedes matar a un muerto, marica —señalé a su presa—. A Durango ya lo mataste antes. Ahí tienes al mello, Edgar Abanta, me parta un rayo si digo que es el bueno. Pero no tuvo ni tiene que ver con el negocio del hermano, más bien se ocupó este tiempo de hacer justicia por mano propia.

El hermoso, sin dejar de apuntarme, desvió el cuello hacia su compañero de travesuras.

—Tiene razón, Rubén —intervino Alejandra—. Efraín ya me lo había contado todo antes de traerme. Ellos no iban a cruzarme nunca sola con el Alemán. Fíjate bien, Elmiro no tenía ese lunar en el cuello. Por favor…

Aparicio se mostraba confundido, miraba a su presa sin decidirse a meterle una bala en el cráneo o preguntarle si lo que decíamos era cierto.

—Ñerda… —murmuré, y no porque me preocupara demasiado el hermano de Durango. Ya había escuchado detrás mío el suspiro alterado de Alejandra cuando los vi aparecer detrás de los tres muchachos.

—¡Suéltalo o te comes la bala, hijueputa! —gritó Randy mientras le apuntaba a Aparicio a un metro de distancia, moviéndose despacio para quedar en su campo lateral de visión. Al mismo tiempo, a una distancia similar, pero por la espalda, Byron tenía una diana fácil en la nuca de Fredy.

Hubo un silencio expectante. Casi sentía el miedo de las dos niñas a mis espaldas. Recordé que tenía la bersa aún en mi mano y despacio la arrojé a la grama.

—Mano propia, Aparicio —me concentré entonces en la cara cianótica de Edgar—. ¿No es así, cuadro? Cuando mataron a tu hermano, te enteraste (o quizás ya sabías algo) de su negocio; buscaste en su computadora y descubriste los datos de la red de trata, tenías ahí los contactos que hacía en Europa. En nombre del Sagrado Corazón de Jesús te erigiste en Ángel Vengador y te pusiste a trabajar. Te hiciste pasar por Elmiro, promoviste que estos pederastas regresasen, los citabas acá y no los esperaba ningún pelaíto sino la Parca misma. Vale decir, estos dos manes que se nos han unido al picnic —miré a los secuaces de Edgar—: Cantinflas y Capulina.

—Ah, pué —se quejó Byron y me echó su mirada de desprecio sin dejar de apuntarle a Fredy.

Estaba inspirado, no sé, como Jorge Eliécer Gaitán frente a su público. Esperaba tener mejor suerte que aquel mártir de la República. Retrocedí tres pasos más hacia Alejandra y Carol.

—Vamos a calmarnos —levanté mis dos brazos, ahora eraMoisés frente al Mar Rojo—. No vamos a hacer una balacera, un plomo puede matar a la niña, alguien va a venir de un momento a otro. Más bien pensemos. Acá todos tenemos secretos que mantener y defender.

» ¿O no tienes bastante Aparicio con haberte bajado al líder de una red de trata infantil, noticia que va a explotar de un momento a otro? La policía hizo un trato con Edgar por la información que contenía la computadora de Durango y, sin embargo, ni él ni yo, ninguno de nosotros, te mencionamos.

» ¿Y tú Edgar, ustedes tres? La policía no sabe del sistema de justicia que emplearon. Hombe, tu participación estelar en el caso de los turistas muertos que los tiene mamados con la prensa, no saben de eso porque yo se los oculté. Creen que estás limpio, Edgar, que al final eres un buen cristiano avergonzado por las acciones de tu hermano. Un colaborador.

Miré a Alejandra.

—Qué puedo decir del pasado de Víctor. Ya se buscó un problema grande proponiéndote Reina. Alejandra Arroyo, hija de la mujer ahogada en Nueva Belén, la bella niña cienaguera. Estoy seguro de que no necesita involucrarse con este otro mierdero de los pederastas. Menos tú, ñércole, que habías dejado esa porquería muy atrás. O sea —dije, haciendo ahora un paneo con la mirada a todos—: Tenemos sana y salva a la niña. La red de trata en manos de la policía. Y si mantenemos la boca cerrada, ninguno quedará pegado a la investigación en la parte que le toca.

Me di cuenta de que los tenía porque hubo un intercambio de miradas en todas direcciones. La garganta misma de Edgar Abanta sufrió un alivio de la presión del brazo de Aparicio.

—El cuento se acaba aquí pa´ todo el mundo —rematé—. No nos vemos nunca más la cara el uno al otro después de este día. Lo que propongo es un pacto de niños: la madre pa´ el que habla.

Hubo otro momento de duda expectante. Aparicio fue el primero que movió el arma y empujó a Edgar hacia adelante. La glock de su compañero vino bajando también sus intenciones asesinas para conmigo. Randy y Byron dejaron de apuntar.

O sea, el pacto era un hecho. Cipote contubernio.

Alejandra todavía apretaba fuerte a Carol contra su cuerpo. Cuando se relajó, apoyó su

cabeza en mi hombro y sentí el abrazo cálido, su brazo derecho que me rodeaba el cuello, y luego el desmoronamiento en una silenciosa crisis de llanto en espasmos. La mantuve así, pegadita a mí y temblando, conmovido yo también, persuadido de que todo terminaba ahí. Nunca más tendríamos un contacto cercano. Su juventud, su cuerpo, sus ojos, se irían a partir de ese momento, se alejarían como los recuerdos, con el falso espejismo de estar siempre a mano y, sin embargo, continuar inasibles, difuminados, incorpóreos, dirigiéndose despacio al día del olvido que serán y seremos.

Cuando pudimos separarnos, miré a Carol que permanecía de su mano y me miraba también con la carita acongojada por la emoción. Me acuclillé frente a ella, le mostré la palma de mi mano derecha abierta —así como hacen los magos antes de un acto de prestidigitación— y luego me busqué en el bolsillo de la camisa. Sus ojos oscuros se abrieron grandes y una sonrisa de niña perforó el escudo de la congoja. Había sacado yo la cadenita de caracoles, aquella de su muñeca rota y, ceremoniosamente, como cumple uno sus juramentos, se la colgué del cuello.

— Epílogo uno —

Lo que sucedió después daría para hablar a generaciones en el tono en que se cuentan las anécdotas superlativas. Los términos locura e hiperviolencia, con los que tanto nos habíamos representado a nosotros mismos, no eran ya ni mucho menos patrimonio de los colombianos; el mundo entero lo vivía, desde el Oriente Medio hasta la potente Norteamérica, pasando por la vieja Europa. La palabra común, entonces y para siempre, sería terrorismo. Pero nadie puede dudar que el mundo está loco. Loco.

Yo trataba todavía, en esas semanas siguientes donde el clima de Carnaval se le metió a uno por las ventanas, a uno que cerraba filas frente a la andanada de heraldos de la parranda y el delirio, entregado uno al cáncer de la melancolía, uno que renegaba de aquel ritual anual como quien niega frente al espejo los rasgos de su padre; trataba digo, de despegarme del cuerpo y de la cabeza la historia aquella, de curarme las heridas y sobrepasar el dolor de los golpes, de entrar en ese estado latente, ese limbo en que se había transformado mi vida desde hacía un tiempo, una etapa de porvenir desierto de pistas y ansioso de milagros, aunque ya no quedaban santos para rezarle y el Gran Jefe me había dado la espalda con razón.

Trataba digo, pero no tanto, y tropezaba cada día con la misma piedra. Guardaba distancia, me separaban del tumulto de la ciudad mis cuatro paredes, la ventana y la anestesia del ron; me arrastraba en cambio la impune cercanía de la pantalla de televisión, ahí me asomaba yo, cada tarde y cada noche, como quien bebe de a tragos cortos para no atorarse, y espiaba la gran fiesta. Obviaba el desfile incesante, armado de la envidia y la piedad por esos cuerpos que marchaban y bailaban ataviados con este calor que nos tocó en suerte, obviaba la música pasada y la nueva, obviaba la alegoría y el homenaje, pero regresaba a Ella siempre. No buscaba ahí otra cosa.

Alejandra había llegado más radiante que nunca a la lectura del bando, apoyada ruidosamente por el pueblo humilde que por fin se sentía representado. Yo mismo lo celebraba como un triunfo sobre aquellas injusticias que se arrastran entre las faldas de los premios sin esfuerzo y la vida sin sobresaltos de las clases favorecidas. Un triunfo para la nuestra. Cabía no acercarse para verle el descosido al traje, pero triunfo al fin.

Ella dictó las leyes de la carnestolenda, bailó aquí y allá en afanosas coreografías con una gracia inobjetable, y sonrió mucho, no dejó nunca de sonreír hasta que el último de los incrédulos se postró ante lo evidente: que se hablara lo que se hablara, viniera de donde viniera, había nacido para Reina. Recibió la corona en medio de la misma algarabía, ante la muchedumbre alborotada que ya estaba en modo carnaval desde hacía días, disfrutándolo en los barrios populares y sus verbenas, en las parrandas particulares, en la nocturna Guacherna; mi invitación especial al evento dormía rota en la caneca del baño y aún así tuve cerca a la reina, gracias a la transmisión de Telecaribe, indemne a la presencia cancerbera de Aparicio, sus escoltas y la guardia de la Policía Nacional. Pude verla en primer plano entonces, estaba más bella de lo posible en el vestido que yo ya había visto como preestreno en la Casa Blanca, su piel trigueña brillaba a la luz de los potentes faroles del Romelio Martínez. Su sonrisa destacaba como un tormento para los hombres. Todavía debía sonreír cuando me dormí frente a la pantalla.

La perdí luego de aquel momento, enfrascada ella en las responsabilidades de mandataria de la guachafita y yo en la ruta del olvido, con mi botella de ron a cuestas y tratando de hacer rendir las cuentas de mi salario antes de que las deudas se lo comieran. Jackie apareció entonces para devolverme a la vida, un recurrente vicio suyo, y entré al carnaval como hacía tiempo no me lo permitía, nos juntamos en una esquina, bailé en la calle sin ninguna máscara, nos besamos enmaicenados y la arrastré hasta su propio consultorio, donde seguimos lo que habíamos empezado.

Volví a enterarme de Alejandra el sábado de Carnaval, cuando casi había podido sacarla de mi cabeza. No quise hacer uso del palco que me hizo llegar junto con la invitación a la ceremonia de coronación, pero mi psicóloga los descubrió en mi escritorio el viernes de su aparición y, al día siguiente, luego del revolcón, me arrastró al desfile.

Estuvimos sentados en la tribuna cerca de una hora. No escuché los tiros desde nuestra posición en la Vía Cuarenta, diez cuadras antes del paso de la carroza principal de la Batalla de Flores, donde los bafles de otro carro aturdían con música, no escuché más nada que la música, digo, pero sí el eco del rumor trágico, explotando en la boca de la gente como chasquido de matasuegras. El público de los palcos delante nuestro se levantaba para ver aquello que se voceaba y permaneció unos minutos estático mirando la estampida que desde algún punto desarmaba el desfile y desperdigaba las cumbiambas, antes de abandonar ellos también las tribunas de tabla en una huída que tuvo caídos, quebrados y machucados. Pudo haber sido una tragedia mayor. La policía irrumpió dentro del cumbiódromo, reemplazando a las comparsas, con escopetas y pistolas en mano, presas también de la confusión generalizada.

—No te muevas de aquí, Jackie —dije.

Comencé a correr en la dirección contraria al gentío que escapaba de alguna cosa, tuve un fuerte presentimiento dentro del pecho y, ante la imposibilidad de avanzar por las veredas atestadas de gente que huía, salté las vallas que ya nadie protegía y entré al corredor de desfile, más despejado ahora, y seguí al grupo de uniformados que marchaba desordenado entre las carrozas detenidas, tratando de descubrir algún indicio del despiporre; yo hice lo mismo durante un tramo de desconcierto que superó el cruce de la 70, la 72, hasta que empecé a ver que todos se detenían en un punto y rodeaban el cuerpo de un hombre desplomado, un hombre que podía ser cualquiera dentro de su disfraz de diablo cachón, un demonio abatido por el calor o arrollado por el peso de un carro alegórico, podía ser y no lo era, tenía un arma a pocos metros del cuerpo inerte que se cocía sobre el asfalto, embebiéndose de la propia sangre que lo rodeaba como un manto del disfraz escarlata. Entré al círculo y fui el único que se atrevió a acercarle una mano, mi única mano libre, para removerle la careta. Retrocedí, convencido al fin del presagio, y seguí porque ya no podía ser aquello solamente, Iván Tejedor era el principio de todo y el todo estaba más adelante, cien metros más allá, en las alturas de la carroza reina, de donde bajaban el cuerpo flojo de Alejandra, víctima de desgracia, y recordé la pistola, claro, reuní enseguida las piezas en mi cabeza, mientras permanecía pasmado mirando cómo la bajaban y la cargaban fuera del vallado. La sirena de una ambulancia llegaba como a los gritos.

— Epílogo dos —

Una semana después todavía se percibía en Barranquilla la muerte abrupta del carnaval. La resaca triste, la conmoción en el aire. Solo quedaban las botellas de ron, arrumbadas como ruinas felices del desenfreno interruptus en aquellas calles atestadas de comercio y mugre alrededor de la Vía Cuarenta. El agua lavó la maizena de las veredas y la pintura de los rostros. Los hombres, machos costeños, habían guardado sus vestidos de mujer y sus senos de plástico. Las mujeres habían vuelto a sus ropas pudorosas y reprimían aún el eructo del aguardiente y la butifarra. En las calles principales se había detenido la música continua, se habían desarmado las casetas de baile y retornaba el tráfico de humanos al cansino ritmo habitual de la vida gris.

Todos tenían algo que decir, alguna teoría conspirativa que declarar, porque nadie quería hacerse cargo de la versión oficial —y bien que hacían—: la versión del lobo solitario, del desplazado perdido en la pobreza y la locura, obsesionado por la figura de una Virgen Coronada que nunca respondió a sus plegarias psicóticas, o con un fantasma de su pasado al que veía en la figura de cualquier buen vecino, un inocente contratista cordobés si se da el ejemplo. Los gringos crearon a Harvey Oswald, los cachacos a Roa Sierra, nosotros a ese muchacho disfrazado de diablo. Nadie, en otro lugar de la tierra (que por cierto durante algunos días debió haber visto el clip de internet, proveniente de algún lugar desconocido, de un lejano país, reproducido en segmentos de videos curiosos junto al de una estampida de elefantes de la India o una avalancha sobre una estación suiza de esquí), nadie de esos países, entendería la magnitud que aquel atentado representaba para los colombianos del Caribe, un verdadero intento magnicida.

Alejandra sobrevivió al disparo que la perforó debajo de la clavícula derecha y el pueblo tuvo la posibilidad de rendirle homenaje un mes después con dos días de asueto extemporáneo decretados por el alcalde. Tocaron las bandas del Festival de Orquestas en los playones principales de la ciudad y hubo aún algunos pequeños desfiles populares.

En lo que a mí respecta, todo el caso, de principio a fin, me dejó —además del pago generoso— el permanente recuerdo de los dolores corporales. Desde aquel día de mi encuentro con los matacongos de la camioneta blanca, por varias semanas, el caminao mío se acompañó de ruidos de piezas sueltas y pinchazos residuales, a la manera de los desperfectos recurrentes de los carros viejos. Mis caderas tampoco mentían, Shak.

Claro que, mal para algunos, bien para otros. El Coronel Ramírez neutralizó el mal trago de aquel desastre que lo expuso a nivel nacional con el pronto anuncio, en convocadísima conferencia de prensa junto al comandante Mendoza y el General Gaviria, de los resultados finales del sesudo plan conjunto que los llevó a desbaratar una red internacional de trata sexual con niños pobres de la Costa Atlántica. Ahí explicaban de paso la serie de turistas muertos de los últimos meses, depravados llegados clandestinamente, a su suerte, para relacionarse con el bajo fondo capaz de ocuparse de las transacciones horribles. Ninguna persona de buena fe, ningún turista amante del sol y la música costeña, tenía más razones para evitar nuestra región.

Yo tuve la fuerza suficiente para volver a casa de mamá. Sacudí el polvo de los muebles, cambié las sábanas por primera vez, corrí las cortinas y abrí las ventanas para que entrara la

brisa y le diera aire a los recuerdos. Pasé la primera noche atento a los pasos sigilosos de la tristeza, luego me quedé una segunda y una tercera; no volví hasta hoy a dormir en mi despacho. Aunque sí volví a lo mío, gracias también a un coletazo de suerte. El notable aluvión de medios de televisión que cayó sobre la ciudad en esos días le permitió a una mujer de Valledupar descubrir a su marido entre la multitud de curiosos y transeúntes que se cruzaban al fondo de alguna entrevista de móvil de noticias frente a la clínica donde reposaba la reina, cuando aquel hombre había salido días antes en supuesto viaje de negocios a Cali. Iba con una sucursal.

La mañana en que Balcázar vino a visitarme, este que sigue hablando ponía en orden las fotos dentro del sobre que le remitiría a mi cliente vallenata. En mi despacho sonaba un viejo casete con los éxitos despechados de Alci Acosta, casi para darle un clima al asunto, pero también en ceremonia de una masoquista lapidación de mi exangüe espíritu carnavalero.

—Espero que te lo haya sacado un médico —dijo señalando mi brazo desprovisto de yeso. Mientras se sentaba frente al escritorio depositó una bolsa junto a sus pies.

—Hombe pero claro —mentí; no era tampoco la primera vez que me cortaba sin ayuda un yeso de alguna parte de mi anatomía. Aunque todavía usaba la faja debajo de la camisa.

—Te encuentro trabajando entonces.

—Aquí me ves, ha vuelto el detective de cachos.

Abel asintió con una sonrisa que casi podía ser de bochorno. Mi laconismo pretendía darle señal de molestia respecto a la promocionada buena labor de la policía en el caso de pederastia. Habían hecho un sho*w* de eso, Gaviria y su repentina (tan repentina como improvisada) «unidad de cibercrimen» (y ñerda) de la Departamental.

—Mira, Abel, no te voy a molestar ahora, ya te estoy debiendo otro almuerzo. Quiero hablar todavía de algunas cosas sobre el caso que me quedaron picando. No me cierran, ¿viste? Pero dejaremos eso pa´ después. Vine a traerte esto —se agachó hasta la bolsa junto a sus pies, sacó una botella de etiqueta azul en su caja y la apoyó en el escritorio—: de parte del Coronel. No sé por qué pensó que era mejor esto que un rasguñao.

—Ñerda, tanta presentación en la tele que no tiene tiempo de venir él mismo y te manda a ti de lavaperro, Abel.

—Qué va —dijo el alcalde y volvió a agacharse para levantar un pequeño bulto envuelto en una tela—. Si yo tenía que traerte algo también.

Deslizó el bulto hacia mí, la tela era un pañuelo de seda Dolce & Gabbana, colorinche, carísimo. Balcázar hizo la del mago y separó los bordes del pañuelo para descubrir lentamente su interior. Cuando vi me quedé paralizado, tarde en tocarla porque pensé que podía derramar unas lágrimas de la emoción. No iba a darle ese espectáculo al man.

—¿Quién te la dio? —balbuceé y acerqué mi mano para agarrarla, la sostuve unos segundos mientras la miraba como por primera vez, me preguntaba si alguien le había hecho mal, si la habían hecho hablar. Miré si le quedaban balas.

—Un allanamiento. El disco rígido que nos facilitó Abanta también dio una conexión local más y era policía desgraciadamente. Del Magdalena.

Despegué los ojos de Pringamosa y su vientre vacío para dirigirlos hacia los de Abel.

—El cachaco Rodríguez estaba en la vaina —dijo—. Trató incluso de obstruir la investigación sobre los turistas ocultando pistas. Y aquí viene lo que más me interesa comentarte: se allanó en su casa una camioneta Volkswagen blanca tipo ambulancia. A ver

si te suena.

—Me duele, más que sonarme —dije después de unos segundos de asimilar la información y juntar las piezas en retrospectiva. Vaina berraca.

—De cualquier manera, tienes que sacar a pasear menos a tu arma, Efraín. Ya no eres policía ni estás en una película.

—Sí estoy. Es una tragicomedia. Las cosas se resuelven para los demás y yo sigo en el mismo pozo, mondao y con algunos huesos lastimados.

Alci Acosta llenó el silencio que se creó entre nuestras reflexiones.

Mozooo, sírveme la copa rota,
quiero sangrar gota a gota
el veneno de su amor.

—Sé que cobraste buen billete —Abel sacó del bolsillo su inefable cigarrillo electrónico—. No soy al único que le conviene el silencio sobre ciertas cosas.

—«Y llegará el día del Juicio Final, y Dios castigará a los impíos y a los llenos de falsedades». El dinero no nos salvará de eso, Teniente. Algún día tendremos que drenar tanto pus de nuestras heridas.

—Pues que no sea en esta vida mía, Caimán. Así mantendremos sana nuestra amistad —estiró el cuello y largó el humo de mentirita.

Bajé la cabeza, me masajeé la nuca y después de unos segundos levanté la mirada. Quise ver a través de sus ojos, como lo había intentado otras veces, y al igual que entonces, no pude descifrar si había un pozo de cinismo, maldad al fin, o solo buenas intenciones postergadas. Esa incapacidad la permite la duradera amistad, supuse.

—Ya vendrán otros casos Caimán, así te entretienes y dejas de citar el Apocalipsis.

Sonreí resignado y asentí con respecto a los casos por venir, los casos de la demás gente. Pero yo solo quería resolver uno. Las pistas se alejaban como mi propia juventud, pura agua entre los dedos. El caso de mi vida cruzaría siempre mis pensamientos, se interpondría en algún momento de la jornada laboral a la que yo me presentara, mitad héroe, mitad monstruo, respirando cada gota de aire como la última, en lucha contra los tres gigantes: la ira, la desazón, el miedo. Las historias de los otros producirían ecos resonantes dentro mío, recordándome que mi final feliz dormía en el transcurso de una vida, postergado, como las buenas intenciones de la gente.

Luego de que mi amigo el alcalde se marchara, miré la botella de etiqueta azul sobre mi escritorio y, automático: mi lengua se paseó por mis labios. Pero qué va, yo tenía ganas de otra cosa. Clímaco me cumplió finalmente y para su sorpresa le pagué chan con chan. Abrí el segundo cajón de mi escritorio. Otra presencia majestuosa le hacía compañía al Gran Putas: una botella de BUCHANAN´S 18 años. La saqué a tomar aire, desenrosqué la tapa y le di un beso prolongado al pico mientras sentía la calidez del líquido deslizarse por mi garganta. Era un placer que no deseaba compartir con nadie más. Tomé otro trago, guardé la botella y me recosté en mi silla. Cerré los ojos a la espera de que el néctar se me subiera a la cabeza pronto.

Distraídamente, me encontré sonriendo.

Hombe, qué vaina. Vida hijueputa.

Las cosas que lo terminan conformando a uno.

GLOSARIO COSTEÑO

A

Abanico: Ventilador de pie o de techo.
Abrir (se): Alejarse. Separarse del grupo.
Achantao: Persona floja, perezosa.
Aguaepanela (agua de panela): Refresco de panela (azúcar en bloque sin purificar). Desayuno popular, recurso de la gente humilde.
Ajá: Expresión de saludo. También, expresión para mostrar aprobación o afirmar.
Alto turmequé: De gran prestancia y valor.
Añoñi: Interjección de aprobación.
Apué: Interjección, equivale a: Ah, pues.
Ardío (estar ardío o ardido): Guardar rencor por algo sucedido.
Arrebatao: Persona desordenada o loca.
Arrecho: Sexualmente excitado.
Arropilla: Dulce hecho de panela.

B

Babilla: 1. Especie de caimán pequeño. 2. Persona fea.
Bacán: 1. Persona vagabunda. 2. Buena gente.
Bacano: Algo bueno, chévere, agradable.
Bailar el indio: Dar vueltas a un argumento para confundir al escucha.
Barra: Peso (unidad monetaria).
Barro (qué barro): Qué mal eso.
Billullo: Genérico de dinero (de billete)
Blocúa: Persona gorda y fuerte.
Bocachico: Pez de agua dulce tropical, comida típica del Valle del Sinú.
Bochinche: Ruido. Chisme.
Boli: Jugo (zumo) de fruta congelado que se vende en bolsitas de plástico transparente.
Bollito, bollazo: Persona físicamente linda.
Bollo: Pan de maíz.
Bolloeyuca (bollo de yuca): Pan de yuca envuelto en hoja de mazorca o maíz.
Bollón: Persona creída.
Bololó: Pelotera.
Boquineto: Persona con el labio dividido.

C

Cabrilla: Volante de un carro.
Cachaco: Persona del interior de Colombia; que no es Costeña.
Cachucha: Gorra.
Calidad: Expresión amable que se le dice a alguien desconocido, previo a pedirle un favor. (*«*Hey, calidad*…»*)
Camarón: Mentira.
Camello: Trabajo, ocupación.

Cara e queso: Borracho, peao. Dícese también de alguien que sufre de acné
Carreta: Mentira, historia inverosímil.
Chácaras: Testículos.
Chance (Hacer el chance): Dar aventón, llevar a alguien con el carro.
Chancletas: Sandalias.
Chévere: Bueno, agradable, bacano.
Chicharrón: Problema, algo muy difícil.
Chimbo: Falso, ilegal.
Chiripa: Suerte.
Cipote: Aumentativo. Equivale a gran.
Cipotudo: Grande.
Cloche (Clotch): Embrague.
Cocada (cocá): Dulce de leche con coco.
Cocotazo: Golpe en la cabeza con el nudillo.
Combo: Grupo de personas, patota.
Coralibe: De presencia ordinaria, fea.
Coroto: Cosa.
Corroncho: Ordinario, tosco, sin estilo.
Crispeta: Palomita de maíz.
Cuadro: Compañero, amigo, persona cercana, conocido.
Cucallo: Resto de arroz que queda pegado en el fondo de la olla en que se cocina.
Culicagao: Niño pequeño.
Culillo: Miedo.
Curramba: Barranquilla.
Currambero: Persona de Barranquilla.

D

Dedito: Pasabocas de queso rodeado por masa de hojaldre.
Doctor: Forma general de referirse la gente sin instrucción al que cuenta con la misma, cualquiera sea ésta.

E

¡Eche!: Interjección despectiva.
Embeleco: Embrollo. También: necedad.
Emputao: Bravo. Enfadado.
Emputarse: Enfadarse mucho.
Encanado: Encarcelado.
Enguayabao (estar enguayabado): Tener guayabo. Resaca de alcohol.

F

Filo (Tener filo): Tener hambre.
Firme: Bueno, elegante, imponente.
Flojera: Pereza.
Floripondio: Homosexual.
Foco: Bombilla. Lamparita.
Fresco: Tranquilo.
Fría: Cerveza helada.

Full: Muy. Demasiado.

G

Golero: Ave de carroña típica de la costa caribe colombiana.
Guachafita: Desorden, fiesta repentina.
Guache: Burdo, grosero.
Guayabo: Resaca de alcohol.
Guinéo: Banano, plátano.

H

Huepajé: Grito de alegría.
Huesera, Hueso: Aburrido, malo, poco interesante.
Hueva: persona tonta, aturdida.
Huevo (tener huevo, mandar huevo): Ser descarado.

I

Intenso: Persona cuya actitud cansa o agota.
¡Ira!: (Interjección) Manifestación de incredulidad.

J

Joder: Molestar.
Jopo: 1. Trasero, culo. 2. Mal, inaceptable (Algo es jopo).

L

Lambón: Adulador.
Leche: Suerte.
Líchigo: Persona simple. De poco contenido o baja calidad.
Llave, Llavería: Amigo del alma, alguien de mucha confianza.
Llevao: Persona flaca, demacrada. Sin dinero.

M

Maluco: Feo.
Mamar cable: Pasar una situación económica difícil.
Mamar gallo: Burlarse.
Mamerto: Bobo.
Mamonazo: Golpe fuerte.
Man: Hombre.
Mandao: Diligencia.
Manteco: Lavaperro: chupamedia, alcahuete, servil.
Mañé: Algo mediocre, poco elegante.
Marica: Pendejo.
Marimba (o Maricachafa): marihuana.
Marimonda: Disfraz típico del Carnaval de Barranquilla.
Mondá: Miembro viril.
Mondao: Sin dinero.
Monicongo: Mamarracho.
Mono/a: Rubio/a.
Monocuco: Disfraz del Carnaval de Barranquilla.
Morisqueta: Hacer muecas con la cara.
Muñeca (Agarrarse a muñeca): Pelearse a los puños.

N

Nave: Carro, automóvil.
Nojoda: (Equivale a ¡No me jodas!). Expresión de incredulidad o admiración.
Nombe: Abrev. de ¡No, hombre!

P

Paja (Hablar paja): Mentira (decir mentiras).
Paleta: Helado de palito.
Patacón: Plátano frito y aplastado, tostón.
Pea: Borrachera. (Peao: Estar borracho).
Pechichar: Consentir.
Pecueca: Mal olor de los pies. También: algo malo, aburrido.
Pelao/pelá (Pelaíto/ta): Niño/a. Joven.
Pelar el cobre: Delatarse.
Pendejo: Idiota. Persona poco avispada.
Pereque: Problema, queja.
Pillao: Descubierto, sorprendido con las manos en la masa.
Pingarria: Pereza, Cansancio.

Potera: Matera, tiesto para las plantas.
Puyar el burro: Correr.

Q

Querida: Amante

R

Raspao: Bebida refrescante a base de hielo granizado y esencia de frutas o Kola y leche condensada; que se vende tradicionalmente en carritos de madera con pedales, en plena vía pública.
Recocha: Desorden, griterío alegre.

S

Sapo: Soplón, persona no grata, persona no invitada a una fiesta.
Serenar: lloviznar.
Sereno: Vigilante nocturno.
Sollao: Loco.
Sucursal: Amante, querida.

T

Tinto: Café negro pequeño y con azúcar.
Tombo: Policía.
Trabado: Bajo los efectos de la droga.
Tragado (Tragao): Profundamente enamorado.
Trancúo: Enorme, grande.
Traqueto: Mafioso.
Tronco (de): Grande, desmesurado. Ej.: Tronco de empute.

V

Vacilarla: Pasarla bien.
Vacile: Situación agradable.
Vaina: Cosa u objeto.
Varao: Persona desempleada. Objeto detenido.
Vergajo: Persona que procede mal con otra.

Z

Zampar: Meter, tomar, poner con brusquedad. Ej.: Se zampó dos frías / Le zampó un coñazo.

Otros títulos publicados

La mala espera
Marcelo Luján
No hay perro que viva tanto
Francisco Valbuena
Cuando estás en el baile, bailas
Galgo Cabanas
Barcelona Skyline
David C. Hall
La última tumba
Alexis Ravelo
Ángulo muerto
Jordi Juan
El peso del alma
José María Espinar Mesa-Moles
La japonesa calva
Jesús Tíscar
Agua
Saúl Cepeda